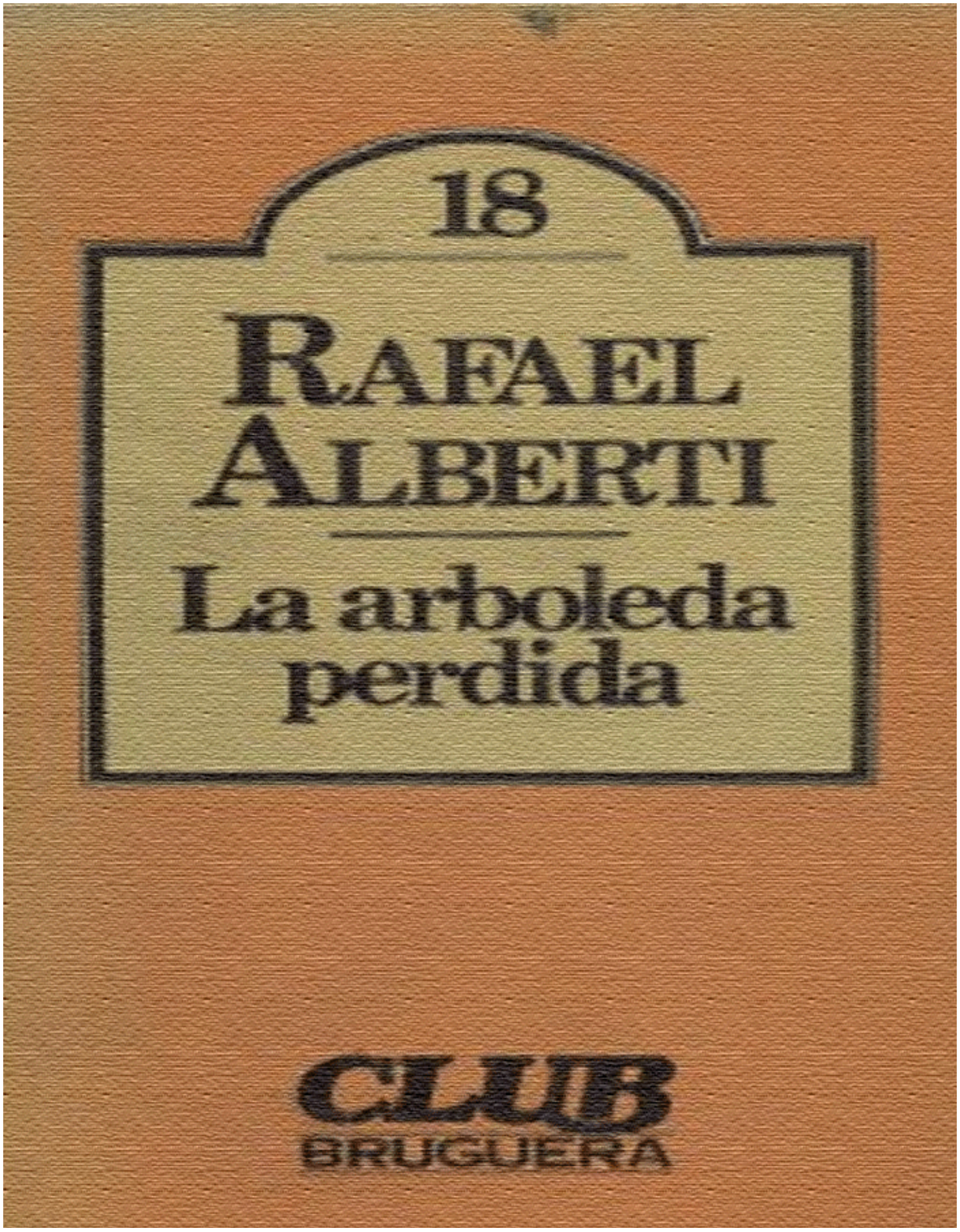
RAFAEL ALBERTI

La arboleda perdida



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

LIBRO PRIMERO

1902-1917

No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez.

MIGUEL DE UNAMUNO

En la ciudad gaditana del Puerto de Santa María, a la derecha de un camino, bordeado de chumberas, que caminaba hasta salir al mar, llevando a cuestas el nombre de un viejo matador de toros —Mazzantini—, había un melancólico lugar de retamas blancas y amarillas llamado la Arboleda Perdida.

Todo era allí como un recuerdo: los pájaros rondando alrededor de árboles ya idos, furiosos por cantar sobre ramas pretéritas; el viento, trajinando de una retama a otra, pidiendo largamente copas verdes y altas que agitar para sentirse sonoro; las bocas, las manos y las frentes, buscando donde sombrearse de frescura, de amoroso descanso. Todo sonaba allí a pasado, a viejo bosque sucedido. Hasta la luz caía como una memoria de la luz, y nuestros juegos infantiles, durante las rabonas escolares, también sonaban a perdidos en aquella arboleda.

Ahora, según me voy adentrando, haciéndome cada vez más chico, más alejado punto por esa vía que va a dar al final, a ese «golfo de sombra» que me espera tan sólo para cerrarse, oigo detrás de mí los pasos, el avance callado, la inflexible invasión de aquella como recordada arboleda perdida de mis años.

Entonces es cuando escucho con los ojos, miro con los oídos, dándome vuelta al corazón con la cabeza, sin romper la obediente marcha. Pero ella viene ahí, sigue avanzando noche y día, conquistando mis huellas, mi goteado sueño, incorporándose desvanecida luz, finadas sombras de gritos y palabras.

Cuando por fin, allá, concluido el instante de la última tierra, cumplida su conquista, seamos uno en el hundirnos para siempre, preparado ese golfo de oscuridad abierta, irremediable, quién sabe si a la derecha de otro nuevo camino, que como aquél también caminará hacia el mar, me tumbaré bajo retamas blancas y amarillas a recordar, a ser ya todo yo la total arboleda perdida de mi sangre.

Y una larga memoria, de la que nunca nadie podrá tener noticia, errará escrita por los aires, definitivamente extraviada, definitivamente perdida.

I

1902. Año de gran agitación entre las masas campesinas de toda Andalucía, año preparatorio de posteriores levantamientos revolucionarios. 16 de diciembre: fecha de mi nacimiento, en una inesperada noche de tormenta, según alguna vez oí a mi madre, y en uno de esos puertos que se asoman a la perfecta bahía gaditana: el Puerto de Santa María —antiguamente, Puerto de Menesteos—, a la desembocadura del Guadalete, o río del Olvido.

Mis dos abuelos eran italianos. De pequeño, recuerdo haber oído hablar este idioma en mi casa. Una de mis abuelas procedía de Irlanda y otra había nacido en la ciudad de Huelva. A mi abuelo paterno creo que lo vi una sola vez, largo, oscuro, en la cama, puesto casi en los ojos un gorrito como los que hoy usan los empleados de correos. Ni sé ahora su cara ni puedo en la memoria reconstruir su voz. Su mujer, mi abuela paterna, se me aparece, triste, en el rincón de una sala entornada, inmóvil en una silla de respaldo muy alto, con un bastón o caña en la mano caída.

Don Agustín, el padre de mi madre, rueda desde hace varios años, amarillento, desvaído, por el cajón de alguna vieja cómoda o en una de esas cajas polvorientas que se deshacen poco a poco en los sótanos. Sé que su ojos eran claros, que le afilaban la sonrisa unas rubias patillas italianas y que partiéndole la pechera del frac abotonado le descendía del hombro una ancha banda tornasol, concedida por gracia de S. M. el rey Alfonso XII. Su mujer, mi abuela materna, la veo ahora sentada en el jardín, hacia el toque de Ánimas, abanicándose al pie de un jazminero y de una fuente baja donde se abría la flor del jarro. Murió en América del Sur. Mi padre, que entonces se encontraba enfermo en cama, lívido de ictericia, fue llamado con urgencia a casa de mis tíos. Cuando volvíamos los hermanos de pasear por la ribera del vapor en compañía de nuestra madre, nos tropezamos con papá, color de oliva y descompuesto, al doblar una esquina. Era que mi abuela Josefa acababa de fallecer en una finca de sus hijos, a cinco o seis kilómetros de Buenos Aires.

Los abuelos habían sido cosecheros de vinos, grandes burgueses, propietarios de viñas y bodegas, católicos hasta la más estrafalaria locura y la más violenta tiranía. Ellos y otras cuantas familias poderosas eran, aún a principios de este siglo, los verdaderos amos del Puerto. En casa de mis padres o los tíos, a todo lo largo de mi infancia, siempre escuché pesados y vanos comentarios sobre «aquellos tiempos, aquella buena época» de lujo, de largos y anecdóticos viajes a Rusia, Suecia y Dinamarca, países a los que mis abuelos exportaban sus vinos. Hasta hace pocos años, ya color de hoja seca, comidas por la humedad y los ratones, caían a veces, de los muebles más inesperados de mi casa en Madrid, las viejas etiquetas con títulos de oro, encabezadas por medallas que recortaban el retrato de los soberanos suecos y daneses, presididos por el perfil del zar Alejandro II, muerto por los terroristas revolucionarios en las calles petersburguesas. Debajo de las tres efigies se leía la marca: «MERELLO HERMANOS, proveedores de SS. MM. los reyes de...». Y aquí venían los nombres de esos países imaginados por mí durante muchas noches como largas llanuras de nieve deshabitadas y oscuros bosques de abetos. Pero los «buenos tiempos», con sus arpas becquerianas en el ángulo de los salones, con sus lentos y aburridos rosarios a la caída de la tarde, sus abanicos y sofás en forma de lira..., fueron cayendo lentamente en los libros, quedándose sin pulso, arrastrándose fijos, como una rama muerta prolongada hasta hoy en una interminable pesadilla de tíos, tías, primos, primas, tías y tíos segundos, beatos, maniáticos, borrachines, ricos, pobres, terribles.

Como mi padre siempre andaba de viaje por el norte de España, representando no ya los vinos suyos, sino los de otra casa importante del Puerto, y nosotros que aún éramos pequeños vivíamos

con mi madre, puede decirse que comenzó en mi vida el verdadero y tiránico reinado de los tíos. En todas partes me los encontraba. Salían, de improviso, de los lugares más inesperados: de detrás de una roca, cuando, por ejemplo, convertía la clase de aritmética en una alegre mañana pescadora entre el castillo de la Pólvora y Santa Catalina, frente a Cádiz; o tras una pirámide de sal, la tarde que el latín me hacía coger la orilla de los pinos, en dirección a San Fernando. Tíos y tías por el norte, por el este, por el oeste, por el sur de la ciudad y a cualquier hora: al mediodía, a las tres, bajo la violencia de los soles más duros, al doblar una esquina, fijos en el portal menos imaginado; a las ocho, de noche, en el banco de piedra de algún paseo solitario, o hablando solos, de rodillas, en el rincón oscuro de la iglesia más apartada. Fueron ellos los que denunciaron a mi madre que yo tenía una novia, perdida allá en lo alto de un tejado; mis viejas tías, ellas, las que escribieron al rector del elegante colegio jesuita de San Luis Gonzaga, acusándole mi absoluta falta de recogimiento durante la misa diaria del curso; tías y tíos, también, los que celosamente consiguieron mi expulsión fulminante del religioso centro de enseñanza y, con esto, la pérdida total del cuarto año de bachillerato, que ya abandoné definitivamente por la pintura al trasladarse mi familia a Madrid, en el año 1917.

Pero este histérico dominio, este celoso y bien intencionado poder no se me aclara y duele hasta unos años más allá de cuando se adquiere eso que llamamos uso de razón, abierto en mí con los primeros berrenchines y arañazos, ya de orden moral, que algunos padres de la Compañía de Jesús me proporcionan. En la época de la cartilla y el Catón, en el colegio de las Hermanas Carmelitas, el imperio de mis tíos Fernando, Miguel, José María o Guillermo no se me manifiesta. Más autoridad aún que mi madre tenía entonces sobre mí Paca Moy, la vieja sirvienta que había visto nacer a todos los de casa, que tuteaba y hasta regañaba a veces a mis padres, soportando con paciencia de predestinada nuestras insistentes cafrerías.

—*¡Vieja, vieja revieja,*
vieja pelleja!

Todas las tardes, a la salida de las monjas, este grito cruel se lo lanzábamos a coro quince o veinte pequeños energúmenos, compañeros de clase, que yo capitaneaba. Otras veces, haciendo de los delantales capotes taurinos, cercábamos a Paca Moy, y en medio de una estridente algarabía la invitábamos a embestir, tirándole largas y recortes, hasta que la pobre mujer, desesperada, nos ponía en fuga amenazándonos con una piedra. Luego, al llegar a casa cada uno por su lado, ella en su indignación charlando sola, yo temeroso del seguro castigo de mi madre al saberlo, la buena sirvienta se limitaba únicamente a murmurar mientras atravesaba el patio:

—¡Diablo de chiquillo!

A la tarde siguiente, bien las aleluyas insultantes o la corrida de toros volvían a repetirse, cuando no, por cambiar, decorábamos la espalda de la pobre Moy con un gran lárgalo, muñeco recortado en papel de periódico, que ella paseaba por la calle, hasta que a las voces de «¡Lárgalo, lárgalo, lárgalo, que no es tuyo!», berreadas por nosotros desde las esquinas, se quitaba el pañolón, descubriendo y haciendo mil pedazos la poco respetuosa broma. Pero el amor que me tenía la llevaba a perdonar incluso a toda la partida que yo acaudillaba, y a mí, por agradecimiento y cariño, a obedecerla y temerla a veces más que a una vieja espada enfurecida.

El día de mi primera comunión, una mañana lluviosa de marzo, Paca Moy, abriendo una rendija de luz sobre mi cama, me despertó, llena de júbilo:

—Hoy es el día más feliz de tu vida... Vas a recibir al Señor...

—Sí, pero *¿y* las dos onzas de chocolate?

—¿Qué hablas, niño?

—Mi desayuno de todas las mañanas...

—Chocolate con churros te darán después las Carmelitas.

—Yo no quiero el de las monjas; quiero las onzas que me deja mamá todas las noches en la mesilla...

—¡Diablo de niño!

—Nada de diablo. No comulgo si no me las traes.

Ante mi decisión, Paca Moy salió de la alcoba, entre escandalizada y confusa. Al instante, volvió trayendo las dos onzas, envueltas aún en su papel de plata.

—Aquí están; pero ya sabes, niño, que a Dios se le recibe en ayunas.

Mientras la vieja guardaba entre sus manos el chocolate y yo me vestía un ridículo traje azul de marinero, confeccionado sólo para aquella fecha, apareció mi madre, besándome, emocionada:

—Hoy es el día más feliz de tu vida, hijo. Mira qué lazo más precioso te ha bordado tu tía Josefa.

Aquel lazo, entonces, debió parecerme muy bonito, porque recuerdo todavía el aire con que atravesé las calles aún desiertas, camino del convento. Antes de salir, Paca Moy, en un momento de distracción de mi madre, me dio las onzas, que yo partí, guardándolas en los bolsillos de la marinera.

En la iglesia de las Carmelitas la misa era cantada, con una plática preparatoria para los que íbamos a comulgar por primera vez. Éramos pocos. Unos cinco. Yo, quizás, el mayor de todos. Para dar ejemplo a los alumnos más chicos, oímos la misa de rodillas, sin levantar los ojos del devocionario, cayendo a veces en una profunda meditación, que hacíamos más profunda apretándonos la nariz con el libro, hasta casi no poder respirar. La plática, a tono con lo que una inteligencia de cura piensa que un pobre niño en ayunas puede comprender, debía ser larga y llena de necedades, porque empecé a olvidar que aquél era el día más feliz de cuantos me esperaban en el mundo, mientras un aburrimiento mezclado de hambre me hacía bostezar varias veces de manera poco edificante. Mas como por culpa del sermón ya no podía meditar, perdiendo el recurso de cubrir aquel abridero de boca con el devocionario, tuve que escoger un aire de niño impresionado por las palabras del sacerdote, encajando la cara entre las manos y tapándome con los pulgares los oídos. El hambre seguía cosquilleándome, subiéndome de los bolsillos por las mangas un aroma a chocolate verdaderamente satánico. Cuando al cabo de yo no sé qué tiempo el sacerdote terminaba su plática diciendo: «Y ahora, queridos niños, preparaos para recibir al Señor», mi mano izquierda, pretendiendo ignorar lo que ya la derecha acababa de hacer, se disponía a pelar de su papel de plata la segunda onza, cuyo aroma infernal se hacía cada vez más irresistible.

De este sacrilegio, a pesar de los remordimientos que me espantaron el sueño durante muchas noches, no se enteró nadie. Jamás me acusé de él a confesor alguno. No sé si desde entonces he vivido en pecado mortal. A Paca Moy, para tranquilizarla, durante el desayuno que las Carmelitas nos dieron a aquellos cinco niños en el día más feliz de nuestra vida, le regalé la onza restante, diciéndole:

—Para que te la tomes de merienda.

Ella, muy impresionada, me besó, lloriqueando.

De mi infancia en aquel colegio de monjas, recuerdo más que nada un jardín enchinado en el que había un retrete —diminuto lugar conocido por «el cuartito»— adonde la preciosa hermana Jacoba y la finísima hermana Visitación llevaban a los niños más chicos, volviendo ambas muchas veces a la clase rociados de pis los feos zapatos. Aquel jardín con sus cuatro muros de cal, cubierto solamente por un nutridísimo báncigo, a ciertas horas con más gorriones que flores, guarda seguramente el eco de mis primeros juegos, de esos primeros gritos y cantos, ya claros y preciosos en el nacimiento de mi memoria.

Las hermanas carmelitas,

con delantales azules,
se parecen a los cielos
cuando se quitan las nubes.

De muchos azules está llena y hecha mi infancia en aquel Puerto de Santa María. Mas ya los repetí, hasta perder la voz, en las canciones de mis primeros libros. Pero ahora se me resucitan, bañándome de nuevo. Entre aquellos azules de delantales, blusas marineras, cielos, río, bahía, isla, barcas, aires, abrí los ojos y aprendí a leer. Yo no puedo precisar ahora en qué momento las letras se me juntan formando palabras, ni en qué instante estas palabras se asocian y encadenan revelándome un sentido. ¡Cuántas oscuras penas y desvelos, cuántas lágrimas contra el rincón de los castigos, cuántas tristes comidas sin postre siento hoy con espanto que se agolpan en mí desde aquella borrosa mañana del *p-a, pa,* hasta ese difícil y extraordinario día en que los ojos, redondos ante un libro cualquiera, concentran todo el impulso de la sangre en la lengua, haciéndola expeler vertiginosamente, como si la desprendieran de un cable que la imposibilitara, un párrafo seguido: «Salieron los soldados al combate y anduvieron nueve horas sin descansar...»! ¡Día de asombro, hora de maravilla en que el silencio rompe a hablar, del viento salen sílabas, uniéndose en palabras que ruedan de los montes a los valles y, del mar, himnos que se deshacen en arenas y espumas! Pero el niño, aquella misma tarde, llora y no sabe nada, sueña por la noche con inmensas letras panzudas que lo persiguen, pesadas, para emparedarlo o acorralarlo en el rincón de las arañas, grises, gruesas también como las mayúsculas que lo acosan. A la mañana siguiente, como el colegial ya es mayorcito para orinarse en la cama, su madre lo castiga y le riñe, amenazándolo Paca Moy, a la hora de la corrida, con contárselo todo a los demás niños que él tan altivamente capitanea.

¿Cómo era mi madre en esta época lejana? Alta y blanca: muy hermosa. Se llamaba María. Hoy me la represento como a ciertas bellas mujeres italianas vistas en los museos o quizás en películas y revistas que ya no existen.

Mi madre vivía sola casi siempre, porque mi padre, como antes dije, andaba viajando por Madrid, Galicia, San Sebastián, Bilbao..., pasándose, a veces, sin volver por casa hasta más de año y medio. Puedo afirmar que no lo traté ni supe cómo era hasta en los últimos años de su vida, ya trasladados todos a Madrid. Creo que mi madre en este tiempo de mi infancia fue una mujer graciosa, aunque algo triste, seguramente a causa de su juventud en continua separación matrimonial y descenso económico. Hija y hermana de católicos maniáticos, locos beatos andaluces, era natural que buscase consuelo a sus soledades y tristezas en las misas conventuales del Espíritu Santo, los cuchicheos monjiles a través de los recios pinchos de las clausuras, los Jueves Eucarísticos, la Orden Tercera y oraciones al toque de Ánimas por capillas oscuras, a las que solía llevarme. Recuerdo, por visitarla casi todas las tardes, la de Santo Tomás de Villanueva. A ella llegábamos, a través de naves misteriosas, coincidiendo casi siempre con el instante en que el campanero —un hombre amarillento con cara de verdugo guillotinado—, en un ángulo oscuro de la iglesia, manejaba como cuerdas de horca las crujientes de las campanas que hasta la mar durmiéndose mandaban su quejido por las almas en pena. Delante de la verja cerrada del santo, de pie y ambos con la mano en súplica de limosna, mi madre me hacía repetir una oración, de la que hoy sólo recuerdo su principio y los versos finales:

Santo Tomás de Villanueva,
santo querido de Dios,
esa bolsa que en tus manos tienes
el Señor te la envió
para socorrer a tu bienhechor.
Ése soy yo...

Lo que sigue, nunca he logrado reconstruirlo. Pero, en cambio, su precioso final, lleno de finura y de gracia, siempre me ha resonado en el oído, abriéndomelo desde entonces, y sin yo saberlo hasta más tarde, a esa ventana por donde lo popular andaluz, sobre todo, había de entrárseme tan de lleno:

...y por esas olitas de la mar
que van y vienen,
lléname mi casa
de salud y bienes.

Lo bueno y bello de la fe religiosa de mi madre era la parte inocente, popular, de que estaba contaminada. Por eso hoy, en el recuerdo, no me hiere ni ofende, como sí la fea, rígida, sucia y desagradable beatería de otros miembros de mi familia. Como andaluza criada entre patios de cal y jardines, mi madre cultivaba las flores, sabía del injerto y la poda de los rosales, conocía las leyendas mil veces reinventadas de los narcisos, las pasionarias, las anémonas, las siemprevivas...; recordaba por centenares los nombres de las florecillas silvestres, que ella me enseñaba en la práctica cuando los domingos salíamos al campo: la flor del candil, los zapatitos de la Virgen, varitas de San José, rabos de zorra, la palabra del hombre...; le gustaba, durante las noches de agosto, adormecerse junto a los jazmineros y en compañía del canto de un mosquito, gusto éste para mí incomprensible, pero que he comprobado luego en otros andaluces. Era, por todo esto, una mujer rara y delicada, que tanto como a sus santos y sus vírgenes amaba las plantas y las fuentes, las canciones de Schubert, que tocaba al piano, las coplas y romances del sur, que a mí solo me trasmitía quizá por ser el único de la casa que le atrayeran sus cultos y aficiones.

Vivíamos por estos años en una de la calle Santo Domingo, con un patio de losas encarnadas y un gran naranjo en el centro. Tan alto era, que siempre le conocí podadas sus ramas superiores. Así el toldo contra el sol del verano no sufría, al extenderse, sus desgarraduras. El pie del tronco lo abrazaban varios círculos de macetas, todas de aspidistras oscuras y jugosas. Bajo la escalera que arrancaba del patio y subía al primer piso, se agachaba la carbonera, el cuarto lóbrego de los primeros castigos y terrores. Enfrente, pero siempre cerrado, estaba el del Nacimiento, que sólo podía abrirlo unos días antes de Navidad quien guardaba durante todo el año la llave: Federico.

Éste era un hombre del pueblo, un arrumbador de la antigua bodega de mi padre, lleno de imaginación y muy aficionado al contenido de los barriles que él mismo trabajaba y pulía. Cuando se acercaba la Nochebuena, Federico, los ojos bien repicados por el jerez, acudía a casa para llevarnos a los bosques de la orilla del mar en busca del enebro, el pino y el lentisco que luego habían de arborecer los montes y los valles empapelados por su fantasía. También nos acompañaba la Centella, una perrita negra, moruna, nacida el mismo día que yo en el rincón de una alberca sin agua. Aquellos bosques eran del duque de Medinaceli, como muchos palacios y casas del Puerto. ¡El duque de Medinaceli! ¡Qué misterio para nuestra imaginación en pañales!

—¿Quién era ése, Federico?

El arrumbador todo lo sabía. No se callaba nunca.

—Pues el duque de Medinaceli era un señor que él solo, con su espada, hizo así: ¡zas!, y echó a todos los moros del Puerto.

—¿Y adonde los echó? —preguntábamos asombrados.

—¿Adonde iba a ser? Al mar. Toda la bahía está llena de moros. Y el pino aquel tan grande que allí veis, pues, ¡zas!, también lo cortó de un tajo. Y todas las cosas altas que veía las cortaba. Así fueron cayendo las torres, las veletas, las chimeneas, los nidos de los pájaros...

—¿Y por qué no viene ahora con su espada a cortar otra vez ese pino?

—Porque el rey no le deja: lo tiene prisionero en su propio palacio de Madrid.

Guardábamos silencio. Pero volvíamos:

—¿Tú conoces al duque?

—¡Ya lo creo! Hace más de cien años.

—¿Pues cuántos tienes tú, Federico?

—¿Cuántos voy a tener, niños? Cincuenta y siete.

Un nuevo silencio. Pero, al instante:

—¿Y papá, lo conoce?

—No, porque el señor duque no puede ir a Galicia.

—¿Dónde está Galicia?

—Al otro lado del mar. Muy lejos del señor duque.

—Pero papá va por Madrid.

—Al señor duque sólo yo lo conozco. Pero ya ni vendrá más por el Puerto ni me escribirá nunca. El rey lo ha metido en la cárcel...

—¿No dijiste que en su palacio?

—En su palacio, que lo ha convertido en presidio de Ceuta.

Ante lo hermético de esta contestación de Federico, y temerosos de que ya no quisiera responder a otras nuevas preguntas, seguíamos arrancando silenciosamente los romeros y los lentiscos, dividiéndonos al final del trabajo la carga, según los hombros de cada uno.

Volvíamos mi hermana la pequeña, a quien llamábamos Pipi, mi hermana Milagros y yo, agobiados bajo nuestro hacecillo de ramas de Navidad, custodiados por el arrumbador, que nos seguía más despacio, coronada de altos brazos de pino la cabeza, lo mismo que un guerrero shakespeariano de la selva de Birnam. Así pasábamos a la otra banda del río por el puente de San Alejandro y, así, como los hijos del bosque, las calles principales del Puerto hasta llegar a nuestra casa. Claro que sin perder a la Centella, que iba siempre delante.

Por las noches, después de cenar, se construía el Nacimiento. Federico estaba orgulloso de aquel Belén, donde todo era de su invención. No consentía ideas de nadie, ni de mayores ni pequeños, enfadándose de verdad con aquellos que se atrevieran a dárselas. Nuestra ayuda la exigía tan sólo para el acarreo de los pastores y demás figurillas en el instante de irlos sacando de sus cajas; para la colocación de los árboles y matojos adonde él nos fuera indicando; para la distribución de la arena por los campos y los caminos. Para lo otro... ¡Cuidado con las iniciativas! Y aquel teatro compuesto de papeles pegados con engrudo a una armazón de tablas; encrespado de serranías sobre las que una brocha, sumida en albayalde hisopaba desde lejos la nieve; aquella escena donde unos diminutos personajes de barro representaban el misterio de la natividad de Cristo; aquel Belén concebido por Federico, el viejo arrumbador de las bodegas, surgía, al fin, ante nuestro asombro, como una maravilla de gracia, como una delicada y finísima creación del genio popular andaluz.

Mi madre congeniaba mucho con el obrero, pero Paca Moy le temía, porque quitándole el mantón y pintándose la cara con un corcho quemado la imitaba, haciéndonos reír a todos. Así, con bigotes de tizne, sudoroso y siempre algo bebido, reinventaba o improvisaba Federico ante su Belén y al son de la zambomba bailes y villancicos, con los mismos aciertos y desigualdades que un juglar primitivo. Desde entonces recuerdo una canción, cuyo primer verso no comprendí hasta mucho después. Salía de boca del arrumbador, mientras zapateaba ante el portal del recién nacido de barro:

Acuéstate en el pozo,
que vendrás cansado,
y de mí no tengas

penas ni cuidados.

Siempre que a lo largo de mi adolescencia y primeros años juveniles me acudía a la memoria esta estrofilla, no me explicaba bien por qué la Virgen María aconsejaba a su marido San José acostarse en sitio tan peligroso y difícil.

Acuéstate en el pozo...

Por fin, un día, se me aclaró inesperadamente su sentido. Hojeaba yo los *Cantos populares españoles*, de Francisco Rodríguez Marín, deteniéndome en aquella parte dedicada a las coplas y villancicos de Navidad. Allí tropecé, de pronto, al volver una página, con el que Federico reinventaba de manera tan andaluza, disparatada y poética:

Acuéstate, esposo,
que vendrás cansado...

Este «esposo», que era lo normal, lo lógico del villancico, la atropellada e inconsciente repetición del arrumbador gaditano lo convirtió en «en el pozo», transformación inesperada, variante sorprendente, base de la vida fresca y diversa de todo lo popular verdadero. También aprendí entonces un romance del que me impresionó muchísimo la terminación de una palabra:

Más arribüa hay un huerto
y en el huerto un naranjel...

¡Naranjel! ¡Naranjeles! ¡Bellísima variación andaluza que luego, años más tarde, habíamos de emplear tantas veces en nuestras primeras canciones García Lorca y yo!

La Navidad, con sus Nacimientos, ocupa grandes y vagas zonas de mi sueño infantil.

Teníamos un tío-abuelo, hermano de don Agustín, el padre de mi madre, que era una maravilla de locura, de raro saber, inventiva y gracia. ¡El tío Vicente! Nunca me cansaré de recordarle y extraer de él sustancia y materia continuas para mi poesía teatral, ya lírica o dramática.

Se desvelaba gustoso mi tío Vicente por una hija, cuya avanzada soltería fue derivando poco a poco en un extraño amor hacia los santos y los gitanos pobres del barrio de la Rosa. Para mi tía Josefa y sus desharrapados discípulos, pues ella gratuitamente y por caridad les había abierto una escuela en un cuartucho bajo de su propia casa, fabricaba su padre todos los años un Belén, con seguridad el más raro y sorprendente de cuantos para aquella fecha se ponían en el Puerto. Él mismo, con sus dedos amarillos y chatos, modelaba en barro, que luego endurecía al sol de la azotea, los pastores y los rebaños, la Sagrada Familia y Magos del Oriente, de igual manera que el país para la representación del Misterio. Tanto yo como Paquillo, el hijo del cochero, mis hermanos y primos le ayudábamos a teñir con colores de óleo diluidos en aguarrás las extrañas y prehistóricas figuras que iban saliendo de sus manos. Recuerdo que, de pronto, en una de aquellas tardes de trabajo, y aprovechando una ausencia momentánea del tío, me atreví a modelar un camello, que le mostré tímidamente. No debió parecerle muy mal, porque aquella misma noche figuró, junto a los otros de los Reyes fabricados por él, camino del establo del niño Dios recién nacido.

Aquel Nacimiento de mi tío-abuelo difería totalmente del de Federico. En el de éste, los lentiscos, los pinos, los ríos ya regados por un agua auténtica o simulada con cristales, los astros rutilantes de papel de bombones, las nieves de albayalde o algodón en rama, lo encendían de una cálida e íntima atmósfera poética, de la que aún hoy me acuerdo con nostalgia. En cambio, en el del

tío Vicente todo era arisco y helador; duro como un planeta petrificado. Por sus torpones ríos y arroyuelos sólo rodaban barrizales, y los árboles y las plantas que subían sus montes eran desabridos y pálidos, igual que los fingidos cereales que separadamente enlodaban los cuaternarios huertos abrazados de sendas. ¡Triste Belén de arcilla, de fango endurecido por un sol violento! ¡Desagradable tinglado de Navidad, que los gitanos contemplaban durante varias noches, impasibles sus ojazos oscuros!

Vivía mi tío Vicente en una casa, sorda y en mal estado, de la calle Fernán Caballero. Cada vez la familia habitaba menos espacio. Los derrumbos y las grietas que iban abriéndose, hacían que poco a poco fuera retirándose, hasta llegar a ocupar en esta época de la que ahora hablo un feo comedor con salida a una gran azotea, dos o tres alcobas y un pasillo. Lo demás, la sala y otros cuartos donde antes vivieran varios sobrinos de mi tío que habían ido casándose, eran montes de escombros por los que se podía descender a una negra bodega, sólo guarida ya de terribles arañas. ¡Casa lóbrega y misteriosa, llena de miedos, a la que nunca nos atrevíamos a ir solos, sino en compañía de mamá o aprovechando la visita de alguien mayor que nos ayudara a subir nuestro pánico por su escalera oscura, crujiente de arenilla desprendida del techo! Aquella vivienda, como la familia que la habitaba, se iba viniendo abajo todos los días un poco, hasta llegar a la mayor ruina. Cuando hacia 1919, ausente ya tres años del Puerto, volví a pasar en él una breve temporada, la vieja casa del tío Vicente era ya un solo muro, cuyas ventanas se abrían al firmamento. Entonces refresqué detalles de aquel hombre, para mí extraordinario, de tan noble figura y espíritu tan loco. Ante aquellas pavesas de su pasado se me llenaron los ojos de su sombra. Retazos de recuerdos e historias de su vida, que él mismo nos contara al atardecer jugando con un eterno loro, me resonaron en los oídos. Mi tío Vicente atravesaba Europa en diligencia, camino de Rusia.

—Entonces, niños, como en la sierra Morena de Córdoba, había por el mundo muchos bandoleros. Yo iba, para asuntos de vinos, a la corte del zar. Después de recorrer España, Francia y Alemania, cambiando mil veces de mulas y caballos en las casas de postas, llegué a la primera posada polaca. Polonia ya es un país de Rusia, muy lejano. Era invierno. Al amanecer, tenía que continuar el viaje. Después de la cena, el posadero me acompañó a mi cuarto, rogándole yo me despertara una media hora antes de salir la diligencia. Estaba muy cansado. Pero, al destapar el lecho donde había de acostarme, pude observar con asco, a la luz de las velas, lo sucio y roto de sus sábanas. Me dispuse entonces a dormir en un butacón medio desfondado de uno de los rincones. Tan incómodo era, que a pesar de encontrarme rendido no conseguía el sueño, aunque cerré los ojos para llamarlo. En este fatigoso estado de vigilia, oigo un ruido extraño sobre mí, como de algo que se rasga, pero sin poder precisar dónde. Abro los ojos. Uno de los cabos de vela, que por olvido aún ardía, lanzaba un tembloroso resplandor sobre la cama. De pronto, una cosa que cae hacia el centro de ella, desapareciendo silenciosamente, y otra que vuelve a caer sobre la almohada, resbalando. No podía comprender qué era. Acerqué la bujía. ¡Horror! —(Mi tío hablaba como en las novelas románticas.)— Dos grandes puñales. El primero, clavado hasta la empuñadura en el edredón, y el segundo, tendido como una cruz entre la almohada y el embozo; es decir, éste lanzado al corazón, y el otro al bajo vientre. Entre salves y demás oraciones a nuestra patrona de los Milagros por haberme librado de aquel crimen, pasé el resto de la noche, hasta que antes de la aurora dejé la habitación, sin esperar al toque del posadero, a quien pagué mi estancia amablemente, como si nada hubiese sucedido. Tan sólo, en el instante de arrancar el trineo camino de Varsovia, me atreví a hacerle esta recomendación: «Cuide, amigo, de que a la vuelta estén las sábanas más limpias». Y desaparecí, dejándole espantado en medio de la nieve.

Tío Vicente sabía muchos idiomas, incluso el árabe y el hebreo. Él intentó enseñarme inglés, proporcionándome por texto una gramática dividida en cuarenta lecciones que desarrollaban la historia del sultán Mohamed. Este sultán, según recuerdo, quería aprender de su visir, pues lo entendía, el maravilloso lenguaje de los pájaros. Aún hoy, a mis treinta y seis años, puedo repetir de memoria los siete u ocho primeros capítulos de aquel libro: «We are told that the Sultán Mamuth...».

En medio de estas clases, me hablaba mi tío de cosas impropias para mi edad, cuya intención y significado no alcancé hasta más tarde. Era enemigo acérrimo de Voltaire, a quien calificaba furiosamente de «impío»; vivía obsesionado con los masones, de los que me contaba infernales crímenes y sacrilegios; pero el hombre que más le repugnaba era Emilio Zola. Con cierta complacencia me recalcó un día la muerte de este gran escritor:

—Atufado por un brasero; entre su propia mierda, como había vivido. Todas sus asquerosas noveluchas están en el índice. Prohibidas. Así que ya lo sabes para cuando te tropieces con ellas.

(¡Pobre tío ingenuo y fanático! Ahora te imagino, en esta noche llovida de guerra, muerto de frío por los espacios celestes, nimbado de tus pájaros y en un hombro aquel viejo loro real que tanto te quería. Llevas miedo. Si miras a la tierra española, esa que cuando joven cruzaste tantas veces en diligencia, la ves llena de resplandores, la escuchas llena de estampidos, toda abierta de inmensos hoyos resonantes de sangre. Tal vez Zola y Voltaire te vayan persiguiendo, latentes en sus labios irónicos ciertas rudas preguntas, que tú temes oír y esquivas aligerando el paso por los aires. También yo quisiera decirte algo, tío: ¡Eh! ¿No me oyes? ¿Te tapas los oídos? Es tu sobrino quien te grita. Desde Madrid. ¿No bajas? ¿Vas acaso camino de Cádiz, de Sevilla o de Burgos? (Esta noche ha caído Barcelona.) ¿Te alejas? ¡No me quieres ni ver! ¡Te avergüenzas de mí, tío! ¡Mi pobre tío! ¡Adiós! Voltaire y Zola me comprenden.)

Como se va viendo, lo que más preocupaba a toda mi familia era nuestra educación religiosa, nuestra formación en los principios más rígidos de la fe católica con todas sus molestísimas consecuencias. Preferían mis padres, tíos y demás parientes un buen recitado, sin tropiezo, de la Salve o el Señor mío Jesucristo a una mediana demostración de lectura o escritura, cosas que posponían a las de la salvación del alma. Así, mi tío Javier, por ejemplo, a sus veintitantos años de edad conocía a la perfección todas las obligaciones del cristiano, mas durante la misa tomaba el devocionario del revés, frunciendo con recogido sufrimiento la frente analfabeta. De todos aquellos colegios andaluces, tanto de los de primera como de segunda enseñanza, se salía solamente con la cabeza loca de padrenuestros, pláticas terroríficas, y con tal cúmulo de faltas ortográficas e ignorancias tan grandes, que yo, aún a los veinte años, después de cinco ya en Madrid, me sonrojaba de vergüenza ante el saber elemental de un chiquito de once, alumno del Instituto Escuela o cualquier otro centro docente. ¡Lamentables generaciones españolas salidas de tanta podredumbre, incubadas en tan mediocres y sucias guaridas! Aunque en la actualidad deteste y odie el imbécil alarde antirreligioso, si no peor en su extremo, por lo menos tan desagradable e inculto como el del más cerril de los beatos, quiero consignar una vez más en mi obra la repugnancia que siento por ese último espíritu católico español, reaccionario, salvaje, que nos entenebreció desde niños los azules del cielo, echándonos cien capas de ceniza, bajo cuya negrura se han asfixiado tantas inteligencias verdaderas. ¡Cuántos brazos y angustiados pulmones hemos visto luchando fiera y desesperadamente por subir de esas simas, sin alcanzar al fin ni un momentáneo puñado de sol! ¡Cuánta familia hundida! ¡Horrible herencia de escombros y naufragios! Los seres más queridos de mi infancia y años juveniles flotan por el fondo de esas tristes pavesas, perdidos para siempre, muerta ya en mí la esperanza de verlos algún día, firmes, sobre la luz. Por esos mares de desgracia ruedan, como ahogados vivientes, mis hermanos y hermanas, mis primos, multitud de lejanos amigos de colegio y, lo más doloroso, maestros admirados, compañeros de generación literaria, gentes de las que aún siento en mí su eco, de las que aún me reconozco retazos de sus voces y ademanes. No ha sido peor el final de un Ortega y Gasset, un Pérez de Ayala, antiguos alumnos de los jesuitas, que el de la loca de mi tía Josefa o cualquier primo mío cedista o falangista, viejos discípulos también de la Compañía de Jesús, tan admiradora de Franco. ¡Triste descenso de los astros, de ciertas lumbres que creíamos estrellas, bajadas hoy vertiginosamente a la boca de los retretes, desapareciendo al fin, entre barboteos de agua y golpes de cadenas, en los más merecidos pozos negros!

...Pero yo era ya todo un hombre para andar mezclado entre las niñas y hacer que la bella hermana Jacoba y la alegre Visitación me llevasen al «cuartito», bajándome los pantalones para el pis u otras cosas más feas. Por eso mi madre me mandó al colegio de doña Concha, de la que recuerdo más que nada su odio a las Carmelitas y demás escuelas de párvulos, por considerar esta vieja señora, muy económicamente pensando, que todos los niños del Puerto debían ser sus alumnos. Con doña Concha aprendí algo de Historia Sagrada, impresionándome mucho la de José, vendido por sus hermanos a los mercaderes de Egipto; algo de suma y multiplicación; nada de división y resta, llegando a pronunciar el catecismo de Ripalda con un cortante acento casi vallisoletano, tan difícil para un niño andaluz. Porque la mayor crítica que mi nueva maestra dirigía a las monjitas era eso: la falta de buena dicción en todos aquellos inocentes que salían de sus azules delantales. ¿Para qué, entonces, lo ordenaba la Doctrina en su primer capítulo? ¿Para mofarse de ello?

...Bien pronunciado
creído y obrado,
digámoslo así:
Padre nuestro, etc., etc.

—¡Bien pronunciado! ¡Bien pronunciado! ¿Lo oyes? —me reprendía, antipática—. Si el Catecismo así lo exige, ¿por qué precisamente unas religiosas consienten esas *eses* donde suenan las *zedas* o las *ees;* esas *uves* donde las *bes* de burro son tan grandes como tus orejas?

Mientras la niña lavaba,
a la abuela se le caía la baba.

Esto —continuaba la horrible profesora—, tan fácil para cualquier discípulo mío, nunca podrá pronunciarlo como se debe ninguna de las Carmelitas.

Y era verdad, aunque no teníamos la culpa. Se nos hacía a otros niños y a mí, acostumbrados a la libre pronunciación andaluza, tan ridículo todo aquello, que era cómico y triste oírnos leer en voz alta, ante la imponencia algo bigotuda de doña Concha, cualquier pasaje de la Historia Sagrada o alguna de esas fabulillas idiotas que nos hincharon de paperas nuestra fresca imaginación infantil:

Jugando Pepe en la huerta
con su hermanito Lisardo,
cogió del suelo un erizo
que se cayó del castaño...

Doña Concha, enfundada en una bata verde pitárriga, herencia de su querida madrina, anciana ya difunta que presidía el colegio desde la altura de un horrible retrato, me observaba durante las horas de silencio con una grisura especial en los ojos, que yo era incapaz de resistir. Otras veces se me venía flechada, de pronto, a fin de sorprenderme esos aburridos dibujos, obra de la melancolía infantil en las márgenes blancas de los textos. Era molesta y seca conmigo en casi todo instante, proviniendo quizás esta conducta de su odio a las monjas o de una pequeña rebaja en la mensualidad establecida para todos los educandos, concedida a mi familia en honor a su descendente estado económico. Consecuencias de aquella atmósfera de inferioridad y antipatía: un verdadero pánico a la maestra, una agradable falta de interés por todo aquello que favoreciera mi cultura, y cierta triste rabia sorda, mezclada de admiración y envidia a mis primos hermanos,

discípulos también de doña Concha, pero preferidos de ella por sus fincas y un magnífico coche de brillantes caballos, dispuesto a pasearla todas las tardes, a la salida del colegio, después de las bien pronunciadas lecciones.

Contra aquella fea mujer aplicaba yo mentalmente, siempre que la veía e incluso en los momentos de papagayear el rosario, un raro trabalenguas, escogido de entre los muchos oídos a mi madre y que —hoy mismo sigo comprobando su justeza— la retrataba graciosamente:

Doña Dírriga, Barriga, Dórriga,
trompa pitárriga,
tiene unos guantes
de pellejo de zírriga, zárriga, zórriga,
trompa pitárriga,
le vienen grandes.

Doña Concha, seguramente, no tenía guantes de aquella zórriga piel ni quizás de ninguna otra; pero el tan divertido nombre de Dírriga o Dárriga, y sobre todo cuando le tocaba aparecer emplumada en su coleadora bata verde, era el único con que podían vengarse mi tristeza y mi rabia de ex-alumno de las Carmelitas secretamente ofendido.

Menos mal que, al volver a casa por las tardes, Pepilla la lavandera me sacaba la «cuca» y, atándomela con un hilo, se divertía paseándome por todo el lavadero, blanco de espuma de jabón, entre montañas de ropa recién lavada, olorosa a lejía.

¡Pitárriga! ¡Pitárriga! Verde metálico y extraño, que no olvidé ya nunca.

Luego, mi madre, para continuar mi educación religiosa, me mandó al colegio de San Luis Gonzaga, de la Compañía de Jesús.

Tendría yo entonces poco más de diez años.

II

CON MOTIVO DE no sé qué suceso revolucionario —masónico, según mi tío-abuelo—, ocurrido en España a mediados del siglo XIX, los jesuítas del Puerto tuvieron que escapar momentáneamente de su recién fundado colegio, refugiándose muchos en las casas más ricas de la capital gaditana y pueblos de su bahía. Mi familia fue de las más gustosas en recibir gran número de aquellos listísimos y temerosos padres, cuyos no menos aprovechados descendientes habrían de ser rodando el tiempo mis fríos y hasta crueles profesores. En agradecimiento a aquella labor encubridora de los ricos, decidieron abrir los S. J., tan sólo para los muchachos portuenses, un externado gratuito, que fue adonde me llevó mi madre y donde tuve que soportar, junto a ocios y rabonas reveladores, humillaciones y amarguras que hoy todavía me escuecen.

El colegio de San Luis Gonzaga era muy hermoso. A su enorme extensión y cabida de alumnos debía el ser conocido en toda España por «el colegio grande», así como el madrileño de Chamartín de la Rosa había logrado su distinción de «el gran colegio» por la calidad aristocrática de muchos de sus educandos. Reveladora diferenciación, muy dentro del espíritu de la Compañía.

La situación de aquel del Puerto, ya en las afueras de la ciudad, era maravillosa. Se hallaba limitado: por la vieja plaza de San Francisco, con sus magnolios y araucanos, próxima a la de toros, que nos mandaba en los domingos de primavera, a los alumnos castigados, el son de sus clarines; por una calle larga de bodegas, con salida a un ejido donde pastaban las vacas y becerros que despertaron en mí y otros muchachos esperanzas taurinas; y por el primoroso mar de Cádiz, cuyo movimiento de gaviotas y barcos seguíamos, a través de eucaliptos y palmeras, desde las ventanas occidentales del edificio, en las horas de estudio.

La primera mañana de mi ingreso en aquel palacio de los jesuítas se me ha extraviado; pero, como todas fueron más o menos iguales, puedo decir que llegaba siempre casi dormido, pues las seis y media, noche cerrada en el invierno, no es una hora muy agradable de oír misa, comulgar y abrir luego, todavía en ayunas, un libro de aritmética.

El primer año, no recuerdo si por timidez o demasiada inocencia, fui un alumno casi modelo: puntual, estudioso, devoto, lleno de respeto para mis condiscípulos y profesores. En la proclamación de dignidades del curso salí nombrado segundo jefe de fila. Conocida es la organización de tipo militar que impera en los colegios S. J.: la misma para todos, con pequeñas variantes. El nuestro se componía de cuatro divisiones. A cada una de las tres primeras correspondían dos años de bachillerato, perteneciendo a la cuarta los alumnos de instrucción primaria y los párvulos. El externado formaba una división aparte, separada su sala de estudio. Nuestro contacto con los internos era sólo a las horas de clase, que celebrábamos conjuntamente. La máxima dignidad del colegio era la de príncipe; la mínima, la de segundo jefe de fila. El principado, por lo general, lo alcanzaba únicamente algún hijo de aristócrata, cacique o propietario ricos, gente que siempre pudiera favorecer, de una manera u otra, a la Compañía. Los externos, debido sin duda a nuestra convenida condición de inferiores, no podíamos aspirar nunca a aquella dignidad; se nos permitía sólo conseguir los grados de brigadier, cuestor de pobres, edil y jefe de fila. El uniforme, que en los internos era azul oscuro, galoneados de oro los pantalones y la gorra, consistía para nosotros en nuestro simple traje de paisano. Las dignidades, como en el ejército, usaban estrellas y sunchos en las bocamangas; pero nuestras categorías las marcaban distintos medallones, verdaderos colgajos, horrorosos aún más sobre las democráticas chaquetas. Los diplomas que conquistábamos,

ya por una buena aplicación o buen comportamiento, eran de mala cartulina, medio borrosos nuestros nombres escritos a máquina, y no de pergamino dibujado de hermosas letras góticas como los que ganaban con evidente facilidad los internos. Estas grandes y pequeñas diferencias nos dolían muchísimo, barrenando en nosotros, según íbamos creciendo en sensibilidad y razón, un odio que hoy sólo encuentro comparable a ese que los obreros sienten por sus patronos: es decir, un odio de clase.

Este primer año pertenecí también —otro mérito— a la congregación de San Estanislao de Kostka, un santito S. J. que, a juzgar por su aspecto en estampitas y esculturas, debía ser bastante tonto. Él, con san Luis Gonzaga y san Juan Bergman, constituyen la joven trinidad angélica de la Compañía. A seguir el ejemplo de estos tres pálidos adolescentes se nos incitaba en toda plática o sermón. Muchos simpatizábamos más con san Luis. Azucena castísima, la figura del esbelto Gonzaga, patrón del colegio, despertaba en nosotros cierta mezcla de admiración y oscuro sentimiento, muy explicable en aquella edad de precoces deseos ambiguos. Ahora no puedo prescindir de enmarcar a cada una de estas tres virtudes sensitivas en sus horrendas capillitas ojivales barnizadas de claro, fulgurantes los filos de mala purpurina, esa que con el tiempo se va poniendo de un verdoso ocre, cayéndose al final.

Mi educación religiosa corresponde, no ya a la gran época de los altares y cornucopias dorados a fuego, sino a la decadente y lamentable de los oros fingidos, de los resplandores engañosos, de los Sagrados Corazones fabricados en serie y esos necios milagros productivos de una Virgen de Lourdes o un Cristo de Limpias.

He aquí, a base de diversos ejemplos, una tristísima y reveladora escala descendente del espíritu creador cristiano, luego católico, de cuyo último peldaño jesuítico pude bajar a pie, escapándome:

De las sencillas Bienaventuranzas y el ¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!, al descarado y partidista «Reinaré en España y más que en todo el resto del mundo».

Del angustioso, lento y celestial gregoriano, a las cretinas palabras de la Marcha Real española, (*La virgen María es nuestra salvadora, nuestra bienhechora. No hay nada que temer. ¡Guerra al mundo, demonio y carne, guerra, guerra, guerra contra Lucifer!* típico producto de la última poética S. J.

De los Autos Sacramentales, de Calderón, al *Divino impaciente,* de Pemán, pasando por el oportunismo económico-místico de Eduardo Marquina.

Del monasterio del Escorial, a la mamarrachesca y nunca terminada Almudena de Madrid o cualquiera de los últimos templos S. J. de España.

De san Ignacio de Loyola y los padres Mariana, Gracián, Suárez, etc., al reverendo padre Laburu, propagandista político-taurino por cines y teatros anteriores al 14 de abril.

De los granates, amatistas, esmeraldas, topacios y perlas verdaderos de los mantos sagrados, a la bisutería de bazar —¡oh mortecinos culos de vaso!— más pobretona y cursi.

De los desvelados imagineros españoles, a las industriales fabricaciones del aburguesado, relamido y standard Sacre Coeur con su rabioso corazón colorado sobre la camiseta.

De la fe con grandeza, llena de truenos y relámpagos, a la más baja hipocresía y explotación más miserable.

Resumiendo: del oro puro de las estrellas, a la más pura caca moribunda.

De esta humana materia rebosaba el alma de la Compañía de Jesús cuando yo ingresé en el colegio del Puerto. Allí sufrí, rabié, odié, amé, me divertí y no aprendí casi nada durante cerca de cuatro años de externado.

¿Quiénes fueron mis profesores, mis iniciadores en las matemáticas, el latín, la historia, etc.? Quiero dejar un índice, no sólo de aquellos padres y hermanos que intervinieron en mi enseñanza,

sino también de aquellos que ocupando otros puestos en el colegio entreví por los corredores o entre los árboles de la huerta, no tratándolos casi.

El padre Márquez, profesor de Religión, al que llamábamos, seguramente por su sabiduría, «la burra de Balaán».

El padre Salaverri, profesor de Latín, un peruano con cara de idolillo, quien por sus arrebatados colores había recibido de uno de sus alumnos, el sevillano Jorge Parladé, un sobrenombre algo denigrante: el de «Enriqueta la Colorada», popular prostituta trianera.

El padre Madrid, profesor de Nociones de Aritmética y Geometría, pálido y muy perdido en el amor de sus discípulos.

El padre Risco, profesor de Geografía de España, ñoñísimo poeta y autor, además, de estupidísimas narraciones edificantes.

El padre Romero, profesor de Historia de España, también amoroso de sus alumnos. (Tal bofetada me pegó una vez este padre, que aún hoy, si lo encontrara, se la devolvería gustoso.)

El padre Aguilar, hermano de yo no sé qué conde de Aguilar, andaluz, jesuíta simpático y comprensivo, hombre de mundo, suave en sus castigos y reprimendas.

El padre La Torre, profesor de Álgebra y Trigonometría, agraciado con el mote de padre «Buchitos», a causa de sus inflados carrillos desagradables.

El padre Hurtado, profesor de Química, cenicientos de caspa los picudos hombros de vieja escoba revestida.

El padre Ropero, profesor de Historia Natural, semiloco, saltándole, de pronto, del pañuelo, al sonarse, mínimas y electrizadas lagartijas, cogidas en el sol de la huerta.

El padre Zamarripa, rector del colegio, máxima autoridad, vasco rojizo, larguirucho y helado, cortante y temible como una espada negra, aparecida siempre en los momentos menos deseables.

El padre Lirola, padre espiritual, sentimentalón e inocente, estrujando más de lo necesario contra su corazón dolorido, y en la soledad de su cuarto cerrado, a las alumnas almas descarriadas.

El padre Ayala, prefecto, sucio, casposos también los hombros recargados, surgida sombra vigiladora en sordos pasos de franela.

El padre Fernández, presumido, elegante, lustroso, quizás el único jesuita que recuerde peinado a raya. Se distinguió, durante los dos años que tuvo bajo su tutela la división de los externos, por su bondad hacia mí e inesperada delicadeza ante nuestra situación de alumnos gratuitos.

El padre Andrés, desgraciado mártir de nuestras atrocidades y cafrerías. Segundo tutelar del externado.

El padre Lambertini, italiano, fino, enfermo, buen hombre, confesor mío, pero siempre oloroso, durante el desahogo de mis pecados, a café con leche del desayuno.

El hermano «Legumbres», llamado así por enviarnos continuamente y sin motivos justificados a comernos su mote. (Los alumnos de tercer año sabíamos, y lo comentábamos secretamente, que este hermano se masturbaba al sol contra un apartado eucalipto de la huerta.)

Recuerdo también al hermano enfermero, al hermano portero, al hortelano y otros que sólo conocí de vista, no hablando con ellos nunca.

De los compañeros que comenzaron conmigo el bachillerato y lo continuaban todavía el mismo año que yo lo abandoné por trasladarse mi familia a Madrid, me acuerdo sólo de muy pocos. Escasa huella debieron dejar en mí, cuando hoy apenas si sus nombres me suenan en la memoria. Sin embargo, de los internos, por su antipatía y provinciana vanidad, puedo representarme ahora a Jorge y Enrique Parladé, sevillanos, hijos de ganaderos, muy queridos y halagados de los jesuítas, injustamente favorecidos en clase, no pasando de ser un buen par de burros andaluces; a Galnares Sagastizábal, otro sevillano, raquítico y ya engominado el pelo, pero bien dispuesto para las

matemáticas; a Guzmán, emperador romano o cartaginés en la clase de latín; a Claudio Gómez, un cordobés, agrio y oscuro, con cara de rifeño, hijo de no sé qué cacique de Montero o Pozoblanco; a José Ignacio Merello, primo hermano y condiscípulo mío en el colegio de doña Concha, pero que al ingresar interno en el de San Luis Gonzaga noté en él cierto mal disimulado desvío subrayado de orgullo, muy ofensivo y triste para mí, tan amigo suyo de juegos y travesuras por los patios sombríos de las bodegas; a Eduardo Llosent, siempre con camisas flamantes y corbatas deslumbradoras; a Sánchez Dalp, a Ponce de León, a Pemartín, a Osborne, a Estrada, etc., hijos todos de grandes cosecheros de vinos o terratenientes, futuros propietarios de ilimitadas extensiones de viñedos, olivares...

De los externos, o sea del proletariado escolar, me acuerdo de los hermanos Bootello, algo mejor tratados que los demás por ser su padre jefe de la estación del Puerto y obtener los S. J., mediante su influencia como empleado en la Compañía de Ferrocarriles, no sé qué rebaja durante los exámenes de junio, época en que los alumnos de San Luis Gonzaga ocupábamos diariamente los trenes que iban a Jerez por depender nuestra ciudad de aquel instituto; a José Murciano, que murió una tarde de marzo y fuimos todos con el padre Fernández a darle tierra en un cementerio de las afueras, camino a Sanlúcar; a Gutiérrez, un gitano bronco y atravesado, no muy envanecido de su padre, albéitar y herrador; a Cantillo, pequeño y siempre helado, con un cuello redondo de almidón y una chalina rosa, hijo del teniente de la guardia civil; a Porreyro, de cuya madre se decía ser una prostituta de la calle Jardines; a Juan Guilloto, hijo de una esbelta y fina mujer llamada Milagros, no sé si costurera alguna vez en nuestra casa.

Este Guilloto, algo más chico que yo, ha venido, después de veinte años, a convertirse en el compañero mío de colegio más digno, más extraordinario, borrándome casi del sentimiento y la memoria a esos otros que sólo son ya un nombre, un rasgo o una mínima anécdota.

Era en Madrid y por los grandes días heroicos de noviembre de 1936. El Quinto Regimiento me había llamado una lluviosa tarde bombardeada para recitar por su emisora unos romances y poemas míos sobre la defensa de la capital. En el recibimiento de aquel palacete conquistado me paró, de pronto, cuando ya me marchaba, un jefe de milicias, un joven comandante.

—Yo te conozco mucho a ti —me dijo, con acento andaluz, dejándome una dura mano sobre el hombro—. Soy Modesto.

—¡Modesto! ¿Quién no te conoce de oídas? Pero yo te veo por primera vez.

—Es que mi verdadero nombre es Juan Guilloto. Del Puerto. Hemos estado juntos en el colegio de los jesuitas.

Le di un abrazo, lleno de orgullo.

—¡Si lo supiera el padre Andrés! Seguro que en el Puerto no sospechan nada.

—Ni siquiera mis padres. La prensa facciosa se mete mucho conmigo: me llama jefe de partida, forajido, ruso... ¡Y no saben que soy un tonelero de la provincia de Cádiz!

Pasamos a un saloncillo, donde nos sirvieron coñac. ¡Qué enorme alegría aquella sorpresa! Sentía la honrada vanidad, el digno orgullo de quien descubre algo que ya sabe ha de darle prestigio en el tiempo; porque aquel muchacho andaluz era un héroe, y yo me lo representaba de niño, de amigo de mi infancia, adquiriendo de pronto esta lejanía una grata presencia, iluminadora de conjuntos paisajes olvidados.

¿Qué verdadero niño andaluz no ha soñado alguna vez en ser torero? Daba la espalda del colegio a un gran ejido de retamas, adonde iban a pastar las vacas y torillos de mi tío José Luis de la Cuesta. A los once años de edad, y sobre todo cuando se alimentan ilusiones taurinas, se es ya todo un valiente. íbamos unos cuantos, a la hora del latín o las matemáticas —Luis Bootello, José Antonio Benvenuti, Aranda...—, alumnos del segundo y tercero de bachillerato, dispuestos a apartar un becerrillo o lo primero que se nos arrancara. Juan Guilloto, aunque menor, nos acompañaba algunas veces; también, de cuando en cuando, se nos añadía un gitano apodado «la Negrita», algo

mayor que nosotros y que contaba con nuestra admiración por haberse tirado al ruedo en una novillada y terminado en la cárcel.

Llegaba el momento de separar la fiera. Pero los zagales vigilaban. Había, por lo menos, que distraerlos o eliminarlos de su custodia. Momento peligroso. Los imberbes toreros nos íbamos acercando separadamente al ganado, con los bolsillos cargados de piedras y una reserva de municiones que Juan Guilloto iba recogiendo en su gorra y amontonando tras las prudenciales retamas. Como señal de ataque sonaba un silbido. Y, antes que los guardianes pudieran defenderse, la pedrea diluviaba sobre sus desprevenidas cabezas, obligándoles a correr o a tirarse por tierra para no morir descalabrados y evitar de este modo la respuesta de sus hondas de pita. Mientras el combate, el que podía apartaba el becerro, que a veces se convertía en espantosa vaca, astada locomotora que nos largaba en fuga, viéndonos envuelta la retirada en el despavorido ganado y un torrente de piedras e insultos. Cuando la corrida podía verificarse, consistía entonces en unos desordenados chaquetazos, varios revolcones con pateaduras, traducidos luego en indisimulables agujetas y negros cardenales. Aquellos golpes y magalladuras, a pesar del callado dolor que nos causaban, eran nuestro orgullo. Pensábamos en las grandes cornadas de los famosos matadores, recibidas entre un delirio de abanicos y aplausos por los ruedos inmensos. Y luego, las conversaciones ilusas, los entusiastas comentarios. En ellos figuraban con insistencia «la enfermería oscura de las plazas, el yodoformo, el paquete intestinal, la gangrena, la rotura de femoral o la muerte instantánea por choc (¡!)», palabras éstas aprendidas de los revisteros taurinos, pronunciadas a veces con más terror que valentía por el misterio que encerraban aún para unos incipientes y vagos estudiantes como nosotros.

—Estas conversaciones —me recuerda Modesto— solíamos celebrarlas entre un hartón de higos chumbos o almendras verdes robadas en los huertos, de los que preferíamos sobre todo el de tu tío José Luis. Siempre este pobre tío tuyo era el más perjudicado...

—Como que un día le toreamos una vaca preñada, haciéndola abortar, yéndose entonces, furioso y con razón, a quejar a mi madre, quien me acusó al padre Ayala, poniendo en un grave peligro mi vocación taurina.

—También —continúa recordando Modesto— robó una vez «la Negrita» a tu tío un montón de cebollas y tomates...

—...que me restregó contra una paletilla, dejándomela como ensalada, para aliviarme del ensañamiento que puso en su pateadura aquel becerro colorado.

¡Época extraordinaria, en la que ingenua y seriamente soñábamos con un porvenir lleno de tardes gloriosas, fotografiados en revistas, viendo popularizada nuestra gallarda efigie en las cajas de fósforos!

—Pero quizás tú no sepas, Modesto, cómo acabaron mis pretensiones toreras. Tú conocías muy bien a Manolillo el barbero, el de la calle Luna, gran aficionado. A él se le ocurrió, una de las veces que me trasquilaba, dejarme la coleta. De sus manos salí aquel día con un pico de pelo, que me asomaba bajo la coronilla como la nariz de un gran garbanzo. Al principio no se notaba, y sólo se lo confesé, mostrándoselo con orgullo, a Benvenuti, que era quien más en serio pensaba convertirse en matador de toros. A los dos meses, aquello había crecido demasiado, obligándome a quitarme apenas la gorra y a tapármelo en clase con la mano, adquiriendo así una forzada postura de alumno pensativo bastante sospechosa. Pero al fin llegó el día en que mi secreto lo iba siendo a voces. Un hermano mío lo sabía y hasta algunos pequeños de instrucción primaria, a quienes de cuando en cuando yo les dejaba tocar aquel rabillo trenzado, imposible ya de esconder y sujetar entre el resto del pelo, a distinto nivel. Y llegó la denuncia. Fue en clase de francés. Un interno que tenía detrás. Descuido mío. Una imprudencia de la mano que me servía de tapadera. El interno (no recuerdo su nombre) tuvo que descubrirlo. Era demasiado notorio, demasiado indecente aquel colgajo. ¡Horror! Una carcajada.

»—¿Qué significa eso?

»—Mire, padre Aguilar.

»Éste se levantó, severo, interrogante, pero sin descender del estrado.

»—Explique los motivos de esa risa.

»—¡La coleta de Alberti! ¡Mire, mire!

»Gran escándalo. La clase entera, de pie. Y la mirada del padre Aguilar, dura, como un estoque, entrándome en el alma. La vergüenza creo que me hizo enrojecer hasta las raíces del amenazado símbolo taurómaco, que yo trataba de ocultar aún entre mis dedos temblorosos.

»—¡Silencio! —ordenó el profesor de lengua francesa.

»Entonces, Benvenuti, que se hallaba sentado junto a mí, sacando un cortaplumas desafilado, mohoso, de esos que anuncian el coñac Domecq, me la cortó de un terrible tirón inolvidable, lanzándola sobre la mesa del padre Aguilar, quien con un irreprimible gesto de asco la arrojó al cesto de los papeles. Ya sin coleta me sentí derrotado, viejo, como ese lamentable espada cincuentón que sobrevive a sus triunfos.

—No sabía yo eso —comenta Modesto, ruidoso de risa—. Es que en los jesuítas estuve sólo un año. Mis padres eran pobres... Necesitaban ayuda... Me colocaron entonces en las bodegas de don Edmundo Grant, de las que me echaron a los seis meses, pasando a la farmacia de Lucuy (esquina a calle Larga y Palacios, ¿te acuerdas?), donde aprendí a hacer sellos para la gripe. Pero de aquí también me echaron por jugar a la rana con esos embudos de cristal que usan los boticarios. Les tiraba perrillas desde lejos... Rompí algunos... Y Lucuy me mandó con viento fresco...

Modesto —claro que sin saberlo— empezaba a contarme su vida con el mismo aire de estilo que el Lazarillo de Tormes u otro picaresco personaje: vida graciosa y amarga de niño popular español, siempre héroe de miserias anónimas y legendarias grandezas.

—Cambié mi oficio de farmacéutico por el de tonelero, metiéndome como aprendiz en la aserradora mecánica de don José María Pastor. Allí trabajé hasta que me tocó el servicio militar, y entonces pasé a Cádiz, ingresando en el Primer Regimiento de Artillería de Costa. Por escaparme al Puerto sin permiso, me castigaron con seis meses de cárcel. Mas, como después de esto mi situación era difícil, solicité con otros compañeros ir a África, consiguiéndolo y llegando a conquistar los galones de cabo en el Cuarto Grupo de Regulares de Larache. Pero por haberme emborrachado, los perdí al poco tiempo. A todo esto, mi servicio tocaba a su fin, acercándose la hora de la licencia. Pero, bajo el pretexto de la borrachera y una estúpida bronca con un guardia civil, logré en lugar de la vuelta a mi casa el destierro en un campo de trabajos forzados. Un día, harto, aburrido, y sin papeles de ninguna clase, me fugué... Pero con mala suerte, porque en cuantito desembarqué en Cádiz me echaron el guante, yendo a dar en los calabozos del cuartel de Infantería. Al cabo de unos meses, y después de haberme ganado la confianza de algunos oficiales, pedí permiso para comer fuera. Me lo dieron. Y ¡listo, pájaro! Cogí el tren para el Puerto, tomándome la licencia absoluta.

En París, continúo estas memorias, estos queridísimos recuerdos de mis primeros años en el mundo, esta dulce, triste y alegre arboleda perdida de mi infancia. Son las cuatro y cinco de la madrugada. Día seis de octubre. La guerra, otra vez. ¡Qué vacaciones más cortas, Dios mío! Cuando apenas comenzaba a comprender de nuevo lo que es el caminar tranquilo por una ciudad encendida, he aquí que Francia entera se apaga de pronto, sonando las sirenas de alarma en París y los primeros cañonazos en la línea Maginot. Aquí vivo, desde el doce de marzo. El día seis del mismo mes salí de España, de mi preciosa y desventurada España, camino de Oran. («Servía en Oran al rey...») Camino celeste, porque fui en avión, por los cielos del Mediterráneo. En Elda (Alicante), última estación del gobierno de la República, vi a Modesto. También, al doctor Negrtn. A Modesto, por última vez. En el jardinillo de la casa de los generales Hidalgo de Cisneros y Cordón, donde María Teresa y yo nos alojábamos, inició Modesto para nosotros, en la noche de apariencia tranquila, unos pasos de bulerías, con el magnífico estilo del mejor bailador gaditano. Se rió. «Un día que estemos solos bailaremos. Pero tiene que ser solos», recalcó mirando a todas partes. Aquella misma madrugada se insurreccionó la plaza fuerte de Cartagena, izando bandera

monárquica en sus fortines. Horas después, en Madrid, el coronel Segismundo Casado se alzaba contra el gobierno Negrín, regalando a Franco nuestra dura, adorable, invencible capital heroica, asombro del mundo durante más de dos años. Camino de Oran, nos perdimos; por poco si caemos en Melilla. Minutos después que el nuestro, aterrizaba otro avión en el mismo aeródromo trayendo a Pasionaria. El corazón de España había sido vendido, traicionado, de nuevo.

Con el alma llena de sangre nobilísima y los oídos de explosiones, he andado por las calles de París y vivido con el grande y humano Pablo Neruda, verdadero ángel para los españoles, en las orillas del Sena, 31, Quai de l'Horloge. A mediados de agosto, con el natural fin de no morir de hambre y evitar el ser carga para los nada espléndidos miedosos franceses, María Teresa y yo aceptamos de la radio Paris-Mondiale, por sugerencia y recomendación de Picasso, un modesto ofrecimiento de simples traductores para las emisiones castellanas dirigidas a la América Latina. ¿Qué llevo hecho en estos meses? ¿Qué he producido? Apenas nada. Sólo he visto morir de hambre y persecución a muchos buenos españoles y alejarse de las costas de Europa a muy buenos amigos. Pero ya hablaré de esto algún día. Los presentes son demasiado duros, demasiado tristes para escribir de ellos. Quiero volver a aquellos otros de mi infancia junto al mar de Cádiz, aireándome la frente con las ondas de los pinares ribereños, sintiendo cómo se me llenan de arena los zapatos, arena rubia de las dunas quemantes, sombreadas a trechos de retamas.

¡Las dunas! Durante las rabonas, que decidí conocer y disfrutar a principios del tercer año, ellas fueron, con su arena dorada y movediza, mi refugio ardoroso, mi fresca guarida, mientras las duras horas de las matemáticas y los rosarios del atardecer. Bajo unos árboles como verdes bolas, que por allí llaman transparentes, quizás a causa de lo separado y largo de sus ramas, sólo pobladas en los extremos, nos instalábamos, tomándolos por tiendas. ¡Alegres bienteveos desde donde, enterrados los libros y la ropa, bajábamos a la orilla ya desnudos, libres de teoremas y ecuaciones! ¡El mar de Cádiz! ¡Qué armonía, qué rayadora claridad me traen estas palabras! (Y también, cegador, el soneto de Lope:

Esparcido el cabello por la espalda,
que fue del sol desprecio y maravilla,
Silvia cogía por la verde orilla
del mar de Cádiz conchas en su falda...)

Sólo los niños ciegos, buenos y tontos del colegio no han conocido aquellas horas radiosas, llenas de viento y sales, tembladoras del blanco de las salinas hacia Puerto Real y la isla, suficientes para empapar toda la vida de una infinita luz azul, ya imposible de desterrarla de los ojos. Cuando me muera, si es que a mi cuerpo no lo manda a la nada una bomba de Europa, que me abran los ojos suavemente; ésos verán cómo se les albean los dedos de espuma de la playa y las uñas de fina arena; y en mis pupilas, igual que dos minúsculos esteros de cristales, redonda y perfecta la bahía, llena de velas gaditanas, con mis ciudades primorosas en círculo, balanceadas de mástiles y chimeneas.

—Mira. A éste ya le han salido los pelos.

—Es que es mayor que tú.

—Sí, tengo doce años.

—Pues a mí ya me pasa otra cosa. ¿Queréis verlo?

Curiosos y avergonzados a un tiempo, porque casi sabíamos lo que iba a suceder, dijimos que sí. Todos, desnudos como estábamos, nos sentamos haciendo corro a la puerta del transparente. El alumno aquel presidía la rueda. Nadie hablaba. El alumno, al sentarse, había dicho muy lentamente:

—Estoy ya en quinto año. Estudio fisiología...

Era el mayor de todos. Ninguno comprendíamos el porqué de su incorporación aquel día a la rabona de los de segundo y tercero, como tampoco su jactancia al citarnos aquella asignatura de quinto. ¡Fisiología! Palabra extraña, con resonancia de jardín vedado, prohibido. ¿No trata eso de mujeres desnudas? Y, si es así, ¿cómo en un colegio cristiano se permiten tales estudios? Creíamos haber visto, sólo de refilón y no sabíamos dónde, anchas láminas rosas de abiertos cuerpos femeninos, encabezadas con un letrero junto a un número: FISIOLOGÍA, N.° 1, N.° 2...

Mirábamos, silenciosos, al alumno, que con la cara triste y los ojos perdidos comenzó a agitar el puño agarrotado entre las sombreadas ingles entreabiertas, sucios aún los dedos de arena húmeda y caliente. Vibrante, rastrera, la uña de león le lamía los muslos. ¡Ah! ¿Cuánto nos faltaba para que aquel milagro emergiera también de nosotros? Éramos sólo alumnos de segundo y tercero: estudiantes de historia, de latín... Hasta dentro de dos o tres años no lo seríamos de fisiología... Pero, entonces... ¡Oh!

Aquella tarde, todos volvimos tristes y pensativos a casa. Por el camino nadie habló. Después, el estudiante de fisiología se mostró reservado con nosotros, y nunca más quiso participar en nuestras rabonas de las dunas.

Un día, al siguiente de uno de estas continuas faltas a clase, pasado en la playa jugando, como de costumbre, libre de toda ropa y ensayando, a veces, reproducir con los demás el milagro del estudiante de quinto año, el padre espiritual me llamó inesperadamente a su cuarto.

—Hijo mío —susurró, ya bien asegurada con llave la puerta y haciéndome reclinar la cabeza contra el pecho de su sotana—. Estoy muy disgustado contigo. ¡Si se enterara el pobrecito de tu tío Vicente, que es un santo! Lo que tú haces con esos otros diablos es uno de los pecados más graves que pueden cometer los niños. ¿Piensas que no lo sé?

—¿El qué, padre? —me atreví a preguntarle aterrado y acordándome súbitamente del alumno de fisiología.

—Nada. Me avergüenza decirlo.

Y me estrujó más duro contra su sotana, besándome en la frente.

—¡Padre! —respiré, muerto de miedo.

—Dios os ha visto. A ti, especialmente.

Hubo un silencio triste lleno de zumbidos de moscas. El padre espiritual continuó. Como me tenía apretado un oído contra los botones de su sotana y con el abrazo me obturaba sin darse cuenta el otro, su voz me llegaba de lejos, como a través de una pared acolchada.

—¿Qué consigues con eso, niño? Disgustar a Él y disgustarme a mí, únicamente. Porque no se trata sólo de un daño para el alma, sino de algo muy malo para el cuerpo. ¿Me prometes no hacerlo más? El padre prefecto no lo sabe. Te expulsaría del colegio, si yo se lo dijera. ¿Me lo prometes? ¡Si el pobrecito de tu tío Vicente se enterara!

Aquella misma noche, un alumno de sexto año le contó todo a mi hermano Agustín, quien me lo repitió serio, pero quizás mordiéndose la risa:

—El padre Hurtado, desde el salón de Física, os ha visto con el gran anteojo...

Entre los acusados, voló el descubrimiento, llenándonos a la vez de asombro y pánico. Era verdad: mirando a Cádiz, un gran anteojo de larga vista se asomaba por una de las ventanas que caían a la huerta.

A partir de ese instante, nuestras rabonas y licencias naturales se realizaron en otra ondulación de la duna, desde donde no divisábamos siquiera los pararrayos del colegio.

Aunque, como digo, faltaba muchas veces a clase, la de Historia de España, por lo general, no solía perdérmela. Estudiábamos el texto, muy florido de estilo y agradable, de un catedrático del instituto de Cádiz: Moreno Espinosa. Mi especialidad eran las fechas. No había batalla de la que no supiera el año. Y, sin querer, impuse que todos mis compañeros las aprendieran.

—El que en los exámenes de fin de curso no las sepa al dedillo, recibirá un suspenso —amenazó el padre Romero, profesor de la asignatura, ante un encerado donde yo, durante el cautiverio de unas horas en aquella clase por no recuerdo qué falta, había casi dibujado con tiza el lugar y fecha de cuanta batalla aconteciera en la historia de España.

Los discípulos me odiaron. En los exámenes hubo muchos suspensos por mi culpa, pero mi nota fue la de sobresaliente, con derecho a matrícula de honor.

De aquel metafórico libro recuerdo todavía parrafillos retóricos y sonoros, que no he dejado nunca de repetir con éxito siempre que tuve ocasión de intervenir en esas frecuentes y divertidas conversaciones sobre la beodez, o candidez, de los textos de aquella época.

Sentenciaba, redondo, Moreno Espinosa, con motivo de los fenicios: *...y todo esto sucedía en tiempos del inmortal y envilecido Sardanápalo y la libidinosa Semíramis.*

En la misma lección, este final lleno de ritmo y que la clase entera se desvivía por cantarlo: *...porque ellos nos trajeron: en su lengua el alfabeto, en sus dedos la moneda y en las velas de sus naves el soplo civilizador del Oriente.*

Y aquella lección que comenzaba: *Merced a la Filología comparada, sabemos hoy...*

De otros textos, aun de los más lejanos e infantiles, también me bailan en la memoria líneas y páginas enteras, que hasta yo mismo, solo, me las repito para divertirme.

Del *Juanito,* y de cuando estaba en el colegio de las Carmelitas: *No, no. Yo no debo morir. Mi Cecilia está muy mala: le ha picado una víbora... Seria una mala madre... No, no...*

También de este sin par y arcangélico libro: «Cuentecillo». *Juanito, que es un niño muy malo, saltó un día una tapia, robando la más hermosa pera que había en todo el huerto. Mas cuando ya marchaba confiado, ocultando su robo, oye una misteriosa voz que le grita: ¡Dios te ha visto, picaruelo!*

De todas las frasecillas que andan rabeando por mi cabeza, esta última es la preferida y, sobre todo, su delicioso diminutivo: *picaruelo.* Hay otras palabras, aprendidas entonces, que me hacen feliz siempre que las tropiezo. ¿Podría existir en nuestro idioma algo más gracioso y ridículo que las calificaciones de *badulaque, mentecato,* o que la exclamación *¡caspita!* ?

Como todo escritor, tengo mis preferencias y mis odios. Desde muy joven, arranca en mí una especial antipatía y rigurosa aversión hacia el sustantivo *voluptuosidad* y, sobre todo, hacia su forma adjetiva: *voluptuoso.* ¡Horror! Se me llena la boca de saliva y se me encogen las uñas del pie izquierdo cada vez que lo escucho o lo veo escrito. ¡Voluptuoso! Incluso en francés es reventante. Sólo Baudelaire me lo ha hecho aceptable en el estribillo de su «Invitation au voyage»:

La, tout n'est qu'ordre et beauté,
Luxe, calme et volupté.

También detesto el sustantivo *terruño.* En toda mi obra, poesía o teatro, jamás encontraréis estas odiosas palabras. Y me juro nunca manchar con ellas ninguna página futura.

...De lo que sí manché mucho mi alma en el colegio de San Luis Gonzaga fue, como ya dije, con ejemplos, del pecado contra la castidad, mezclado necesariamente con el de la mentira. Mi segundo guía espiritual era el padre Lambertini, italiano. ¡Cuántas veces, al sonsacarme, en la confesión, los pecados, me reprendió dura y retóricamente!

—Si te pudieras ver el alma, morirías de horror. La tienes sucia, lo mismo que un cendal manchado de barro. Porque, si al alma la ennegrece la lujuria, es el mentir quien la pone más negra todavía. Pecas, y niegas la falta. Es decir, que pecas doblemente...

Era entonces Paquillo, el hijo del cochero, mi compañero de pecado. La ocasión tenía siempre forma de ventana, una alta mirilla abierta sobre un tejadillo verdinoso. Subíamos a él

misteriosamente, ya caída la tarde, y nos tendíamos a la orilla de aquel cristal como al borde de un charco. Esto solía pasar muchos domingos, durante las vacaciones, y en casa de mi tío Vicente. Esperábamos, contenido el aliento, llenos de sofoco. A veces, no sucedía nada. El cristal se iba poniendo negro, paralelo a la noche, reflejando la luz de la primera estrella. Pero cuando pasaba lo que ansiábamos... ¡Oh! Entonces, se encendía de debajo, subiéndonos un resplandor velado, como el de una bujía sumergida en lo profundo de un estanque. Y veíamos, allá en lo hondo, contra el pálido amarilleo de una estera de juncos, a mi tía Josefita, joven aún, cambiarse de traje, revelándosenos en camisa —una camisa larga y triste—, durante unos momentos. Arrobados y mudos, el hijo del cochero y yo nos quedábamos luego en el tejado hasta la hora de la cena.

¡La castidad! ¡La castidad!

En aquella atmósfera de catolicismo loco y exageraciones beatas, ¿cómo no conservar en los ojos, llenos de espanto y a la vez de dulzura, la imagen fugaz de la hermana o la madre desnudándose, o de la prima y la hermana sorprendidas, de pronto, en la jira campestre, orinando juntas, larga la boca de sonrisa, tras de las jaras del pinar del Obispo o las retamas playeras?

¡Oh, Dios, qué gran pecado! ¿De qué modo decirlo al día siguiente y sin temblor al padre Lambertini? ¿Qué responderle a la insistente y temida pregunta: «¿Has pecado contra la castidad, y cuántas veces?» ¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!

—No, padre, no. Hace mucho tiempo que no. Créame.

La mentira era entonces la única defensa, el único medio de calmarle las iras al confesor y poder dirigirse, aterrado y sacrílego, hacia el comulgatorio.

Al masturbarse, en Andalucía, se le llama «hacerse la paja».

Llenas de pajas están las azoteas, las orillas del mar y las piedras de los castillos. ¡Primeras pajas infantiles, yo os saludo, libre ya de remordimientos, por lo bello y elemental que teníais bajo aquel sol en aquella bahía, entreviendo, mientras, contra el cielo, las primeras imágenes de niñas o mujeres que la sorpresa y el intento pusieron en mis ojos!

En la época de las pajas estalló la gran guerra de 1914. De su primer año no sé nada. Sólo recuerdo una palabra que seguramente aprendí entonces: *ultimátum.* Hasta casi a los dos años de empezada la contienda, no le tomo afición e interés. Entretanto...

Mi padre seguía de viaje por el norte de España, y la familia, mamá con sus seis hijos y Paca Moy, nos habíamos mudado de casa: vivíamos ahora en una de la calle Neverías, calle de los helados y refrescos durante las noches de verano.

Mi hermano Vicente, el mayor, había terminado ya el bachillerato, y poco después lo mandaron a Cádiz para estudiar ingeniería, la «carrera de ingeniero», como recalcaba, orgullosa, la vieja sirvienta. Era un muchacho guapo, alto, rubio y con ojos azules. En la Andalucía atlántica abundan mucho los ojos de mar clara y los cabellos casi verdes, encendidos. Gitanos gaditanos, rubios y con apellidos alemanes, los he visto acampados bajo los puentes del Guadalete, por la vega de Jerez, y en Sanlúcar de Barrameda, junto a las bocas del Guadalquivir. Mi familia está llena de preciosas muchachas morenas y albas, meridionales y nórdicas a un mismo tiempo. Cuando los vinos de Jerez y del Puerto se internacionalizan, viajando, mi bisabuelo, don Vicente Alberti, es a la vez uno de los principales reyes y embajadores del zumo de las vides gaditanas en su expansión hacia el norte de Europa. Los soberanos de Suecia, Noruega, Dinamarca y los zares de Rusia lo nombran proveedor de sus reales manteles. También Inglaterra se aficiona a las viñas olorosas de aquel rincón de Cádiz. Hombres escandinavos, como los patos de sus fiords, que vienen por las landas francesas, los llanos y los montes de España a invernar en las cálidas marismas del Guadalquivir, llegaron a los muelles de Cádiz y se establecieron por aquellos riquísimos y extraordinarios pueblos. Las soleras, los vinos generosos, los moscateles tostados, los casi negros, los vinos claros del majuelo jerezano y los amontillados coquineros, se europeizan, se universalizan. Italianos, ingleses y alemanes van llegando también. Los Domecq, de Francia, los Burdon, los Gordon, los Osborne, los Pemartin, los Ivison, los Byass, los Bolin, y más tarde los

Terry, los Ahupol y los Grant empiezan a resonar desde Puerta Tierra hasta Sanlúcar. En su mayor parte, vienen atraídos por el olor del vino, pero con la bolsa vacía. Siempre oí contar a mi madre que el primer Osborne era un inglés pobrísimo, de pantalones remendados, que apareció por las plazas y las calles del Puerto vendiendo estampas y rosarios y otras devotas chucherías.

Ellos son los ojos azules, son los cabellos rubios, son, luego, también, toda esa romántica y fina Andalucía que va desde Cádiz, bordeando Gibraltar, hasta los limonares, los claveles y las viñas sagradas de Málaga.

Mi bisabuelo don Vicente Alberti, al casarse con una Merello, hija de otro italiano oriundo de Génova, tiene cinco hijos: Agustín, Vicente, Julio, Ernesto y Eduardo, quienes prometen de rodillas, ante el lecho del padre moribundo, no separarse nunca y cultivar unidos aquella maravillosa herencia vinícola. Pero, entre la vida fastuosa de Agustín, los negocios desafortunados de Vicente, la mala cabeza de Ernesto, la haraganería de Eduardo y la indiferencia de Julio, todo esto compaginado con la más perfecta y loca beatería, se bebieron la herencia, llenándose de acreedores, que poco a poco van haciendo pasar a sus manos las atestadas y húmedas bodegas.

Entre éstos, uno de los principales son los Osborne, quienes al cabo de los años se convierten en monopolizadores de la riqueza vinícola portuense. Aunque los hijos de mis tíos-abuelos y otros continúan siendo por un tiempo pequeños propietarios, son Osborne, en el Puerto, y Domecq, en Jerez de la Frontera, los que se alzan con el reino de Baco, arruinando a las casas menores.

Víctima de este imperio fue mi padre, a quien Osborne, que antes sólo exportaba sus vinos a Inglaterra, nombra agente general en España, mandándolo a la zona cantábrica y gallega, al principio como embajador del Fino Quina y el Fino Coquinero y, luego, de un coñac, creado exclusivamente para combatir el Domecq. Así, me paso años enteros sin verle, ignorando su cara, no recordando ni su voz. Sé que mi padre era un hombre honesto, en extremo trabajador, además, según oí repetir veladamente, de gran amante y bebedor de los caldos que representaba, continuando así la tradición familiar y coquinera.

Al caer de la tarde, entre dos luces, ¿quién no ha visto temblar las calles del Puerto de caballeros perfectamente borrachos? Unos, serios, dignos, camino del camarín de Nuestra Señora de los Milagros, para rezarle una devota Salve arrodillados y sollozar, a veces, en lo oscuro, llena el alma de remordimientos; otros, tristes, melancólicos, por la orilla del río, hacia los eucaliptos de la playa; algunos, perdidos en los bancos de los paseos, hablando solos con su sombra; éstos, gritando y accionando violentos a las puertas de las tabernas, piropeando a las mujeres, haciéndoles imposible el paseo de la noche; y, por los barrios bajos, también a muchos arrumbadores, obreros de las bodegas, cayéndose en zigzag de una acera a otra, entre el griterío apedreador de la chiquillería incivil, brotada de los zaguanes y los patios profundos.

¡Violentos atardeceres alcohólicos, revueltos entre el perfume de la albahaca, del jazmín de la noche y la acidez descompuesta de los vómitos! Los borrachos llegaban hasta el mar, de ordenadas luciérnagas, lejos, en la raya de Cádiz, apoyando las frentes llameantes de espíritus azules contra esa arena que el festón huidizo de la ola abandona ya fría. Y para los que en la soledad de una plaza o un camino nocturno el vino se les subía al corazón, mareándoselo de sentimiento, un canto hecho jirones se les volcaba fuera, angustiando de puros ayes los ecos despavoridos.

Mi tío Guillermo está solo, sentado en el escalón de cualquier puerta ya cerrada. En su primera juventud ha querido ser cura. Desde entonces, así le decíamos grandes y chicos de la familia, amigos y enemigos: Guillermo el cura. Volvió de no sé qué seminario de Cádiz o Sevilla. Y ahora se emborracha, solitario, y llora nadie sabe qué roto amor con una prima hermana. A veces, cuando va por casa, Paca Moy le canta entre dientes y con mala intención:

Estudiante de día,
galán de noche,
malas pintas te veo

de sacerdote.

Tío Guillermo el cura no trabaja en nada. Ha conseguido un gran prestigio de vago, de hombre descolocado en la vida. Cada día suele comer en casa de algún pariente. Por la nuestra viene mucho. Le queremos. Le mareamos con la tonsura.

—¡Anda, Guillermo, enséñanos la coronilla!

Él se sonríe, bonachón, y nos muestra, agachándola, la sonrosada cabeza, completamente calva.

Sabemos que los jesuitas le aconsejan la vuelta al buen camino, sermoneándole. Se resistió por mucho tiempo. Estaba enamorado. Pero, de pronto, un día, desapareció misteriosamente. Al cabo de año y medio, supimos que tío Guillermo acababa de cantar su primera misa en Málaga. Volvió al Puerto, y todos nos quisimos confesar con él. Sólo una hermana de mi madre, tía Pepa, graciosa y divertida, lo consiguió.

En pocos meses aquella cara fresca y comilona, aquella naturaleza redonda, ahíta, dio, según el decir apiadado de Paca Moy, «un gran bajón». El color sonrosado de las mejillas, e incluso el de la calva, fue secándose de tal modo, que llegó a parecer la vieja pasta amarillenta de un misal. Se le empezó a tomar en serio, a respetarle. Ya repetíamos todos:

—Tío Guillermo tiene cara de santo.

El obispo de Málaga, antiguo condiscípulo suyo de seminario, lo hizo su familiar, llevándolo al palacio de la diócesis. Entre viejas beatas y jovencitas de la buena sociedad malagueña, adquirió fama de confesor. Ser absuelta por tío Guillermo se puso de moda. Pero seguía teniendo cada vez mayor cara de santo. Hasta que un día, después de larga y resignada enfermedad, entregó su alma a Dios, dejando aquí en la tierra un agradable perfume a uva moscatel, a misteriosa solera evaporada.

Mi tío Ignacio también andaba en medio de una alta marea de alcohol. Mas no eran de vino las olas que le acometían y empujaban hacia el espacio, sino de coñac. Era juez de primera instancia. Vivía siempre sentado, tanto a la mesa de su casa como a la de la justicia, ante un gran vaso de Martel, donde mojaba, extraviado, a modo de escobilla, los cigarros habanos. Cuando caminaba, lo hacía llevándose en las mangas y rodilleras de los pantalones salomónicos toda la cal de las paredes. Le recuerdo rodeado de sus hijos, dirigiendo el rosario del atardecer, vertiginosamente y —otra tradición familiar, de la que tío Vicente era aún mejor representante— tirándose pedos al unísono de las letanías:

—Sancta Maria. (¡Pun, pun!) Sancta Dei Genitrix. (¡Pun, pun, pun!) Sancta Virgo Virginum. (¡Pun, pun, pun!)

Hombre genial y simpático, al que nunca más volví a ver en mi vida.

En ausencia de mi padre, tíos y tías, como ya dije, aconsejaban a mi madre sobre la educación que había de darnos, dictándole normas para nuestra conducta. Yo, quizás por ser el más pequeño, fui su preferido. Sé, por ejemplo, que tía Titi me acusaba a mamá con frecuencia:

—Ese niño es muy listo, pero casi siempre llega tarde a misa.

Era verdad que esta angélica y pobre hermana de mi padre podía medir con precisión mi puntualidad, ya que todos los días, desde el rayar del alba, se la encontraba hecha un rebujo y sola en el fondo de San Francisco, que era la iglesia del colegio, donde los externos oíamos la obligada y diaria misa de siete.

Las rabonas se hacían muy peligrosas, dada la manía de mis tíos de pasear por los sitios más raros. La Arboleda Perdida, así como el camino de Mazzantini, fueron excluidos de nuestras visitas. Al atardecer, mis tías Josefa y María Luisa habían considerado esos lugares propicios para sus románticos rosarios en voz alta, entre los retamares y vallados de chumbo.

No era menos comprometida la carretera de Jerez. Por ella iban y venían a todas horas cuantos tíos rodaban dedicados a los negocios vinícolas. El camino de Puerto Real, hacia el puente

de San Pedro, entre salinas y pinares, también se hizo poco recomendable como paisaje durante la hora del latín. Lo recorrían en un precioso coche de dos caballos, conducidos por mi propio tío Jesús, los primos más chicos.

En primavera, aquel paseo de la playa, junto a la fábrica de gas, bordeado de eucaliptos, se volvía tan comprometedor como los otros. Tío José Luis y tía Milagros, elegantes, callados, melancólicos, contemplaban desde un mi-lord, tirado a paso lento por caballos ingleses, la caída del sol sobre los domos áureos de la catedral de Cádiz. Por eso las únicas rabonas ideales eran las de la mañana, en el lomo ondulado de los médanos.

Aunque aquellos celosos consejeros de mi madre me denunciaron a ella muchas veces, sufriendo los castigos más duros, no descuidaban menos a mis otros hermanos.

Por el ojo fresco de una cerradura, presencié cómo un día fueron apareciendo uno a uno y sentándose, silenciosos, en el comedor bajo que caía al jardín. Algo grave pasaba para que mamá solicitase en la casa la presencia de los ferósticos tíos. Todos, alrededor de la mesa que ella presidía, escucharon, muy serios, las terribles razones de aquel urgente consejo de familia. Yo, contenido el aliento y apretado a la mano minúscula de Pipi, que por su pequeñez no podía llegar al ojo de la llave ni comprender nada, acongojado de una inexpresable mezcla de ternura y miedo por mi madre, le enfocaba temblando la pupila, convencido de que iba a deshacerse en llanto, en gritos o a doblarse exánime sobre la mesa. Tan descompuesta y pálida la veía.

—He tenido carta de Cádiz, de tío Julio —descubrió al fin. Y desdoblando, trémula, un plieguecillo de papel, leyó con voz casi mojada: —«Tu hijo Vicentito, que es muy bueno y estudia mucho, de un tiempo a esta parte no anda por buen camino. Las malas compañías harán de él un perdido. Figúrate que, la otra noche, alguien que tiene la debida autorización para ir a esos sitios lo ha sorprendido en el teatro, con toda su cuadrilla de amigotes, ¡viendo nada menos que *La corte de Faraón!*»

La pobre mamá, que iba a seguir leyendo, se calló, interrumpida por el murmullo sordo que aquel extraño tribunal dejó emitir, aclarándolo al punto en estas aspavientosas y poco variadas exclamaciones:

—¡*La corte de Faraón!*

—¡Cristiano!

—¡Vaya indecencia!

—¡Cristiano!

—¡Vicentito en *La corte de Faraón!*

—¡Cristiano!

—¡*La corte de Faraón!*

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya!

Y, redactada entre todos, pusieron a la firma de mi desventurada madre una espantosa carta, dirigida al tío Julio, en la que recordaban a Vicentito las penas del infierno, amenazándolo con no sé qué continuas y barrenantes torturas para toda la eternidad.

(¡Tíos, tíos, tiíllos! Todavía os quiero y os admiro y me divierto hablando tiernamente de vosotros. ¿Qué más pedís de mí? Ved. Son las cinco de la madrugada. Los aviones alemanes han bombardeado los puentes sobre las cerradas bahías de Escocia, buscando a la marina británica. Y yo, mientras, acordándome de vosotros y reviviendo vuestras mantas y devotas locuras desde esta radio de Taris, adonde gano sesenta francos con un descuento de doce —el impuesto de guerra—, por desojarme toda la noche y descansar tan sólo unas horas al día.)

...Pero quien más autoridad ejercía sobre mi madre y nosotros era su hermano Jesús.

Tío Jesús tenía por aquella época catorce o quince hijos. (Luego, creo que llegó a los diecisiete.) El mayor de todos, José Ignacio, estudiaba conmigo, pero interno, en el colegio de San Luis Gonzaga. Tío Jesús era uno de los mejores herederos del espíritu familiar. En él podían

descubrirse claramente los caprichos y obstinadas rarezas religiosas del viejo tío Vicente, mezclados con la gracia o el genio de los otros tíos-abuelos. Mas yo, aunque en esta fría noche parisina de lluvia lo recuerde con simpatía, nunca pude mirarle con la misma confianza que a los demás, tan tíos míos como él. En aquellos años de colegio, su figura era para mí la imagen del terror, del respeto obligado y el forzoso agradecimiento. Se había convertido a la vez en socorro y paño de lágrimas de mi madre. Los malos meses en que papá no podía mandar nada a su casa, tío Jesús «nos sacaba adelante», ayudando a mamá no sólo con dinero, sino con ropa, trajes para arreglar, ya gastados por él o por sus hijos.

Esto a mí, aunque nunca pude expresármelo, me deprimía vagamente, produciéndome en ocasiones tal dolor, que subía a llorarlo solo, de azotea en azotea y tejado en tejado.

Todo el indefinible sentimiento de bienestar que sentía, por ejemplo, junto al viejo tío Vicente, se tornaba reserva y falta de espontaneidad ante aquel hermano de mi madre.

También una mezcla de envidia y de tristeza me producía el trato con sus hijos. Aunque las mejores vacaciones de mi infancia las pasé con ellos, nunca pude sufrir sin pena, que a veces era odio, aquellos lujosos coches tirados por la Morita y el Alazano, aquellas hondas bodegas y fincas de recreo, que sólo podía disfrutar como invitado. Siempre recordaré que, a poco de ingresar en el colegio de los jesuitas como externo, mi primo José Ignacio, al cruzármelo en la fila de los internos que subía a la misa de siete, casi volvió la cabeza para no saludarme o, si me saludó, lo hizo tan fríamente, que me amargó la luz de muchos días futuros. Y, sin embargo, jamás le dije nada. Sólo ahora, y al cabo de casi treinta años, me atrevo a confesar estas tristes y mínimas tragedias trascendentales, quizás ridículas de comentar en el día de hoy.

José Ignacio fue siempre arisco y raro. Ya adolescente, jineteaba solo por la playa o el camino de Puerto Real, aligerando el paso, como temeroso, en cuanto vislumbraba a alguien, incluso de su familia. Ahora me acuerdo que en su casa le decían «el Raro».

Su hermanillo Agustín era mejor. Lleno de gracia y de viveza, poseyendo, además, un admirable don: el de tirarse cuantos pedos se le ordenara.

—Agustinillo —mandábanle, a veces hasta delante de las visitas—: tírate dos pedos largos.

Agustinillo, con los ojos como dos globos, alzaba la pata y cumplía la orden.

—Ahora, cinco; pero tres largos, uno corto, y el último, largo, largo, hasta que se te diga.

Agustinillo preguntaba con expresión de caballo, desencajando la mandíbula:

—¿Queréis que los tire a cuatro patas, como la Morita? Agustinillo, de más chico, había querido ser caballo. Pasaba las mañanas enteras en la cuadra de su casa estudiando los gestos y posturas de la Morita y el Alazano. Cuando salíamos de paseo, siempre se adelantaba, trotando o moviendo rítmicamente la cabeza como jaquita presumida. Si descubría un charco o una alberca, se doblaba al instante y, desmesurando el cuello y el hocico, sorbía, ruidoso, hasta que alguno de sus hermanos se le acercaba, dándole un cariñoso puntapié en las empinadas posaderas. Poco más allá, revolcándose, patas al cielo, entre la grama, prolongaba relinchos tan perfectos, que los caballos que pastaban trabados por la campiña le respondían al punto, desconsoladamente.

Siempre fue divertido, mal estudiante y buen muchacho. Cuando lo vi por última vez, hará ya de esto unos diez años, todavía en sus grandes ojos salientes y en sus pómulos rectos guardaba un extraño recuerdo del Alazano y la Morita, sus dos modelos hípicos de aquella época feliz en que tuvo como ideal perderse a galope tendido, largo de crines y de orejas, por la vega del Guadalete.

¿Quién no ha deseado ser cuadrúpedo o ave alguna vez? Una tía mía, no recuerdo ahora cuál, soñaba con volverse pajarito, un pajarito solamente, para entrarse, aleteando, por no sé qué ventana. Este deseo no era más que un retazo de copla perdido en su cabeza. Con la soltería, y los años, se fue volviendo loca. Aseguraba que su habitación era una jaula y que, como ella se había vuelto un pajarito prisionero, no podía salir, porque, además, estaba alicortada. Al fin, pálida de oscuridad y sin aire, murió en un pueblo de la provincia de Sevilla.

Andrés «el Beato», uno de los pobres protegidos de mi familia y, sobre todo, gran admirador y amigo de mi madre, afirmaba ser una pulga y haber luchado, en la plaza de toros, contra Palomo el farmacéutico, perdiendo éste la pelea, a pesar de arremeterle convertido en elefante blanco.

Mi tío Javier quería ser avutarda o gallineta, para morir de un tiro disparado desde una barca de laguna. Apenas si consiguió deletrear y escribir su nombre. Para que hiciera algo, su familia le puso al frente de una tienda de artículos deportivos, que llamaron, con ostentosas letras blancas sobre fondo rojo, «Sport Portuense». Un día que mi hermano Agustín pasaba por la puerta de su negocio, tío Javier lo llamó de un silbido.

—Mira, Agustín, hombre —le suplicó con aire de persona apenada ante un insoluble conflicto—: tú que sabes inglés, escríbeme en la etiqueta de este frasco lo que voy a dictarte: Pól-vo-ra in-gle-sa.

Probando una escopeta, se cogió un párpado con el percutor, estando a punto de perder el ojo. En vez de *edificio* decía *orificio,* y siempre que intentaba descifrar la palabra *navío,* le salía, indefectiblemente, *novio.* En un cuaderno, registraba la cuenta de los huevos lanzados cada día por las gallinas de una azotea alta de su casa. Como creía sinceramente que los ceros a la derecha representaban el mismo valor que a la izquierda, sucedió que una noche bajó, entre feliz y estupefacto, pregonando un total de 10.000 huevos soltados por sus generosas gallinas en una sola jornada.

Un tío político de mi madre, don Manuel Docavo, siempre que regresaba de la Prioral, después de las vísperas, se metía, vertiginoso, en la cama, quitándose sólo los calcetines, con los que a modo de guantes se calzaba las manos para continuar su lectura devota. Nunca se supo si esta medida era contra el frío, contra los mosquitos, o una extraña manía. Terminadas sus oraciones, saltaba de la cama y, corriendo hacia la cocina, siempre en momentos de encontrarse ésta sola, procuraba, armado previamente con un tenedor, clavar de un solo envite el tocino del puchero, que aparecía y desaparecía entre el bulloneo del caldo para la cena. Inmediatamente, era un disparatado rayo en busca de un bodegón de las afueras, donde, bebiendo y chismeando con otros tíos míos, pasaba los vinícolas atardeceres hasta la hora de volver a su casa.

(¡Sagrada fauna familiar y adorable! Tengo nostalgia de vosotros, poéticos tíos de mi vida. Quiero citaros aquí, en Varis, en esta lluviosa noche de guerra tan distinta de aquellas del corazón de España, solitario en este inmenso edificio de la avenida de Segur, lugar de mi diario y cansado trabajo nocturno.

Pasad. Pasad. Sentaos. Hace un poco de frío. Traéis chorreando los zapatos. Y, aunque venís quemados por los soles de Cádiz, vuestros paraguas sueltan una triste meada parisiense que va a anegarme el parquet nuevo de esta oficina de la Radio, desde donde traduzco cada noche los insulsos y compuestos partes de guerra del Alto Mando francés.

¿Qué me contáis de España? ¿Qué de sus montes y sus mares? ¿Qué de sus olivos y naranjos? ¿De su cielo, de sus toros salvajes, nostálgicos de muerte por las marismas y dehesas?

Sangre. Sangre. Sangre.

Yo no os ataco ni os tengo mala fe, tíos lejanos, porque recuerde vuestras admirables virtudes, ignorancias, gracias y manías. Este pobre sobrino os ha salido rana. «¡Cuando decíamos nosotros que sacaría los pies del plato!» Ese silencio con que me envolvéis, lo sé cargado de reproches, de cristiana condena. Pero a mí no me importa, tíos. Fuisteis locos y generosos, como el vino de vuestros toneles. ¿Qué es del vino de España? ¿De los viñedos jerezanos y las uvas valdepeñeras? ¿Qué de las tierras convertidas en campos de batalla? ¿De los verdaderos amigos, los verdaderos hermanos?

Sangre. Sangre. Sangre.

¡Tíos, tíos, tiíllos! Marchad. Marchaos. Este clima francés de reumatismo os va a parar los huesos. Allá, adonde yo quisiera ir por los aires, no puedo. Rueda por tierra mi cabeza, rebotando

tres veces. De los ojos se me escapan relámpagos, cerrándose al final contra los de mis muertos. Bien. Ahora ya estamos bien. Muy buenas noches, tíos.)

Me están llamando en este instante las esquinas, empapeladas de anuncios azulados de la Compañía Trasatlántica: el *Balvanera,* el *Patricio Satrústegui,* el *Infanta Isabel.*

En el *Balvanera,* y para nunca más dormirse rezando al pie del jazminero de su jardín, se fue mi abuela a Buenos Aires, con tres de sus hijos: Pepe, Agustín y Miguel.

Me veo ahora encaramado en una reja, temeroso de ser sorprendido por alguien, despegando de un golpe aquel barco pintado en el que siempre, pequeñita y asomando una larga mirada triste por un ojo de buey, imaginaba a la abuela Josefa alejándose de ola en ola, camino de América.

Empecé a dibujar el trasatlántico, a copiarlo en la misma medida que el anuncio. El *Balvanera* marca una época de mi vida. Cada día me gustaban menos los libros, estudiar. En clase, y durante varias semanas, me pasé llenándoles los márgenes blancos de pequeños *Balvaneras,* seguidos melancólicamente por una abierta V de gaviotas. Las rabonas aumentaron. Mientras que en casa, después de la fingida vuelta del colegio, me dedicaba a copiar exactamente el anuncio del barco, en la playa y por la orilla del Guadalete iba llenando las hojas de un cuaderno con acuarelas y dibujos de paisajes marítimos, levantando generalmente al fondo de ellos la relumbrante sal de las salinas, petrificada en pirámides, los castillos de Santa Catalina y de la Pólvora, sin faltar nunca Cádiz, diluido entre mástiles y brumas de chimeneas.

El *Balvanera,* después de muchas tardes de trabajo, me resultó perfecto. Con letras grandes y bien hechas, rasgueadas de orgullo, puse mi firma en uno de los picos del papel En seguida, corrí a mostrárselo, primero a María, la cocinera, y, luego, a tía Lola, la de Granada.

María, la cocinera de casa, era una vieja cegatona de Algeciras, que creía en las brujas y me admiraba mucho; tía Lola, la de Granada, una hermana de mi abuela, jardinera y pintora en sus ratos de ocio. El parecer de ambas lo consideraba yo entonces el único respetable.

María, curvándose una mano sobre los ojos, a modo de visera, emitió, concisa, ante mi dibujo:

—Muy propio.

Y tía Lola, después de examinarlo atenta: —Está bien, Cuco.

(Toda la familia me llamó siempre Cuco, nombre de pájaro y de banderillero. Se me había olvidado decirlo.)

Tía Lola, que desde su juventud padecía del corazón, viviendo casi siempre sentada junto a un cierro bajo que daba a la calle, hizo luego venir a su hija Gloria.

—Le voy a dar a Cuco mis colores. Busca la caja, que está metida en el cajón de en medio de la cómoda.

Aquella tarde aprendí que había un color que se llamaba siena tostado, y otros: verde veronés, blanco de España, cadmio, tierra de Sevilla...

—Ahora te quiero dar algo mío para que lo copies. Pero tiene que ser aquí, en casa, porque podría romperse.

Y Gloria, por indicación de su madre, puso ante mí una gran paleta de pintor, redonda, llena de paisajes y figuras.

—Éstas son cosas de Granada —dijo, ufana, tía Lola, explicándome—. Los de aquí abajo, los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. Los de este lado, Boabdil y Aixa, su madre, que le reprocha: «Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre». En el centro, un trozo de la *Rendición de Granada,* copiado del famoso cuadro de Pradilla. Arriba, un carmen de las orillas del Darro... Quiero que empieces por lo más fácil: el carmen. Es un retrato que hice del que vivíamos. Vas a copiarlo en una tablilla que también voy a darte. Como hace tiempo que no pinto, se me ha acabado el aguarrás... Puedes comprarlo en la farmacia, o en la ferretería de la esquina... Vale sólo unas perras...

¡Aguarrás! ¡Aguarrás! ¡Qué agua tan extraña! Nunca la había oído.

A la mañana siguiente, salí temprano en su busca, pensando mucho en el *ras* misterioso que colgaba del agua aquella, recomendada por mi tía. Y bajo su mirada, tan exigente como buena, pinté en pocas horas el carmen de las orillas del Darro, asombrado de los poderes mágicos del aguarrás para limpiar los pinceles y extender, suavemente, el óleo por la tabla.

Fue también en casa de tía Lola donde descubrí el semanario madrileño *La Esfera,* con sus láminas en colores, reproduciendo siempre algún cuadro célebre del Museo del Prado.

De todos los pintores españoles, el que más me sonaba desde chico era Murillo, verdaderamente popular, sobre todo en Andalucía. De verlas en estampas, me eran familiares sus Concepciones, los Sanjuanitos... y creo que nada más. En cambio, Velázquez... Sólo para mí representaba entonces un nombre, pero mucho menos repetido que el del otro pintor sevillano.

Ya tía Lola, mientras yo copiaba el carmen de Granada, había profetizado, convencida:

—Este niño será un Murillo.

Profecía que otras voces de mi familia también repitieron, aunque sin el menor entusiasmo:

—Será un Murillo.

Pero nunca a nadie se le ocurrió pensar que podría ser un Velázquez. Yo creo que ni incluso sabían bien quién era.

¡Murillo!

—Si no te suspenden en los exámenes de junio, te llevaremos a Cádiz para que veas sus cuadros.

Y por tía Lola supe una tarde que el suave y tierno Bartolomé Esteban se había matado allí, cayéndose de un andamio, cuando pintaba los frescos de una iglesia.

Quizás porque Velázquez me fuera menos familiar e ignorara totalmente sus obras, me llenaron de asombro al ver algunas suyas en *La Esfera.* No puedo olvidar la extrañeza, mezclada de alegría, que me produjo el retrato ecuestre del príncipe Baltasar Carlos. Aquel inmenso e imposible caballote, con aquel lujoso niño de oro encaramado en sus ancas, me abrió una ventana a un no sé dónde verdaderamente inexplicable.

—¿Me prestarías *La Esfera,* tía Lola?

—Pero, niño, eso es muy difícil. Ni yo siquiera me atrevería a copiarlo.

Y en un lavadero alto, abandonado, de mi casa, comencé al amanecer del día siguiente la copia de aquel principillo velazqueño a caballo.

Corregí, retoqué, esperé a que secara la pintura para volver a retocar y, al cabo de poco más de una semana, cuando ya estuvo concluido y seco, lo abrillanté con un oloroso barniz trasparente, comprado en la droguería de la esquina.

Como un rayo, bajé, sin aliento, en busca de la vieja cocinera.

—¡Mira, María, mira!

María, cegatísima, se enviseró la mano sobre los ojos para concentrar toda su pobre y trabajada vista en aquello que tan violentamente le metía por las narices.

—Muy bien, niño. Muy bien —comentó después de un leve silencio, que yo consideré angustiosamente interminable.

—¿Qué es? —le inquirí, seráfico, convencido de que me daría pelos y señales del cuadro.

María se ensimismó, y entoldándose nuevamente la vista con la mano, dejó caer, tranquila, al fin de otro silencio todavía más angustioso:

—¿Qué quieres tú que sea, niño? Una inglesita en una jaquita montañesa.

Textualmente le respondí, enfurecido, volviéndole la espalda:

—Vete a la mierda.

Y corrí, jadeando, **a** casa de tía Lola, donde obtuve un éxito resonante, jurándome desde aquel momento no consultar más a la vieja María sobre materias pictóricas.

La guerra europea, como dije, había estallado ya y Alemania lanzado su ultimátum a Francia. A poco de comenzada la contienda, *La Esfera* empezó a publicar en cada número, y a dos páginas, unos horrendos dibujos bélicos firmados por un tal Matania. En ellos se veían los ataques más contorsionados de los alemanes contra las alambradas francesas; explosiones volando cuerpos descabezados, revueltos de cascos, fusiles hechos astillas, correajes; caballos encabritados arrastrando cañones; carros de asalto aplastando cadáveres; truculencias que me removieron e invitaron a copiar aquellas espantosas estampas.

A tía Lola le repugnaban, siendo contraria a que yo me pasase las horas muertas tiznando pliegos y pliegos con tan espeluznantes carnicerías, que terminaron por despertarme el estúpido deseo de jugar a la guerra.

Como enemigo fácil, escogí a mi hermana Josefa, Pipi, que así la llamábamos. En un patio interior de casa, dibujé con carbón los mapas de Francia y Alemania, separados arbitrariamente por el canal de la Mancha. Empecé a comprar soldados de papel, que por las noches pegaba en un cartón y recortaba, llegando de este modo a reclutar un respetable ejército de más de mil infantes, que dividí, haciendo trampa, con mi hermana. Yo era Alemania: el Kaiser; y ella, Francia: M. Poincaré. Cápsulas de plomo, pisoteadas, correspondientes a las paternas botellas de vino, eran las balas, casi verdaderas, que nos lanzábamos en los combates. La escuadra se componía de latas, rellenas de estopa, que reducíamos a pavesas, cañoneándolas, cuando las grandes batallas marítimas, con fósforos ardiendo y triquitraques.

La pasión por aquel estúpido juego nos llevó, a veces, a reñir de verdad, dándonos de bofetadas y suspendiendo las hostilidades durante los días que duraba el enfado.

A papá, que siempre seguía viajando por el norte, le suplicábamos urgentes refuerzos para poder continuar la guerra. Nuestros ejércitos crecían, reuniendo entre ambos, a principios de 1917, unos cinco mil hombres. Tan famosa se hizo entre los primos y toda la familia aquella guerra nuestra bajo la montera soleada del patio, que nunca pasó día sin que viniera alguien a presenciar la reproducción de algún combate leído la noche anterior en los diarios. ¡Detestable juego, cuyo recuerdo se me fue transformando con los años, hasta llegar a sentirlo hoy como una negra mancha de sangre verdadera, charco triste en mitad de mi clara niñez andaluza! Siempre me viene remordiendo, barrenando, pidiéndome un descargo de conciencia, del que es ejemplo, con otros, este poema, hallado hoy casualmente entre los pocos viejos originales salvados, con mi cabeza, de la guerra española:

¡Qué sabíamos nosotros,
hijos con una infancia de azoteas,
de jardines ociosos y largas vacaciones por el río!
Las revistas llegaban por la noche,
ilustradas de muertos,
de trincheras voladas
y barcos que al hundirse se volvían
altas trombas de sangre.
¡Qué sabíamos!
Ayer diez aviones se hundieron en el mar
y un submarino herido invadió aguas neutrales.
Mira.
A la luz de la lámpara,

tranquilos y lejanos,

era la guerra un juego que abría en la almohada heroicos sueños turbios.

(Nuevo e impuesto alio, forzado, en esta arboleda perdida, cada vez más perdida, más lejana y más próxima de mi infancia andaluza.

Según me comunica, reservada y condolidamente, M, Fraisse, joven director de Paris-Alondiale, es el propio mariscal Pétain, recién llegado de hacer cola, como un simple sargento, ante la puerta del generalísimo Franco, quien plantea al gobierno de la «France éternelle» nuestra salida fulminante de la Radio, ya que es urgente contentar de algún modo a la España Una del Caudillo. ¿Cómo podía tolerarse que dos temibles rojos, dos peligrosos escritores recibidos un día por Stalin en las salas del Kremlin, dos enemigos —¿quién se atreve a dudarlo?— de Francia, esa que acababa de celebrar el 150 aniversario de la Revolución, se desojaran a razón de cuarenta y ocho francos por noche, lanzando al mundo a través de las espirituales ondas galas los «heroicos» partes de guerra, fraguados en las astas vencidas del Alto Mando francés?

—Votre travail comme speaker, mes chers amis, était excellent..., mais... c'est le maréchal... Vous comprenez...?

—Oui, M. Fraisse —le respondemos, agradecidos—. Nous sommes fiers d'étre mis a la porte de la France de votre noble maréchal...

Y en una apagada noche parisina, temblorosa de aquel inmortal pánico, característico de la burguesa Francia durante los años 36, 37, 38, 39, 40..., por la Gare de Lyon salimos hacia Marsella, donde antes de partir hicimos los honores a las últimas langostas y bullabesas libres de aquel país que abandonábamos todavía con un nombre de luz, eterno, pocos meses después trastrocado triste y simbólicamente por el de un agua digestiva, embotellada: Vichy.

«Je quitte l'Europe...», como Rimbaud, pero no para vender caballos y recorrer febriles desiertos. Abandono Europa, mi Europa, para cumplir con mi destino de español errante, de emigrado romero de la esperanza por tierras de América.

Milagrosamente, y por tercera vez en cuatro años, salvo la vida. El Mendoza, *en su última travesía a Buenos Aires, me libra de las manos del «noble» maréchal, entregador a Franco de tantos buenos y confiados españoles.*

En el *Mendoza,*
todo suena a español
raído, de Oran.

Azul, se retira Ibiza.
Allí fui prisionero
en un bosque de pinos.
Mi vida era una choza
de parasol y vientos marinos.

1936.
Hay áureas del Cuartel de la Montaña
en este viejo barco.
Involuntario, marcha a la Legión
oro puro de España.

Así empezaba mi «Diario de a bordo» en aquel triste barco. Y es que de las bodegas, del hondón de su panza sucia, hedionda, subieron bajo los feces rojos de algunos tiradores argelinos, entre raras palabras castellanas, desvirtuados cantos del Levante español.

Nos respondió en nuestra lengua, y no sin cierto orgullo, uno de aquellos soldados:

—La mayoría de los quinientos hombres que aquí vamos somos oraneses, hijos de alicantinos. Venimos de la línea Maginot, con un mes de licencia.

Desde cubierta presenciamos su desembarque y algo muy doloroso, sobre todo para nosotros, emigrados con suerte, que íbamos hacia América. Frente al puerto de Oran, en una ancha azotea atardecida, formaron y pasaron revista a los voluntarios para la Legión Extranjera: casi todos, oro puro y desgraciado de España: estudiantes, profesores, obreros, campesinos, héroes de nuestra gloriosísima guerra, que preferían al lento perecer en los campos franceses de concentración, la dura vida aventurada, la muerte combatiendo por desesperanza, la huida tal vez...

Con lágrimas que me subieron de los huesos, mal vestidos y graves, los vi perderse en fila e internarse, seguramente para no salir más, por el ardido corazón de África.

Despegó el barco... Noche frente a las costas de Almería, Granada, Málaga; horas de espantable y oscura presencia de la tierra nativa.

Angustiado todavía del terror del insomnio, me asomé antes del alba por el ojo de buey de mi camarote. Gibraltar. El Peñón: la negra usurpada cola del pobre toro hispano, amaneciendo, hundida entre brumosas aguas sanguinolentas. Y bajo arcos plateados de delfines, playas arriba de Tarifa, tuve una alegre visión de huertas junto a patios escolares, de dunas doradas, de imagen mía, libre, a orillas del mar...

Después, Casablanca... Las Canarias, presentidas, inalcanzables... Dakar... Un viaje largo, largo, temeroso, en el que por primera vez sentía a Europa perdérseme en la sangre.

Y al fin, América, Buenos Aires, la Argentina, de tránsito para Chile. ¿Para Chile? No, porque me quedo en Buenos Aires, donde buenas manos amigas me tienden redes de esperanza y donde ya habito —fruto difícil de mi trabajo— un pequeño departamento no lejos del río, en el que trato de ordenar un poco mis dolores de España y, con ellos, estos rotos recuerdos de mi primera arboleda perdida.)

Dolores, María, Gloria: tres blancas andaluzas hermosísimas, tres granadinas raras, misteriosas mujeres solas, solteras.

—A Dolorcitas —me susurró, confidencial, tía Lola, viéndola trajinar, toda de vidrios de colores a través de la cancela del jardín— le decían en Granada «la Hurí de la Alhambra».

No me atreví yo entonces a preguntar a mi tía por el significado de aquel nombre —*hurí*—; pero ya siempre imaginé a su callada y nívea Dolorcitas paseando una larga bata alba coloreada entre los arrayanes y aguas del Generalife, abierta en alto una verde sombrilla, defensa juguetona contra los pájaros y mariposas que la seguían, abrazándola.

Las tres hermanas fueron célebres, murmullos y ansias de apasionados rondadores por las orillas del Darro.

Dolores tuvo un pretendiente, un marqués, que le espantó su hermana María; María tuvo un novio, que le ahuyentó al fin su hermana Gloria; y Gloria varios galanes, que María y Dolores al unísono no permitieron nunca que pasaran de las adelfas del patio.

Para no ser vistas ni admiradas, las tres hermanas, cada una por calles diferentes, dábanse prisa hacia la misa primera, que oían separadas en iglesias distintas. Luego, el resto del día era para las tres un morirse, poltronas, en otro cierro bajo de la casa, compañero del que en la misma alcoba distraía a la madre, cardíaca, de su respiración anhelante. Las tres, en invierno, seguían muñéndose lo mismo, quemando su belleza alrededor de un brasero, consolándose sólo con el aburrido pasar de la calle, velado a través de los finos visillos de batista. Hablaban poco, mas cuando lo hacían era

para aludir a cosas vagas de su vida en Granada, entrecortados recuerdos que no redondeaban nunca, pero que las tres resolvían con un suspiro o una débil sonrisa. Con Tomás y con Luis, los dos hermanos sostenedores de aquellas desventuradas hermosuras, tampoco se mostraban muy explícitas. El otro hermano era Pepe Ignacio, el ateo, el republicano, la mancha de la casa, que andaba desde joven por Madrid, mal casado con una buena mujer, poca cosa para el resto de la familia, tocada a veces de aires aristocráticos. Esta mala cabeza salía algo a su padre, tío Tomás, viejo y guapo garibaldino, que ostentaba orgulloso su mano derecha, privada de tres dedos arrancados de un tiro en el asalto de los jardines del Papa.

Antes que a tío Tomás conocí al temible bala perdida de su hijo. Una atmósfera semejante a la que el diablo debe producir cuando va a aparecerse, invadió a la familia al anuncio de su llegada al Puerto. Tía Lola, desde aquel rincón tamizado y doliente de la alcoba, aconsejó a sus tres esplendentes vírgenes solitarias el deber de avisar en seguida al confesor. Y desde aquella tarde ya coleó como estrambote de los rosarios una lenta cadena de padrenuestros y avemarías especiales por «las almas descarriadas».

Otras tías, con las primas mayores, se presentaron de visita, condolidas y misteriosas como en un pésame, quedándose allí las horas muertas lamentando, entre chocolate y bizcochos, «el extravío de un muchacho tan bueno». Hasta el tío Vicente, taciturno y de pésimo humor, llegó también murmurando entre copa y copa de jerez contra las maquinaciones masónicas que así le arrebataban al sobrino.

Y el sobrino, por fin, arribó un anochecer.

—¡Ya está aquí el republicanote!

Así saludaron a Pepe Ignacio, cariñosas y serias, las tres hermanas.

Pepe Ignacio era un hombre pacífico, tierno, sentimental; muy culto, gran traductor de obras teatrales, estrenadas con éxito allá en Madrid. En Granada había querido ser pintor, pero las aficiones literarias fueron pudiendo más en él, haciéndole abandonar su juvenil deseo. Quería mucho a su madre y, aunque a veces le exasperaban, también a sus hermanas.

—No nos pondrás en evidencia dejando de ir a misa el domingo.

—Hay que evitar que nos señalen con el dedo.

—Nada de ateos en casa.

Con estas alternadas amonestaciones, madre e hijas fueron amargando los pocos días que el pobre y descarriado Pepe Ignacio se había propuesto pasar descansadamente junto a ellas en el Puerto. Y se volvió a Madrid, agobiado de cirios, consejos y velas salvadoras, señalada, además, la frente de un cardenal morado, producido por el relieve de una santa medalla que entre la badana y el fieltro del sombrero escondiera sigilosamente, para acelerar su conversión, la angélica demencia de Dolorcitas.

¿Qué idea sobre el liberalismo y demás doctrinas democráticas infernales nos inculcaban los jesuitas a los pobres alumnos de sus colegios? La del horror. Y en las casas, sobre todo en aquellas de algunos tíos míos rociados de zumos heráldicos, la del horror y el odio entreverados de ridículas críticas a la moda. No «vestía», no era «nada elegante» ser republicano. Los serenos, los cocheros, los tenderos de ultramarinos, hasta quizás algún alguacil del ayuntamiento, podían permitirse «esa ordinariez». También, naturalmente, los borrachos. De por aquellos días conservo la imagen tambaleante de ese hombre bebido del atardecer, que, solo y extraviado en cualquier callejuela, le arrancaba a su sueño confuso de libertad un «¡Viva la República!».

—Rafaelito, retén en la memoria este consejo: no imites nunca a tu tío Pepe Ignacio —fue lo que el padre Lambertini me recomendó, tierna y escuetamente, después de haberme absuelto en la confesión del domingo y en el momento de besarle la mano para dirigirme al comulgatorio, acto que siempre que me sabía mirado por Milagritos Sancho representaba con excesivo recogimiento.

Aunque entonces sufría y me desesperaba, mudo, por el amor de mi tía Gloria, era de Milagritos, una muchachilla de la calle de las Cruces, camino del colegio, de quien estaba verdaderamente enamorado.

Milagritos Sancho, algo más chica que yo, era bastante bonita, nada espigada y con las piernas muy gordas. A pesar de que nunca llegara a ser mi novia, fue causa y pretexto de innumerables rabonas, malas notas semanales y de que me expulsaran, por algún tiempo, del religioso centro de enseñanza.

Mi naciente pasión la compartía con Treviño, un alumno de quinto, demasiado alto para andar todavía con pantalones cortos. En aquel curso —1916-1917—, se hablaba insistentemente en mi casa del traslado a Madrid de toda la familia, doble motivo éste para entregarme a pensar en Milagritos por playas y azoteas, lejos del segundo año de Francés y la odiada Preceptiva Literaria.

Un caserón deshabitado de una esquina lindaba con la modesta casita de dos pisos donde vivía Milagritos con su madre y hermanas. Sólo una vez había estado con ella, sentido de cerca y, muerto de cortedad, rozado su mano en un jardín oscurecido del paseo de la Victoria, frente al Penal, aquel triste Penal del Puerto que tantos ayes ha arrancado a la garganta del cante jondo.

—¿Conoces a Milagritos? —me gritó, volviéndose de súbito, encendida de azoramiento, una amiga de mis hermanas que la acompañaba aquella tarde.

Yo, que las venía siguiendo a distancia desde el camino de la playa, no tuve tiempo de esconderme o de salir corriendo, por lo imprevisto y rápido de la pregunta. Me acerqué, tembloroso, agolpada toda la sangre en la cabeza, marchando mudo junto a ella por una larga avenida. La noche se entraba, mientras que Milagritos, con la cercana retreta del Penal, iba fundiéndose a mi lado, desvanecida en el aroma umbroso del paseo. Entonces, sentí cómo se arrancaba del gabán un botón alto, ya medio desprendido, dejándolo disimuladamente en mi mano, sin duda como prenda romántica de nuestro primer encuentro.

Pasado más de un mes de aquella silenciosa entrevista, tiempo en el que nuestras relaciones sólo habían consistido en adioses fugaces, miradas temerosas entre el ir y venir del colegio, decidí con Treviño visitar al dueño del caserón desalquilado de la esquina, inventando que mi familia necesitaba la llave para verlo.

El muro de la azotea de Milagritos arrancaba de la más baja del caserón, sólo de una planta. Un atardecer de ejercicios espirituales, dueños ya de su llave inmensa, comida de moho, abrimos, como si fueran las del Paraíso, las puertas que iban a acercarnos, por desconchados corredores, alcobas y lavaderos de ratas, a los ojos, a la sonrisa, tal vez a la mano de ella, siempre allá arriba, solitario angelote rosicler, un poco inflado, en espera de vernos pasar por su calle a esa hora.

Cuando después de un insistente y miedoso siseo logramos que Milagritos nos mirara, ruborizada y sorprendida, desde lo alto, el espanto a ser descubiertos, a que la enfadáramos con aquella osadía, o a que su madre apareciera, todo eso, complicado en mí con un desconocido golpear de la sangre contra las sienes, nos martilló la lengua de tal modo, que la aventura se redujo a un arrobado y triple silencio, roto tan sólo por un grito largo, subido de no sabíamos dónde, ordenando a nuestro amor que bajara a cenar inmediatamente.

Con lo oscuro y el temor a aquella soledad vacía, llena de crujidos misteriosos, intentamos, aprovechando la ausencia, que creíamos momentánea, de Milagritos, evadirnos del caserón, pero no por la puerta de la calle, sino de azotea en azotea. La primera de nuestro itinerario sería la suya, donde la esperaríamos sorprendiéndola, para seguir ante su admiración recorriendo todo la manzana, hasta ir a caer en el terrado de un compañero de colegio, que por allí vivía, y bajar a la plaza de San Francisco.

Para poder subir al primer punto de nuestra aventura, contábamos con una vieja escalera de mano, olvidada en uno de los lavaderos. Por ella escalaríamos el muro, que la ilusión ya nos presentaba como paredón de castillo, hacia una torre coronada de almenas. Yo sería el primero en ascender, mientras Treviño sujetaría bien fuerte la escalera para que no resbalara con el musgo.

Luego, una vez dentro de la azotea, me tocaría a mí sujetarla por las puntas, para que él también pudiera subir sin ningún peligro. Así convenido, empecé mi ascensión, unos cuarenta travesaños, los que a medida de irse estrechando hacia el cielo se me llenaban de temblores, hoy no sabría decir si producidos por la inseguridad de la escalera, si por un miedo emocionado a encontrarme de pronto con Milagritos o, lo más terrible, con su madre, abultada señorona, architemida. Ansiosas alcanzaban ya mis manos el borde del pretil, aferrándose fuerte para tirar del cuerpo; ya tiraban de él rebasando los ojos el final del muro, llenándomelos, a través de palmeras y araucarios, una visión desvanecida de la bahía, con las cúpulas gaditanas al fondo; ya intentaban saltar a la azotea, cuando un perrito adormilado exactamente sobre el lugar donde mis pies calculaban posarse, se me abalanzó furioso sobre la cara, avisando a toda la vecindad sus agudos y desproporcionados ladridos. Con la sorpresa, el terror y sin manos para defenderme, buscaban desesperadamente mis colgadas piernas la escalera, encontrándola al fin, pero cuando ya se comentaba a gritos por todos los terrados el escandaloso suceso.

Al día siguiente, pasando muy de mañana con Treviño ante la casa de Milagritos, unas ásperas manos salieron súbitamente de la puerta, aferrando a mi amigo, desapareciendo con él en un instante. Lo que luego pasó se lo explicaba yo a ella por la tarde en una carta escrita en el colegio y que pensaba hacérsela llegar al otro día, sirviéndome de aquella amiga suya y de mis hermanas. Decía, más o menos, así:

«Mi inolvidable Milagritos:

Cuando Treviño y yo intentamos subir ayer tarde a tu azotea para esperarte y estar contigo, que era lo que *nuestra alma* anhelaba, tu perrito se me abalanzó, ladrando, estando a punto de matarme por su culpa. Al intentar marcharnos, la gente del barrio se agolpó ante la puerta del caserón, gritando entonces los chiquillos que dentro había duendes. Pero cuando alguien respondió con rabia que no, que éramos los niños de los jesuitas, nosotros abrimos las puertas valientemente, diciendo orgullosos que sí que lo éramos, escapando entre los insultos y palabrotas de todos. Esta mañana, al pasar por tu puerta, salió Toto (la criada), con el fin de atraparnos; pero yo me pude escapar, corriendo. No así Treviño, a quien Toto metió a empujones en una sala baja de tu casa, donde tu madre nos esperaba furiosa para reñirnos. Treviño me ha contado que le dijo, refiriéndose a mí, que parecía mentira que un muchacho perteneciente a una familia tan pulcra se atreviera a poner en entredicho a su hija Milagritos, alborotando todo el barrio.»

La carta, que seguía ampliando con otros inocentes detalles nuestra frustrada aventura, terminaba con frase de declaración, escogida de un misterioso librito que circulaba entre los alumnos de tercero y cuarto, lleno de las instrucciones necesarias par cada caso amoroso:

«En espera de tu alta y grata respuesta, que traerá a mi alma el reposo ansiado, se despide de ti rendidamente tu Rafael.»

Mi familia desde hacía tiempo venía sospechando mucho de mi falta de aplicación y asistencia al colegio de San Luis Gonzaga. Existían datos reveladores, entre otros el de amanecer mi cama, con excesiva frecuencia, llena de arena fina de las dunas. Ya Paca Moy, la vieja sirvienta, aunque débilmente, por lo que me quería, lo dejaba entender a mi madre al arreglar mi cuarto:

—Este diablo de chiquillo más bien parece que estudiara en medio de un terragal que en un colegio...

De aquel descubrimiento de mis rabonas hecho por Paca Moy era yo el único culpable, ya que me acostaba casi vestido, a veces con cuello almidonado y siempre puestos los calcetines.

Aquella noche, después de una humeante plática sobre los tormentos del infierno, salí jubiloso del colegio, apretada mi carta bien planchadita en la cartera, deseando la aurora del siguiente día para mandársela a Milagritos. Sin cenar apenas, me acosté, durmiéndome en seguida, cruzado el sueño de azoteas azules, que ella saltaba alegremente, perseguida por mí y los ladridos de su perro, entre la algarabía de todo el barrio, encaramado hasta en la punta de las veletas. Pero a ninguno de los tres nos importaba. Sin Treviño, que jamás supe por qué rincón del sueño se había extraviado,

seguíamos corriendo, a caballo sobre los pretiles, más lejos cada vez de los que nos gritaban, desvaneciéndonos al fin por la penumbra fresca de aquella manzana con chimeneas de humo iluminado que se iba hacia el mar...

Cuando a las seis en punto sonó el despertador avisándome la hora de marchar al colegio, sobre la silla en cuyo respaldo colgaba todas las noches la chaqueta, junto a las dos onzas de chocolate para el desayuno vi —horror que me hizo brincar hasta el centro del cuarto— la cartera que con tanto celo apretara mi carta en el bolsillo..., mi carta... que había volado durante el sueño de azoteas y pretiles siguiendo a Milagritos.

Como muerto y después de un largo rodeo por los muelles del río, pasé, todavía sin sol, bajo sus balcones, camino de la misa de siete. Luego, en la fila, por los resonantes patios solos de los recreos, hacia el estudio, cruzados los brazos, como muerto, me los estrujaba contra el pecho, sintiéndomelo vacío de aquella carta que había sido más que su corazón durante casi un día. Tristísima fue la mañana ante el texto del Álgebra, cuyos ejemplos de ecuaciones de segundo grado hubiera querido comprender, siquiera para echar un poco de alivio, un poco de olvido sobre mi desgracia y alejar el alón negro del castigo que ya sentía zumbarme alrededor.

Cuando más deprimido estaba, llamó el edil a clase. En ella, completamente ausente, vuelto sólo a los números por el rayar frío de la tiza sobre el encerado, entró de pronto un alumno de quinto, hablando aparte, misterioso, con el padre La Torre, profesor de la asignatura.

—Rafael Alberti, al salón de visitas —fue la orden que el padre me comunicó, seco, al punto de marcharse el alumno.

Salí, en medio de la expectación desojada de toda la clase. Era muy raro que a un externo lo llamaran a aquel salón, reservado solamente para la familia de los internos en su visita semanal de los domingos.

Atravesé el gran patio, todavía sombrío, puestos los ojos en un retazo de sol que ya colgaba del reloj de la torre. Lo pasé lento, retardando los pasos, con la intención deliberada de no llegar nunca. «¿Por qué al salón —me perdía pensando— y no al cuarto del padre espiritual o del prefecto? ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Será posible que ella sea la visita? ¿Mamá con la carta para acusarme?» Y sentí un dolor fuerte como de muelas, unos tirones insufribles que me hicieron sacar las lágrimas. Cuando al fin no me quedaba más remedio que entrar en el locutorio, porque ya las piernas me temblaban ante su puerta, lo hice recobrándome de súbito, con un aire tranquilo, casi alegre.

Al fondo de su inmensidad, me esperaba junto al prefecto una larga señora enlutada, desconocida al pronto, pero que a medida de ir avanzando se me fue convirtiendo, con gran sorpresa e indignación, en tía Tití, infeliz beatona hermana de mi padre, que vivía en la calle de las Cruces, frente por frente de mi pretendida.

Muy serias y frías me esperaban aquellas caras para seguir marchando sereno. Sin embargo, creo que llegué hasta ellas bastante dominado, aunque la inesperada presencia de mi tía, sabiéndola vecina de Milagritos, el verla allí cuando a quien correspondía era a mi madre, me alarmaba hasta sentirme muerto.

—Rafael... —comenzó el prefecto, agrio y duro, mientras tía Tití bajaba los ojos, estrujando nerviosa el rosario contra el libro de misa.

Hizo una pausa breve, angustiosa, en la que vi cómo una mosca le giraba por el carey de uno de los cristales de las gafas; cómo tras el gran ventanal que caía a la huerta pasaba el hermano hortelano, subida la sotana, empujando una carretilla de yerba; cómo al Sagrado Corazón de Jesús que presidía la sala se le desrizaba la barba, perdiendo su engominado aire habitual de recién salido de la peluquería... Cuando más cosas iba a ver en aquel corto silencio mortal, la voz del prefecto ya continuaba, tajante:

—Coge tus libros, el gabán y la gorra...

Recuerdo que lo miré atónito, con unos ojos como bocas abiertas, saltando por gritar lo excesivo, lo injusto, lo inesperado de aquella medida.

—Sí —prosiguió, cuchillo, el reverendo padre—. Basta de escándalos y de rabonas. ¡Un alumno del colegio de San Luis Gonzaga, un externo, y en plenos ejercicios espirituales, dejando por los suelos a la Compañía! Así que... Vamos... No me harás que te lo repita... El gabán, la gorra, los libros... Tu tía habló ya conmigo... —Y al decir esto, de una manga a otra de la sotana lo vi pasarse mi carta con fingido disimulo, para que la viera—. Te marcharás con ella... Ya lo sabes...

Y, sin despedirse siquiera de la desconcertada mujer, fue él quien se marchó casposo, sucio como siempre, sobre sus enzapatillados y sordos pasos de franela.

A la salida del colegio, en medio de la plaza de San Francisco, con mi gabán, mi gorra y mis libros, como el padre prefecto quería, rompí en gritos de furia, zafándome del brazo de tía Tití.

—¡Tú tienes la culpa! ¡Tú, tú, que has venido a acusarme, porque vives frente a los Sancho, y mamá te ha dado la carta! —(No me atreví a pronunciar el nombre de Milagritos.)

Y salí corriendo por el callejón de la Sierpe, camino de la playa, mientras mi tía gimoteaba descompuesta:

—¡Niño! ¡Cuco! Yo no quería eso. ¡Qué disgusto más grande! ¡Qué sofoco! ¡Cuando tu madre se entere de que te han echado!

Ya en las dunas, en cueros, llorando libre frente al mar, no sólo perdoné a mi madre, sino también a la pobre Tití, pensando de los jesuitas cosas que no pude expresar hasta pasados muchos años.

(Ahora se me enredan en los troncos y retamas de recuerdos de esta perdida arboleda mía complicadas lianas sanguinolentas, recientes. Abiertos sobre ellos, intercalándose y fundiéndose hasta serme difícil deslindárselos, ruedan mis tres viajes a la URSS —1932-1934-1937—, tan vil y desesperadamente atacada hoy por Alemania. Lleguen mojados en lágrimas de ira, de fe, de orgullo y esperanza mis manos para sus soldados, mi corazón para su inmenso pueblo, simiente verde de futuro.)

Tío Tomás había aparecido una mañana ante los ojos asombrados y preguntones de, todos nosotros, sobrinos suyos que por vez primera le veíamos.

Viejo, más que guapo, hermoso; de níveas patillas a la italiana; pulcrísimo, lleno de gracia en su hablar castellano, interceptado de baches andaluces, de puras adherencias granadinas.

Llegaba muy enfermo tío Tomás a llenarse de pino parasol y sales gaditanas la rendida salud, trabajada tanto en su época moza. Buen ejemplo de toda aquella fiera juventud garibaldina, creadora de la unidad de Italia.

Tío Tommaso era alegre e irónico, conservando aún en su acento, en todo el estilo de su ser, algo del trueno que había sido.

Resumían la gloria del tío soldado aquellos tres dedos perdidos de la mano derecha, que sólo mostraba, detallando su romántica historia, ante los pocos y malvistos liberales del Puerto. En cambio, en medio del beato rigor insufrible de la familia, tío Tomás se preocupaba de ocultarla cuidadosamente en un fino guante de gamuza, sin duda para evitar alusiones hirientes, críticas embozadas contra su pasado, «tan vergonzoso como abominable». Pero ni a chicos ni a mayores se nos escapaba el misterioso bordoneo de que tío Tomás era un excomulgado y que, como castigo de haber combatido contra el Papa, una bala le había arrancado de cuajo los tres dedos.

—¡Tío, tío, los queremos ver! ¡Tío! —le instábamos machacones, en cuanto le encontrábamos solo.

Tío Tomás condescendía, gracioso y bueno, desenguantándoselos.

—¡Déjanoslos tocar! ¡Anda!

Y en nuestro pánico infantil, seguros de que brotarían infernales llamaradas azules de aquella mutilada mano sacrílega, le hurgábamos, veloces, en los hoyos correspondientes al pulgar, al índice y al corazón, contando, electrizados:

—¡Uno, dos tres! ¡Uno, dos, tres!

Tío Tomás era olvidadizo, consciente o inconsciente, según le conviniera. De sus obligaciones religiosas no se acordaba nunca o, a la perfección, fingía no acordarse, aunque la pobre de tía Lola se hubiera convertido en su constante despertador y auriga:

—Tomás, que mañana es domingo... Que a primeros de año tienes que comulgar... Que la novena de la Patrona... Que la Adoración Nocturna...

Pero sus verdaderos olvidos eran otros. Jamás pudo decir si había nacido en Génova o Florencia; si sus hermanos fueron cinco o siete, llegando en las lagunas de su memoria hasta discutir violentamente con uno de ellos el nombre de su madre.

—Te digo, Augusto, que nuestra madre se llamaba Rosa.

—Que estás equivocado, Tommaso; nuestra madre se llamaba Catalina.

—Que te digo que no. Augusto: Rosa, Rosa...

—Catalina, Catalina...

—¡Rosa!

—¡Catalina!

Mas, como nunca lograban un acuerdo, la discusión llegaba a adormecerse por un poco de tiempo, reapareciendo al cabo con los mismos dubitativos ímpetus:

—Que Rosa...

—Que Catalina...

Etcétera, etc.

Y de súbito, cuando más parecía que los aires del Puerto lo fortificaban levantándolo, tío Tomás cayó en cama para luchar, como un bravo soldado, largo y tendido, con la muerte. Misteriosas se volvieron las hijas, Gloria, María y Dolorcitas; misteriosa tía Lola, misteriosa la casa, misteriosos y oscuros los alrededores del lecho del enfermo, Algo grave pasaba, que se quería, a toda costa, ocultar. Nadie sabía bien qué es lo que andaba debatiéndose, aunque los constantes cuchicheos, entradas y salidas de la alcoba del moribundo, coincidiendo, además, con la presencia triste de un padre jesuíta en la penumbra del salón, dejábanlo traslucir desesperadamente.

Los otros tíos fueron presentándose, añadiendo rumor y más secreto a aquel trance final de tío Tommaso. Con mi madre llegué yo también, ya que era el sobrino predilecto, penetrándome de la congoja e inquietud suspirante de todos. Se escuchaba en la casa como el vibrar de una tirante cuerda invisible, cuya rotura inevitable era esperada con espanto, percibiéndose ya la delgadez del punto que había de producir la catástrofe.

El jesuita, siempre difuso en el tamiz oscuro de un rincón, invitó con acento apremiante a rezar el rosario. Gloria, María y Dolorcitas, mientras los afligidos presentes rodeaban al sacerdote, cayeron de rodillas, inundando de lloros sacudidos los cinco interminables misterios y el redoble monótono de las letanías.

Sólo tía Lola, junto a la cabecera del agónico, le velaba el combate.

Cuando después de los tres *Agnus Dei* el jesuita pedía a san José su intercesión celeste para que alguien, cuyo nombre no dijo, tuviera un buen morir, apareció la sombra de la tía, llamándole con una inclinación muda de cabeza. Parecía llegado el momento de que aquella vibrante tirantez de la cuerda invisible fuera a saltar, callándose. Interrumpido el rezo, zumbó por la penumbra de la sala un silencio angustioso, ennegrecido aún más por el anochecer que iba tapando las rendijas.

—¡Santa Madonna! —vino, de pronto, largo y débil, del cuarto de la muerte.

Después de unos instantes en que la voz del jesuita simultaneaba los latines con el susurro jaculatorio de tía Lola, llegó otra vez la quejumbre contrita del moribundo:

—¡Señor mío Jesucristo!...

Encendida una vela, Gloria, María y Dolorcitas corrieron hacia la alcoba del padre, tropezándose con el sacerdote, agigantada sombra contra el cuadrado de la puerta.

—Ahora ya puede recibir tranquilo al Señor... —declaró en voz alta con intención de que se oyera.

Y mientras desaparecía, victorioso, en busca del viático, las tres hijas entraron jubilosas a avivar el hálito expirante del viejo soldado arrepentido.

Al día siguiente, de mañana, mamá volvió a llevarme a casa de tía Lola. Gloria nos recibió, enrojecidos los ojos de desvelo, mojándome la frente con un beso prolongado de llanto. Luego, cayéndome sus brazos sobre los hombros, me condujo despacio por corredores y habitaciones vacías a la de tío Tomás, dentro ya de su caja, en hábito blanco de cartujo. Con los primeros gallos había dejado de existir. Un grueso rosario se enroscaba ahora a la raíz de aquellos dedos que una descarga vaticana arrancara de la mano derecha del patriota.

—Saca de aquí a ese niño —ordenó tía Lola a su hija, después que de rodillas junto a mí me había hecho musitar varias oraciones.

Al entrar en el salón vi en uno de sus ángulos al jesuíta, rodeado de algunos tíos y otros señores, tan sólo conocidos para mí de encontrármelos borrachos por las calles, camino del colegio. Las mujeres no estaban. Seguramente se hallarían en otro sitio de la casa, adonde tía Gloria se dirigió, convencida de que yo iba siguiéndola.

El jesuita, en la mano una hoja impresa, festoneada de negro, reprendía, severo, al tío Luis:

—Hay honores que en la esquela de defunción de un hombre muerto cristianamente no pueden figurar sin escándalo.

Si el rostro rendido del tío iba disminuyendo del color amarillo al de la nieve, el de los demás que escuchaban se fue poniendo oscuro, con un ceño interrogativo.

—Y aunque por suerte hayamos evitado a tiempo su reparto completo, las pocas enviadas habrán ya sublevado a estas horas la conciencia de muy buenos católicos —agregó, mostrando un gran paquete de anchos sobres festoneados también de luto.

Tras dos toses en una breve pausa, continuó en medio del silencio más compungido:

—Es necesario hacer nuevas esquelas. El entierro no será hasta mañana...

Y le entregó a tío Luis aquella misma hoja que enseñara al principio, tachada con un grueso rayón una de sus líneas, que alguno, tembloroso, se atrevió a descifrar de recio:

—Medalla de la Unidad de Italia.

—¡Cristiano! —fue la única exclamación unánime.

Ni que decir tiene que, en la nueva esquela impresa y repartida pocas horas después, la endemoniada condecoración había desaparecido.

A las once del día siguiente, don Tomás Alberti y Sanguinetti, Gran Cruz de Carlos III, Cruz de Alfonso XII, Caballero de la Orden de Malta, etc. etc., recibió sepultura católica, arrepentido y confeso de todos sus pecados, en el cementerio de la ciudad del Puerto de Santa María.

El viejo héroe garibaldino, gracias al celo militante de la Compañía de Jesús, iba a descansar para siempre, despojado de la sola medalla con que orgullosamente hubiera descendido a la tierra.

(A ti te quise yo, tío Tommaso, no sólo por la temerosa admiración que despertaron en mí tus tres dedos perdidos, sino por ser de aquellos pocos de la familia que consideraste, acariciándola en cuanto la veías, a la Centella, mi chica y desgraciada perra moruna.

Esta noche de Buenos Aires se ha prolongado hasta la pesadilla. Repentinas legiones de inmensas pulgas coloradas han atacado a Tusca despiadadamente en lo oscuro. Mi entresueño ha sufrido el redoble constante de su patas contra el entarimado, al defenderse de la agresión en un furioso rascarse violento.

Tres perras ladran largo, corren y me miran, sentadas en medio de mi vida:

Centella, la de mi infancia.

Niebla, la de mi madura juventud.

Tusca, la del destierro por América.

Centella, por las salinas y las playas, los pinares y los castillos del Puerto.

Niebla, por los escombros de Madrid, las explosiones y la muerte; prisionera de Franco en la caída de Castellón de la Plana.

Y Tusca, pura criolla-escocesa, ratonera, alegrilla y disparatada, libre en el viento por los campos de El Totoral de Córdoba; desesperada hoy en la estrechez de dos habitaciones bonaerenses.)

Cuando me expulsaron del colegio, y después de la muerte del tío Tomás, mi amor por la Centella entró en su plenilunio. De un brinco, me despertaba antes del alba, lamiéndome los ojos, teniendo, rápido, que separarme la cara contra sus locas arremetidas. Ya en el patio, ella era la primera en lanzarse a la calle, perdiéndose hecha un tiro hacia la fábrica de gas, camino de la playa, en un andar y desandar su viaje, desconfiada de que no la siguiera.

¡Días de libertad, sin embustes al regresar a casa! ¡Desnudas horas anchas, con la marea subiéndome hasta el pecho, sin aquel miedo al anteojo del salón de Física, a las llamadas sinuosas del padre espiritual o a las ofensas humillantes del prefecto!

—¡Vamos, Centella!

Las piedras llanas, lamidas por el mar, lanzadas sobre los momentos tranquilos de su lomo, lo punteaban, súbitas, en tres, cinco y hasta siete saltos que la perrita en delirio perseguía.

—Te vas a ahogar, ilusa.

Y jadeante aún, extraño vaciado de arena, algas y salitre, tumbábase desorientada junto a mis pies descalzos, alerta las orejas a las historias de grumetes —Maine Reid—, o a las laberínticas hazañas detectivescas —Sherlock Holmes, Nick Carter—, que el entusiasmo me llevaba a leerle en voz alta.

No desconocía ella la fecha ni el lugar de su nacimiento. Había venido al mundo el mismo día que yo, en el rincón de una alberca sin agua, donde un galápago cuarentón se aburría solo, siempre en el mismo sitio, atacado frustradamente por feroces ratas nocturnas.

—¡Centella! Tenemos ya casi catorce años. Pronto, te llevaré a Madrid. Allá hay muy buenos oculistas...

En su vejez, contados la querían, esquivándola los demás, llenos de aprensión. Una creciente nube azul le iba invadiendo un ojo, empujándoselo hacia la noche. Pero aun así, achacosa, medio ciega, el pelo ya vivido salpicado de calvas, guardaba todavía savia y arrestos para internarse por el mar, revolcarse en la arena y desaparecer veloz; en un impulso inesperado.

Sí, pronto la curarían, pues las vísperas del traslado a Madrid ya se notaban en la presencia de Federico, el viejo arrumbador, en funciones de maestro carpintero para el embalaje de los muebles, así como también en el constante jubileo de los primos, envidiosillos de nuestra marcha nada menos que a la capital, donde seguramente —habían oído decir— «veríamos al rey Alfonso XIII y a la reina Victoria».

Papá llegó del norte, imprimiendo su aparición a los preparativos del viaje carácter de inminencia. Aunque mi fantasía volaba ya lejos del Puerto, sobre todo desde la expulsión del colegio, el pensarme de pronto trasplantado a una ciudad desconocida, sin playa, sin Milagritos, sin tía Gloria, hasta sin todos aquellos mismos tíos que odiaba tanto como quería, me trajo una repentina congoja, mezclada de desgana e indiferencia por la partida.

—¿Conque te vas a los Madriles? Allí sí que hay mujeres... —me descubrió, guiñándome por los muelles del río, Paquillo, el cochero.

—¿Mujeres?

—¡Digo! Más guapas y baratas que las del Penal...

Y el sueño se me coloreó aquella noche, rodándome Madrid por todo el cuerpo como un rojo durazno maduro o un fresco limón dulce de pezones salientes.

Al otro día, corrí a decirles adiós a los jesuítas, recibiéndome solo, en su cuarto, el temido padre prefecto.

—Terminarás allá el bachillerato en nuestro gran colegio de. Chamartín de la Rosa —fueron sus horribles palabras, poniéndome la mano al nivel de la boca para que la besara, cosa que no pude de tan de piedra como me había dejado.

Y Madrid se me levantó aquella noche en medio del insomnio con las mismas torres y ventanas siniestras del presidio, escalofriado de largos alertas entristecedores.

—Escribirás en cuanto llegues —fue la súplica de tía Gloria, acompañada de un beso y un abrazo.

Y tía Lola, después de recomendarme mucho que siempre fuera bueno:

—¿Vas a pensar en mí cuando visites el Museo del Prado?

Y aquella otra noche, la última de mi infancia en el Puerto, la pasé en claro, recorriendo con la Centella los patios y las salas ya vacíos; subiendo luego a los tejados para esperar el alba.

Con las primeras luces, bajé corriendo a despertar a mi hermana Pepita.

—Pipi, vamos a quemar los soldados. ¿Qué van a hacer aquí?

—¿Todos, Cuco?

—Todos.

Pipi se levantó, impresionada. Luchando todavía con el sueño, me ayudó a amontonar en medio de aquel patio interior, campo de tan verdaderas batallas, una alta pira con nuestros héroes de cartón, recortados pacientemente durante tanto tiempo. Y, mientras se iban sonrosando los cristales de la montera, ardieron todos, confundidos en una misma llama, siendo a poco barridas sus cenizas por María, la cocinera.

Ya no quedaba más remedio. La hora había llegado. Con los primos mayores, que madrugaron para despedirnos, aparecieron —franja de luto al brazo— los nietos de Paca Moy, la vieja sirvienta, muerta «como una santa», no hacía mucho, entre las calabazas, los tomates y los ramos de viñas de un huertecillo suyo en el pueblo de Rota, al pie del mar de la bahía.

A las siete y media, en dos coches prestados por tío Jesús, salimos todos para la estación.

¡Adiós calle de las Neverías, calle de los sorbetes de colores y los helados veraniegos; vergeles de las orillas del río, puente de San Alejandro, esteros y salinas! ¡Adiós infancia libre, pescadora, de patios y bodegas profundos! Serás ya siempre en mi recuerdo como una barca de claveles, con las velas de albahacas, cabeceante por una mar de jazmines perdidos...

En la estación, Carreja el pescadero, descalzo, remangados mangas y pantalones, saludó a mamá:

—Doña María...

Al contrario que a tío Tomás, a Carreja, en lugar de faltarle, le sobraba un dedo, minúsculo pulgarcillo, con uña de percebe, que nosotros acariciábamos escalofriados y absortos.

Mamá le regaló cinco pesetas.

—Para que se las des a tu mujer...

Lloroso, fácil a las lágrimas como buen borracho, el pescador, cuando el tren ya pitaba, alzó la mano hasta la ventanilla donde nos agolpábamos, conmovidos.

—Bueno, niños... —ofreció, en señal de agradecimiento—. Antes de que os vayáis...

Todos a la vez, y más emocionados que nunca, despedimos al pulgarcillo de Carreja, que nos pegó en los dedos un fuerte olor a caballas azules y bocas frescas de la isla.

El tren se puso en marcha.

Por un instante, como prendidos a su cola de humo, pasaron el paseo de la Victoria, el Penal, el Tiro de Pichón... Cuando tras las primeras norias de la huerta de tío Jesús apareció el esmaltado umbroso de un bosquecillo de naranjos, me brotó de los ojos una olvidada adivinanza oída a Federico:

Muchas damas en un castillo y todas visten de amarillo.

Y acompasando la solución del acertijo con el ritmo del tren que se abría paso, vega arriba del Guadalete, me la fui repitiendo, mudo, hasta Jerez de la Frontera:

—Las naranjas, las naranjas, las naranjas, las naranjas...

LIBRO SEGUNDO

1917-1931

I

Releyendo estos días de primavera bonaerense la atolondrada, violenta, apasionante y con seguridad a veces muy mentirosa vida de Benvenuto Cellini, me han sacudido unos incontenibles deseos de reanudar mi olvidada Arboleda perdida, *cuyo primer librito, el de mis blancos y azulados años de infancia andaluza, acaba con la visión de unos áureos naranjos, vistos como un relámpago desde la ventanilla del tren que me llevaba con toda mi familia camino de Madrid. Y ahora, esta afiebrada tarde de 18 de noviembre de 1954, en mi cercado jardinillo de la calle Las Heras, bajo dos florecientes estrellas federales, el mareante aroma de un magnolio vecino, cuatro pobres rosales, martirizados por las hormigas, y el apretado verde de una enamorada del muro, doy comienzo a este segundo libro de mis memorias. ¡Arboleda lejana, perdida, sí, o dormida más bien, que nuevamente hoy, despierta, se apresura a mi encuentro, a la llamada fresca de mi madura sangre! Salgo de mis presentes cincuenta y un años y, atravesando tantos de horrores y desdichas, vuelo hacia aquellos otros en que la gracia, la alegría, la transparente fe y el entusiasmo apenas si corrieron empañados por esas puras lágrimas primeras que en lugar de velarnos nos aclaran aún más lo bello, grande y hondo de la vida.*

...Y me veo, todavía en los ojos mal dormidos el deslumbre fugaz de la Giralda sevillana, en la plaza de Atocha, de Madrid. Mayo de 1917. ¡Desilusión y tristeza! Mañana gris, sin sol, de ese finísimo plata madrileño, que supe querer luego, pero que en aquel día de la llegada me pareció del negro más desesperante. ¡Dios mío! Yo traía las pupilas mareadas de cal, llenas de la sal blanca de los esteros de la isla, traspasadas de azules y claros amarillos, violetas y verdes de mi río, mi mar, mis playas y pinares. Y aquel rojo-ladrillo de chatos balconajes oscuros, colgado de goteantes y sucias ropas que me recibía, era la ciudad —¡la capital de España!— que osaba mi familia cambiar por el Puerto. ¡Traernos a vivir a esta carbonera! La casa que ya nos tenía alquilada mi padre se encontraba no lejos de la estación del Mediodía, en la misma calle de Atocha. Nuevo motivo de desilusión y protesta.

-—Aquí no viviré ni un minuto. Pipi y yo nos volveremos al Puerto —decidí claramente en alta voz, comprometiendo a mi hermana la más chica, sin ni siquiera haberla consultado.

¿Qué es lo que íbamos a hacer, sobre todo ella y yo, en aquel piso minúsculo y oscuro de aquella calle estrecha, ruidosa de tranvías? ¿En qué patios soleados levantar nuestros juegos, armar nuestras peligrosísimas batallas? ¿Desde qué azotea saltar a las demás y recorriendo toda la manzana oír el rumor de las cocinas, atentos a la boca de las chimeneas? Nos marcharíamos, o por lo menos, si mi hermana no era capaz de acompañarme, me escaparía yo solo, a pie, por la carretera de Andalucía. Y para darme ánimos escribí una carta a mi tía Gloria, denigrando a Madrid, hasta hablándole mal de la Puerta del Sol, y comunicándole mi proyecto de fuga. Pero recuerdo que varias veces pregunté por dónde se iba al Puerto y nadie supo responderme, tal vez porque yo, en mi inocencia, casi siempre, más que por el camino de Andalucía preguntaba por el de mi pueblo, que para mucha gente no era muy conocido. Entretanto, como escapar no era fácil y mi decisión, por lo que ahora sospecho, no muy firme, mi tía Gloria había tenido tiempo de responder a mi carta, suplicándome calma, cosa que además de escocerme contribuyó bastante a enfriar el mudo amor que hacia ella aún sentía. Y, además, para «hacerme desistir de mi descabellado proyecto» —ésas eran sus palabras—, me exageraba lo aburrido de aquella vida portuense, comunicándome, entre otras pequeñas noticias desagradables que he olvidado, el triste fin de la Centella, mi pobre perra

moruna medio ciega, a quien bárbaramente habíamos abandonado a su destino al trasladarnos a Madrid.

Sucedió que la desventurada perrita, al encontrar cerrado el portón de su casa, se sentó noche y día en el escabel a esperar fielmente nuestro regreso. La primera semana, algunos buenos vecinos le llevaron comida, que ella apenas si probó, de tan abatida que estaba. Muerta de hambre y de pasión de ánimo, continuaba allí a la puerta, cuando una tarde la caridad de dos hermanitas de los pobres la llevó a su asilo, en donde pasó, a pesar de su ceguera y vejez, a ser acompañante del pastor que cuidaba el ganado de las monjas. A las pocas salidas al campo, como guardiana, su torpeza y falta de luz la hicieron acercarse más de lo debido a los pitones de una inquieta y brava novilla, quien, sin duda molesta de aquella cosa negra que se le interponía, le tiró una cornada, mandándola a parar, partido el corazón, contra el tronco de un árbol. Muerte así, tan inesperadamente taurina para una perra ya casi acabada y rota como la Centella, nos sobrecogió a todos, y todavía más a mí, que me consideré desde aquel momento principal responsable de su cruel abandono. Aquella noche no se cerraron los ojos de mi casa sin que una sombra de remordimiento se nos metiera en la conciencia, pesándonos. Seguramente, luego, mi familia olvidó este pobre episodio, no así yo, al que todavía duele, soliéndolo contar, tal vez como descargo, siempre que de perros se trata.

Pasados unos dos meses, en los que mis nostalgias marítimas y salineras comenzaron a hincarme sus primeros taladros y aplacado bastante mi furor por la fuga, declaré abiertamente a mis padres que no continuaría el bachillerato, que si estaba en Madrid —ya ellos me lo habían oído varias veces— era para hacerme pintor.

—Te morirás de hambre —me pronosticaron los dos, secundados además por mis hermanos mayores.

—No me importa.

—Pinta, pero termina siquiera el bachillerato, aunque luego no sigas ninguna carrera —me suplicó, siempre más comprensiva, mamá.

—¡No! —grité.

—Pues no verás ni un céntimo para lápices y colores.

—No los necesito.

—Entonces, allá tú.

Pensándolo mejor y como era verano, dije a los pocos días que sí, que estudiaría sin grandes prisas el cuarto año, del que me examinaría en junio o septiembre del próximo año.

Esta acertada decisión me valió en seguida unas pesetas, con las que me compré todos los útiles de dibujo, una pequeña caja de colores al óleo y hasta un caballetillo para pintar al aire libre. ¡Oh maravilla! Ya en aquella misma mañana me creí liberado de oscuras melancolías y todo un ilustre pintor lleno de gloria. Sin respiro, corrí al Casón, aquel precioso palacete del rey Felipe IV, en la calle Alfonso XII, frente a los jardines del Buen Retiro. Quería, primero, dibujar, hacer «academias». Con cierta timidez, entré en secretaría para inscribir mi nombre, pero me dijeron que no era necesario, que el trabajar en aquel museo era libre y que el conserje me proporcionaría —¡gratis!— el tablero para dibujo. Sólo el papel y la carbonilla correrían por mi cuenta. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, ya estaba yo feliz en el Casón, extasiado ante la Venus del Esquilino.

Pocos adolescentes habrán estado tan convencidos, como yo a mis quince años, de que su verdadera vocación eran las artes del dibujo y la pintura. Aún no había escuchado en aquellos días míos iniciales —como tantas veces después— renegar y reírse de la escuela, de ese aprendizaje y disciplina necesarios para el sostenimiento y plenitud de la obra futura. Con verdadera unción, en aquella casa del rey Felipe IV, bajo la arrebatada alegoría que Giordano dejó colgada al techo de la sala central, copié, a todos los tamaños, las blancas escayolas que reproducían la claridad airosa de la Victoria de Samotracia, el contorno arqueado del Discóbolo de Mirón, la esbelta sencillez del

Apoxiómeno de Lísipo, la infinita tortura de Laocoonte, la ruda anatomía de Hércules, la infantil ligereza del Fauno del cabrito, sin olvidar las más famosas madres del amor y la gracia: la Venus de Milo y la de Médicis. Cuanta reproducción guardaba aquel museo —fragmentos, estatuas completas o cabezas (¡aquella de Séneca, el poeta, que parecía una rata!)— surgió, ya en contorno preciso o en difuminado claroscuro, bajo la carbonilla que mi mano alcanzó a llevar diestramente sobre la tensa superficie del papel. A los pocos meses me sabía el Casón de memoria. Todavía hoy, al cabo de tantísimos años, quizás pueda dibujar algunas de aquellas esculturas sin tenerlas delante. Pero esto que para mí había comenzado tan hermoso, se me fue convirtiendo, por ya sabido y dominado, en algo monótono y sin gracia. Así que, sin abandonar completamente el dibujo de estatuas, quise probar cosa que sospechaba más difícil: copiar en el Museo del Prado, yendo a elegir, como primer ensayo, un San Francisco muerto, atribuido a Zurbarán.

Nada he contado aún de la sorpresa que me causó nuestro maravilloso museo de pinturas en mis primeras visitas. No sé por qué, acostumbrado únicamente en mi pueblo andaluz a las malas reproducciones en colores y a ciertos paisajes de escuela velazqueña vistos en casa de mis abuelos, yo pensaba que la pintura antigua sería toda de sombra, de pardas terrosidades, incapaz de los azules, los rojos, los rosas, los oros, los verdes y los blancos que se me revelaban de súbito en Velázquez, Tiziano, Tintoretto, Rubens, Zurbarán, Goya... Ante mí estaba ahora el verdadero principillo Baltasar Carlos, alzado contra el azul más nítido del cielo y el albo puro de la nieve guadarrameña, fondo muerto, plomizo, en la pésima estampa que reprodujera dos años antes y que motivara mi rompimiento con María, la cocinera de mi casa del Puerto. Se inauguraban para mis ojos cándidos, no sin provocarme cierto vago rubor el primer día, los nácares esplendorosos de las carnes de Rubens, aquellas Gracias fuertes, Pomonas derramadas, Ninfas corridas por los bosques, Dianas ornamentadas de perros y olifantes, altas Venus de ceñidores desprendidos, desnudas diosas que pasarían a inundar, inquietándomelas, mis desveladas noches adolescentes. Poco sabía yo entonces de sátiros, faunos, centauros, tritones y demás personajes silvestres o marinos, enrojecidas las pupilas, tensos todos los músculos en amor a las deidades hechas de rosas y jazmines por el pincel de Rubens. Si aquel tropel de fuerza arrebatada del pintor flamenco despertó en mí el sentimiento de todo lo frutal, codiciable, desatado, que puede alguna vez ofrecernos la vida, la claridad dorada de Tiziano, el macizo reposo de sus Venus enamoradas de la música, su sonrisa apacible y juegos venturosos bajo «el manso viento» garcilasesco de los árboles, metieron en mi sangre para siempre el anhelo de una perpetua juventud, de una ilimitada, luminosa armonía. En aquel italiano de Venecia, como en los techos primaverales de Veronés y en las calientes auras del Tintoretto reconocía yo, aun sin decírmelo del todo, cuánto de blanco y azulado, de soles y de brisas mediterráneas alentaba en las médulas italoandaluzas de mis huesos. Allí, de repente, se descorría ante mi asombro mudo la plena madurez de la gracia desnuda, la edad de oro del color, la expresión indecible del amoroso deseo, de la pasión sin trabas de todos los sentidos. Creía yo, recordando los pocos cuadros que había visto en revistas y libros de casa de tía Lola, que, además de lo umbrío de su coloración, el tema principal de la pintura clásica era el religioso y que demonios, ángeles, vírgenes, cristos, santos, papas, frailes y monjas de todas clases llenaban solamente las paredes de los museos. ¡De qué violento modo el inmenso salón central del Prado me cambió aquella pueblerina idea! Ni siquiera la pintura española que ocupaba parte de él se atenía a esa temática, aunque, eso sí, la gravedad melancólica de su tono contrastara, hasta hacerlo aún más triste, con el de la locura rutilante de Rubens y la alegría melodiosa de los venecianos. Y comprendí que, aun a pesar de los alados grises, platas, azulados y rosas de Velázquez, de las nubosidades celestes de Murillo, los azufres candentes del Greco, los marfiles y blancos de Zurbarán y el poderío cromático de Goya, mis ojos y mi sangre, todo yo pertenecía por entero a aquel mundo de áurea y verde paganía, de quien Tiziano, sobre los grandes otros —¡oh Tiépolo!—, se llevaba la palma. Él, más que nadie, por su sentido perfilado de lo luminoso, me hizo confirmar luego, de manera definitiva, la pertenencia de mis raíces a las civilizaciones de lo azul y lo blanco, eso que había bebido desde niño en las fachadas populares, los marcos de las puertas y ventanas de los pueblos de mi bahía, sombreados por aquel azul traslúcido que nos viene de los frescos de Creta, pasando por Italia,

azulando todo el litoral mediterráneo español hasta los pueblos gaditanos del Atlántico, siguiendo su viaje Huelva arriba hacia los confines de Portugal.

Estas primeras impresiones mías sobre el Museo del Prado, recuerdo que se las trasmití en sucesivas cartas a tía Lola, a quien seguía queriendo como mi iniciadora en la pintura. Ella, que murió al poco tiempo de nuestra ida a Madrid, siempre que su enfermedad del corazón le daba algún reposo, me respondía animándome, pidiéndome en una de sus últimas cartas le copiase para su cuarto la Inmaculada niña de Murillo. Pintor que yo cambié por Zurbarán, pues de los españoles, con Velázquez, el Greco y Goya, fue el que primeramente me llenó más de asombro.

Yo siempre tuve, desde que los descubriera en el Prado, una gran curiosidad y admiración por los copistas, admiración que extendí luego a los falsificadores de cuadros cuando entré en amistad con alguno. Había un copista en la sala de Velázquez permanentemente *abonado* a *Los borrachos*, que reproducía, de manera magistral, en todos los tamaños. Yo presencié la cumbre de sus éxitos una mañana en que el museo estaba abarrotado de visitantes. Terminada una copia de las mismas medidas que el original de su cuadro favorito, en el momento que sobre su caballete rodante retiraba su obra de la sala del pintor de Felipe IV, la gente que allí se agolpaba le abrió camino, estallando en aplausos, que el buen hombre —un tipo singular por lo pequeño y barbudo— recibió con sonrisas e inclinaciones de cabeza.

Soñaba yo entonces, siempre muy impresionable, con alcanzar la perfección en aquel sabio y pequeño arte de la copia y llegar a colgar en las paredes de mi casa mis obras maestras preferidas. Pero mi desasosiego de aquellos años, mi ya naciente intranquilidad por las nuevas tendencias pictóricas, hicieron que ni siquiera terminara el San Francisco yacente de Zurbarán ni otra copia —*La gallina ciega*, de Goya— que inicié algo después. A mí lo que realmente me maravillaba era el ambiente del museo, aquel ir y venir por sus salones y pasillos lustrosos, envuelto en el casi adhesivo aroma a barnices y cera, olor inolvidable, que siempre me hacía viajar hacia el de la resina venteada de los pinares del Puerto.

Durante el invierno, la temperatura del Prado era deliciosa. Aquellas Ninfas calefaccionadas, que corrían desnudas perseguidas por Sátiros, aquellas Gracias y Venus desprovistas también de todo ropaje, se ofrecían tranquilas a mi éxtasis en la tibieza de las salas, resguardadas de los cuchillos penetradores del frío guadarrameño. En el verano, era aún más agradable, pues podía hacerse del museo el mejor baño o bosque de frescura, siendo los salones de la planta baja —los de los Poussin, Lorena y las estatuas-— los más susurradores y velados a la hora de la siesta. Las umbrosidades profundas de los paisajes de Claudio Lorena, con sus apoteóticos atardeceres izados de columnatas y ruinas de templos, llenaron mis estíos madrileños de una realidad todavía más poética que la que me hubieran entregado los más hermosos árboles de Aranjuez o La Granja.

Cuando empecé a copiar *La gallina ciega* de Goya, que dejé inconclusa, como antes dije, era también verano. Casi todo Goya se hallaba entonces en la planta baja, cosa que me hacía entrar en el museo por la puerta que preside la estatua de Velázquez, custodiada por los cedros más bellos que yo he visto en España. Rara era la mañana en que mi hermana Pepita no venía conmigo para verme copiar el gracioso cartón de Goya. Yo la había aficionado mucho a la pintura y algo también a los versos, que leíamos juntos en nuestros paseos por los Altos del Hipódromo, los jardines del Buen Retiro y del Botánico. Tengo que decir que ya no vivíamos en la calle de Atocha, sino en la de Lagasca, número 101, bastante lejos del Prado. Esto me obligaba a levantarme más temprano y a grandes caminatas casi siempre, pues ya mi concentrada timidez y mi amor propio para pedir dinero en casa comenzaban a martirizarme. Yo conocía el disgusto, siempre latente aunque por lo general no tomara más forma que la del silencio, que mi familia tenía por mi vocación pictórica y por la evidente sospecha de que no miraba los libros, ya que mi promesa de presentarme a examen al año de nuestra llegada a Madrid no había sido cumplida. Así que esta informalidad mía era la causa principal de no atreverme a suplicar ni diez céntimos para mis mínimas necesidades callejeras. Pero ni poco ni mucho me importaba a mí en aquella época el ir a pie no sólo al Museo del Prado sino a cualquier parte del mundo.

Las salas de Goya, en las que se colgaban todos sus cartones para la Real Fábrica de Tapices, me abrían cada mañana los ojos a una fiesta, única fiesta de verdad, alzada en medio de la triste, solemne pintura española como un chorro de gracia, de refrescante y alegre trasparencia. Verbena popular de los colores, pregón fino de España. Juego del aire de la calle, traje de luces de los atardeceres de calesas, cometas voladoras y estrellas de artificio. Allí, los amarillos, los rosas, los verdes y azules más sutiles, como expandidos por una milagrosa agua, río brotado de un pincel que la naturaleza revelara de súbito sacándolo a la luz. Una España, por fin, capaz de claridades, de una sonrisa delicada, de un corazón desparramado y casi estrepitoso en su sana alegría. Mas para cruel contraste, no lejos de este cántaro fresco de los tapices, se hallaban los dibujos y parte, si no recuerdo mal, de los feroces muros de la Quinta del Sordo, que luego pasaron a los salones altos del museo —como lanzando un rayo de oscuridad mordiente sobre aquel ruedo luminoso, definiendo así lo que Goya y toda la España que le tocó representar eran realmente: un inmenso ruedo taurino partido con violencia en dos colores: negro y blanco. Blanco de sol y lozanía. Negro hondo de sombra, de negra sangre coagulada.

Los títulos puestos por el propio pintor al pie de sus dibujos y aguafuertes me divertían y hasta me sonrojaban, pasando grandes apuros para que mi hermana no descubriese aquellos más procaces. La ortografía de Goya en muchas de estas mínimas leyendas era más que libérrima, teniéndose que buscar la exactitud de su lenguaje no en el de la palabra escrita, sino en el de la imagen dibujada. ¿Qué podían importarle a un hombre que poseía con el lápiz un medio de expresión tan genial los reglamentos de la gramática? A mí, que en aquellos años me dejaban también indiferente, lo que casi me causaba susto era el descubrimiento de una audacia de la que ni podía sospechar su existencia. ¿Cómo no iban a turbar entonces, a un muchacho recién salido de su pueblo, espantajos cual *El maricón de la tía Gila, Ciego enamorado de su potra, Nada dicen* o tantos sucios frailes comilones e impúdicos que ennegrecían de modo obsesionante aquella pared del museo?

Las mañanas y tardes del sofocador estío madrileño de 1918, entre la levedad de *La gallina ciega*, los lavados y lápices del nada compasivo retratista de los últimos Carlos y Fernandos borbónicos, sirvieron al cabo para despertar en mí, aunque al principio de manera vaga e ingenua, el entusiasmo que he llegado a tenerle y la comprensión de esa desventurada España suya, tan semejante todavía —¡ay!— a la que ahora padecemos.

Mi poca paciencia como copista en el Prado la alternaba con algunas visitas al Casón, en donde había conocido, entre otros muchachos que allí dibujaban, a uno que lo hacía mucho mejor que los demás y que llegó a ser gran amigo mío. Era pequeño de estatura, muy rápido de inteligencia y muy pobre. Se llamaba Servando del Pilar. Su padre era basurero, un bonísimo hombre que salía al alba con un saco a retirar los desperdicios y suciedades de las casas. Yo estuve una mañana en la que él vivía con su hijo Servando y quedé asombrado y conmovido. Una mesilla y un catre fue cuanto pude descubrir en la lobreguez húmeda del cuartucho que componía toda la vivienda. Aquel pobre sencillo y verdaderamente santo se ufanaba de la vocación de su hijo, para quien trabajaba desde la madrugada en tan humildísimo oficio, soñando buenamente en que algún día su pequeño pintor llegara a cambiárselo por unos pocos años de merecido bienestar y reposo. Como yo entonces admiraba a Servando, le repetía a veces, para consolarlo de su negra pobreza, la leyenda dorada de Giotto, pastorcillo de ovejas, oída con arrobo a mi tía Lola en el Puerto.

Cuando no dibujábamos los dos en el Casón o nos cansábamos del Prado, las hojas de nuestros cuadernos se llenaban de apuntes del natural, que ya eran paisajes, gentes en las terrazas de los cafés, obreros trabajando o dormidos bajo las sombras a la hora de la siesta. También algunas tardes Servando del Pilar venía a mi casa, y en mi cuarto de estudio, que era a la vez el de dormir, yo le servía de modelo, como él a mí otras veces. Y allí soñábamos los dos, abierta la ventana por la que se metía el desvaído azul de los montes guadarrameños, hasta que el sol se iba por detrás de las cumbres y con las primeras estrellas la penumbra lejana de Madrid comenzaba a encenderse de luces.

Mi cuarto aquel de la calle Lagasca, a pesar de su desorden —«la leonera» lo llamaba mi madre, y mis amigos, «el triclinio»— era siempre el más concurrido de la casa. Todas las visitas, incluso aquellas a quienes nunca supe por qué fastidiaba tanto mi vocación, deseaban curiosearlo, ver lo que allí sucedía. No era yo muy partidario de estas inspecciones, pues las más de las veces concluían en risitas burlonas u otras impertinencias motivadas por mis pinturas y dibujos, todavía, a pesar de su normalidad casi académica, demasiado «locos y extravagantes».

Otras personas, en cambio, además de Servando del Pilar, eran siempre bien recibidas en «el triclinio». Mi hermana Pepita, la primera. Ella tenía permiso para revolver mi querido desorden y hasta para llevarse libros, sobre todo los de ciertos poetas que ya juntos admirábamos. Los otros amigos que podían entrar libremente se llamaban Manuel Gil Cala, Celestino Espinosa y María Luisa, una linda muchacha, nueva compañera de mis hermanas, bastante mayor que yo, a quien dibujaba un gran retrato y de quien me sentía enamorado.

Manuel Gil Cala era poeta, Celestino Espinosa también; María Luisa, nada, es decir, mucho: alta y morena, de inmensos ojos concentrados, lectora de Bécquer y, por aquellos días, de Amado Nervo y Rubén Darío, que Gil Cala nos acababa de dar a conocer. Aquella bastante endiablada María Luisa fue motivo de una muy seria situación, nunca aclarada abiertamente, entre Manuel, Celestino y yo. Sucedía que muchas tardes, ya oscurecido, después de posarme una o dos horas en mi cuarto, María Luisa y yo nos veíamos en secreto en la Glorieta de Salamanca, muy solitaria entonces y misteriosa, apretada de abetos cuyas sombras profundas hacían casi invisibles los bancos. En uno de ellos, siempre el mismo, permanecíamos los dos, a veces sin hablarnos, hasta eso de las diez de la noche, hora en que ella desaparecía, rápida, temerosa de que alguien la descubriera. Mis dos amigos no sabían nada de estas citas, hasta que un día, uno de ellos, Espinosa, no sé de qué manera se enteró, adoptando inmediatamente conmigo una rara actitud protectora, llena de susurradas advertencias y no muy buena crítica para mis relaciones con María Luisa, las que consideraba peligrosas y fáciles de convertirse en un escándalo, dada la creciente amistad de mi familia con la de ella. Nunca supe bien qué sucedió. Lo cierto fue que María Luisa al poco tiempo no acudió más a la misteriosa Glorieta y que Celestino, seguramente para consolarme, me dedicó un poema sobre nuestros amores, con estrofas que aludían a los abetos y a aquel banco escondido entre las sombras. Gil Cala, que en medio de todo esto yo no le suponía enterado de nada, nos sorprendió de pronto a Espinosa y a mí leyéndonos unas apasionadas coplas suyas dedicadas a María Luisa, que los dos escuchamos en silencio, sin dejar traslucir el más mínimo gesto de sorpresa. Después de aquel mal trago, jamás quise averiguar si María Luisa me había traicionado con Celestino y si a éste también lo había engañado con Gil Cala. Pero pasó que entre los tres, a lo largo de nuestra amistad, que fue grande, siempre hubo un oscuro rincón nunca aclarado y que vadeábamos con cierta sonriente habilidad si alguna vez aparecía en nuestras conversaciones.

María Luisa jamás volvió por «el triclinio», aunque su retrato, grande, de cuerpo entero, dibujado al carbón, siguió clavado durante mucho tiempo en la pared de enfrente de mi cama.

Jamás olvidaré mi «leonera», mi cuarto encantador, el que tantas alegrías y tantos angustiosos insomnios presenciara hasta que de él salí definitivamente a mis veintiocho años. ¡Cuántos amaneceres penetraron por su ventana, posándoseme sobre los ojos enrojecidos de fatiga por la huida del sueño! Pero no fueron sólo las albas despaciosas ni los ocasos rumorosos sobre la lejanía guadarrameña los que se entraron siempre en él, iluminándome de rosa la almohada, los libros, mi tablero de dibujante o mi caballetillo de pintor. También un día estuvo abierta su ventana para los ecos de la muerte. El tableteo veloz de unas ametralladoras me sobresaltó el sopor de una siesta de agosto. Venía de Cuatro Caminos, la barriada obrera del oeste madrileño. Yo entonces nada sabía de huelgas, nada comprendía de los justos derechos a la vida de esos hombres llamados proletarios. No entendí bien lo que pasó. Pero supe luego de muertos, de heridos, de encarcelados, escuchando por vez primera los nombres de Largo Caballero, Anguiano, Saborit, Besteiro, Fernando de los Ríos...

Al poco tiempo también oí hablar de Lenin y de los bolcheviques, mas como sinónimos de bandidos o demonios, enemigos no sólo de la religión sino de todo el género humano. Ahora comprendo que vivía rodeado de gentes reaccionarias, incultas en su mayoría, que opinaban así, cerradas duramente a toda luz aclaradora de los hechos, poniendo en sus palabras ese odio cerril tan característico de la abundantísima clase de españoles denominados con tanta justeza «cavernícolas». Sumergido como estaba en mi vocación y apenas un muchacho todavía, aquellos trascendentales sucesos se me escapaban, no dejándome huella aparente, pero quedando al fin registrados en mi memoria.

A Gil Cala, que era ya un hombre, mis padres hacían bastante caso. Pensaban ellos que el ser pintor era una carrera —poco fructífera, eso sí— como la de ingeniero o abogado, cosa que poco tenía que ver con mi desordenada vida de dibujante callejero o mis ventoleras de copista inconstante del Museo del Prado. Así que, después de consultar a Gil Cala, decidieron ponerme un profesor. Esto no me agradó mucho, pues veía peligrar mi libertad conseguida desde los primeros momentos de mi llegada a Madrid. Mas sin grandes protestas, y pensando que podría ser útil para mi aprendizaje, acepté al profesor que me trajo Gil Cala, un buen hombre simpático, perfectamente desconocido, de largos bigotes puntiagudos y que se llamaba Emilio Coli. ¿Qué aprendí yo con él que ya no supiera, en aquellas lecciones aburridas, todas a base de copiar láminas llenas de narices, orejas, pies, manos y ojos? Poco provechosas fueron para mí estas clases; en cambio, para Coli, puesto que las dábamos en la galería de mi casa, sí lo fueron, ya que se dedicaba a *flirtear* con mi hermana Pepita, niña que empezaba a contar con el encanto de sus quince años. Al poco tiempo, advirtiendo Coli mi cansancio y la inutilidad de pasarme las tardes reproduciendo tanta nariz y tanto ojo, me aconsejó volver al Casón y entregarme de nuevo a las Venus y Apolos de escayola.

Con alegría recuperé mi vida de la calle, corriendo de mañana temprano al palacete de Felipe IV para ejercitarme con más ahínco en el dibujo de las estatuas griegas y romanas. Pocos desvelos causó al profesor Emilio Coli aquel cambio de la galería de mi casa por el Casón, pues desde entonces contadas veces se tomó la molestia de revisar mis trabajos. Esta dejadez suya llegó, por el contrario, a traerme una certeza del vuelo propio, aunque rota, muy de tarde en tarde, por la conturbadora vergüenza que sentía al verlo aparecer detrás de mí, la mirada sonriente y los pinchudos bigotes absurdos clavados —yo era un notorio especialista en Venus— en las partes más apetecibles de la que estuviera dibujando. Recuerdo que una mañana, alguien, un muchacho cualquiera que copiaba no lejos de mí en la misma sala, me preguntó, malicioso, cuando Coli se fue: «¿Tienes maestro?». A lo que yo respondí, sonrojándome, que no, que aquél era un señor amigo de mis padres, aficionado a la pintura, y que había entrado en el Casón por la simple curiosidad de ver lo que yo hacía.

Desaparecido Coli no sé cómo, tuve un segundo profesor, Manuel Mendía, que aún se ocupó menos de mí, no dejando en mi vida ni siquiera el recuerdo divertido de los mostachos puntiagudos del otro. Libre del todo nuevamente, me entregué con verdadera pasión a pintar del natural. Por primera vez salí a los jardines, a los campos y las callejas con una caja de colores enteramente mía, salvado de intromisiones cocineriles y familiares, y ahora, lo más tranquilizador, sin tener que fingir que regresaba del colegio. No olvidaré aquella maravilla de sentarse en verano bajo la sombra de los árboles a interpretar las ondas reflejadas de una fuente, el verde de unas hojas soliviantado por el sol, el violeta cambiante de unos montes, la luz perfiladora de España. (Cuánto mejor que luego, ya abandonada la pintura, dentro siempre de un cuarto, ante un pedazo de papel sin vida o el espantable frío de una máquina de escribir.) ¡Oh, sí, pintar a pleno aire, amasar candorosamente los colores y llevarse a la casa, ya por medio de manchas o de puntos, la ilusión de los ojos abiertos a un paisaje! Y es que yo, como correspondía entonces a mi edad y en Madrid, era un imberbe principiante impresionista o puntillista, aunque ya no muy lejos de las otras tendencias —el cubismo y varios ismos más— que con la posguerra habían de volcarse, zamarreándolas, sobre las juventudes pictóricas de todo el mundo.

Influido por no sé qué exposición, vista en Madrid, de malos paisajes pintados con luz de luna, quise yo ensayar lo mismo, marchándome, sigiloso, de mi casa, una noche de claro plenilunio

a horas en que supuse que mis padres dormían. Después de recorrer varias calles y plazas de mi barrio, vine a elegir la Puerta de Alcalá, cuyos arcos en sombra hacían aún más rutilante el azul de la luna contra sus piedras de granito. A eso de las tres de la mañana, daba yo por terminado el ancho pórtico aquel de Carlos III y me volvía muy feliz por la calle Velázquez, fascinado con mi primera hazaña de pintor nocturno. Pero todavía mi inocencia ignoraba que para las catoliquísimas familias españolas la ocasión del pecado sólo puede presentarse envuelta en las profundas oscuridades de la noche. Ni siquiera aquella tan luminosa que yo había escogido iba a hacer que mi padre cambiase su tradicional idea. Por la trompada que me dio al llegar, comprendí que para él los diablos tentadores no abandonaban sus prácticas de corrupción ni en medio de los más encandecidos rayos de la redonda diosa de los amantes. Cuando llegada la mañana mostré a los de casa mi Puerta de Alcalá iluminada por la luna, separando a uno de mis hermanos, al mayor, que sonreía burlonamente, le dije:

—Para que veas tú también que se puede salir de noche sin necesidad de ir de putas.

Aquella sonrisita molesta me había hecho comprender que por lo menos él estaba enterado de todo. Luego, a la hora de almorzar apareció mi padre, besándome, sencillo, como lo hacía normalmente, entendiendo yo con esto que me perdonaba o que tal vez estaba arrepentido de su injusta violencia. Ni que decir tiene que aquella misma noche volví a coger mi caja de colores y sin pedir permiso a nadie me escapé a las afueras de Madrid en busca de un nuevo paisaje lunado. Así continuaba yo educando a mi familia, defendiendo mi libertad y haciendo respetar mi queridísima vocación pictórica.

Durante el día, mis sitios preferidos para pintar del natural eran: los jardines del Buen Retiro, con las ingenuas geometrías rusiñolescas de sus parterres, y, en otoño, su solemne paseo de las Estatuas; las románticas avenidas del Jardín Botánico, susurradas de fuentes escultóricas verdeadas por el musgo, llenas de raras plantas y árboles, clasificados bajo nombres que me canturreaba a modo de letanía devota: salix babilónica, sophora colgante, árbol del cielo... Otros de mis lugares favoritos eran los verdes declives de la Moncloa, con el azul del Guadarrama al fondo; las goyescas orillas del Manzanares, ornadas de lavanderas y tendederos flameantes al sol, y, por el este, la infinita llanura castellana, interrumpida en su recto horizonte por el Cerro de los Ángeles. También entonces los viejos cementerios tuvieron para mí un extraño atractivo. Horribles tardes becquerianas de lluvia y viento, me las pasé pintando por sus calles de cipreses y tumbas rotas abrazadas de yedra. El que más me fascinaba era el camposanto abandonado de Santa Engracia. Su patio de párvulos me conmovía profundamente, no sólo por sus ortigas y jaramagos llenos de caracoles, sus lagartijas extáticas al sol, sino por sus inocentes y desgarrados epitafios que a veces me entretenía en copiar en mi cuaderno de apuntes. Uno de ellos, a causa de su tierno y grotesco diminutivo me hacía reír siempre. Exclamaba así la pequeña losa del muertecito aquel de 1870: «¡Ay Serapito mío, hijo del alma!». Era el más trágico de todos.

Ese mismo año, comienzos de 1919, volvía al Puerto. Viaje corto, inesperado, con mi hermano Vicente. Mi padre, que a pesar de su intranquilidad y disgusto por mi nublado porvenir me quería mucho, me dijo una noche, mientras cenábamos:

—Aunque no lo mereces, pues no has seguido, como nos prometiste, el bachillerato, aprovecha el viaje de tu hermano, ya que tanto has deseado volver.

Volver al Puerto siempre seguía siendo el sueño de todas mis horas, sin dejarme de confesar por eso que ya Madrid no era la horrorosa ciudad de mi llegada y que la libertad que en él tenía contaba como algo inapreciablemente nuevo en mi vida de muchacho. Si acepté aquel viaje, lo hice pensando, ahora que me suponía con mayor experiencia, en los mismos paisajes marinos que pocos años antes dibujara y pintara bajo el tutelaje entusiasta de tía Lola.

Si el Puerto me pareció, tal como nunca había dejado de soñarlo, una maravilla, lo encontré triste sin ella, muerta al poco tiempo de nuestra marcha; triste con su colegio jesuíta de San Luis Gonzaga, en el que finalizaban aquel año su bachillerato mis viejos compañeros; triste... Triste por tantas cosas: porque tampoco ya existía Milagritos Sancho, aquella inalcanzable niña de pantorrillas

gordas que me comunicó el amor desde el pretil atardecido de su blanca azotea, y porque en todo lo que no era aire, el sol, el mar, el río, las casas, los pinares, había caído como un polvo amarillo que lo bañaba de una melancolía de flor a punto de doblarse.

El mes escaso que estuve en el Puerto, aunque dormía en casa de mi tío Fernando Terry, el del coñac, lo pasé con mi primo José Luis de la Cuesta, algo mayor que yo, entusiasta de mis aficiones pictóricas y siempre dispuesto a conducirme en su coche de soberbios caballos a los más distanciados paisajes para mirar, lleno de extrañeza, mi forma *rara* de pintarlos. De todos los que pinté durante aquellos cortos días, el que más escandalizó, no sólo a él sino a los demás amigos y parientes, fue el patio con el claustro de la abandonada Cartuja de Jerez, cuadro que me salió de una técnica divisionista, más o menos imitada —de esto caí en la cuenta algo después— de Paul Signac. Por los mordientes comentarios que dedicaron a mi obra todos los que la vieron, pude comprender que allí, en mi pueblo, nadie estaba dispuesto a admirarme y que si no me iba pronto llegarían a tenerme por loco, riéndose de mí con esa grosería tan ostentosa de los que se sienten insultados por aquello que no comprenden.

Lo que al regresar a Madrid sentí de nuevo por el Puerto fue la aguda nostalgia de sus blancos y azules, de sus arenas amarillas pobladas de castillos, de mi infancia feliz llena de trasatlánticos y veleras al viento relampagueante de la bahía.

II

Sigo mi Arboleda perdida, *este segundo capítulo sobre mi adolescencia, todavía entre las enamoradas del muro y las estrellas federales de mi breve jardín bonaerense. Tercer verano, aquí, lejos de Punta del Este, de «La Gallarda», la preciosa casa de Altana entre los bosques de pinos marineros, las acacias de cresterías doradas y la voz próxima del mar. Los calores me animan al trabajo. El juego que se filtra por las hojas de los dos o tres árboles que me protegen, es una buena espada para abrirme los tupidos senderos de la memoria.*

Al volver a Madrid, aquella terrible gripe surgida recién acabada la guerra, la gripe nunca supe por qué denominada «española», hacía estragos en casi todas las poblaciones de España. A los pocos días de marcharme del Puerto, morían varios parientes míos, entre ellos una hermosa muchacha, hermana de mi primo José Luis de la Cuesta. También la cruenta enfermedad subió las escaleras de mi casa, tocando a mi padre en los pulmones, dejándole una herida por la que habría de entrársele la muerte al cabo de año y medio. Apenado de no haber cumplido mi promesa, me puse a estudiar, con escasísimo entusiasmo —lo confieso—, no sólo el cuarto año del bachillerato sino alguna asignatura correspondiente al quinto.

Aquellos pocos días en el Puerto me sirvieron para darme cuenta de cuánto debía ya a Madrid, comprendiéndome un muchacho definido del todo, seguro dé mi vocación, lejos de aquel mal colegial playero de los jesuítas, todavía de pantalón corto. Bien largos eran los que ahora llevaba, gustándome, además, usar de cuando en cuando a modo de bastón una caña delgada de bambú, competidora de mi esbeltez, quiero decir, de mi alarmante y pálida flacura. Muy escuálido andaba yo entonces, sintiendo, aunque me los callaba, los síntomas primeros de la enfermedad que años más tarde iba a marcar en parte un nuevo rumbo a mi vida. Un desasosiego inexplicable, un tormento angustioso, lleno de insomnios y pesadillas nocturnas, se habían apoderado de mí, quitándome la tranquilidad y casi oscureciendo mi sana alegría, A la falta de sueño se unían una desgana, una ausencia tan grande de apetito, que me pasaba días enteros sostenido a lo más por una taza de café con leche tomada de prisa en un viejo cafetín de la calle Serrano. Las piernas me pesaban, sintiendo al caminar como si en cada muslo soportase una bolsa de arena. Pero a pesar de esto, una vehemencia sin dominio, un delirante y ciego impulso me sostenían. Recuerdo la mañana en que por vez primera perdí el conocimiento en medio de la calle y me vi al despertar auxiliado por una hermosa señora que me aplicaba en las sienes su aromado pañuelo ante las miradas compadecidas de varias muchachas que regresaban de la iglesia. De estos desfallecimientos nada supieron en mi casa hasta poco después de muerto mi padre. Mas, como por mi aspecto se adivinaba que mi salud no era muy buena y él se encontraba ya bastante enfermo, me mandaron ese verano como su acompañante a la sierra de San Rafael, en donde el aire de los pinos y el sol guadarrameños me llenaron de nueva vida los pulmones, renaciendo a los pocos días de perderme por aquellos caminos de álamos y chopos y tocar el azul de las cumbres venteadas. Por allí dibujé umbrías y cascadas, siguiendo entre las piedras el rebotar del agua de las cimas. Allí dejé estampados en el papel los viejos pinos solitarios de las alturas, bautizados con literaria dedicatoria en la primera página de mi cuaderno de croquis: «A los tristes caballeros del aire». ¡Oh, viérame ahora nuevamente y con la misma clara inocencia entre aquellos susurros y lejanías, o en las templadas orillas malagueñas adonde bajé, siempre acompañando a mi padre, al iniciarse el invierno!

Málaga me llenó mis papeles y tablillas de apuntes del temblor y la espuma marineros, de barcas y castillos, de jardines al borde de las redes, de limoneros y cales cegadoras. Por las mañanas solía ir a la Caleta, a ver sacar «el copo», fiesta alegre y dura a la vez, rutilante de gritos y del espejeo saltador de la plata menuda de los boquerones. Por las noches, el Parque era mi paseo, aunque esquivando las oscuridades misteriosas, cargadas siempre de *mariquitas* desvergonzados en espera de esos increíbles hombretones que bajan de los barcos en busca de un placer que por aquellos puertos mediterráneos casi nadie osa considerarlo un extravío.

Aun a pesar de rehuir el trato de la gente y sobre todo el de los muchachos de mi edad, durante aquel invierno me hice amigo de algunos, conociendo a Luis Altolaguirre, hermano de Manolito, entonces en el colegio jesuíta de El Palo y años más tarde gran poeta de mi generación.

Con aquellos hoy borrados amigos, insoportables señoritos de la *buena sociedad* malagueña, visité una cálida noche un precioso prostíbulo cercano al mar. No sin cierto temor, que perdí a los pocos minutos, penetré —era la primera vez que lo hacía— en aquella casa mediterránea de Venus, verdadero jardín donde sus morenas hijas andaluzas resaltaban, casi desceñidas de todo velo, entre macetas de geranios y claveles violentos, el mareante aroma de las albahacas, magnolios y jazmines. Una parra corría su verde toldo a mitad de los muros que velaban las puertas de sus alcobas misteriosas con cortinillas de colores. En el centro de aquel patio-jardín se derramaba un cenador agobiado de rosas gualdas y carmines. Bajo él, un guitarrista volcado sobre el hoyo de su guitarra, rasgueaba en sordina para unos marineros prendidos a los cuellos y torsos bronceados de sus elegidas. Poco a poco nos fuimos acercando con las nuestras, formando al fin una alegre fiesta de amor, en la que el cante, el bordoneo, el gozo de las risas y los gritos, más encendidos cada vez por la llama del vino, subían a entrelazarse con el rumor del mar traído por el aire sobre las bajas azoteas. Al regresar casi con el sol a mi casa, no fui amonestado por mi padre, y eso que esta vez no volvía, como en aquella noche madrileña, de pintar la luna.

A pesar de lo maravillosas que me parecieron entonces mi aventura y revelación del pompeyano lupanar malagueño, volví a mis paseos solitarios y a mis apuntes de la Caleta, del Limonar, de las lejanías campestres y marítimas desde el castillo de Gibralfaro. Y, como cada día soportaba menos el señoritismo andaluz con su deliberada profesión de gracioso, procuré rehuir la compañía de aquellos ocasionales amigos, ya contaminados de las peores tradiciones de la *buena sociedad* local. Una terrible historia, de la que alguno del grupo había sido protagonista, les oí contar entre burlas soeces y risotadas. Sucedió que otra pandilla de señoritos de las más altas familias explotaba las inclinaciones efébicas de un rico alemán aparecido un invierno en aquellos calientes litorales. El anfibológico juego consistía en dejarse querer unos y otros, sacarle el dinero y correr a tirárselo en seguida por cafetines y prostíbulos del puerto. Una tarde, los que esperaban, como siempre, en un coche el regreso del que andaba de uso en el amor del alemán, impacientados por lo largo de la visita, se precipitaron en el chalet donde éste vivía, violentando la puerta. A la noche siguiente los diarios locales voceaban la noticia del espantoso crimen: el hallazgo de un extranjero crucificado a puñaladas contra una de las paredes de su domicilio. Las primeras investigaciones comenzaron a dar nombres de los más conocidos en el elegante mundo malagueño. Y, como hasta el de uno de los hijos del gobernador figuraba en la lista, se echó tierra al asunto, dejando impunes por las calles de Málaga a los autores de tan tremendo y repugnante asesinato.

Divorciado ya de aquella escoria señoritil y provinciana, solo otra vez conmigo mismo, me tropecé, en una de mis paseatas vespertinas por la calle Larios, con la imagen de Salvador Rueda, el olvidado cantor de aquellos maravillosos paisajes terrestres y marítimos. Lo vi, primero, en la tapa de un libro, tras los cristales de una librería. Allí estaba —corona de laurel y largos bigotes retorcidos— en actitud meditativa. Dominando mis repentinas timideces de entonces, me atreví a visitarlo. Lo encontré, cuidador de la Biblioteca Municipal, lamentándose de su creciente ceguera y el injusto olvido a que se le había condenado. Con voz dulce y emocionada me refirió sus méritos: un humilde pastor de Benaque, su pueblecillo natal, llegado a Málaga «con la cabeza llena de panales...». Guardaba conciencia de su papel como precursor del modernismo poético, reconocido generosamente por Rubén Darío, quien le dedicara a finales de siglo dos magníficos y

chisporroteantes poemas. Me dijo que la voz del Parnaso moderno era de mujer. ¿Nervo? ¿Villaespesa? ¿Jiménez? Poesía femenina.

Salimos juntos, en la mañana de sol, acompañándole por varias calles y paseos, camino de su casa. Me enteré luego que ésta consistía en una modestísima habitación de un prostíbulo del barrio popular del Perchel. Allí vivía el desdichado y luminoso lírico de aquellos litorales, contemplando, nostálgico, clavadas sobre la cabecera del miserable lecho, las múltiples coronas que habían ornamentado su frente en los años gloriosos de sus viajes por España y América.

Injusta era la patria con este verdadero poeta, herido todavía —se lamentaba con abatimiento— de nunca haber hallado el suficiente apoyo para figurar entre los inmortales de la Real Academia de la Lengua. A propósito de la gestión de Rueda con miras a ingresar en la docta casa, me contaron más tarde en Madrid la siguiente divertida anécdota:

Aducía el cantor malagueño como principal mérito de su vida el haber sido pastor en sus campos naturales. A cuanto apolillado académico que visitaba le repetía lo mismo. Cuando le llegó el turno al más arrugado y achacoso de todos, éste le replicó con sorna melancólica:

—Mire, Rueda, no insista, Allí en la Academia, desgraciadamente, no necesitamos pastores. Somos tan viejos, que ya a ninguno se nos van las cabras.

¡Pobre Salvador Rueda! Yo quise, pasados muchos años y ya aquí, en Buenos Aires, intentar un posible renacer de su gloria, publicando en la colección Mirto, de la que era director, una antología de sus mejores versos. Se le recordó, entonces, con elogio en algunas crónicas. Y eso fue todo. Su poesía, tan americana, por otra parte, en muchos aspectos, no despertó los ecos que en justicia esperábamos. Cosa no de extrañar, pues en la actualidad ni hasta el propio Rubén Darío toca como debiera el corazón de las nuevas generaciones. ¡Lástima grande!

Vuelto a Madrid, y siempre apremiado por toda la familia a causa de no haber cumplido mi promesa de seguir el bachillerato, continué estudiando con un poco más de ahínco. Me apenaba el ver agravarse a mi padre, el pensar que pudiera morir antes de darle aquella pequeña alegría. Sin dejar mis visitas al Casón y al Museo del Prado, mis caminatas y nocturnos poéticos con Gil Cala y Celestino Espinosa, fui preparando malamente, durante el verano, la Historia Universal, la Preceptiva y la Historia Literaria. Llegados al fin los exámenes de septiembre, me presenté muerto de pánico en el Instituto del Cardenal Cisneros. Tardes horribles, peores que aquellas de Jerez cuando me examinaron de Aritmética y Geometría. Pasé en Historia Universal, pero en Preceptiva... ¡Oh, Dios mío! Aquel libro de texto madrileño era más misterioso e incomprensible que el de los jesuítas del Puerto. Me preguntaron por la didascálica; oí confusamente hablar de paragoges, hemistiquios, hipérbatones y metonimias. Y cuando ya al final, en un desesperado esfuerzo por aprobarme, el catedrático le explicó a mi angustioso mutismo que «la emoción de la colectividad daba lugar al epinicio», comprendí más que nunca lo hermoso y tranquilizador que era lanzarse por campos y jardines con una caja de colores, limpios los ojos y libre el pensamiento de aquel galimatías tan necesario, por lo visto, para ser buen poeta.

Como fui suspendido en Preceptiva, no pude examinarme de Historia Literaria. Una gota de cloro me sirvió para borrar el *suspenso* y adjudicarme un *notable;* y una nota en blanco, robada por un amigo, para falsificarle un *aprobado* a la otra asignatura. Así, las tres calificaciones en la mano, irrumpí con gran soltura, aunque agobiado de tristeza, en la habitación de mi padre, cantándole de lejos las notas, que apenas si miró, pero que le iluminaron el rostro fatigado de una dulce sonrisa. Considerándome, después de tan feo como inocente engaño, en vacaciones, volví de modo delirante a meterme en lo mío, que no era al fin sino otra cosa que la entrada por las selvas y mares vírgenes de la vida, Con Espinosa y con Gil Cala leía versos, a veces hasta el rayar del alba. Ellos fueron mis iniciadores, los que despertaron en mí el temblor de la poesía. Ellos, los que me dieron a conocer *Platero y yo,* la mágica elegía andaluza de Juan Ramón Jiménez, en una preciosa edición destinada a los niños. Aún quedan sobre mí, a través de los años, las primeras huellas de este libro. Con mi hermana Pepita lo repetía por los jardines del Botánico, las arboledas del Retiro, los declives de la Moncloa. Atolondradamente, me puse a comprar por las tiendas de viejo cuanta obra encontraba al

alcance de mi escasísimo bolsillo. Al par que a los *novellieri* italianos, cuyos picantes relatos me divirtieron, descubría a los clásicos griegos en ediciones publicadas por Prometeo, la editorial valenciana dirigida por Blasco Ibáñez. Me entusiasmé con Aristófanes, más que nada con su *Lisistrata,* que releía entre pudibundos sonrojos y carcajadas. Me quitó el sueño la grandeza de Esquilo; me llenaron de ilusiones heroicas los dioses guerreros de la *Iliada y* las aventuras azules de Odiseo; me volvieron pastor de rosas y cipreses los *Idilios* de Teócrito, y comencé a sentir, aunque muy vagamente, desde aquellas lecturas, el angustioso anhelo de precisión y claridad que ahora sobre todo me domina.

Con Celestino Espinosa, que era el más músico de los tres, asistí a mi primer concierto. Fue en el Circo de Price, bajo la batuta del maestro Bartolomé Pérez Casas, director de la Orquesta Filarmónica. Sólo recuerdo hoy del programa algo que tal vez por estar dentro de mi espíritu de aquellos días me estremeció las médulas e inundó de una luz imborrable. Desde entonces, siempre que vuelvo a oír la *Ifigenia en Áulide,* de Gluck, me siento tocado de la gracia, bañado de la más pura armonía.

Como homenaje a Claude Debussy, muerto aquel año (1919), también escuché dirigido por Pérez Casas el estreno de *Iberia,* ofrenda del más trasparente músico de Francia al perfume lejano de una soñada Andalucía. A pesar de la extrañeza que me causó la misteriosa vaguedad que comenzó a fluir de la orquesta, aquellos ritmos entrecortados de danzas y golpes en sordina de palillos, empecé a sentirme cautivado, a ser como arrastrado por una tenue marejada, que llegó a reventar en una pleamar de aplausos, gritos y bofetones cuando la mayoría del auditorio inició la más estrepitosa y taurina protesta, culminada con la interrupción de la obra, los insultos a Debussy y al pobre maestro Pérez Casas que intentaba, impertérrito, seguir la obra. Mas, desde el inicio de la siguiente temporada —hecho que he visto tantas veces repetirse en mi vida—, aquella misma *Iberia,* recibida entre tan hostiles y bárbaras manifestaciones, se convertía en una de las piezas del repertorio orquestal más solicitadas del público madrileño.

También en aquel mismo año presencié mis primeras óperas. Me invitaba con frecuencia a su palco una hermosa señora italiana, mujer del arquitecto del Teatro Real, que vivía en el piso tercero de mi casa. Muy de moda estaban entonces *Tosca* y *La bohéme,* de Puccini, y de todos los tenores, Anselmi, de quien andaban enamoradas muchas señoritas del mundo musical. Recuerdo un retrato suyo que presidía el tocador de una de mis primas, ya bastante talluda. Nunca vi cabeza más cursi y relamida ni hoyuelo más redondo en mitad de la barba ni más empalagosa expresión de mujer cuarentona en cara de hombre. Me ha sido muy difícil evitar luego el que la voz de los tenores me lleve siempre a la visión de aquel retrato, acometiéndome la misma repugnancia que hacia esos bombones incomibles, blanduchos, rellenos de una crema blanca parecida a la que sueltan las cucarachas pisoteadas.

Desde aquel mismo palco asistí a la primera representación de *El tricornio,* de Manuel de Falla. Aunque ya había enloquecido Nijinski, el ballet ruso de Diaguilev continuaba asombrando al mundo y removiendo a su paso los ambientes artísticos. En ese estreno, además de descubrir el apasionante ritmo y el alma *jonda,* profunda de Falla, se me reveló toda la gracia y embestida creadora de Picasso. ¡Aquel maravilloso telón añil sobre aquel sugerido puentecillo de ojos negros, aquella cal hirviente de los muros y el pozo, toda aquella simple y cálida geometría que se abrazaba fusionándose al quiebro colorido de los bailarines! Nada de lo que vi a la misma compañía me sorprendió tanto y fijó tanta huella. Y eso que *La boutique fantasque,* de Rossini-Respighi, con decorado de Derain, la *Scheherazada y* la *lámar,* de Rimski, bajo la apoteótica fantasía escenográfica de León Bask, significaban entonces, con los otros grandes espectáculos que Diaguilev ofrecía, el más nuevo lenguaje, la más audaz expresión del nuevo ritmo corporal, musical y pictórico que inauguraba el siglo XX.

¡Qué atroz desasosiego, qué delirio y torturadas vigilias los míos de aquellos años diecinueve y veinte! La literatura ya me apasionaba, anotando mis impresiones y enamoramientos fugaces con

caracteres alfabéticos inventados por mí, letras de rasgos árabes, una especie de aljamiado que al poco tiempo de no practicarlo ya me era imposible descifrar.

El andar fuera de casa me obsesionaba. Comía yo solo, y hasta a veces de pie, en la cocina, adonde subía de dos zancadas por la escalera interior. Cuando disponía de unos reales, cenaba un bocadillo de jamón en cualquier bar del centro, y, si no corría a casa de Gil Cala, me lanzaba a pasear sin rumbo por los barrios bajos, volviendo rendido a mi cuarto, después de caminar toda la Castellana. Las visiones, los insomnios cruzados de pesadillas me hacían llegar al alba con los párpados rotos y los ojos casi ensangrentados. Sufría de miedos, de terrores incontenibles. Muchas noches, pretextando no encontrarme bien, suplicaba al sereno me acompañase hasta mi piso; tal era mi temor a sentirme de pronto, consumido el pabilo, en medio de la silenciosa oscuridad de la escalera. Recuerdo que al volver una aterida madrugada de enero, se me paralizó la sangre, quedándome como clavado a pocos metros del portal de mi casa. Unos frailes extáticos, encapuchados de un blanco amarillento y sosteniendo entre las manos unos negros fusiles, lo custodiaban. Como no me atrevía a avanzar y el vigilante de la calle no acudía a mis palmadas, retrocedí despavorido, vagando por el barrio hasta que la primera ráfaga de luz limpió de visiones la puerta y pude al fin atravesarla más tranquilo.

La calle, ya más que los museos, era mi escuela. Cuando no repetía hasta el infinito escenas de albañiles tumbados o comiendo bajo los árboles, cuando no dibujaba carretas descargando maderas y ladrillos ante las construcciones, paseaba observando la ciudad o recitando versos en las tardes primaverales con mis amigos Gil Cala y Espinosa. Ellos me revelaron una vez:

—Aquél es Amado Nervo.

Iba el poeta mexicano, creo que por entonces embajador en la corte de España, caminando despacio por la calle Sevilla. Yo conocía sus versos. Nunca me habían maravillado, aunque por insistencia y entusiasmo de Gil Cala supiera algunos de memoria.

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que vivo enfermo
y es por el libro que tú escribiste.

Este ripioso poema lo repetíamos sin cesar. Era quizás el suyo de más fama. Muchas amigas mías lo llevaban en el libro de misa y lo rezaban con devoción en la iglesia. A Amado Nervo se le tenía por un místico, y otro de sus poemas, en el que comparaba a su amante con el Ave María, empañaba los ojos de legiones de damas y señoritas católicas. De todos modos, se traslucía en la obra de Nervo que era un hombre extremadamente bueno y no tan despreciable poeta como hoy, en los peores años de su olvido, se le considera.

Otra vez, en la calle Alcalá detuvo Gil Cala a un joven moreno, enflaquecido, de pupilas quemantes, hermoso en todas sus facciones. Era el escultor Julio Antonio, casi en vísperas por aquellos meses de su apoteosis consagratoria y también de su muerte. Yo ignoraba por completo su obra, aunque su nombre me era familiar, ya que Gil Cala, muy envanecido de ser amigo suyo, lo repetía a cada momento. Por él supe que las mujeres —cosa que me las hizo imaginar por entonces como unos serpenteantes monstruos bebedores de sangre— le habían sacado su avasalladora juventud, llevándolo al final a la tuberculosis que lo tenía ya tan afilado y enfebrecido. Lleno de sonriente simpatía, me invitó a su taller. Visita que cumplí, acompañado siempre de mi amigo, pero con la mala suerte de no hallarlo. Su empeorada salud —¿qué le habrían hecho aquellos días las mujeres?— era la causa de su ausencia. Nos recibió su compañero de taller, Salazar, otro joven escultor, también bastante enfermo, quien en aquel instante retocaba las barbas de Ruperto Chapí, obra que Julio Antonio dejó inconclusa y que terminada luego por su discípulo figura hoy como monumento a la memoria del gran zarzuelista en los jardines del Buen Retiro. El taller de Julio

Antonio se encontraba no lejos de mi casa, al final de la calle Juan Bravo. A la entrada, rematando los postes que sostenían la pequeña verja, se inclinaban, en piedra, dos dolidas cabezas de un fuerte sentimiento clásico: las de los héroes para su monumento conmemorativo de la defensa de Tarragona en la guerra de la Independencia. Dos cabezas de mejor calidad escultórica que las definitivas que aparecen en él. Dentro del estudio, además del bloque de barro de Chapí, se veía, volcado sobre un andamio, un descomunal busto de Wagner, vaciado en escayola, correspondiente a otro monumental proyecto que tampoco la muerte le permitió llevar a cabo. Lo que más recuerdo de aquella visita es el frío que pasé y una angustiosa sensación como de algo que sin estarlo aún ya parecía abandonado. Y así sucedió. La mano de Julio Antonio no volvió más a su taller ni a posarse sobre aquellos fragmentos, aquellos pedazos de su luminosa juventud malograda. A los pocos días de mi visita, Madrid entero, haciendo cola ante la puerta de una de las salas del Museo de Arte Moderno, desfilaba ante su última obra escultórica: el monumento funerario de la familia Lemonier. Allí, tras la madre que llora de rodillas su bello adolescente muerto, vimos por vez postrera a Julio Antonio, hundido, amarillento, lejano, una casi desvanecida sombra, de quien sólo los ojos fulguraban todavía prendidos a la tierra.

Poco después de muerto Julio Antonio, comencé a apreciar vagamente su obra, que fui conociendo de manera dispersa. Varios bustos que pude ver antes de que el museo abriera al público la sala que le dedicara, me sirvieron para adivinar que, en media de aquella especie de realismo industrial que invadía la escultórica española, era posible un nuevo entronque con las más claras ondas espirituales y plásticas del Mediterráneo. Y aunque esto se me cruzase con el sobresalto de todas las aventuras estéticas que entonces agitaban a Europa, y que ya comenzaban a filtrarse en España, no dejaba de comprender que en aquellos bustos que Julio Antonio llamó de la Raza, se reiniciaba un ideal de belleza completamente desaparecido de nuestro suelo.

Más camino que el escultor abrió en mí la amistad que empecé con Daniel Vázquez Díaz, pintor andaluz recién llegado de París y cuyo conocimiento también debí a Gil Cala. La proximidad de su estudio —vivía al final de mi calle y en la planta baja de la misma casa de mi amigo— fue con seguridad el motivo de que intimáramos fácilmente y nos viéramos con frecuencia. Lo sorprendente entonces en Vázquez Díaz era su gracia, su dinamismo, su combatividad. Una especie de gitano de Huelva, teatralero y gestero hasta las exageraciones más desternillantes. Había casado con Eva Aegerolhm, buena escultora, fina y audaz, con ojos de desvaídos lagos nórdicos. Era extraño el contraste que ofrecía esta mujer, romántica, lejana, soñadora, con la torrencial verbosidad, el aplastador dicharacherismo de su marido. Juntos, eran algo así como una corrida de toros en medio de un fiordo helado, corrida en la que Vázquez Díaz hacía de toro, de público, de caballo y torero a la vez. ¡Cuánto me he divertido oyéndole a él sus cuentos parisienses a propósito de las aventuras amorosas de Modigliani y Juan Gris! De éste decía, para dar a entender el grado de abstinencia que había alcanzado en el momento de su aparición en el Quartier Latin: «Juan Gris, que llegó a Francia con treinta años de semen en la punta del carajo...» (¡!). Todas aquellas atrocidades las contaba Vázquez Díaz mezclando a su andaluz frases francesas, las más simples y elementales, que siempre traducía, suponiendo sin duda en su auditor un total desconocimiento de la bella lengua de Moliere: *«Oui, oui.* (Sí, sí.) *Ouvrir la porte.* (Abrir la puerta.) *¿Comment diez-vous?* (¿Cómo está usted?) *Á bientót.* (Hasta pronto.)» Etc. El afrancesamiento de Daniel Vázquez Díaz, tanto en los modales como en las expresiones, era pintoresco. Se movía de acá para allá, haciendo gestos y genuflexiones que él creía del más refinado gusto parisiense, y rara era la dedicatoria o despedida epistolar que no rematase con un exquisito *amicalmente,* verdadero pedrusco galicista incorporado por el pintor a su gracioso andaluz de Huelva.

En el ambiente pictórico aburrido y academizante del Madrid de aquellos años, la aparición de Vázquez Díaz sirvió de revulsivo, de agitado despertador para los jóvenes. Y, aunque no fuera un revolucionario de primera avanzada, sus dibujados retratos, simples de líneas y sugeridos planos, su pintura, de procedencia cézanniana en la técnica, pero de un fuerte espíritu español, fueron como una brecha abierta al aire, libertadora entrada para nuevos experimentos.

También la presencia de otros pintores —como el uruguayo Barradas, los polacos Jhal y Marjan Paskiewicz, los franceses Sonia y Robert Delaunay, arrojados a España por la guerra— contribuyó en mucho con su ejemplo a esta batalla de liberación.

En los salones oficiales todavía colgaban sus telas los Benedito, Sotomayor, Eugenio Hermoso, López Mezquita, Romero de Torres, Anselmo Miguel Nieto, etc. Recuerdo que la medalla de oro, máxima aspiración de los pintores, aún más por lo económico que por su valorización artística, la acababa de obtener Eduardo Chicharro, director entonces de la Academia de España en Roma, con *Las tentaciones de Buda*, horripilante y casi pornográfico cuadro, de retorcidos desnudos iluminados de un verde venenoso. El extremeño Eugenio Hermoso obtenía, creo que aquel mismo año, la primera medalla por unas sonrosadas aldeanotas, portadoras de calabazas y gallinas, frente al sol del atardecer. Reinaba mucho todavía el coletazo de lo típico, la estampa buena para el museo etnográfico y mucha mala literatura castellanizante, zuloaguesca y noventayochista. También Romero de Torres, simpático él y marchoso, añadía su voluptuosa gitanería de almanaque triste a aquel cuadro peninsular, que catalanes como Viladrich y vascos como Maeztu, los hermanos Zubiaurre, Arteta y algún otro lo completaban. A los dieciocho o diecinueve años, y cuando uno se piensa con la voz o unos ojos en trance de diferenciación profunda, la crítica se alza con un perfil de espada, matando a veces por matar, pero sirviéndose de tales injusticias para conseguir afirmarse de manera definidora. Hoy yo sé cuánto de bueno y permanente subsiste en algunos de esos pintores. Mas en aquellos tiempos... ¿A qué joven que realmente lo fuera podía servirle todo aquel amasijo de pintura española que en la mayoría de los casos no había llegado ni al impresionismo? Otra cosa eran pintores como Darío de Regoyos, Nonell, Sunyer, Mir, Togores... Pero entonces, salvo al penúltimo, Madrid los ignoraba totalmente. Y Gutiérrez Solana, retirado aún en Santander, no había traído a la meseta castellana su realismo visionario, contagiado a veces, es verdad, de la peor literatura costumbrista, pero salvado siempre por su genial poderío plástico. Se comprende así que la aparición de Vázquez Díaz con su primera gran exposición en el Museo de Arte Moderno rompiera el ritmo conformista y adormilado de la capital, metiéndose el escándalo hasta en la Real Academia de San Fernando, donde aún se movían las centenarias sombras de Garnelo, Moreno Carbonero, Cecilio Pía...

Fue en ese mismo año de 1920 cuando, animado por Vázquez Díaz, expuse mis primeros cuadros. En octubre iba a inaugurarse el primer Salón de Otoño madrileño. Jhal, Paskiewicz, un joven mexicano —Amado de la Cueva—, yo y alguien que ahora no recuerdo, formamos, con el pintor de Huelva, una sala especial, que el mismo día de la apertura del Salón fue considerada en el acto como *sala del crimen.* Mis obras expuestas eran muy diferentes: una, la más normal, influida por Vázquez Díaz, se titulaba *Evocación,* y otra, la más rara, *Nocturno rítmico de la ciudad.* Un juego de ángulos curvos, verdes claros y rojos, que se superponían y trasparentaban en una musical repetición, tachonados a veces de puntos negros, quería sugerir, de manera decorativa más o menos ingenua, el efecto lumínico de una ciudad moderna a vista de pájaro. El cuadro provocó la carcajada en casi todos los visitantes, burla general que llegó a concretarse en una divertida caricatura aparecida en la *Gaceta de Bellas Artes.* Al pie de una mofa angular y punteada de mi obra, el dibujante comentaba:

Este nocturno rítmico, de día,
es una descomposición de la sandía.

A mí, en lugar de disgustarme, me halagó muchísimo la broma, que corrí a mostrar, presuroso, a todos los amigos, seguro de que mi fama de pintor se inauguraba de manera llamativa y escandalosa. Después de esta entrada pública en el *mundo del arte,* seguí frecuentando a Vázquez Díaz y pintando animosamente, pero sin adherirme a ninguno de los grupos que ya tanto en lo literario como en lo pictórico estaban perfilándose.

Con un Rafael María de Alberti yo firmaba entonces mis cuadros. Cosa quizás más eufónica, pero bastante estúpida.

III

Un caballo, sin verme, me está mirando fijo desde el fondo de la barranca. Aquellas olas verdes de los otros veranos se han convertido hoy en un inmenso pastizal esmeralda, mar tranquilo de tierra en donde al sol y al viento se petrifican en estío los ganados. Un río grande cincha al campo, y otro pequeño y hondo que va a prenderse a él, lo raja largamente, dejándole una parte entre dos aguas, dando lugar así a una de esas innumerables islas que el Paraná, millonario de brazos y cabellos, apresa en su camino. La que tengo delante se llama el Dos de Oro. Sus pocos pobladores, cuando quieren pasar a tierra firme, lo hacen cruzando el Baradero, y en tiempo nuncio de crecida, con todos los ganados, antes que el río grande se junte con el chico y trasformen el campo en un extenso mar de difícil huida. Quiero decir con esto que las olas marinas de los otros veranos uruguayos se han marchado de mí, creo que, mientras viva en la Argentina, definitivamente. He cambiado los estíos en «La Gallarda», aquella preciosa casa mía entre pinares a la vera del mar de Punta del Este, por los más apacibles en una quinta llamada «del Mayor Loco», sobre las barrancas movidas de San Pedro, frente al solemne Paraná de Las Palmas. Ante su enorme banda, esta mañana de un fresa pálido sereno, recupero el olvidado hilo de mi Arboleda perdida *—hace que lo dejé casi tres años— y doy comienzo a otro nuevo capítulo.*

¡Alegría de volver a aquellos años madrileños, aún no envenenados por el odio y lejos todavía de los ríos de sangre que iban a correr por toda España a partir del 18 de Julio de 1936!

Sigo fijando mis recuerdos de 1920. Año de júbilos y penas. Tres muertes, cada una de las cuales me impresionó y conmovió de manera distinta, llenan sus meses primaverales: en marzo, la de mi padre, y en mayo, la del genial espada Joselito y la del grande y popular novelista don Benito Pérez Galdós.

Sucedió que una noche, al volver a mi casa, presentí, no bien dejado el ascensor, que algo terrible había pasado en mi familia. Por la puerta, abierta de par en par, salían al descansillo de la escalera voces confusas, entre claros gemidos y llantos. Aunque mi padre no andaba empeorado por aquellos días, su hora final, no cabía duda, se había anticipado en el reloj ya casi roto de su vida.

Aquella hermosa señora italiana, que me invitaba con frecuencia a su palco del Teatro Real y que vivía a la izquierda de mi mismo piso, fue la primera persona que encontré al penetrar en la antesala de mi casa.

—¡Qué desgracia más grande! —le dije. Y (cosa mezclada de infantilidad y cinismo) aproveché el momento doloroso para abrazarme a ella y estamparle los besos que desde hacía tiempo se me amarraban en la boca sin hallar la ocasión de soltarlos.

Desenlazado al fin de su precioso cuello y sin atreverme a medir el efecto de tan inesperado asalto, corrí a la alcoba de donde salían los llantos, encontrando a mi padre ya tendido en su lecho y aún puesto el mismo traje con que la muerte le sorprendiera. Había muerto de pronto, soltando a borbotones por la boca toda la sangre de su cuerpo, quedándose doblado en la antesala como toro que hubiese recibido un «golletazo». Gimientes y pálidos de estupor, mi madre y mis hermanos lo rodeaban. Cuando me acerqué al lecho para besarlo, Agustín, aquel hermano que aunque lleno de gracia era siempre el más serio, prorrumpió en ayes y palabras que parecían más bien versos caídos de alguna copla de nuestro cante jondo.

—¡Ay, qué pena! ¡Qué pena! ¡Míralo ahí, tendido, esperando la tierra! ¿Qué va a ser de nosotros? Hasta hace un momento teníamos un padre, pero ahora... ¡Ay, ay!

Y a este mismo lamento volvía de cuando en cuando con dolor semejante al de ese hombre andaluz que canta solitario en la herrería acompañado únicamente por el redoble funeral de su martillo contra el yunque.

La noche del velatorio fue larga, interrumpida a cada instante por el susurro y cuchicheo compungido de las visitas. Hacia las tres de la madrugada, enfundaron el cuerpo de mi padre en un hábito blanco de la Orden Dominicana de Predicadores, lo pasaron a un sencillo ataúd de color caoba y le encendieron cuatro cirios. Alguien, además, le colocó cerca de los pies un manojo de flores. Encapuchado, entre las manos lívidas sujetando un rosario y un crucifijo, el pecho levantado y todo él envuelto en la penumbra amarillenta de la cera encendida, parecía ese imponente lienzo de Zurbarán en donde el cuerpo yacente del papa san Buenaventura se alza con una plástica bañada de un poderoso escalofrío.

Según la madrugada iba avanzando, la gente fue desapareciendo de la alcoba, y mis hermanos, fatigados, rotos los ojos por el llanto y el sueño, también se retiraron, quedándose dormidos en cualquier silla o sofá de la casa. Sólo mi madre permaneció a la cabecera del féretro, sumida en un duermevela sobresaltado de lágrimas y oraciones. Yo tampoco me fui, confundido e impresionado, del lado de mi padre. Allí estaba, mudo, casi en la misma postura que tenía la mañana en que de lejos le mostré, engañándolo, las notas falsificadas de mis exámenes. Y sentí como si una piedra —o un clavo feroz— me subiese del corazón a la garganta. Estaba remordido, lleno de infinito pesar por haberlo tratado casi siempre con una dejadez y frialdad muy semejantes a la falta de amor. En Andalucía, de chico, él siempre de viaje, apenas si mi cariño se cifraba en la espera de algún regalo traído de lejos, al regresar a casa, después de ausencias que a veces alcanzaron los dos años. Cuando nos trasladamos a Madrid —yo había cumplido ya los quince— y viví más con él y, luego, aún más estrechamente durante su enfermedad, mi amor tampoco fue muy expresivo, correspondiendo al suyo, en realidad nada exigente, con injustos desvíos y hosquedades que lo mortificaban, aunque en muy pocas ocasiones se decidió a manifestármelo. Estaba remordido, sí, y con deseos de hablarle, de llenar aquel su hondo silencio, ahora en verdad de muerte, con algunas palabras de cariño y perdón, respuesta ya tardía a mi desagradable comportamiento. Yo entonces no lloraba, y menos delante de otros ojos que no fueran los míos. Veía sólo en el llanto la cara horrible de la gente, y el pensar en la mía mojada por las lágrimas me llenaba de irritación y vergüenza. Pero algo había que hacer, alguna prueba de dolor tenía que dar en aquel trance. El clavo oscuro que parecía pasarme las paredes del pecho me lo ordenaba, me lo estaba exigiendo a desgarrones. Entonces, saqué un lápiz y comencé a escribir. Era realmente, mi primer poema.

...tu cuerpo,
largo y abultado
como las estatuas del Renacimiento,
y unas flores mustias
de blancor enfermo.

Sólo recuerdo ahora esas líneas. Desde aquella noche seguí haciendo versos. Mi vocación poética había comenzado. Así, a los pies de la muerte, en una atmósfera tan fúnebre como romántica.

Por mucho tiempo viví triste. Me vistieron de luto. Toda mi gente se ennegreció. Comenzaron los rosarios y las misas, el prolongado duelo insoportable, repleto al atardecer de visitantes conocidos, así como también de esos lúgubres cuervos que sólo hacen su aparición cuando comienza a oler la carne ya difunta. Yo me iba de mi casa, en busca de la soledad, por las afueras de

mí barrio. La llanura, con sus chopos ensimismados, y el Guadarrama azul en lejanía, fueron mis buenos compañeros de aquellos meses. Me quedaba en el campo hasta muy atardecido. Y —¡oh milagro!— me seguían saliendo los poemas como brotados de una fuente misteriosa que llevara conmigo y no pudiera contener. Recuerdo ahora también el comienzo de otro, surgido entre dos luces, en un ocaso de primavera:

«Más bajo, más bajo.» [1]
No turbéis el silencio.
De un ritmo incomparable,
lento,
muy lento,
es el ritmo
de esta luna de oro.
El sol ha muerto.
Y hasta las alegrías son tristezas,
pero del mismo ritmo:
lento,
muy lento.

Seguían luego otras estrofas, no menos melancólicas que ésa. Por aquellos días, un poeta llegado, creo que de Fernando Poo, al Ateneo de Madrid, había recitado los poemas de un librito que acababa de publicar. Su título: *Versos y oraciones de caminante.* Su autor, un desconocido: León Felipe. Con algo de su delgado acento escribí yo en aquellas horas iniciales. No pude verlo entonces. Y nunca más supe de él hasta que lo conocí catorce años después, en 1934.

Quiero ahora hacerle saber a ese santo profeta enfurecido que sus primeras versos, desprovistos y graves, llenaron de temblor las incipientes hojas de mi más tierna arboleda perdida...

Una tarde de mayo, fatigado ya un poco de mi enlutada soledad, tomé el tranvía y bajé al centro de Madrid. Al llegar a la Carrera de San Jerónimo, vi que toda la gente se precipitaba, atónita, sobre unos vendedores de diarios que voceaban, insistentes:

—¡La muerte de Joselito en Talavera de la Reina!

—¿Cómo?

-¿Qué?

—¡Eso no puede ser verdad!

Aquella tarde, a todo el mundo le hubiera parecido verosímil la cosa más absurda, menos esta que ya corría no sólo por las calles de Madrid sino por las de España entera.

—¡La muerte de Joselito en la plaza de toros de Talavera de la Reina!

Compré, como pude, un diario, creo que el primero de mi vida. No cabía duda. En el papel estaba escrito. Un toro, llamado «Bailador», el quinto de la lidia, le había pegado una cornada en el vientre. Su cuñado, Ignacio Sánchez Mejías, que toreaba con él, tuvo que matarlo.

—¡Matar un toro a José! ¡Si hubiera sido a Belmonte! ¡Pero a José!

Jamás los toros le habían rozado ni la ropa. Decían sus enemigos que los hipnotizaba o que con un pañuelo bañado en cloroformo hacía que perdiesen su poder para ser toreados con aquella seguridad y gracia juguetona, aquel burlarse suyo de la muerte, únicos en la historia del toreo. Tenía Joselito veinticinco años. Joven y hermoso, moría como un dios. Cuando trajeron su cuerpo

[1] León Felipe

corneado a Madrid, una inmensa multitud silenciosa, llenos los ojos de lágrimas y espanto, lo acompañó a la estación de Mediodía, de donde fue llevado en un tren especial a Sevilla, a que allí lo llorase la Giralda, su maestra en el arte de la sal, del ángel, de la alegría luminosa.

Aquella repentina desaparición del joven espada andaluz me dejó su camino: una estela enterrada que años más tarde me envolvió, plena, llevándome a condensar en unos versos toda la angustia, el relampagueo trágico que no había podido decir entonces, en los días cargados de su gloriosa muerte.

En aquel mismo mayo madrileño también voló, no a la gloria como José, sino tal vez al purgatorio, el alma de don Benito Pérez Galdós, de quien yo en ese tiempo no había leído apenas nada, pero que conocía de verlo en los jardines del Retiro adonde iba a posar para Victorio Macho. El escultor, bajo el amparo de unos árboles, cincelaba su estatua, y el pobre y triste don Benito, completamente ciego, se prestaba, doblado de paciencia, a escuchar los chasquidos de la piedra de donde iba saliendo su figura.

Así como la muerte del torero, la del inmenso novelista dejó también en mí sus escondidos hoyos, que más adelante se me abrieron, saltándome toda su grandeza, el fervor que no pude tenerle en aquellos años juveniles de sectarismo y de pedrada contra todo lo que suponía caduco.

1920. Tres muertes, unidas siempre para mí cuando me acuerdo de ese año: mi padre, Joselito, Galdós.

Aunque el dolor, pasados ya unos meses, se iba remansando en todos los de casa, un ala oscura de tristeza golpeaba mis noches, vertidas al amanecer en nuevos poemas desesperados y sombríos. La pintura, que aún a pesar de la sorpresa de los versos me seguía dominando, de loca y rutilante pasó a bañarse de ocres y morados, saltando a un realismo semejante al más negro de la escuela española. Se me ocurrió entonces retratar a mi hermana Pepita, pero no alegre y luminosa, como hubiera correspondido a sus dieciséis años, sino de cuerpo yacente, exangüe el perfil y amortajada en un sudario de colores marchitos. Para consolar a mi madre, le caligrafié dos *Nocturnos* de Chopin con las notas volando convertidas en pájaros oscuros sobre los hilos del pentagrama. Volví de nuevo a visitar los cementerios, con Bécquer en los labios y una opresión en mitad del pecho que me hacía caminar pidiendo apoyo de cuando en cuando al tronco de los árboles.

Un mal día, como mi inútil vocación —la nueva, la poética, la escondía yo con cierto misterio— seguía pareciendo poco productiva a los de mi casa, mi hermano Vicente me llamó aparte y me propuso en tono serio:

—Estaría bien que me ayudaras. Ha muerto papá y es necesario que tú también te ocupes de los vinos. Saldrás de viaje y ganarás según tus facultades de vendedor.

No me atreví a negarme. Y aunque yo no sabía ni sumar ni entendía nada de negocios, me dispuse a partir, como corredor de la casa Osborne, por pueblos de las provincias de Madrid y Guadalajara. Para iniciarme en *el negocio,* creyó mi hermano conveniente la compañía de un experto. Se apellidaba Velayos, y se trataba de un buen hombre, pequeño y bebedor, que roncaba en la noche como un fuelle y que además, a cualquier hora, se soltaba unos cuescos que me paralizaban el sentido. Con él visité Arganda, precioso pueblo madrileño de buenos vinos naturales; Alcalá de Henares, en donde con el pretexto de mostrar las excelencias del coñac Osborne «nos pescamos tal pítima» —estas palabras eran de Velayos—, que al día siguiente no sabíamos los resultados de nuestra venta ni en qué almacenes y tabernas habíamos estado. Luego, siempre en estrecha unión con sus ronquidos y ventosidades, visité otros pueblecillos de menor importancia, despidiéndome de él, con el pretexto de que ya «había entendido», al pie de una diligencia de mulas que iba a internarme por pueblos de los montes de Albarracín. Ya solo, recorrí villorrios y ciudades del Cid Campeador. Estuve en Atienza, en donde vendí cinco cajones de vino y dos de coñac, yendo a parar a Sacedón, que no olvidaré nunca. Sucedió que una noche tenebrosa de lluvia torrencial, en la especie de fonducho-taberna donde me hospedaba, se me ocurrió preguntar por el retrete. Alguien, con una muy larga sonrisa, me respondió:

—Hay corral... Ahí tras la puerta está el paraguas.

Yo, para que no dijera, lo abrí, sin el más mínimo gesto de asombro, saliendo a las más chorreadas intemperies. Me agaché como pude cerca de unos tablones atados con alambres, contra los que estuve a punto de rajarme la cara, y, paraguas en mano, comencé mi sencilla y humana operación. De pronto, sentí un alboroto, un extraño aleteo, acompañado de entrecortados píos gallineriles y —fue cosa de un segundo— mis pobres posaderas saltaron de aquel sitio picoteadas por veinte aves de corral agazapadas en las sombras. A pesar de tal peregrino suceso, digno de las andanzas del Buscón quevediano, hice negocio. Pero en la diligencia que me alejó de Sacedón tuve que ir de pie, ya que no andaba en condiciones de soportar ningún asiento. Todavía antes de regresar a Madrid me detuve en un pueblo de su provincia: Colmenar de Oreja. Plaza maravillosa, amurallada por inmensos tinajones de barro. Allí vi un circo popular, que más que divertirme me llenó de tristeza. La tradicional chica embarazada dando volatines, el escuálido perro amaestrado, la cabra a cuatro patas sobre el tapón de la botella y Gutiérrez Solana, trágico y desvelado, por todos los rincones: ésa fue mi tarde de Colmenar. Nada vendí. Hice un poema, del que no recuerdo ni una línea. Pero vuelto a mi casa, mi hermano me felicitó, luego de hechas las cuentas y darme veinte duros. Era la comisión que me tocaba después de quince días de trabajo.

Al poco tiempo, una noche, estando en los Altos del Hipódromo con una medio novia que tenía, sentí un raro gusto a metal en la boca. Saqué el pañuelo y lo teñí de sangre. Me callé. Volví a casa, muerto de escalofríos. A eso de la madrugada, desperté a mi hermano Agustín, que dormía en mi mismo cuarto.

—Estoy escupiendo sangre.

—Eres un bruto —fue su respuesta—. Quédate boca arriba, sin moverte.

A la mañana siguiente, llanto de mi madre y gran reprimenda de toda la familia por ser yo el único culpable. Tenían más que razón. No me cuidaba. Vivía como un caballo desbocado. No comía. Apenas si dormía cuatro horas. Verdaderamente era un bruto. Agustín lo había dicho. Me llevaron al doctor Codina, un especialista en enfermedades de pulmón. Diagnosticó después de un análisis de saliva y una radiografía de la caja torácica: «Adenopatía hiliar con infiltración en el lóbulo superior del pulmón derecho». Aquella larga relación de mi mal me gustó mucho. Dediqué unos poemas, que llamé «Radiográficos», a mi pobre pecho vencido. Y comencé mi curación confinándome, en espera de la llegada del verano, entre mi cuarto —¡aquel tan querido y desordenado «triclinio»!— y la contigua galería, cuyos amplios ventanales se abrían sobre los árboles y las casas de la ciudad con el lejano Guadarrama al fondo.

Largos meses de sobrealimentación. De estatismo. De aburrimiento. De miedo. Y de silencio casi absoluto, porque, de pronto, el temor a enfermarme de verdad, a morirme, en definitiva, fue tan grande como antes lo habían sido mi dejadez y desaprensión. Desde los primeros días de vigilancia de mi salud, empecé por eliminar a los amigos, rehuyendo incluso la conversación con mi familia, pues el hablar me excitaba, haciéndome aumentar la temperatura en unas cinco décimas. Además, como me habían aconsejado aire puro, abrí las ventanas, aunque era otoño y el viento helado de la sierra hendía en mi soledad sus más estremecedoras agujas. Esto no sólo espantó a todas las inoportunas visitas sino también a mi madre y hermanos, deseosos de no pescarse una pulmonía en semejante «heladera», como desde entonces llamaron a aquella zona de la casa. Este cambio de vida me sirvió —a él se lo debo casi todo—, calmándome los nervios, transformando poco a poco en caballo tranquilo aquel tan disparado y disparatado de mis años anteriores. Leí mucho. Cayeron en mis manos la *Antología poética* de Juan Ramón Jiménez, las *Soledades y galerías* de Antonio Machado y los primeros libros de la Colección Universal (Calpe), aparecida por aquellos días. Y escribí constante y apasionadamente, sin perder, gracias a mi hermana la pequeña, el contacto de la calle, cuyos ecos literarios y artísticos me llegaban, gritadores, en *Ultra,* las volanderas hojas que los llamados jóvenes vanguardistas lanzaban en Madrid con gran escándalo y protesta no sólo de los «viejos» sino hasta de la gente más alejada del mundo de las letras. Salvo el de Ramón Gómez de la Serna, vi escritos por vez primera los nombres de Gerardo Diego, Luciano de San-Saor, Humberto

y José Rivas Panedas, Ciria Escalante, Ildefonso Pereda Valdés, Jorge Luis Borges, al lado de extranjeros, para mí tan desconocidos, como Ivan Goll, Jules Romains, Apollinaire, Max Jacob y otros que ahora no recuerdo. Entre los descoyuntados versos, las trepidantes prosas, los insultantes aforismos y el desconcierto tipográfico de aquellas páginas, irrumpían con colaboraciones plásticas —dibujos y grabados en madera— Norah Borges y los ya para mí familiares Barradas, Paskiewicz, Jhal, Delaunay, etc. Un nombre, entonces, se destacaba con más fuerza y ruido en aquel tren disparado de *Ultra:* el de Guillermo de Torre, el fundador y animador más audaz del movimiento. Había lanzado un manifiesto —con retrato lineal de Barradas— bajo el título de *Vértice,* chirriante «locomotiva» que me sorprendió, gusté y rechacé en un principio. De él recuerdo aún renglones como éste: «Morfinómanas lésbicas se inyectan en el endocardio la hiperestesia de las linotipias...». Y otro: «Morena, desenrolla ante mí el film de tus ojos carburadores...». (Alguien, más tarde, me hizo caer en la cuenta, no sin gracia, del parecido de este último con el lenguaje madrileñista de los chulos de Arniches. Creo no ofender con esta pequeña revelación a mi hoy buen amigo Guillermo.)

Al fin, *Ultra* acabó por entusiasmarme, esperando la aparición de cada número con verdadero interés e impaciencia. Quise colaborar en la revista. Pero, como no conocía a ninguno de aquellos nuevos escritores, me atreví a mandar por correo un poema de los que por entonces me salían. No lo recuerdo ahora, pero sí las breves líneas con que lo acompañaba. Decían: «Ahí les envío esa colaboración para que hagan con ella lo mejor, o peor, que se les ocurra». Desde luego supuse que fue a parar al cesto de los papeles, pues nunca, a pesar de que me desojé buscándola durante varios números, la vi publicada. Me desilusioné y entristecí, pensando: «Claro, esto me ocurre por meterme en donde no me llaman. Tal vez los "ultra" me conocen como pintor y naturalmente...». Etc.

Mi tremenda, mi feroz y angustiosa batalla por ser poeta había comenzado.

Comprobaba, con más evidencia a cada instante, que la pintura como medio de expresión me dejaba completamente insatisfecho, no encontrando manera de meter en un cuadro todo cuanto en la imaginación me hervía. En cambio, en el papel sí. Allí me era fácil volcarme a mi gusto, dando cabida a sentimientos que nada o poco tenían que ver con la plástica. Mis nostalgias marineras del Puerto comenzaron a presentárseme bajo forma distinta: aún las veía en líneas y colores, pero esfumados entre una multitud de sensaciones ya imposibles de fijar con los pinceles. Me prometí olvidarme de mi primera vocación. Quería solamente ser poeta. Y lo quería con furia, pues a los veinte años aún no cumplidos me consideraba casi un viejo para iniciar tan nuevo como dificilísimo camino. Vi entonces, con sorpresa, que lenguaje no me faltaba, que lo poseía con gran variedad y riqueza, pero que en cambio mi ortografía era más que deficiente, resistiéndoseme de cuando en cuando la sintaxis. Empecé a prestar más atención en mis lecturas, observando cada palabra, consultando en el diccionario con frecuencia y no hallando jamás en la gramática solución a mis vacilaciones. El trabajo y el tiempo me fueron arreglando las cosas. Pero nunca del todo, pues aún ahora cuando escribo estoy lleno de dudas.

Pasado el primer melancólico invierno, ya contemplando Madrid disuelto en la neblina, bajo la nieve o a la luz de esos cielos tan suyos, tensos de azules congelados; ya consolándome con adivinar a una muchacha que pasaba las horas y las horas tras los cristales de un balcón de la casa de enfrente, se presentó la primavera, acelerando en mayo mis preparativos para marchar, antes de la llegada del verano, a los pinares de San Rafael.

Días estivales de reposo, tumbado en una cómoda *chaise-longue,* leyendo, escribiendo o absorbidos los ojos por el tranquilo viajar de las nubes. Tan sólo aquel silencio rumoroso era inquietado de tarde en tarde por el trajín de los ferrocarriles que iban hacia las playas veraniegas del norte.

Con la nostalgia del mar,
mi novia bebe cerveza

en el coche-restorán.

Solía leerle mis poemas a alguien mayor que yo, que con frecuencia reposaba a mi lado. Era un francés, estudiante en Madrid, pero que por hallarse tocado de un pulmón también buscaba el aire sano de la sierra. Dieciocho años después, acabada nuestra guerra civil y desterrado yo en París, me vino a saludar, resultando ser nada menos que Marcel Bataillon, el gran hispanista. Me traía, dedicado, su último libro: *Erasmo en España*, una obra maestra, fundamental para el conocimiento de las ideas en nuestro país durante el siglo XVI.

Allí, entre aquellas montañas del Guadarrama, repleto el corazón del canto soleado de los pinos, renací a la vida. Se me fue la poca fiebre que me entraba al caer de la tarde, aumenté de peso —algo más del debido para un joven poeta— y comencé de nuevo a pasear, media hora cada mañana y otra media antes de la puesta de sol.

Escribía como un loco. Casi contento estaba con mis versos, muy diferentes de los lanzados a la moda por los ultraístas, aunque naturalmente con algo del desconcierto de ellos. Un día, un amigo pintor que vino a visitarme me trajo un libro —*Libro de poemas,* se titulaba— del que se hacían en Madrid los mejores elogios. El pintor era Gregorio Prieto, y el autor del volumen, Federico García Lorca: un muchacho granadino que pasaba los inviernos en la capital, hospedado en la Residencia de Estudiantes. Me entusiasmaron muchas de sus poesías, sobre todo aquellas de corte simple, popular, ornadas de graciosos estribillos cantables. Otras, en cambio, las rechacé. No comprendía cómo en aquellos años de afanes innovadores se podía publicar un canto a doña Juana la Loca y otros del mismo tono cansado y académico. Ciertas auras de Villaespesa y hasta de Zorilla —cantores de Granada— corrían intempestivamente por el libro. Pero, a pesar de todo, se perfilaba un gran poeta y ya me desvivía por conocerlo. Faltarían aún más de tres años para que eso sucediera.

Otro día, hallándome reposando cerca de un arroyo escondido, al llegar el tren de la una se llenaron los caminos y bosques de San Rafael de un grito repetido que al principio fue para mí un misterio. Voceaban así los vendedores de diarios:

—¡El desastre de Annual! ¡El desastre de Annual! ¡El general Navarro prisionero!

Se trataba del gran desastre militar y político de Marruecos —miles de nuestros soldados muertos por los moros—, que iba a traer como consecuencia, a los dos años, la dictadura militar de Primo de Rivera. Nadie podía saber entonces que nuestra generación comenzaría a andar bajo ese signo. Otra generación, la del 98, también había venido bajo el signo de otra catástrofe nacional: el derrumbamiento total del viejo poderío monárquico español. Ambos acontecimientos imprimieron caracteres bien definidos a estas dos promociones de escritores. Pero la nuestra no se pudo enterar hasta el advenimiento de la República, en 1931, de que su mayoría de edad poética iba a ser alcanzada durante aquellos años dictatoriales. Más adelante hablaré de esto.

Hacia fines de octubre, mediado ya el otoño, regresé a mi «heladera». Dejaba con tristeza San Rafael, solemne y melancólico, ya sin veraneantes, despoblados los chopos, rodando en remolinos por la carretera sus hojas amarillas. Era hermoso el arribo de la otoñada en la sierra. Sentía más míos el sol y el largo silabeo del viento en los pinares. Con los primeros grandes fríos, en los días azules, se recortaban más los montes, presentando un extenso perfil impresionante aquellos que formaban, mirando hacia Segovia, «la Mujer muerta». Volvía a Madrid aquel año bajo el fino preludio de la nieve y el aullido temprano de los lobos en los bosques nocturnos. Me preparaba para un nuevo invierno sin fin. Aunque ya mi reposo y mi silencio no iban a ser tan absolutos, el miedo que le había tomado a mi enfermedad me llevaría aún a ser prudente, no abriendo demasiado la mano a visitantes inoportunos. Menos mal que para consuelo de mi aislamiento aquella muchacha de la casa de enfrente reapareció tras los cristales del balcón, quedando allí las horas muertas, adivinándonos mutuamente hasta el oscurecer.

Continué escribiendo. Un lento mes helado sin recibir a nadie. Hasta que, de pronto, una tarde, sin aviso, se presentó en mi cuarto la primera visita de la temporada. Se trataba de un joven escritor, conocido por mí años antes, creo que en un Salón de Otoño. Su nombre era Juan Chabás.

Valenciano, moreno, de grandes ojos y pestañas aún mayores, voz pastosa, engolada, traje gris, cuello bajo y corbatín negro, de lazo. Un tipo levantino, de indudable belleza, simpático pero a veces algo cargante. Me traía un librito de poemas —*Ondas*—, el primero que publicaba. Leí la dedicatoria: «Al pintor Rafael Alberti». No pude evitar un gesto casi de desagrado.

—No sé si lo sabrás, pero hace ya algún tiempo que dejé la pintura. Me ha prohibido el médico estar de pie... Tampoco es bueno para mi salud el olor de los colores —le dije, exagerando—. Ahora escribo.

—Está bien... Podrías dibujar sentado. Y volver a los cuadros cuando ya estés sano del todo.

—No tendré tiempo para las dos cosas. Quiero que se me olvide como pintor. Me gusta más la poesía. Te voy a leer algo. ¿No te importa?

Y rápido, sin atender a su respuesta, le dije de memoria tres poemas. Uno de ellos —el único que recuerdo ahora— era como sigue:

La noche ajusticiada
en el patíbulo de un árbol.

Alegrías arrodilladas
le besan y ungen las sandalias.

Vena
suavemente lejana
—cinturón del Globo—

Arterias infinitas,
mares del corazón que se desangra.

—¿Sabes que está muy bien? —dejó caer al cabo de un deliberado silencio—. ¿Tienes más?

—Muchos. Un libro.

Nuevo silencio.

—Yo venía para otra cosa. Pensaba que te gustaría hacer una exposición de tus obras en el saloncillo del Ateneo. Pertenezco ahora a la directiva y puedo organizártela...

—¿Para qué? Eso me va a perjudicar.

—No seas tonto. Tú siempre seguirás siendo pintor, aunque escribas.

—No me interesa ya.

Y en mi interior me derrumbé. Mis poemas no le habían gustado. Estaba seguro. Fingir que sí no era tan difícil.

—Podrás reunir tus mejores obras;.., entre óleos y dibujos...

—No.

—Yo me encargo de todo... Sería tu despedida de pintor... ¿Qué te parece?

Vacilé. Tenía el convencimiento de mi derrota, de que los escritores jamás me tomarían en serio. Desde ahora en adelante escribiré para mí solo, me dije, únicamente mi hermana Pepita juzgaría mis poemas.

—Bien. Si tú te ocupas de todo... Será mi adiós a la pintura, como dices. Yo no salgo a la calle... ¿Qué fecha?

—A comienzos de año.

—Apareceré por el Ateneo el día de la inauguración.

Le di la mano. Y se fue.

Casi lloré de ira, tendido en la cama. Pero a la mañana siguiente me rehíce. Y escribí de nuevo, aunque considerando perdida la batalla.

Pasada poco más de una semana, apareció otra vez Chabás. Venía acompañado.

—Dámaso Alonso...

No me era desconocido del todo aquel nombre.

—Te trae también un libro.

Mientras el nuevo autor me lo entregaba, pude leer el título: *Poemas puros. Poemillas de la ciudad.*

—Es formidable —adelantó Chabás, campanudo.

Dámaso Alonso marcó un gesto en sus labios, entre contrariado e irónico. Cuando más tarde lo traté, ya grandes amigos, pude confirmar que aquella mueca suya ante el elogio del escritor valenciano había sido sincera. Dámaso Alonso, un joven, entonces, de prematura madurez, con un extraordinario talento, padecía de desilusión, de una incomprensible falta de seguridad en sí mismo, rayana a veces en lo trágico. Le acomplejaba sobre todo su figura: baja, rechoncha, coronada por una calvicie en visible aumento. Hasta le hacía sufrir su segundo apellido —Redondas—, que conocí de pronto y no por él precisamente. Bebía más de la cuenta, cosa que disgustaba a su madre, y era un gran putañero. Se hablaba ya de él como de un pequeño fenómeno de erudición y sabiduría. Su memoria era inmensa —aún más que la que yo padezco—, habiendo llegado a saberse, en la época de nuestro entusiasmo gongorino, las *Soledades* y el *Polisemo* de don Luis sin un solo tropiezo. Estaba dotado para la poesía como el mejor, aunque escribiera poco, a causa de un sentido autocrítico exagerado y de aquella especie de desengaño e inseguridad que lo aplastaban. Le tomé mucho cariño. A él le debo muchas cosas. Una, fundamental, sobre todas: me dio a conocer a Gil Vicente, quien todavía refresca mis canciones de estos últimos años. El libro que me dejó aquella tarde era muy bueno, lejos ya de todo alboroto ultraístico y anunciando el perfil español y sereno que habría de distinguir a nuestra generación. Más cerca de Antonio Machado que de Juan Ramón Jiménez, *Poemas puros. Poemillas de la ciudad,* por su temblor humano, extremada economía de expresión y sencillez, abrió cauces hacia la gran poesía de aquella década. Muchos quizás —hasta incluyendo al mismo Dámaso— no lo recuerden. Yo sí. Tanto, que aún hoy puedo repetir de memoria algunos de los sonetos y estrofillas que aprendí aquella misma noche de su visita en una tarde invernal de 1921.

Los poemas míos que le dije creo que le gustaron, aunque no tanto como los que escribí luego. Pero, sabiendo yo que mi inseguridad como poeta principiante era entonces dramática y que él no ignoraba mi vocación pictórica, no quise ilusionarme ni poco ni mucho con sus manifestaciones de agrado.

En enero o febrero de 1922, asistí a la apertura de mi exposición en el saloncillo del Ateneo. El bueno de Juan Chabás, fiel cumplidor de su promesa, se había ocupado de todo: colocación de los cuadros y dibujos, catálogo, precio de las obras, etc. No me disgustó ver reunidos y ordenados con cierta gracia mis trabajos de aquellos años, indagadores de las tendencias más dispares. Podían allí comprobarse figuras y paisajes influidos por Vázquez Díaz, explosiones de colores sometidas a dinámicos ritmos vistos en Delaunay, al lado de los más inocentes juegos geométricos de procedencia cubista. También había dibujos esquemáticos de danzas, recuerdo lineal del Ballet Ruso entremezclado con visiones de las cavernas prehistóricas. Ante aquel conjunto de mi obra, sentí la tentación de reanudar mi ya expirante vocación plástica. Pero no. Era demasiado tarde para volver. Roto estaba el camino, y por el nuevo de la lírica mis avanzados pasos me decían que el

retornar hubiera sido un grave error. La exposición fue más bien celebrada por jóvenes literatos que por pintores. Cosa que me desagradó, aunque no tanto como para amargarme. Entre los amigos del gremio que la visitaron recuerdo a Gregorio Prieto, ya bastante conocido, y a Francisco Bores, en víspera de partir para Francia, donde se convertiría de la noche a la mañana en uno de los pintores más personales y seguros del grupo español —«école de Paris»— que ya comenzaba a perfilarse. En esta exposición tuve una gran sorpresa, que fue el vender un cuadro en 300 pesetas a un funcionario de la embajada del Perú, quien no sin cierto entusiasmo cargó con él días antes de la clausura. El expositor que me sustituyó en aquel saloncillo del Ateneo se llamaba Francisco Cossío, también poco después parte integrante del grupo parisiense de artistas hispanos. Me hice algo amigo suyo, dejándolo de saludar años más tarde, cuando, nuevamente en España, tuvo el poco talento de meterse a falangista.

Vueltos los cuadros a mi casa, sentí un inmenso alivio. Me parecía haber hecho una confesión pública de todos mis pecados, purificando mi conciencia, disponiéndola, ya sin remordimientos, en estado de gracia, a lo más recio de la lucha por alcanzar lo que desde hacía tanto tiempo condensaba el único desvelo de mis noches. ¿Estaría lejos la victoria? Era entonces difícil precisarlo. Pero, después de aquella exposición del Ateneo, el camino para lograrla lo veía por vez primera más franco y luminoso. (Y eso que la resistencia que aún iban a oponerme los jóvenes literatos iba a ser grande.)

Debo reconocer, en justicia, que Juan Chabás, a pesar de su demostrado interés por mi pintura, fue tal vez, entre todos los escritores, el que más me ayudó a olvidarla. Había salido por aquellos días una nueva revista: *Horizonte.* Más serena, más apaciguada. Un arco iris tras el aguacero ultraístico. Su director era un nuevo poeta: Pedro Garfias, sevillano de Osuna, señalado, junto a Gerardo Diego, como una de las grandes promesas del momento. (Supe después que a Garfias no le halagaba mucho se le emparejase con el poeta santanderino.) Como siempre, fue al propio Juan Chabás a quien debí la visita del andaluz, recibido también en mi «heladera», menos gélida que de costumbre, pues ya los aires primaverales andaban rondando las ventanas. Garfias oyó con atención los poemas que, a requerimiento de Chabás, dije sin más preámbulo. Su comentario fue rotundo, decisivo en mi vida:

—Dame los tres que más te gusten para el próximo número de *Horizonte.*

Aquella noche no dormí, y hasta que, varias semanas después, no tuve la revista entre mis manos, fue grande mi desasosiego. ¿Publicaría Garfias los poemas? ¿Se arrepentiría, encontrándolos malos al releerlos? Nada de esto sucedió, pues aparecí en el tan ansiado número junto a la «Baladilla de los tres ríos» de García Lorca, poesías del mismo Garfias y unas breves canciones de Antonio Machado. Aquel nuevo *Horizonte* sabía responder a su título. En su amplia línea despejada, volvieron a hermanarse poetas momentánea y deliberadamente excluidos por *Ultra.* Al lado de Machado ya otra vez se encontraba Juan Ramón. Del primitivo barco vanguardista, muy pocos de sus tripulantes habían logrado hacer brazo hasta la playa. Hundimiento casi total, pues tan sólo salieron incólumes Gerardo Diego, como poeta, y, como crítico, Guillermo de Torre, capitán de la nave.

Otra revista, ya con dos años de existencia y que yo conocía, se publicaba en La Coruña con un precioso título: *Alfar.* Muy amplia de criterio, en sus páginas siempre armónicas y espaciosas tenían cabida los más diversos nombres, representativos de todas las tendencias. La escala iba, en lo español, desde Azorín, Unamuno o Miró hasta el último grito ultraísta; y, en lo americano, desde Lugones, Sanin Cano o Alfonso Reyes hasta el martinfierrista más arrebatado. El constante director y editor de *Alfar era* un claro y férvido poeta uruguayo, Julio J. Casal, cónsul además de su país en aquella ciudad gallega. Él y su compatriota, el pintor Barradas, un ser verdaderamente de genio, «antes de tiempo y casi en flor cortado», dejaron en España, junto con su imborrable recuerdo, la honda semilla de su trabajo generoso. Así como entonces pude tratar algo al pintor, no logré hacerme amigo del poeta hasta 1940, ya desterrado yo en la Argentina. Fue a Daniel Vázquez Díaz a quien debí mi primer contacto con él, mandándole un artículo que yo había escrito sobre su

pintura y que Casal publicó, ilustrado con algunos de los mejores cuadros del artista andaluz. Pasado bastante tiempo, como mi entusiasmo por darme a conocer comenzaba a ser grande, me acordé de pronto de *Alfar* y no sin cierta timidez envié a la revista varios poemas. Al cabo de unos meses, recibí un ejemplar, acompañado de unas líneas cariñosas de su director y con mi colaboración colocada en lugar preferente. Eran poemas de un tono parecido a los publicados en *Horizonte.* Nunca los incluí luego en ningún libro, olvidándome completamente de ellos. Pero, ahora que Robert Marrast, un joven hispanista francés traductor de mi teatro, ha tenido la bondad de mandarme una copia, los quiero dar aquí por considerarlos de cierto interés para la corta prehistoria de mi poesía.

BALCONES

1

Te saludan los ángeles,
Sofía, luciérnaga del valle.

La estrella del Señor
vuela de su cabaña
a tu alquería.

Ora por el lucero perdido,
linterna de los llanos:

porque lo libre el sol
de la manzana picada,
de los erizos del castaño.

Mariposa en el túnel,
sirenita del mar, Sofía:

para que el cofrecillo de una nuez
sea siempre en ensueños nuestro barco.

2

El suelo está patinando
y la nieve te va cantando:

Un ángel lleva tu trineo,
el sol se ha ido de veraneo.

Yo traigo el árbol de Noel
sobre mi lomo de papel.

Mira, Sofía, dice el cielo:
la ciudad para ti es un caramelo
de albaricoque,
de frambuesa
o de limón.

3

En tu dedal bebía esta plegaria,
esta plegaria de tres alas:

Deja la aguja, Sofía.
En el telón de estrellas,
tú eres la Virgen María
y Caperucita encarnada.

Todos los pueblos te cantan de tú.

De tú,
que eres la luz
que emerge de la luz.

Esta Sofía era una niña de doce o trece años, a quien en los largos primeros meses de mi enfermedad contemplaba abstraída ante un atlas geográfico tras los cristales encendidos de su ventana. Desde la mía, sólo un piso más alta, veía cómo su dedo viajaba lentamente por los mares azules, los cabos, las bahías, las tierras firmes de los mapas, presos entre las finas redes de los meridianos y paralelos. También Sofía bordaba flores e iniciales sobre aéreas batistas o rudos cañamazos, labor de colegiala que cumplía con la misma concentrada atención que sus viajes. Ella fue mi callado consuelo durante muchos atardeceres. Casi nunca me miraba, y, si alguna vez se atrevía, lo hacía de raro modo, desde la inmovilidad de su perfil, sin apenas descomponerlo. Esta pura y primitiva imagen, de Sofía a la ventana, me acompañó por largo tiempo, llegando a penetrar hasta en canciones de mi *Marinero en tierra*, época en que ya ella había trocado el azul de los atlas y la aguja por un *flirt* dominguero y matinal, a la salida de la iglesia. Y si antes Sofía, a los trece años, me escatimaba una simple mirada de reojo, ahora, ya en la flor de los quince, cada vez que en la calle la encontraba de frente, se encendía de rubor, doblando la cabeza y alterándose toda de tal forma, que al final era yo el más avergonzado, dejándola pasar, con bien fingida indiferencia, como si se tratase de una desconocida. Desde entonces, aunque seguí viviendo hasta 1930 en la misma casa, Sofía se me borró del todo, muriéndoseme verdaderamente, terminando por ser tan sólo un bello nombre enredado en los hilos de mis poemas.

Con una larga serie del mismo estilo que los primeros dedicados a Sofía, iba yo componiendo un libro al que había ya colgado título, uno muy en el gusto, por cierto, de aquellos años, pero que a casi nadie gustaba: *Giróscopo.* Pretendía yo que a mis poemas de múltiples imágenes los compendiaba bien esta palabra, designadora de ese trompo o peón de música, rayado de colores, delicia de los niños. A Juan Chabás debí, naturalmente, el que lo conociera Gabriel Miró, retirado en aquel momento en sus queridas tierras levantinas. Carta me llegó, al poco tiempo, del adorable

autor de *El humo dormido*, en la que me expresaba, entre frases corteses y bondadosas, que «en *Giróscopo* —se me enreda el título (a él tampoco le complacía)— hay palabras de aguda belleza». Don adivinatorio de Miró, pues mi locura por el vocablo bello llegó a su paroxismo en el año del centenario de don Luis de Góngora, cuando con *Cal y canto* la belleza formal se apoderó de mí hasta casi petrificarme el sentimiento.

IV

Ahora, en Castelar —a unos treinta kilómetros de Buenos Aires— y en casa de unos grandes amigos —los Dujovne—, busco el recogimiento necesario para dar fin —¿será verdad?— a este segundo libro de mi Arboleda perdida, *interrumpido tantas veces. Pero, entre el capítulo anterior y el que ahora voy a comenzar, ¡qué largo paréntesis, qué dos años pasados y plenos de mi vida, roto a Dios gracias aquel monótono estatismo, anclaje involuntario, propicio a la más esterilizadora sequía! ¿Qué lluvias, qué riegos bienhechores han mojado mis plantas, mis hambrientas raíces, haciéndome verdecer de nuevo, erguirme otra vez árbol capaz de abrir sus ramas y sus hojas al silbo de los pájaros y el viento? A vosotros os digo, álamos, casuarinas, cipreses, cedros y eucaliptos de estos bosques, la maravilla helada de los bosques polacos, el repique nevado de las campanas de Cracovia, el eco pastoril de las flautas en los valles rumanos, las selvas alemanas de abedules y pinos, el sol centrando el oro de las estrellas del Kremlin, la alta y limpia mirada, ya reposado el corazón, del hombre puro de esos pueblos. A vosotros, rosales del otoño, zinias brillantes de papel, dalias redondas como escudos, jazmines de pequeña nieve, a vosotros os abro los secretos de las flores de China, os cuento de la piel de sus muchachas, más suave y preciosa que la de todos vuestros pétalos; de las velas tendidas de sus juncos, mariposas enormes por las bandas de seda de sus ríos. He viajado, he visto rostros diferentes, cielos y paisajes distintos. Mapas lejanos han tenido a mi vista sus ignotos colores. Y ahora, a tantos miles de kilómetros, la sangre pasa por mi corazón llena de millones de ojos, de millones de voces, de millones de manos fraternales que me lo estrechan y entibiecen, dándole un nuevo ritmo, bañándolo anticipadamente de las palabras que han de seguir moviendo los recordados aires de esta mi* Arboleda perdida.

Pasaba el tiempo y mi «adenopatía hiliar con infiltración en el lóbulo superior del pulmón derecho» mejoraba. Tanto, que nunca me había sentido más fuerte. Ya mi reposo no era de todo el día. Sólo después de las comidas me tumbaba una hora, evitando el dormirme con la lectura de algún libro. De todos modos, salía poco, quedando reducidas aquellas agotadoras caminatas de mis primeros años en Madrid a paseos cortos por los descampados de mi barrio, por el Retiro y la Moncloa, o a visitas a los contados amigos que tenía. Entre éstos estaba Luis Alberti, hijo de tía Lola, mi primera maestra de pintura, y hermano de José Ignacio, el traductor anarquizante y republicano, amigo de los años bohemios de Baroja. Era Luis un hombre tierno, bastante solitario, que ahora vivía en Madrid, acompañando a aquellas tres beldades granadinas, sus hermanas —Dolores, María y Gloria—, que soportaban como él una soltería retraída y malhumorada. Extremadamente cariñoso conmigo. Luis me recibía en su oficina de la casa Calpe, editorial en la que trabajaba. A él le debo el aumento de mi cultura literaria, pues, siempre generoso, rara era la mañana en que no volvía a casa con un montón de libros bajo el brazo. Aquella Colección Universal, de pastas amarillentas, nos inició a todos en el conocimiento de los grandes escritores rusos, muy poco divulgados antes de que Calpe los publicara. Gogol, Goncharov, Korolenko, Dostoievski, Chejov, Andreiev... me turbaron los días y las noches. Hubo una novela, entre todas, que impresionó profundamente a la juventud intelectual española, sobre la que soplaban ráfagas fuertes de anarquismo: *Sacha Yegulev,* de Andreiev, autor que por aquellos años había muerto en Finlandia, lejos de la revolución de Lenin, que no alcanzara a comprender. Yo figuraba entre esos jóvenes a quienes la juventud heroica y aventurera de Sacha quitó el sueño. *Los endemoniados,* de Dostoievski, más que admiración, me causaron, entonces, extrañeza. Todo aquel mundo de chiflados que actuaba tan naturalmente, y en el que lo anormal aparecía como lo más correcto, me

dejó perplejo y pensativo. A partir de aquella lectura, comencé a darme cuenta de que España, sobre todo en sus pueblos, y más aún en los del sur, estaba llena de semejante clase de endemoniados, a la que pertenecían no pocos ejemplares de mi propia familia. De la rara locura de los personajes dostoievskianos, pasé a la cautivante melancolía y gracia de los de Chejov. Con mi hermana Pepita releía, hasta llorar, las pequeñas historias de sus pobres cocheros, campesinos, modestos empleados y profesores... Lo primero que conocí de Gorki fue «Malva», un cuento maravilloso, cuyo grito final —«¿Quién se ha llevado mi cuchillo?»— se me fue a clavar, por no sé qué extraños caminos, en alguna canción de mi *Marinero en tierra.* Todavía quizás no nos hayamos confesado los españoles cuánto debemos a aquella sorprendente revelación abierta ante nosotros al descorrerse la cortina de la novelística rusa aparecida en esos años. Por entonces yo andaba con los bolsillos vacíos. Apenas si tenía para el tranvía. Mi enfermedad era muy cara: medicinas, inyecciones, radiografías, reposo en la sierra. No me animaba a pedir dinero en casa. Pocos libros, por lo tanto, podía comprar. A mi tío Luis, que me los regalaba en mis visitas, debo, pues, gran parte de mis lecturas juveniles, en las que ocuparon un lugar preferente esos autores rusos de antes de la Revolución. Era adorable mi tío Luis y lleno también de pequeñas *endemoniaduras.* Por esta época de sus regalos, andaba más solo que nunca. Acababa de romper con una amante que tenía. Engordaba demasiado. Ya varias veces se lo había advertido: «En cuanto llegues a los ochenta kilos, te dejo». Una tarde, en una de esas básculas de las estaciones del metro, la pesó. Fue la tarde fatal. La aguja, sin disimulo alguno, marcó algo más de los ochenta. Y allí mismo, sobre el andén, la dejó plantada. No la volvió a ver más.

A Gil Cala y Celestino Espinosa, amigos de mis primeros años madrileños, ya no los veía. Gil Cala trabajaba no sé dónde, creo que en Sevilla, y Espinosa cumplía su servicio militar en África. En cambio, a Vázquez Díaz lo visitaba más que nunca. ¡Siempre tan divertido, repitiendo sus cuentos de París, hablando mal de los pintores... y de todo el mundo! ¡Cuánto congeniaba con él! ¡Qué extraordinaria gracia la suya! Aún me río recordándolo.

Pero ya hacía algún tiempo que otra nueva amistad había entrado en mi vida, una amistad que al principio pudo haberse llamado *rodante,* ya que siempre nos encontrábamos en la plataforma del tranvía número 3, camino de la Puerta del Sol. El nuevo amigo se llamaba Vicente Aleixandre, vecino, como yo, del barrio de Salamanca. No fue en el Ateneo, durante mi exposición de pinturas, como hoy Vicente cree, donde nos vimos por primera vez. Fue mucho antes. ¿En qué lugar sería? No puedo ahora recordarlo. Tal vez a Juan Chabás, a Dámaso Alonso o a unos primos del propio Vicente, que vivían en el segundo de mi casa, deba el haberlo conocido. Muchas imágenes, que irán apareciendo a lo largo de estas memorias, conservo del poeta que a partir de *Ámbito,* su libro inaugural, iba a señalarse como uno de los primeros de nuestra generación, aquella que la guerra civil iba a romper violentamente, dispersándola, llegando hasta matar a una de sus voces más geniales. Muchas imágenes conservo, pero por sobre todas se me levantará siempre la de aquel Aleixandre alto, delgado, rubio —aún sin la tez rosada que luego, cuando se puso enfermo, le darían los aires serranos de Miraflores—, asomado al balcón de aquel tranvía nocturno que lo llevaba a un palco del Real, el bello teatro que yo sólo alcanzaba de cuando en cuando como invitado de Consuelo Flores, la hermosa italiana que vivía también en uno de los departamentos de mi casa.

Como el cuidarme la salud se me había convertido en una cómoda costumbre, apenas acabada la primavera planteaba a mi familia el marcharme a la sierra para huir del verano y sus calores, tan dañinos —recalcaba yo— para mi pulmón todavía no calcificado del todo. Y allí me iba, alternando mi reposo, mis obsesionantes tomas de temperatura —rompía al año incontables termómetros— con enamoramientos más o menos durables y, sobre todo, con el trabajo de un nuevo libro de poemas al que iba dando forma y del que ya contaba con el título: *Mar y tierra.* Iniciado no hacía mucho en Gil Vicente por Dámaso Alonso y en el *Cancionero musical de los siglos XV y XVI,* de Barbieri, escribí entre los pinos de San Rafael mi primera canción de corte tradicional: «La corza blanca», en la que casi seguía el mismo ritmo melódico de una de las más breves y misteriosas que figuran entre las anónimas de aquel cancionero y que comienza: «En Ávila, mis ojos...».

Como su nombre daba a entender, *Mar y tierra* se dividía en dos partes. La primera agrupaba los poemas debidos directamente a la serranía guadarrameña, junto a otros de diversa temática, y la segunda —que titulaba «Marinero en tierra»—, los que iba sacándome de mis nostalgias del mar de Cádiz, de sus esteros, sus barcos y salinas. A Dámaso, que solía visitarme, se los iba dando a conocer, recibiendo, a veces, sus aprobaciones entusiastas. Lejos andaba yo por aquellos días de toda ingerencia o desorden ultraístico, persiguiendo una extremada sencillez, una línea melódica clara, precisa, algo de lo que Federico García Lorca había ya conseguido plenamente en su «Baladilla de los tres ríos». Pero mi nueva lírica naciente no sólo se alimentaba de canciones. Abrevaba también en Garcilaso y Pedro Espinosa. (Góngora vendría luego.) Sonetos y tercetos me atraían por igual, no así las octavas reales, maravillosas en el poeta de Toledo como en el antequerano, pero demasiado cerradas, demasiado lentas y aburridas para mi impaciencia y propósitos de entonces. A los ultraístas, que suponían una violenta y casi armada reacción contra las formas clásicas y románticas, escribir un soneto les habría parecido cometer algo peor que un crimen. Y eso hice yo, poeta al fin y al cabo más joven, libre, además de desconocido. Escribí uno en verso alejandrino —«A Juan Antonio Espinosa, capitán de navío»—, con lema de Baudelaire. Este Juan Antonio, novelista en la actualidad, hermano de Celestino, no creo que fuera entonces capitán, y menos de navío, pero yo lo admiraba mucho por el solo hecho de saberlo navegando en no sé qué flotilla pesquera del golfo de Vizcaya. También me lancé a la aventura de engarzar unos tercetos —«Sueño del marinero»—, en los que resumía todas mis ansias de viaje, toda mi creciente melancolía de muchacho de mar, anclado en tierra. Ambos poemas los incluí en el libro, poniendo el segundo como prólogo al ordenarlo definitivamente. ¿Era yo un desertor de la poesía hasta entonces llamada de vanguardia por volver al cultivo de ciertas formas conocidas? No. La nueva y verdadera vanguardia íbamos a ser nosotros, los poetas que estábamos a punto de aparecer, todos aún inéditos —salvo Dámaso, Lorca y Gerardo Diego— pero ya dados a conocer algunos en *Índice*, la revista que Juan Ramón Jiménez, junto con una editorial del mismo nombre, había empezado a publicar. Aquella otra vanguardia primera, la ultraísta, estaba en retirada. Los muertos, heroicos si se quiere, que dejaba en el campo de lucha eran bastantes; los salvados, pocos. Aunque Juan Ramón en algún momento de justo enfado conmigo me calificara, luego, de *ista*, es decir, de cultivar los *ismos* en boga, tengo que expresar aquí mi horror por las clasificaciones, mi amor, por el contrario, a la independencia más absoluta, a la variedad, a la aventura permanente por selvas y mares inexplorados. Que rozara los *ismos*, que me contagiara a veces de ellos hasta parecer de pronto apresado en sus mallas, era inevitable y natural. Los *ismos* se infiltraban por todas partes, se sucedían en oleadas súbitas, como temblores sísmicos, siendo más que difícil el resultar del todo ileso en su incesante flujo y reflujo. Pero, en definitiva, puedo ya, a tanta distancia, preguntarme: ¿A qué *ismo* determinado pertenece hoy mi obra o la de todos los poetas españoles de mi generación? Creo poder afirmar que a ninguno, que nuestra poesía, en sus momentos más altos, estuvo por encima de las modas, que pocas veces se entretuvo en pasatiempos estériles, constituyendo así la verdadera vanguardia de un movimiento lírico que aún a pesar de todos los más tristes pesares sigue en cierto modo —no me parece exagerado ni inmodesto decirlo— gobernando en España. También Gregorio Prieto, que ya entonces me estimaba mucho más como poeta que como pintor, vino a verme aquel verano a San Rafael. Su prestigio andaba en aumento. Creo que hasta había ganado una medalla en el Salón Nacional por un cuadro de larguísimo y literario título: *Soledad, Encarnación y Asunción recolectando manzanas.* A mi regreso de la sierra, ya muy entrado el otoño, me propuso hacerme un retrato. Y a su casa, en no sé qué castiza calle madrileña, fui a posarle. No hace mucho, el mismo Prieto me mandó a Buenos Aires una fotografía de aquel cuadro. Allí estoy, de medio cuerpo, todavía de luto por mi padre, un fino cuello blanco sin corbata, delgado, alto el perfil de expresión abstraída, y un libro abierto entre los dedos. Obra muy juvenil, parece sostenerse a través de los años y conservar aún bastante encanto y simpatía. Para mostrársela a un conocido escritor y a la vez darle a conocer algunos de mis poemas, citó Prieto, una tarde, en su estudio, a Enrique Díez-Canedo. Nunca lo había visto. No ignoraba su nombre, pero sí su obra. Sabía que era muy importante como crítico literario y teatral en revistas y periódicos. Y que

también hacía versos. En aquel momento, de mis contemporáneos españoles mayores sólo me eran familiares Antonio Machado (más que Manuel, su hermano) y Juan Ramón Jiménez. De Gabriel Miró conocía únicamente unos breves relatos y *El humo dormido,* primorosa novela, que por tratar de la educación en un colegio de jesuítas me atrajo y conmovió mucho, llevándome a recordar mis días escolares en el colegio de San Luis Gonzaga del Puerto. De Azorín había comenzado a leer *Clásicos y modernos.* Y me gustaba. De Unamuno, Baroja, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, D'Ors, Ortega y Gasset... ¡Dios Santo! Yo casi era todavía un pintor y un poeta casi en estado de nebulosa, que se mataba por la poesía, amaneciendo a veces con los ojos sangrantes de no dormir por ella. La novela española me interesaba poco o, mejor dicho, existía algo en mí que me impedía ir a su encuentro. Los ensayos filosóficos... A distancia, sin conocerlos, me producían sopor. Tal vez en ese momento aquella brutalidad mía me era necesaria para centrarme únicamente en lo que deseaba, en lo que estaba a punto de comenzar a exigir con furia: que sólo se me considerase poeta. Todo lo demás iba a venir después. El tiempo sobraría para llenar los terribles hoyos de mi ignorancia.

Díez-Canedo, al principio, me chocó con su vocecita de niña que soplase en un pito roto, sus sedosos modales y una constante sonrisita limbesca, de separados dientes amarillos. Elogió mi retrato, y no pudo disimular su sorpresa —cosa que yo, con desagrado, esperaba— cuando Gregorio Prieto me pidió que leyese mis poemas.

—Creía que usted era nada más que pintor... —se atrevió a decir, tímido.

Estuve a punto de soltarle una grosería. Pero afortunadamente me contuve, comprendiendo cuan injusto e incorrecto hubiera sido el mandar a la M a una persona que ignoraba mi nueva vocación y que con toda amabilidad se disponía a escucharme.

No sin cierto temblor saqué mi manuscrito. Y por primera vez leí a un *personaje de importancia* algunas de mis canciones y sonetos. El comentario de Canedo fue bueno, pero parco. Me sonrió, sobre todo, mis versos marineros. Yo, como Juan Ramón y García Lorca, era también andaluz. Y esto se me notaba, dándole acento definido a mi naciente poesía.

No me disgustaron sus pocas palabras. Habían sido bastantes para un crítico ilustre, conociéndose ya cuánto se cuidan éstos para no correr el grave riesgo de equivocarse. Al poco tiempo, supe por Gregorio Prieto que Díez-Canedo había ampliado sus elogios, cosa que me llenó de nuevo arranque y entusiasmo.

Iban pasando los meses. Otro invierno de menores cuidados, pero de voluntario retiro, pocas veces interrumpido, en mi «heladera». *Mar y tierra,* aquel gran desvelo mío, crecía, se estiraba, flotando al viento imaginado de mi alcoba la cinta aleteante de mi marinerillo. Aquella novia apenas entrevista desde una azotea de mi lejana infancia portuense, se me fue transformando en sirena hortelana, en labradora novia de vergeles y huertos submarinos. Empavesé los mástiles livianos de mis canciones con gallardetes y banderines de los colores más diversos. Mi libro comenzaba a ser una fiesta, una regata centelleante movida por los soles del sur. Hice un «Triduo de alba» —tres sonetos— «a la Virgen del Carmen», patrona sonriente de la marinería, que dediqué a mi madre, la que se conmovió profundamente, deduciendo que con aquellas líricas oraciones mi ya advertida indiferencia religiosa se avivaba. Me imaginé pirata, robador de auroras boreales por mares desconocidos. Entreví un toro azul —el de los mitos clásicos— por el arco perfecto de la bahía gaditana, a cuyas blancas márgenes, una noche remota de mi niñez, saliera yo a peinar la caída luminosa del cometa Halley. Vi, soñé o inventé muchas pequeñas cosas más, sacadas todas de aquel pozo nostálgico, cada día más hondo, según me iba alejando de mi vida primera, tierra adentro. Y conseguí un conjunto de poemas de una gran variedad de «colores, perfumes, músicas y esencias», sin recurrir al «acarreo fácil» de lo popular, como señalaría más tarde Juan Ramón Jiménez cuando se trató de enfrentar mi poesía con la de García Lorca.

Todo estaba maduro ya para conocer a Federico. La hora, por fin, había sonado. Fue en una tarde de comienzos de otoño. Y fue también Gregorio Prieto, cosa recientemente aclarada por él en una carta, quien me lo presentó. Estábamos en los jardines de la Residencia de Estudiantes (Altos del Hipódromo), en donde García Lorca —aspirante a abogado— pasaba todo el curso desde hacía

varios años. Como era el mes de octubre, el poeta acababa de llegar de su Granada. Moreno oliváceo, ancha la frente, en la que le latía un mechón de pelo empavonado; brillantes los ojos y una abierta sonrisa transformable de pronto en carcajada; aire no de gitano, sino más bien de campesino, ese hombre, fino y bronco a la vez, que dan las tierras andaluzas. (Así lo vi esa tarde, y así lo sigo viendo, siempre que pienso en él.) Me recibió con alegría, entre abrazos, risas y exagerados aspavientos. Afirmó conocerme, y mucho, igual que a mis parientes granadinos. Me dijo, entre otras cosas, haber visitado, años atrás, mi exposición del Ateneo; que yo era su primo y que deseaba encargarme un cuadro en el que se le viera dormido a orillas de un arroyo y arriba, allá en lo alto de un olivo, la imagen de la Virgen, ondeando en una cinta la siguiente leyenda: «Aparición de Nuestra Señora del Amor Hermoso al poeta Federico García Lorca» No dejó de halagarme el encargo, aunque le advertí que sería lo último que pintase, pues la pintura se me había ido de las manos hacía tiempo y sólo me interesaba —aclaración a la que apenas dio entonces importancia— ser poeta. Aquella noche me invitó a cenar allí en la Residencia, en compañía de otros amigos suyos, entre los que se hallaban Luis Buñuel, lejos aún de su renombre universal de cineasta, el poeta malagueño José Moreno Villa y un muchacho delgado, de bigotillo rubio, absurdo y divertido, que se llamaba Pepín Bello, con el que simpaticé vertiginosamente. Después de la cena, volvimos al jardín, aquel bello recinto custodiado de chopos, cortado por la vena de agua del Canalillo, salteado de adelfas y arrebatado de jazmineros, rotos en oleadas contra los pabellones estudiantiles. Nunca había oído recitar a Federico. Tenía fama de hacerlo muy bien. Y en aquella oscuridad, lejanamente iluminada por las ventanas encendidas de las habitaciones, comprobé que era cierto. Recitaba García Lorca su último romance gitano, traído de Granada:

Verde que te quiero verde...

¡Noche inolvidable la de nuestro primer encuentro! Había magiri, *duende,* algo irresistible en todo Federico. ¿Cómo olvidarlo después de haberlo visto o escuchado una vez? Era, en verdad, fascinante: cantando, solo o al piano, recitando, haciendo bromas e incluso diciendo tonterías. Ya estaba lleno de prestigio, repitiéndose sus poemas, sus dichos, sus miles de anecdotillas granadinas —ciertas unas, otras inventadas— por todas las tertulias de literatos cafeteros y corrillos estudiantiles. Sus obras fundamentales de aquellos años aún permanecían inéditas. Hasta ese momento sólo había publicado dos libros: uno, apenas conocido —*Impresiones y paisajes* (1918)—, dedicado a su maestro de música, y otro —*Libro de poemas* (1921)—, bien recibido por la crítica, gustado ya por mí en la sierra de Guadarrama. Poco hablaba Federico de ellos, aunque alguna vez le oí recitar canciones del último. Lo que el poeta soltaba entonces a los cuatro vientos eran sus romances gitanos, alternados con cancioncillas sueltas o las coleccionadas bajo el título de *Poema del cante jondo.* También se comentaban entre amigos dos obras teatrales: *Los títeres de Cachiporra y Mariana Pineda.* Ambas se las escuché luego. Pero de aquella primera noche de nuestra amistad sólo recordaré siempre el «Romance sonámbulo», su misterioso dramatismo, más escalofriante todavía en la penumbra de aquel jardín de la Residencia susurrado de álamos.

—Adiós, primo —me dijo Federico, solos los dos, ya pasadas las doce.

Empezaba a llover. Un repentino resplandor anunció una tormenta que se avecinaba. Y, aunque llegué a mi casa chorreando, me sentí feliz, sabiendo que una hoja de mi vida había sido marcada de una fecha imborrable. Pocos días después llevé a García Lorca su encargo y algo más: un soneto que le dedicaba. (Los otros dos, que también incluí en mi *Marinero en tierra,* los escribí algo más tarde, aunque en el mismo año.) Celebró mi pintura con las palabras y gestos más hiperbólicos. La colgó en seguida sobre la cabecera de su cama, prometiéndome ponerla en igual sitio en su casa de campo de Fuente Vaqueros, a donde, *para que lo pudiese comprobar,* quedaba ya invitado a pasar el verano desde aquel mismo instante. En cuanto al soneto... Le gustó, haciéndomelo repetir a esos amigos que siempre invadían su cuarto. Aproveché el momento para decirle unas canciones. Las oyó atentamente. Ya al despedirnos, en el jardín, recuerdo que me dijo:

«Tú tienes dos buenas cosas para ser poeta: una gran retentiva y ser andaluz. Pero no dejes de pintar».

A pesar de todo, volví alegre a mi casa.

Como era el mes de octubre y el curso comenzaba, apareció un día en la Residencia un joven flaco, bella y fina cabeza, de tostado color, y con un fuerte acento catalán. Federico, en una de mis espaciadas visitas otoñales, me lo presentó:

—Éste es Salvador Dalí, que viene, como él dice, a estudiar en Madrid la carrera de pintor.

(¡Dalí! Todos lo conocían, menos yo, aunque de su talento ya tenía referencias por Daniel Vázquez Díaz así como por algunas reproducciones de sus cuadros aparecidas en la revista *Alfar.)*

—¡La carrera de pintor! ¿Será posible? —pregunté, con asombro.

—Sí —respondió Federico seriamente—. La carrera de pintor. En la Real Academia de San Fernando. Todavía le faltan dos años —creo que dijo— para terminarla.

Aquello que parecía más bien una broma lorquiana era verdad. El padre de Dalí, un buen notario de Figueres, deseaba que su hijo hiciese las cosas por sus pasos contados. La pintura era una carrera, como la notarial que él profesaba, y había que dar examen durante cuatro o cinco años para obtener el título. Y nada mejor que recibirlo de autoridad tan competente como la Academia de Madrid. En el fondo, puede ser que tuviera razón. (Como también puede ser que parte del academicismo lamido, muerto, del actual Dalí proceda de aquel tiempo. Pero de esto se hablará más adelante, en el tercero o cuarto tomo de mis memorias.)

Salvador Dalí, entonces, me pareció muy tímido y de pocas palabras. Me dijeron que trabajaba todo el día, olvidándose a veces de comer o llegando ya pasada la hora al comedor de la Residencia. Cuando visité su cuarto, una celda sencilla, parecida a la de Federico, casi no pude entrar, pues no sabía dónde poner el pie, ya que todo el suelo se hallaba cubierto de dibujos. Tenía Dalí una formidable vocación, y .por aquella época, a pesar de sus escasos veintiún años, era un dibujante asombroso. Dibujaba como quería, real o imaginado: una línea clásica, pura, una caligrafía perfecta, que aun recordando al Picasso de la etapa helenística, no era menos admirable; o enmarañados trazos como lunares peludos, tachones y salpicaduras de tinta, ligeramente acuarelados, que presagiaban con fuerza al gran Dalí surrealista de sus primeros años parisienses.

Con cierta seriedad muy catalana, pero en la que se escondía un raro humor no delatado por ningún rasgo de la cara, Dalí explicaba siempre lo que sucedía en cada uno de sus dibujos, apareciendo allí su innegable talento literario.

—Aquí está la *hesite, gomitando.* —(Se trataba de un perro, que parecía más bien un rebujo de estopa.)— Éstos son dos guardias civiles haciéndose el amor, con sus bigotes y todo... —(Efectivamente, dos manojos de pelos con tricornios se veían abrazados sobre algo que sugería una cama.)— Éste es un putrefacto, sentado en el café. —(El dibujo era una simple raya vertical, con un fino bigotillo arriba, cortada por una horizontal que indicaba la mesa.)— Y aquí, otra vez, la *bestie,* siempre *gomitando...*

Los putrefactos de Dalí recordaban a veces la figura esquemática de Pepín Bello, aquel simpático y divertido residente que me había presentado Federico. Hasta creo que eran una invención de Pepín aprovechada por Dalí con mucha gracia. El putrefacto, como no es difícil deducir de su nombre, resumía todo lo caduco, todo lo muerto y anacrónico que representan muchos seres y cosas. Dalí cazaba putrefactos al vuelo, dibujándolos de diferentes maneras. Los había con bufandas, llenos de toses, solitarios en los bancos de los paseos. Los había con bastón, elegantes, flor en el ojal, acompañados por la *bestie.* Había el putrefacto académico y el que sin serlo lo era también. Los había de todos los géneros: masculinos, femeninos, neutros y epicenos. Y de todas las edades. El término llegó a aplicarse a todo: a la literatura, a la pintura, a la moda, a las casas, a los objetos más variados, a cuanto olía a podrido, a cuanto molestaba e impedía el claro avance de nuestra época. Azorín, por ejemplo, ya por aquellos días —cosa injusta— era para nosotros un putrefacto. Y no digamos nada de un Ricardo León, de un Emilio Carrere, o de pintores como

Benedito, Eugenio Hermoso, Sotomayor... S. M. Alfonso XIII también era un gran putrefacto. Y el Papa. Y muchos de los franceses conferenciantes que pasaban por la Residencia. Y muchos más seres y cosas que ahora no recuerdo. ¡Graciosos y alegres días aquellos, pero fecundos de trabajo, preñados ya de obras que iban a dar su luz en años sucesivos!

Otro invento de Pepín Bello fue el *carnuzo,* que a veces se enlazaba con el putrefacto, pero de matices diferentes, vistos con mayor agudeza que nadie por el propio Pepín, siempre lleno de sal y de imaginación, derramadas a manos llenas sobre todo aquel grupo de residentes, en el que se encontraba Luis Buñuel, quien supo años más tarde aprovechar con Dalí, en *Un perro andaluz* —el más extraordinario film que ha dejado el surrealismo—, muchas de sus ocurrencias divertidas y hasta geniales. De mi mayor amistad con Pepín Bello y de otras gracias suyas, llenas de frescor y poesía, hablaré más adelante.

Ahora lo quiero hacer de dos personas que me ayudaron mucho en mi difícil y doloroso camino poético: una se llama José María Chacón y Calvo, escritor y diplomático cubano, y otra, Claudio de la Torre, de las islas Canarias, escritor también. A José María creo que lo conocí por Federico y a Claudio por Juan Chabás.

José María era un hombre bueno, con cierta blandura de fruta tropical, gran aficionado a las nieves serranas, por las que se pasaba esquiando la mayor parte del invierno. Había publicado, hasta entonces, un solo libro: *El hermano menor,* y cuidaba, creo, en España, una edición de las obras completas de Martí, el delicado poeta apóstol de la libertad de su patria. Fue el amigo más entusiasta de mis canciones marineras y de mis primeros tercetos. Siempre que yo quería romper mi reposo, me invitaba a cenar a su casa de la calle Pardiñas. Y allí me hacía repetir mis versos, a él solo o a sus convidados, que a veces eran muchos. Una noche me presentó a un señorón grande y prosopopéyico, enorme cabezota, peinadas cejas, vientre redondo, chaqueta negra y pantalón a rayas. Su nombre: Eugenio D'Ors, «Xénius», el filósofo catalán, autor del *Glosario* y *La bien plantada,* preciosa obra ésta que yo acababa de leer por aquellos días. Después de los postres y el café, José María, siempre deseoso de que alguien nuevo me escuchara, me pidió recitar a D'Ors algunas de mis canciones, que yo sabía de memoria y que en esa época de pasión y entusiasmo recitaba con gusto a la más leve insinuación. Eugenio. D'Ors me escuchó atento, refugiados sus ojos en las pobladas cejas y una amable sonrisa en los carnosos labios. Un solo comentario dejó caer, suave, casi como un susurro, cuando acabé mi recitado:

—Dan ganas de hacer versos *a la maniere de...*

De pronto, no entendí, pero pasados unos instantes me di cuenta de la importancia de su elogio. La prueba es que aún, a mis cincuenta y cinco años, no lo he olvidado.

Tampoco se me ha ido de la memoria Claudio de la Torre, sosteniendo aún en mi corazón, a pesar de los años confusos que siguieron a la guerra civil española, su lugar entonces alcanzado. ¡Cuánto tranquilo afecto, cuánto natural interés por mis poemas desde la tarde de nuestro primer encuentro en no recuerdo ahora qué hotel de la Gran Vía, donde se hospedaba! ¡Qué buen amigo de aquellos mis iniciales y complicados días literarios! Admiraba yo en Claudio, tal vez por ley de los contrastes, su esmeradísima pulcritud, su tono mesurado, su finura sin tacha, el metal tenue de su voz, sostenida en la gracia del acento canario, tan grato para mi oído andaluz. Lo admiraba, sí, por todo esto, pero todavía mucho más por haber nacido en unas islas, cuyo antiguo nombre —las Afortunadas— me había hecho soñar desde pequeño junto a mi mar de Cádiz. Otro soneto —mi segundo en verso alejandrino— le dediqué yo a Claudio a las pocas semanas de conocerlo. Era el homenaje del marinero en tierra al nuevo amigo que llegaba de lejos, con el prestigio de saberlo habitante de unas verdes riberas ceñidas por las olas oceánicas.

Una noche, en aquella alcoba de su hotel y al acabar la lectura de una última serie de canciones, Claudio de la Torre me dijo:

—¿Por qué no te presentas al Premio Nacional de Literatura de este año? El jurado es muy bueno. Forma parte de él Antonio Machado, con Gabriel Miró, Menéndez Pidal, Arniches, Gabriel

Maura y Moreno Villa. —Creí seriamente, que Claudio de la Torre, tan formal, tan poco bromista, además de haberse vuelto loco, estaba riéndose de mí.

—A lo mejor te dan el premio —añadió.

Tardé en responderle. Era inaudito lo que me proponía.

—¿Cómo dices?

—Que te presentes, que a lo mejor te dan el premio —repitió, sin sombra de burla.

A él, el año anterior, se lo habían dado por una novela, *En la vida del señor Alegre*, que yo aún no conocía. Pero Claudio era sólo escritor. Ya bastante maduro. Muy serio. Muy ordenado, muy... En fin, muy a propósito para merecer tal galardón. Yo, en cambio... ¿Quién era? ¿De dónde salía? ¿Qué tenía yo que ver con la literatura? ¿Qué iba a pensar de mis pobres canciones un Antonio Machado? ¿Y un Menéndez Pidal? Moreno Villa era el único que sabía algo de mí, pero como pintor...

—¿Cómo se te ocurre? No me entra en la cabeza que estés hablando en serio —dije a Claudio, sobresaltado.

—A lo mejor te lo dan. Preséntate. .

Me levanté para marcharme.

—Hazme caso... —insistió, ya en la puerta del cuarto.

Le pedí entonces unos céntimos para el tranvía. Me dio cinco pesetas. Lo recuerdo muy bien. (Las del premio serían cinco mil.)

Algunos días después de esta visita a Claudio de la Torre y cantándome siempre en el oído su aquel tan insistente «A lo mejor te dan el premio», sin despedirme casi de nadie, tomé un tren que me llevaba al sur, a Rute, poblachón escondido en la sierra de Córdoba, donde vivía mi hermana María desde que se casara con Ignacio Docavo, un notario simpático, vivo, gracioso, lleno de inteligencia, algo pariente nuestro. Me fui a pasar allí una temporada, pensando siempre en mi salud, recuperada por completo, pero a la que seguía prestando una atención que ya se iba volviendo un halagador hábito después de tantos años de reposo. Agradecido estaba yo a mi pulmón derecho, pues a él, en gran parte, debía el abandono de mi primera vocación y el avance seguro por mi nuevo camino.

Casi de noche llegué a Rute, cargada el alma de olivares, sorprendido de la extraña visión de Lucena, una vieja ciudad amurallada por anchos tinajones de aceite; de Martos, con su peña tajante; del hiriente blancor de la cal derramada sobre pueblos surgidos como golpes de tiza contra las llanas tierras rojas o en las escarpaduras de los montes plomizos. ¡Triste y dramático viaje hasta la súbita aparición de Rute, levantado al fin ante mis ojos bajo la sangre oscura de un poniente ya muerto!

Mi hermana me instaló en el último piso de la casa. Como llegaba fatigado, me dormí pronto. Antes, siguiendo mi sana costumbre de entonces, abrí de par en par el balcón de aquella nueva alcoba a la que iba a trasladar por unos meses mi exagerado afán de quietud con el pánico de enfermar otra vez. Un alba fresca me sonrosó los ojos, despertándome. Ya no veía el Guadarrama ni el fino gris aéreo del paisaje urbano madrileño. Una delgada calle en cuesta, que por un lado iba a los campos y por otro a la sierra, era todo lo que podía ver ahora desde mi cuarto ruteno. Pero en el piso, por suerte, había una azoteílla. Desde ella, en cambio, se dominaba una parte del pueblo, blanco, empinado, presidido en su lugar más alto por el trágico Monte de las Cruces, y un ancho panorama de tierras amarillas, carminosas, ordenadas de olivos y viñedos. Algo duro, casi siniestro respiraba todo el aire de Rute. Una de las paredes de mi cuarto, aquella en que apoyaba la cabeza para dormir, correspondía a una celda de la cárcel. Gritos y voces comenzaron a entrárseme en el sueño. Sobre mi mesa de trabajo esparcí el manuscrito de *Mar y tierra,* dispuesto a copiarlo pacientemente a máquina. Ésa fue la primera tarea que me impuse al día siguiente de mi llegada. Como era invierno y llovía mucho, decidí no conocer el pueblo ni a nadie hasta que el tiempo mejorara. Al ir pasando en limpio los poemas, me iban saliendo otros, de igual ambiente marinero,

que enriquecían mi libro y lo aumentaban. Durante todo este trabajo, aquel «A lo mejor te dan el premio», de Claudio de la Torre, me siguió acompañando, mezclándose entre los estribillos de mis canciones.

Una de aquellas noches, la peor de agua y ventisca, golpearon la puerta de la calle, ya casi pasadas las diez. Oí cómo mi cuñado se asomaba al balcón, sin duda sorprendido. Por el mío, siempre abierto, ascendió hasta mi cama el extraño diálogo.

—¿Quién llama así a estas horas?

—El mulero...

—¿Cómo?

—Sí, don Ignacio, Andrés..., el mulero de doña Coló.

—Pero, Andrés..., ¿cómo se le ocurre?

—Pues resulta de que mi señora doña Coló dice que si don Rafaelito querría ir a su casa...

—¿A su casa? ¡Pero si está lloviendo y es muy tarde!

—... a su casa para tomar el té...

—¿El té? Dígale a doña Coló que don Rafaelito ya debe estar durmiendo...

—Eso dice mi señora, don Ignacio... A tomar el té.

—Dígale... —repitió mi cuñado, ya en un tono más fuerte, síntoma claro de mandar a paseo al mulero de doña Coló.

En ese instante, y pensando que algo bueno y gracioso iba a pasar aquella noche, intervine desde mi balcón:

—Dígale, Andrés, a su señora que voy...

—¡Pero cómo! —me gritó mi cuñado, sorprendido de oírme—. ¿No estabas durmiendo?

—¡No! Dígale, Andrés, a doña Coló que voy... Bajo en seguida.

Me vestí nuevamente en un minuto. En la puerta me esperaba el mulero con un añoso paraguas colorado. Descendía un río por la calle. Echamos a andar, mudos. El viento de la sierra golpeaba de frente. Como íbamos despacio, el agua se arremolinaba en los zuecos de Andrés. De la oscuridad salió alguien tambaleante.

—Buenas noches, Andrés y la compaña...

—Buenas noches, Lino...

Seguimos, en silencio.

—¿Lino?

—El del *peo.*

—¿Cómo dijo, Andrés? —me atreví a preguntarle.

—El del *peo* —repitió seriamente el mulero—. Todo Rute lo conoce.

No pude indagar más, pues el portón de doña Coló ya estaba ante nosotros, entornado, esperándonos.

—Pase, pase, don Rafaelito... ¡Cuánto honor! Llegamos a pensar que no vendría...

La misma doña Coló, doña Clotilde, una amplia señora toda de negro, cinta ancha, negra también, sosteniéndole la inmensa papada, se alzaba en medio del zaguán, tendiéndome la mano.

—Por aquí, don Rafaelito...

Pasé a un precioso comedor adornado de encajes, cristales verdes en los aparadores y pálidos limones asomando al brocal de las copas. Sobre el mantel redondo de la mesa, tazas oscuras de barro vidriado, una botella de aguardiente y un gran frutero rebosante de uvas.

—¡Niñas! —llamó doña Coló.

Aparecieron dos muchachas, algo talludas ya, claveles rojos en el pelo, de *jersey* azul la una y amarillo la otra.

—Mi María y mi Carmen, don Rafaelito...

Dos manos flojas, heladas, como muertas, cayeron en la mía, acompañadas de una rígida inclinación de cabeza.

—Mucho gusto —susurré, entrecortado.

—Siéntese, don Rafaelito... Vamos, niñas, ¿qué hacéis?

Decidieron sentarse. Nadie se atrevía a hablar.

—Bueno, don Rafaelito... —empezó doña Coló—. Sabemos que en los Madriles a la gente elegante le gusta tomar el té... ¿No es cierto?

—Sí, señora, es verdad...

—Teníamos mucho gusto en conocerle...

—También yo, señora...

—¿Cómo haríamos?, les dije a mi Carmen y a mi María... ¡Invitar a don Rafaelito a algo que le guste!

—¡Por favor, doña Clotilde!

—Doña Coló, don Rafaelito, como todo el mundo me llama...

—¡Señora!

—Luego, empezó a llover... Pero..., lo que dijimos, ¿qué le puede importar la lluvia a don Rafaelito, que vive en los Madriles?

—Nada, doña Coló... He venido con mucho gusto.

Pausa.

—¿Cómo prefiere el té?

—Como ustedes lo tomen...

—A nosotras nos gusta con anís estrellado...

—¿Cómo, señora?

—Con anís estrellado... Es muy bueno para eructar.

Nunca se me hubiera ocurrido, pero...

—A mí también, doña Coló...

—Está muy rico... Ahí tiene la botella. Sírvase cuanto guste.

Eché a mi taza un chorro de aguardiente. Luego, las tres hicieron lo mismo.

—Carmen, ve por los dulces..., aunque nosotras lo preferimos con uvas...

—No se moleste, Carmen. Lo tomaré con uvas yo también.

—Llámela de tú, por favor, don Rafaelito...

—Bien, de aquí en adelante...

—Lo que le iba diciendo... Con uvas... Éstas son de cuelga..., invernizas... Las guardamos a oscuras, en la despensa, colgadas del techo... Mire qué hermosas son... Tome un racimo.

Lo tomé. Gran silencio. Lo alcé un instante y lo hundí lentamente en la taza. Luego, me lo llevé a los labios y arranqué con los dientes la primera uva.

Las tres, ya cada una con un racimo, me miraban, inquietas.

—¿Así se hace en Madrid, don Rafaelito?

—Sí —le respondí tranquilo a doña Coló—. Suele ser lo elegante.

—Entonces, no hay más que hablar, niñas. Si don Rafaelito lo dice...

Y las tres, al unísono, metieron su racimo en el té y, luego, chorreando, se lo llevaron a la boca.

—¿Qué le parecen mis dos niñas? (¡guá!)

Doña Coló acababa de lanzar el primer eructo.

—Muy guapas, como andaluzas que son.

—Rutenas, ¡digo! Mi María es hermosa. Metidita en carnes. ¡Si usted la viera! Llena de pellas y de mollas (¡guá!) —segundo eructo de doña Coló— todo el cuerpo...

—¡Mamá! —protestaron las dos hijas, encendiéndose.

—Y mire usted, don Rafaelito, lo que son las cosas, mi María está por merecer. ¡Es más tonta! En cambio, aquélla... Ahí tiene usted, don Rafaelito... ¡La flaca! ¡Pues ha pescado un novio rico con el que va a casarse para fines de año!

Carmen, la pobre flaca, intentó decir algo, pero —¡guá, guá!— dos eructos seguidos se lo impidieron.

—¿Ve usted, don Rafaelito? ¡Lo que yo le decía! ¡El anís estrellado! ¡No, si no hay otro para los gases! Voy a darle ahora otra copita.

—Como usted quiera, doña Coló. —En ese instante, ¡guá!, solté por fin mi eructo: —Mire, déjelo usted. No me la sirva. Creo que ya no hace falta.

—¡Bravo, bravo, don Rafaelito! ¡Usted también! ¿Cómo se siente? ¡No, si el anís ruteno es el único! ¡Lo bien que va a dormir esta noche!

Acabado el té, entre regüeldo y regüeldo, la charla de doña Coló y el silencio de sus dos niñas, jugamos a las cartas, al «burro en pie», un juego tonto e inocente, el único de naipes que me era conocido desde mis años infantiles. Como seguía lloviendo a cántaros y eran más de las doce, pedí permiso a doña Coló para retirarme.

—Como usted guste, don Rafaelito... Ha sido un gran honor...

Ya en el zaguán, estreché la mano recia de doña Coló y las heladas de sus hijas.

—Que no se pierda usted, don Rafaelito...

—Claro que no, doña Coló...

Como no quise que me acompañara el mulero, su gran paraguas rojo me protegió de la lluvia hasta mi casa.

Ésta fue mi primera salida rutena. Había sido maravillosa.

Digna de un cuento arabigoandaluz de *Las mil y una noches.*

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, divertí a mi cuñado relatándole la visita, coreada de eructos, a doña Coló.

—Pues eso no es nada —me dijo—. Hay gente aquí mucho más loca. Éste es un pueblo de aguardientes... Se empina el codo demasiado. Ya verás.

—¿Has oído hablar de Lino? —le pregunté en seguida.

—¿Cuál? ¿El del pedo?

—¡Sí! El del *peo.* Anoche se cruzó conmigo, cuando iba con Andrés.

—¿No te contó la historia?

—No tuvo tiempo. Creo, además, que el pobre Andrés no hubiera atinado a referírmela. Me pareció muy torpe.

—Es muy graciosa.

Me dispuse a escuchar un nuevo cuento árabe.

—Sabrás —comenzó mi cuñado— que, aunque aquí hay un teatro, muy pocas veces vienen compañías. Hace años vino una. Gran acontecimiento. Anunciaron no sé qué obra de Echegaray.

Mancha que limpia, creo. El pueblo entero acudió a verla. Un lleno. Abajo, en las butacas, con el alcalde, el juez, el notario (que entonces no era yo), estaban las familias ricas, que acá son muchas. Arriba, la gente más modesta: aceituneros, obreros, campesinos de los alrededores... En el escenario se producía la obra normalmente, con gran satisfacción del público, que subrayaba aplaudiendo las escenas o dichos más brillantes. Se iba acercando, al fin, la culminación del drama. No se oía ni una mosca. Todo el teatro, emocionado, contenía el resuello. De pronto, de la cazuela se escapó un ruido. ¿Qué era? Un enorme pedo sonoro. Los actores se quedaron de piedra. El alcalde se levantó. Todo el patio de butacas se volvió, mirando hacia arriba. «¿Quién ha sido?», vociferó el alcalde. Silencio. «¡Que se levante inmediatamente el que haya sido!», repitió, más furioso. Nadie se atrevía a hablar. «¡A la cárcel toda la cazuela, hasta que confiese! ¡Que suban los guardias!» Una voz se oyó entonces: «¡Ha sido Lino!». «¡Lino, Lino!», corearon ya todos. Se lo llevaron. La obra, perdida su emoción, a duras penas pudo llegar hasta el final. Cuando unos días después Lino salió del calabozo, el pueblo entero le añadió el alias que ahora lleva: el del *peo.* «Una desgracia. ¡Ya ve usted!», dice Lino, riéndose, a todo aquel que quiere saber hoy la verdadera historia de su apodo.

Yo llegué a conocer a Lino a plena luz del sol. Era un hombre gracioso, vital, llena la cara de alegría. Como tantos pobres andaluces, se alimentaba del aire. Sólo ganaba unas pesetas —muy pocas— durante la recolección de la aceituna. Se las tiraba al punto en aguardiente, y luego... ¡a vivir nuevamente del aire todo el resto del año! Conseguí ser amigo suyo. Siempre que lo encontraba, le daba unos reales, que me agradecía con un chiste, yéndoselos a beber rápidamente al primer tabernucho de la esquina. ¡Lino el del *peo*\ ¿Qué habrá sido de él?

Una noche, de pronto, comprendí que mi libro *Mar y tierra* estaba terminado. No había más que añadir. La copia a máquina —tres ejemplares— era perfecta. Hasta parecía ya un libro impreso. Durante varias mañanas salí con él al campo. Allí, bajo los olivares o en un poyo del puente de las Golondrinas, me lo leía en alta voz, no hallando ya correcciones que hacerle. Lo medité antes mucho. («¡A lo mejor te dan el premio!») ¿Qué hacer con él? ¿Qué editor de Madrid iba a atreverse a publicarlo? La poesía no era negocio. Juan Ramón Jiménez en esa época se editaba sus propios libros. Apenas 500 ejemplares. ¿Por qué no seguir el consejo de Claudio de la Torre? Había que decidirse. Pasaba el tiempo y el plazo de admisión se cerraba. Una tarde, acabado el reposo del almuerzo, empaqueté dos copias, me fui al correo y con sellos de urgencia las envié a Madrid, a nombre de José María Chacon y Calvo. En carta aparte suplicaba al escritor cubano hiciese llegar una al Concurso Nacional de Literatura. A los pocos días tuve respuesta de mi amigo: había llegado tarde, pero unas mágicas pesetas a no sé qué empleado del ministerio sirvieron para arreglarlo todo.

Tranquilo, aunque no sin ciertos remordimientos de orden moral y estético por haber sucumbido a la tentación de presentarme —como un poetastro cualquiera— a un concurso oficial, eché tierra a mi audacia y me dispuse a comenzar un nuevo libro. Necesitaba, primeramente, el título. Desde mis días iniciales, pretendí que cada una de mis obras fuese enfocada como una unidad, casi un cerrado círculo en el que los poemas, sueltos y libres en apariencia, completaran un todo armónico, definido. ¿Por qué decidirme? Me tocaba, me sacudía la atmósfera de Rute, aquel dramático pueblo andaluz al pie del Monte de las Cruces, pueblo, como tantos otros escondidos de aquellas serranías, saturado de terror religioso, entrecruzado de viejas supersticiones populares, soliviantado aún más por una represión de todos los sentidos, que a veces llegaba a reventar en los crímenes más inusitados y turbios; pueblo rico, abundante de suicidas y borrachos, de gentes locas que después de invocar a los espíritus vagaban a caza de tesoros por los montes nocturnos, terminándose casi siempre estas expediciones diabólicas a palo limpio, tiros o navajazos. Creí, por fin, luego de eliminar algunos otros, haber hallado el título: *Cales negras,* pretendiendo condensar así todo lo oscuro, trágico y misterioso que se escondía bajo la cal ardiente de Rute.

Comencé la primera serie de canciones. Aquel color azul de mis playeras y salineras gaditanas aquí no era posible. Era otra la música, más quebrados los ritmos; otros los tonos de la luz; otro el lenguaje. Aun a pesar del sol, la voz tajante, dura de las sombras iba a poner como un manto de luto en casi todo lo que entonces escribiera. De entre las cosas que veía, las que me contaban o adivinaba, iría extrayendo yo los pequeños motivos. La esencia dramática de mis nuevos

poemas: algunos, con verdadero aire de coplas, más para la guitarra que para la culta vihuela de los cancioneros.

Allí, en el barrio alto, vivía una hermosa muchacha, conocida en el pueblo y los alrededores por el nombre de «la Encerrada», a la que solamente podía vérsele, siempre en compañía de alguien, tapado el rostro por un velo, durante la misa de alba. Muchas noches subía yo hasta su calle, paseándola de arriba abajo las horas muertas, en la inútil espera de adivinarla tras las ventanas y balcones, jamás abiertos, de su casa. Corrían sobre esta joven las más raras y hasta torpes leyendas, que todo el pueblo repetía, añadiendo cada cual lo peor de su imaginación. Tanto la madre como las tías que la custodiaban tenían el odio de los hombres, quienes soñaban con la muchacha, deseándola abierta y desvergonzadamente. También mi sueño se llenó de ella, naciendo en mí un sentimiento triste, un silencioso amor, un ansia acongojada de arrancarla de aquellas negras sombras vigilantes que así martirizaban su belleza, su pobre juventud entre cuatro paredes. Con el amanecer, a esa hora, aún oscura durante el invierno, en que los aceituneros salían con su hambre hacia los olivares, me encaminaba yo de prisa hacia la iglesia, ocultándome entre las columnas del atrio, ilusionado con verla llegar, cimbreante y temerosa, la soberbia cabeza sumergida en las blondas de la oscura mantilla, no acompañada sino presa por dos —y hasta por cuatro a veces— de sus tías, espantables rebujos de miradas redondas, desafiantes. Acabada la misa, oída con el rostro hundido entre las manos, inmóvil siempre el cuerpo y de rodillas, la veía perderse nuevamente, valeroso el andar, sin el más leve signo de sentirse mirada, a la indecisa luz del alba, camino de su cárcel en el barrio alto. Nunca en la calle ni en la iglesia, durante todo el tiempo que permanecí en Rute, pude cruzarme con sus ojos. Nunca supe tampoco si tras aquellas rejas y celosías de su casa alguna vez sus ojos se atrevieron, en el desierto mudo de la noche, a dirigirse a los míos. Sólo supe más tarde que «la Encerrada» de mis primeras canciones rutenas, siguiendo una triste tradición muy antigua en su pueblo, se había suicidado. Las causas no me las dijeron, nunca llegaron hasta mí. Pero, con lo que sabía ya de ella y sus terribles guardianas, pude también, pasados casi veinte años, tejer mi fábula del amor y las viejas, a la que por todo el horror moral y físico que respira titulé *El adefesio.*

Luego de «La encerrada» escribí otras canciones: «La maldecida», «El prisionero», sugerida esta serie por aquella celda de la cárcel que yo sabía detrás de una de las paredes de mi cuarto. La primavera se acercaba y el sol tibio de la mañana me hacía salir a las afueras, paseando por el camino de Loja, sentándome en las piedras, a la vera de los sembrados, y regresando siempre a casa con alguna nueva canción para mi *Cales negras,* el libro que, aunque recién comenzado, ya empezaba a exigirme ese cuidado de dibujo, de ceñido perfil, que con el tiempo llegó a ser una de las más claras evidencias de mi obra poética. De aquellos paseos por el campo traje «La húngara», coplillas dedicadas a una preciosa muchacha magiar, vagabunda con su familia dentro de un carro verde ornamentado de flores, pájaros y espejitos; traje también unos pregones, versos ligeros exaltando la flora popular, las gentes y el viento olivarero de toda aquella geografía serrana.

Una noche me dijo mi cuñado:

—Tengo que ir un día de éstos a Iznájar. Si me quieres acompañar...

Se trataba de un pueblo más pequeño pero aún más extraordinario que Rute, empinado en los montes, con un castillo moro, inmensa muela cariada que levantaba todavía sobre la boca de un abismo el poder almenado de sus torres.

Durante la subida, en un automovilillo que parecía más bien un mulo, otro notario que nos acompañaba me contó:

—Iznájar es el pueblo de los espiritistas. Don Ignacio lo sabe bien.

—¿Espiritistas?

—Espiritistas. No se asombre.

—Bueno..., espiritistas... —terció mi cuñado—. Así los llaman, pero...

—Ellos creen que lo son...

—Lo que son... Usted conoce esas historias.

—Claro que las conozco, como usted, don Ignacio, sabe también las suyas.

—Gente loca y terrible.

—Loca, terrible, lo que usted quiera, pero llena de interés y hasta de gracia. A don Rafael, que es poeta, va a gustarle este pueblo.

—¿Quiénes son los espiritistas? ¿Conoce usted a alguno? —pregunté al notario.

—A muchos. Los hay entre los ricos y, sobre todo, entre la gente pobre del campo, obsesionada con encontrar tesoros.

—¿Tesoros? Sí, sí —susurró con una mala sonrisita mi cuñado.

—Ése es el motivo principal de las sesiones: buscar tesoros, pero antes averiguar los lugares donde se hallan.

—Y también...

—¡Bueno, don Ignacio, ya sabemos lo que pasa también...!

—Lo principal.

—Seguramente. Pero a todo eso va unido una mezcolanza de raras supersticiones, de retazos históricos, de viejas cosas vivas aún en la memoria de estas gentes. A don Rafael, como a mí, le van a interesar. Usted sabrá que yo, aunque modesto, soy un poquito literato... Don Ignacio se ríe, pero... ¿qué quiere? He nacido y me he criado entre estos montes.

Comprendí que mi cuñado veía todo aquello de diferente modo y que, además, no le hacía ninguna gracia lo que su amigo el notario intentaba contarme.

—A mí, Ignacio —le dije—, me ha impresionado mucho Rute. Hay algo oscuro y fuerte por estas serranías. Deseo saber todo lo que pasa.

—Pues lo que pasa, don Rafael, es extraordinario, aunque cruzado a veces con lo desagradable, como esto de los espiritistas de Iznájar. Podría contarle sobre ellos muchas historias, pero le referiré una tan sólo, y brevemente, para dar gusto a su cuñado. Su mejor título sería: El medio más seguro para hallar un tesoro. Ciertos viernes —comenzó, al fin, el buen notario— los espiritistas, muy en secreto, llaman a sesión, que puede celebrarse en alguna casa del pueblo, aunque por lo general se realiza en algún sitio (cueva o casa) perdido entre estos montes. Ya reunidos, y completamente a oscuras, el más señalado de los espiritistas, que a la vez tiene fama de hechicero, convoca a los espíritus, preguntándoles quiénes de los allí reunidos van a proporcionar en esa noche la vela mágica, especie de varita de virtud, poseedora del don adivinatorio del lugar donde el tesoro puede hallarse enterrado. Después de revelados los nombres, no sólo de los que han de entregar la esperma para la vela sino los de aquellos que han de ayudar a su extracción, se forma, siempre en la más profunda oscuridad, lo que ellos llaman «el gran círculo mágico», centrado, desde luego, por el jefe del rito, quien sostiene en sus manos una especie de mortero de barro. El momento es solemne...

—Si usted llama solemne al masturbarse...

—El momento es solemne. Cuando ya la sustancia seminal de todos los elegidos ha caído en el mortero, el gran espiritista, fundiéndola en un trozo de sebo, forma la vela mágica, cuyo pabilo, de tripa de cabrito, no hay viento que lo apague. Encendida la vela, todos saltan y gritan a su alrededor, hasta que el gran espiritista, levantándola en alto, inicia la salida. Tomados con ambas manos de la cintura y prendidos, en fila, a la del jefe, vagan, mudos, como sin voluntad, por aquellas oscuridades bordeadas de precipicios. Así pueden pasarse hasta varias horas. Si alguien dijese una sola palabra, habría que interrumpir la ceremonia para recomenzarla al viernes siguiente. Es una verdadera procesión de sonámbulos. Por fin, allí donde la vela se consume, donde cae, ya apagada, su última gota de vida, hay tesoro.

Calló el notario unos instantes para encender un cigarrillo.

—¿Y entonces? —le pregunté, impaciente.

—Entonces, el gran espiritista convoca a los espíritus de Fátima y Zoraida, rezando una oración a la Virgen María, que todos, de rodillas, repiten devotamente. Luego, con las navajas, que no hay ninguno que no lleve, comienzan a cavar la tierra...

¿*Y* después?

—Después, no encuentran nada —soltó mi cuñado.

—O sí —dijo tranquilamente el notario.

—¿Usted vio algún tesoro por casualidad?

—Yo no. Pero recuerde, don Ignacio, que cuando aquel aceitunero apareció colgado de un olivo, en el colchón de su camastro se encontraron unas viejas monedas de oro.

—Eso se dijo, pero yo no las vi.

—Pues yo sí que las vi. Y eran del tiempo de los moros.

—Aquí, en Andalucía, para la mayor parte de la gente, todo es del tiempo de los moros.

—Todo, no sé —dijo, algo molesto, el notario—. Pero que las monedas lo eran... De eso, estoy seguro.

Nuestro bravo automovilillo hacía su último sobrehumano esfuerzo para ganar los encumbrados arrabales de Iznájar. Nos detuvimos en la plaza, coronada por el castillo, muy ruinoso ya, pero aún lleno de grandeza. Levantando los ojos, bromeó el notario:

—No me negará, don Ignacio, que esa torre...

—Ya sé, ya sé... Del tiempo de los moros..., exactamente igual que usted. No hay más que verle.

Y mi cuñado, tomándolo del brazo, penetró con su amigo en el ayuntamiento.

Iznájar parecía desierto. De cuando en cuando, alguien que al pasar me miraba como si fuese un bicho raro. ¿Dónde estarán metidos los espiritistas?, me preguntaba yo subiendo solo hacia el castillo. ¡Cuánta angustiosa soledad la de los pueblos de esta serranía! Rute, tan triste para mí, era como un repique de campanas comparado con Iznájar. Llegué al castillo abandonado. Nadie. Subí a la torre por una escalera carcomida. Todos sus ajimeces, salvo los cuatro últimos, estaban cegados. Bajo ellos, se derramaba el paisaje de un romance de Federico. Sí, era la muerte la que me miraba desde las cumbres y los valles lejanos. Allí, en la misma torre, escribí una canción, de secreto dramático, parecido al de García Lorca. ¡Como que aquéllas eran las tierras duras y funerales de su poesía!

Prisionero en esta torre,
prisionero quedaría,
(Cuatro ventanas al viento.)
—¿Quién grita hacia el norte, amiga?
—El río, que va revuelto.
(Ya tres ventanas al viento.)
—¿Quién gime hacia el sur, amiga?
—El aire, que va sin sueño.
(Ya dos ventanas al viento.)
—¿Quién suspira al este, amiga?
—Tú mismo, que vienes muerto.
(Y ya una ventana al viento.)
—¿Quién llora al oeste, amiga?

—*Yo, que voy muerta a tu entierro.*

—*¡Por nada yo en esta torre*

prisionero quedaría!

A la caída de la tarde, emprendimos la bajada hacia Rute. En el auto, el notario indagaba a mi cuñado para que hablase.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Sí, usted también sabe sus cuentos de espiritistas...

—Pero los míos, es decir, el mío es menos... horroroso que el suyo.

—Pudo haber sido peor, don Ignacio.

—Pero no lo fue. Resultó, simplemente, gracioso. Me sucedió el año pasado. Un domingo, momentos antes de ir a misa —comenzó mi cuñado, dirigiéndose a mí—, se presentó un muchachote acompañando a un viejo de aspecto sano y fuerte.

»—Don Ignacio —me dijo—, aquí le traigo a mi abuelo para que haga testamento.

»—Venga mañana —le pedí—. Es fiesta hoy. Domingo. Y me marcho a la iglesia.

»—Imposible, señor. No hay tiempo que perder.

»—Lo siento mucho, pero...

»—Por caridad, señor notario —suplicó el viejo, tembloroso.

»—Tenemos mucha prisa. Hay que hacerlo ahora mismo.

»—¿Ahora mismo? ¿Y por qué? —les pregunté verdaderamente intrigado.

»Nieto y abuelo abrieron de par en par los ojos y se quedaron mudos, mirándome.

»—Son ya casi las doce. La misa va a empezar. ¿Qué pasa?

»—Pues que el abuelo va a morirse esta tarde.

»—¿Cómo? ¿Esta tarde?

»—Sí, señor, esta tarde. Me quedan pocas horas...

»—Se lo ha dicho el espíritu.

»—¡Bueno, bueno! Vuelvan dentro de un rato. Ya me explicarán eso...

»—¡Tenga usted compasión!

»—Vivimos lejos...

»—No quisiera morir en el camino —lloriqueó el abuelo, tomándome las manos.

»—Ya verá cómo no se muere...

»Me dispuse a marchar.

»—Le pagaremos doble, señor —ofreció el mozo, tapándome la puerta.

»Me indigné.

»—¡Váyase cuanto antes!

»—¡Qué poco corazón!

»—¿Qué va a ser de mí, ahora?

»—¡Don Ignacio!

»—¡Don Ignacio!

»Sus gritos me siguieron por la calle, hasta que doblé la esquina y llegué al atrio de la iglesia, alcanzando la misa por los pelos.

—¿Y el abuelo? Moriría aquella noche y sin testar. Los espíritus nunca mienten —dije, bromeando, a mi cuñado.

—¡Quia! Lo encontré al poco tiempo en la plaza. Iba solo. Fuerte y derecho.

»—¡Pero cómo! ¿Qué veo? ¿Usted no se había muerto?

»—Mire usted, don Ignacio, parece que llovió aquella tarde y los espíritus se asustaron...

»—Dé usted gracias a Dios de que a su nieto no lo meta en la cárcel.

»—¿En la cárcel? ¿Mi nieto?

»—Su nieto y todos los demás...

»—No comprendo, señor...

»—Bueno. No ande más con espíritus y vivirá muchos años.

»Lo dejé. Cuando a los pocos pasos volví la cabeza, allí seguía, de pie, en el mismo sitio, seguramente preguntándose qué había querido yo decirle con mis palabras. ¿Comprendes tú lo que tramaba el nieto de acuerdo con sus famosos espiritistas? —preguntó mi cuñado dirigiéndose a mí a la vez que a su amigo—. No había que ser un lince para adivinarlo. Querían hacer testar al abuelo para matarlo aquella noche y heredarle... Locuras de estos pueblos.

—Curioso cuento —comentó el otro notario.

—Del tiempo de los moros —cerró mi cuñado, sonriéndose.

Rute nos recibió de noche, con las puertas cerradas y el tambaleo de algunos borrachos por las calles.

Comenzaba a aburrirme. Crecía la primavera. Las niñas de doña Coló salían a la plaza con más flores que nunca en la cabeza. Ya no me divertían. No hablaba con nadie, salvo con mi cuñado y mi hermana. Me cansé de ir a misa para mirar a «la Encerrada», más prisionera cada vez de sus tías, más temerosa ella cada vez de levantar los ojos en la iglesia o durante el calvario hacia su casa. Desganado, continuaba yendo al campo en las buenas mañanas, siempre dispuesto a cazar en el aire alguna cancioncilla para mi nuevo libro. Estaba realmente cansado de pueblerina soledad, pero sin ánimo ni dinero para volverme a Madrid. Mas todo, un día, tuvo solución de la manera más inesperada. Eran las ocho de la tarde, muy oscurecido ya, momentos antes de la cena. Estaba yo en mi cuarto, distraído, sin hacer nada, esperando que me llamasen. Oí que alguien subía las escaleras precipitadamente. Era mi cuñado. Apareció, casi jadeante, en la puerta, trayéndome un telegrama.

—Perdona. Como tu madre está algo enferma —comenzaba a padecer del corazón—, me he permitido abrirlo. Gracias a Dios no es eso... Toma. Lee la noticia.

Y me ofreció el telegrama, dándome al mismo tiempo un fuerte abrazo. Leí, casi sin creerlo, pensando que se trataba de una broma: «CONCEDIDO PREMIO NACIONAL LITERATURA, ENHORABUENA, ABRAZOS. JOSÉ MARÍA».

—Sin mentir —dije a mi cuñado—, no me acordaba ya del concurso.

¡Qué bien! ¡Ahora sí que la gente va a olvidarse de que he sido pintor! Éste fue mi primer pensamiento, aún en la mano la noticia.

Pocos días después, salía, silencioso, de Rute, por el camino de Lucena, en busca del expreso de Madrid.

V

¡Qué lentitud la mía! Tanto o más que un poema me cuesta una simple página en prosa. Todo me sale demasiado rítmico. Batallo porque no sea así. Corrijo, deformo una frase para que no haga verso. La leo atentamente. Y entonces no me gusta. ¿Qué hacer? Seguiré esta Arboleda *como hasta ahora. Me perdono el delito de perderme en sus ramas, dejando el mismo soplo musical, métrico, saltarín, que las viene moviendo desde el primer capítulo.*

Al llegar a Madrid supe, por los diarios atrasados que me guardaban en mi casa, el nombre de los otros galardonados en el concurso: Gerardo Diego y José Ignacio Alberti. ¡Qué gran sorpresa y alegría! El Premio Nacional de crítica había sido concedido a mi tío por un ensayo sobre la vida y la obra del pintor Eduardo Rosales, y el segundo de poesía, a Gerardo Diego por *Versos humanos.*

Mi familia estaba contenta. Aquel hijo descarriado y tan mal estudiante, que ni siquiera había sido capaz de hacerse bachiller, comenzaba con bastante fortuna su carrera poética. El dinero, desde luego, impresionó en mi casa. Cinco mil .pesetas de entonces, y sobre todo para mí, que iba a pie a todas partes casi siempre por no tener ni unos céntimos para el tranvía, ya eran algo. Empecé a hacer mis planes, mucho antes de cobrar el premio. Compraría en seguida el *Cancionero* de Barbieri y las *Obras completas* de Gil Vicente; un gabán, pues aunque no era friolero solía helarme sin él; algún traje, ya que los que tenía andaban un tanto deshilachados; luego..., guardaría un poco para gastos de circulación... Y lo demás... ¡Ah, lo demás me lo tiraría en helados con los amigos! Ésos eran, en principio, mis proyectos, que realicé después, ya con el premio en el bolsillo, casi al pie de la letra.

Pero lo primero, lo primerísimo, era dar las gracias a los miembros del jurado y, antes, a mis emocionados amigos Claudio de la Torre y José María Chacón. Ambos, cada uno por su parte, me convidaron a comer. La victoria había sido limpia, clara, rotunda. Gracias a su fe y entusiasmo me sentía salvado para siempre. Con aquel premio nacía de golpe a la luz literaria de España. De muchas provincias, en donde nada sabían de mí y menos como pintor, me llegaron calurosas felicitaciones. Los jóvenes escritores de Madrid, incluyendo a los de la Residencia, comenzaron a mirarme con nuevos ojos. A partir de ese momento, ya no sería aquel delgado pintorcito medio tuberculoso que distraía sus horas de descanso haciendo versos.

José Moreno Villa, miembro del jurado, me era ya conocido. Mi primera visita fue para él. Lo encontré bebiendo cerveza, a la que era gran aficionado, en los jardines de la Residencia, su casa desde hacía muchos años. Pepe Moreno, como lo llamaban cariñosamente todos los residentes, me dio la enhorabuena con aquella fina sonrisa malagueña que siempre le colgaba bajo el bigotillo. ¿Qué edad tendría entonces Pepe Moreno? Pertenecía a una generación bastante rara, surgida unos años después de la de Juan Ramón Jiménez. Su obra poética me era casi desconocida. No era un poeta entonces —y nunca llegó a serlo— «jaleado» como Machado y Juan Ramón. Quiero decir que su nombre no andaba con frecuencia en labios de los «nuevos», quienes repetíamos de memoria los poemas de los dos grandes andaluces, elevados ya a la categoría de maestros. Por aquella época, un solo libro de Moreno Villa había caído en mis manos: *Garba.* Era su primera obra —1913—, que, en verdad, no me impresionó. Sus sales malagueñas no eran lo finas y delgadas que yo hubiera querido. De cuando en cuando, sí, el jazmín andaluz las perfumaba, agilizándolas, poniéndoles la gracia de sus puntas. Pero algo duro, algo abrupto, algo fragoso en la forma de todos aquellos poemas me cerraban el pleno goce, la simpatía necesaria para retenerlos. Era difícil entrar

abiertamente en aquella poesía. Y con la posterior, la que Pepe Moreno nos fue dando hasta poco antes de la guerra civil, me sucedía lo mismo. A pesar de toda su cultura, de su tierna y escondida humanidad, sus versos los dejaba en estado silvestre, haciendo a veces imposible el caminar medianamente cómodo por ellos. Ahí está su poema de amor, su *Jacinta la pelirroja,* aparecido en 1929, tal vez lo más original suyo de aquella década. Es el diálogo del poeta con su amada, que releído ahora me recuerda en algunos momentos las paseatas líricas de Juan Ramón con su Platero. Toda su forma antirretórica, su tono confidencial, su brinco y hasta su gracia no logran, en mi sentir, ese sendero limpio, sin obstáculos, que debe ser cada poema. Sus prosaísmos, sus salidas de tono, rompen el conjunto del cuadro. Pero tal vez eso fuera un rasgo saliente, positivo, de la personalidad de José Moreno Villa en esa época. Yo chocaba con ella. Y ese encontronazo me dolía, ya que para este poeta, este hombre tan bien y variamente dotado —buen prosista, gran crítico de arte, curioso pintor—, deseábamos la misma estatura de aquellos otros —unos antes, algunos después— que venían labrando la grandeza de la poesía española en lo que iba de siglo. Pero a partir, sobre todo, de *Salón sin muros* creo yo que la poesía de Pepe Moreno, vuelto a su soledad, a su celibato de primer residente, se escande, se desbroza, se *despicudiza,* pudiéramos decir. Y sin duda, gracias a ese clausurado amor con Jacinta, se le ahonda la voz, se le allana más grave, se le acompasa y entona con el verso, logrando armonizar las disonancias, iniciando el concierto que lo conducirá, después de unos buenos poemas sobre la guerra civil y ya «peregrino en extranjeras playas», a hacernos escuchar las más hermosas notas de su música, «la música que llevaba». Volveré a él —Pepe Moreno ha muerto en México no hace mucho— en algún tomo próximo de esta *Arboleda perdida.* Ahora, en las presentes páginas, estoy con el Moreno Villa sonriente, escondido y gentil, rodeado de estudiantes y jardines, en la plácida tarde primaveral que alegró mi entrevista para darle las gracias por haberme distinguido con el Premio Nacional de Literatura.

No recuerdo si entonces me contó el poeta malagueño su batalla librada con algún miembro del jurado, reacio a concedérmelo. Escena tan divertida y reveladora era difícil olvidar. Seguramente por alguna causa —la presencia de alguien desconocido o poco amigo durante mi visita— no me la refiriera. Por su autobiografía —*Vida en claro* (1944), libro muy interesante y encantador, aparecido en México— he llegado a conocerla, pero ahora, hace unos días, ¡al cabo de más de treinta años! La reproduzco aquí por ser hoja saliente entre las ramas de mis memorias. Escribe Pepe Moreno: «Quiero contar esta escena del jurado sin omitir mi metedura de pata. Lo constituíamos Menéndez Pidal y el conde de la Mortera (Gabriel Maura) para lo histórico, Arniches para el teatro, Antonio Machado y yo para la poesía. Tal vez me olvide de alguien. Como secretario, Gabriel Miró. La cosa marchó perfectamente hasta que tocamos la poesía. Maura propuso en primer lugar al llamado "Pastor poeta". Yo me opuse inmediatamente. Maura argumentó con una frase poco feliz: "Su poesía huele a lana y a chorizo". "Basta eso", repliqué, "para que una poesía dé asco". Y aquí fue mi metedura. Continué diciendo: "Eso es tan repulsivo como la pintura de don Luis Menéndez Pidal, ahumada y renegrida como las morcillas". Con el acaloramiento, no pensé que estaba delante su hermano don Ramón. Intervino Miró hábilmente y todos me dijeron que diera yo un nombre para primer premio. "Pocas veces estoy tan seguro de votar con acierto como ahora; el poeta que se anuncia en este concurso como valor de trascendencia es Alberti con su libro *Marinero en tierra."* Entonces Antonio Machado, que había permanecido mudo, convino en que sí, que era el mejor. Maura y todos aceptaron, pero aquel conde llevaba otro candidato, además del "Pastor poeta", y era Gerardo Diego. Propuso entonces que se le diera el segundo premio, trasladando el de teatro a la poesía. Y así se hizo.» Este gracioso relato de Moreno Villa, estoy ahora seguro, yo no lo conocía. Lo repito. ¿Cómo no haberlo registrado en mi memoria? Pero también hoy me pregunto: ¿por qué razón al único miembro del jurado a quien no di las gracias fue a Gabriel Maura, conde de la Mortera?

Mi segunda visita de agradecimiento fue para Gabriel Miró. Creo que fui solo, venciendo mi frecuente timidez. Vivía en la calle Rodríguez San Pedro, barrio de Argüelles, y en un piso de la casa que habitaba también Dámaso Alonso. Me recibió en su cuarto de trabajo: pulcro, sencillo,

mesa agobiada de libros y cuartillas, junto al balcón. Pienso que por ellas corrían ya los iniciales capítulos de *Nuestro padre san Daniel,* primera parte de su grande y última novela, *El obispo leproso.* Recuerdo de Miró los amplios párpados y la mirada clara y triste que reposaba bajo ellos. Era ancho, fuerte, extremadamente simpático y encantador. Le hablé de aquella carta que me escribiera años antes con palabras halagadoras para unos versos míos que le enviara Juan Chabás, levantino como él. La firmaba en Polop de la Marina, tierras alicantinas de su Sigüenza, donde tenía una propiedad, una «masía», lugar tranquilo, durante el verano, para su paciente y armoniosa labor literaria.

—Usted me dijo —le recordé— en esa carta refiriéndose a mis primeros poemas: «Hay en ellos palabras de aguda belleza...». A mí, como a usted, en estos años por lo menos, me gusta la belleza del idioma. Lo hermoso, claro y plástico del suyo me atrae de verdad.

—¡Qué quiere usted! Tanto en Levante como en Andalucía, todo es preciso, trasparente. La luz perfila hasta las cosas más lejanas. Hasta lo borroso allí se vuelve nítido, brillante. ..

—Yo vengo a darle las gracias... —le insinué, entrecortado, después de un silencio.

—¿Las gracias? ¡Vamos! —me atajó, levantándose—. Quiero presentarle a mi mujer y a mi hija Olimpia. La otra no está aquí.

Ambas se presentaron al instante. Dos seres sencillos y afables como él. Al poco rato de una charla sobre mi libro, cuyo manuscrito conocían, me regalaron con almendras y esos exquisitos dulces provincianos —secretos monjiles— que con tan esmerado y primoroso arte se complacía Miró en describir en sus novelas. La tarde fue apacible, íntima, familiar, rebosante de cariño. Gabriel Miró era un hombre bueno, lleno de santidad, como Antonio Machado. Ganaba modestamente: un empleo en el ministerio de Instrucción Pública. Su primorosa obra, a la que la Iglesia hacía la guerra sordamente, aunque seguida por una minoría devota y entusiasta, no le daba entonces para el diario sustento. Tendría que morirse, un lustro después, para que la familia comenzase a recibir los honores y frutos que su autor apenas pudo lograr en vida. ¡Siempre la triste y cruel indiferencia de España para casi con todos sus grandes escritores!

Pocas veces, desde aquella visita, volví a ver a Gabriel Miró. No mucho antes de su muerte, lo encontré con Pedro Salinas en la Glorieta de Atocha. Los acompañé hasta la Cibeles. Andaba Miró como vencido, los párpados morados, amarillenta la tez. Un mes después moría, allí, en Madrid, lejos del mar azul que él llevaba en sus ojos. No puedo ahora recordar por qué no fui a su entierro.

Visitado Miró, quería, sobre todo, saludar al miembro del jurado cuyo voto más estimaba y me enorgullecía: Antonio Machado. De improviso, me presenté en su casa, calle General Arrando. Desilusión. No estaba. No vivía en Madrid. Salió a decírmelo su madre, una graciosa anciana, fina y pequeñita.

—Mi hijo anda por Segovia. Viene muy poco por acá... Quizás en vacaciones...

Sin pasar de la puerta, le besé la mano y me marché.

Todavía no había cobrado el premio ni retirado del ministerio el original de mi libro. Averiguada la fecha en que podía hacerlo, corrí una mañana al horrible edificio. Allí, ante la ventanilla por la que iba a recibir, juntas, las primeras cinco mil pesetas de mi vida, encontré a una persona que esperaba lo mismo. Era Gerardo Diego. Creo que nunca lo había visto. Salimos, ya amigos, a la mañana madrileña, clara y primaveral, subiendo, en animada charla, por el Salón del Prado. Un poeta de Cádiz y otro de Santander —dos polos opuestos— acababan de conocerse. Desde aquel día vi a Gerardo como ya lo vi siempre: tímido, nervioso, apasionado, contraído, raro y alegre a su manera, con algo de congregante mariano, de frailuco de pueblo. Conocía de él poemas sueltos y un libro —*Imagen*— que guardaba en mi casa. Había escrito mucho, pero obras capitales suyas, como *Manual de espumas,* por ejemplo, creo que aún estaban inéditas. *Versos humanos,* con poesías que iban del año dieciocho al veinticinco, su último libro, era el que con mi *Mar y tierra* acababa de recibir el premio. Pero, según me explicó, aquellos versos poco tenían que ver con los audaces, libres, perniquebrados, calidoscópicos y sin puntuación de *Imagen* o el *Manual.* A las

formas clásicas, más serenas, tradicionales —dominadas por él con verdadera maestría—, estaban ceñidos. Las pesetas que hacía un instante guardara en su cartera, no eran para el Gerardo creacionista, amigo y condiscípulo de Vicente Huidobro y Juan Larrea, sino para el poeta reposado, frecuentador de Góngora, Jáuregui, Bocángel, Medina Medinilla... «Azotea y bodega.» Tales eran los términos con que Gerardo definía sus opuestas tendencias. Con la bodega, desde el punto de vista económico y también desde otros muchos puntos, el poeta santanderino iba siempre a obtener mayores ventajas en la vida.

Aquella misma noche, al andar en mi cuarto hojeando mi manuscrito, saltó de entre sus páginas un papelillo amarillento, medio roto, escrito con una diminuta y temblorosa letra. Decía:

MAR Y TIERRA
Rafael Alberti

Es, a mi juicio, el mejor libro de poemas presentado al concurso.

ANTONIO MACHADO

¡Con qué alegría y estremecimiento leí y releí aquel hallazgo inesperado! Todavía lo conservo en la primera página de un ejemplar viejísimo de *Marinero en tierra*, lo único que por una rara casualidad pude salvar conmigo de la guerra española.

Todavía me quedaban por visitar Menéndez Pidal y Arniches, el divertido y hasta casi genial sainetista, futuro suegro de José Bergamín. Éste, de quien ya era bastante amigo, me llevó a su casa. Me convidaron a almorzar, cosa que acepté no sin cierta zozobra, pues en aquella época, después de tantos años de aislamiento, era además de tímido un tanto silvestre en mis reacciones y modales. Don Carlos Arniches, hombre que había hecho reír a varias generaciones de España y América, presidía la mesa, pero encerrado, serio, como escondido tras sus pequeñas gafas. Durante todo el almuerzo no despegó los labios. Sus hijas, hermosas y admiradas por mí, antes de conocerlas, en el paseo de la Castellana, me sentaron entre las dos, saliendo graciosamente al paso de mis vacilaciones y torpezas. Rosario era la novia de Bergamín, y Pilar la de Eduardo Ugarte, joven comediógrafo, en vísperas de estreno. Los demás comensales eran la señora de Arniches y otros dos hijos del matrimonio: Fernando, militar, y Carlos, excelente arquitecto. De esta comida sólo recuerdo mis tropiezos, mi no saber qué hacer ante varios platitos tapados con servilletas y otras desgracias por el estilo. Debo a Rosario y a Pilar el haberme aliviado aquellas horas. Mi respiración se hizo más ancha cuando ya con Pepe Bergamín me encontré en la calle.

Era Pepe uno de los innumerables vástagos de un ilustre, gracioso abogado malagueño, político de la monarquía. De él, de don Francisco, había heredado, entre otras cosas, dos que sobre todas iban a señalarlo como la mejor rama de la estirpe paterna: su muy extraña y personal antibelleza, su divertido y aún más enrevesado ingenio, temible, a veces, como rayo de navaja andaluza tirado al bajo vientre, la peor puñalada que se conoce. Leal a su pensamiento, a sus amistades, hasta la más extremada exageración, como se debe ser. Pero igualmente exagerado a la hora de la enemistad, como también se debe ser. Católico especial, de esos que nuestra Santa Inquisición hubiera condenado, en otro tiempo, y varias veces, a las llamas purificadoras de la hoguera; enemigo de la dictadura reinante, zaherida por él en puntiagudos aforismos, en raras piezas teatrales, imposibles de representar. Su relojería del idioma era ya tan complicada, o más, que la de Quevedo. Su pasión, igualable a la de Unamuno, con quien mantenía una ardiente amistad, muy generosa por parte de don Miguel, ya que Bergamín padre, siendo ministro del rey, lo había expulsado de la rectoría de la Universidad de Salamanca. Nadie como Pepe comenzaba a escribir con más fervoroso entusiasmo de la poesía española, convirtiéndose a la larga en el mejor comentarista de la nuestra, ya casi perfilada por aquellos días. Poeta él, conceptuoso, difícil, nuevo

e inextricable hijo de la selva de los Siglos de Oro, enzarzaba sonetos, dignos, sobre todo algunos de los publicados ya en su doloroso destierro, de un lugar preferente en la más rigurosa antología. Su devoción por Juan Ramón Jiménez era tan sólo comparable a la que el entonces extraordinario y maligno poeta moguereño también a él le profesaba. Pocos años después —culpable J. R. J. de la ruptura— se pagaron con el mismo odio. Un libro de aforismos —*El cohete y la estrella*— era lo único de Bergamín publicado hasta aquel momento. Había aparecido en la Biblioteca Indice. El mismo J. R. J., que la dirigía, estampaba en la primera página un retrato lírico del autor, prueba innegable de su amistad y aprecio literario. Era el comienzo de uno de los más peregrinos y laberínticos escritores de mi generación. Creo que supe por él que a Juan Ramón le habían gustado mucho varias canciones de mi *Marinero* aparecidas en *La Verdad,* un suplemento poético que dirigía en Murcia Juan Guerrero Ruiz, el amigo más fervoroso del poeta y de la nueva poesía.

Me decidí a verle. (No era la primera vez que lo visitaba. Tres años antes, por la época de mi exposición en el Ateneo, le llevé un cuadro: *El castillo de irás y no volverás,* ingenua geometría decorativa de brillantes colores. No creo que fuera de su agrado. Nunca supe qué hizo con él. Me acompañaba Juan Chabás.) Otro fue el compañero la tarde de mi segunda visita: José María Hinojosa, «el vivido, gráfico poeta agreste», hijo de ricos hacendados malagueños, caído bajo las balas de sus propios campesinos en las confusas horas iniciales de la guerra civil. Fue el mismo Juan Ramón quien nos abrió la puerta. ¡Qué extraña mezcla de alegría y miedo me produjo de pronto el sentirme en presencia de aquel hombre admirado, negra y violenta la barba en su perfil de árabe andaluz, levantado a mis ojos en el descenso de la tarde! Veinte años después, ya desterrado en la Argentina, escribí en mis *Retornos* versos memoradores de este encuentro:

Le llevaba yo estrofas
de mar y marineros,
médanos amarillos,
añil claro de sombras
y muros de cal fresca,
estampados de fuentes y jardines.

Sí, le llevaba yo el manuscrito de *Marinero en tierra,* estrofas en las que se apretaban todas mis nostalgias gaditanas, lejos de la bella bahía que él, desde su infancia en mi mismo colegio jesuíta del Puerto, también guardaba en su corazón. Vivía, allí, bajando poco a la ciudad, pero escuchando todos sus rumores, en aquella alta azotea del tranquilo barrio de Salamanca, entre las madreselvas y campanillas, que sus delgados dedos, buenos cultivadores de jardines ya lejanos, guiaban por los muros, dibujando graciosos arabescos.

Estaba él derramado
como cera encendida en el crepúsculo,
sobre el pretil abierto
a los montes con nieve perdonada
por la morena mano
de junio que venia.

Nuestra amistad, clara y casi constante luego, quedaba abierta así en el ocaso primaveral, ante las lejanías azuladas de las cumbres guadarrameñas. Le acompañaba aquella tarde el escritor Antonio Espina.

Comenzaban —reproduzco ahora aquí, con algunos añadidos y supresiones, el capítulo dedicado al poeta en mi *Imagen primera de...*— por aquellos años —1924-1925— los desvelos de Juan Ramón por la nueva poesía española que con tan apasionado ímpetu y fervor se iba perfilando. Había él registrado ya el fresco fuego juvenil de García Lorca, el noble acento de Pedro Salinas, la perfección lineal de Jorge Guillen, el lirismo casi chulapo del mismo Antonio Espina, la sencillez inicial de Dámaso Alonso, preparándose a recibir en su azotea los aires más recientes, que pronto ascenderían en los nombres de Altolaguirre, Prados, Cernuda, Aleixandre... Jamás poeta español iba a ser más querido y escuchado por toda una rutilante generación de poetas, segura del fresco manantial donde abrevaba y la estrella guiadora que se le ofrecía.

Dirigía entonces Juan Ramón la revista *Indice* y la editorial que llevaba el mismo nombre, enriquecida, creo que a poco de publicado *El cohete y la estrella* de Bergamín, con dos nuevos libros: *Signario,* de aquel Antonio Espina allí presente, y *Presagios,* de Pedro Salinas. Aquella tarde, con un ejemplar de *Signario,* en la mano, protestaba el poeta de sus imperfecciones tipográficas. Había encontrado erratas, letras sucias, renglones caídos, y todo esto iba a quitarle el sueño.

—También —nos dijo— en la edición de la *Fábula de Polifemo y Galatea,* de Góngora, preparada por Alfonso Reyes, se le han escapado a éste otras horribles erratas: en vez de *corona* dice *coma;* en vez de *entre, enter,* etc. España ha perdido su gran tradición tipográfica. Fíjense ustedes en este libro inglés —nos mostró uno, moderno, de Keats—. ¡Qué finura, qué gracia, qué delicadeza! Quisiera conseguir para la Biblioteca Indice lo mismo, pero, por lo visto, esto aquí es imposible.

Como digo, en aquella época tenía aún Juan Ramón de un negro violento la barba, un perfecto perfil de árabe andaluz y una voz suave, opaca, que a veces se le rayaba en falsete. Se habló de literatura, sonando nombres de su generación: Pérez de Ayala, los Machado, Ortega y Gasset... En esta visita pude darme cuenta —cosa que seguí comprobando luego, a lo largo de nuestra amistad— de su extraordinaria gracia y mala sangre andaluzas para burlarse de la gente y caricaturizarlas. De quienes más le oí reír esa tarde fue de Azorín y Eugenio D'Ors.

—¿Han visto ustedes el título del último libro de Azorín? *El chirrión de los políticos.* ¡El chirrión! ¡Vaya palabra! Lo he recibido dedicado. Claro que yo mismo, en persona, he ido a su casa a devolvérselo. Azorín vive —prosiguió— en una de esas casas que huelen a cocido madrileño y pis de gato. Duerme en el fondo de una cama con mosquitero y colgaduras encintados de rosa, y sobre la mesilla de noche tiene, como objeto que él seguramente considera de un gusto refinado, un negrito de escayola pintada, de esos que anuncian el café torrefacto marca «La Estrella», regalo de sus electores cuando fue diputado por Alicante. A un escritor, por muy modesta que sea su vida, se le conoce por la casa.

Al visitar un día la de Pérez de Ayala, rompió con él porque le mostró un cuarto con todo el techo colgado de chorizos y longanizas, detalle que le estremeció y no pudo perdonar nunca.

—Este mismo escritor —sigue hablando el poeta—, para que lo real en no recuerdo cuál de sus novelas fuera realmente exacto, me confesó haberse ido a vivir a una casa de prostitución, llevándose un baúl cargado de ropa, pues el estudio de tal ambiente le llevaría cierto tiempo.

A Eugenio D'Ors lo detestaba, y sobre todo desde el día en que el pobre filósofo catalán lo saludara cortésmente en la calle quitándose un *chapeau melón* de color gris —un bombín o sombrero hongo, como lo llamamos en España—, prenda que a Juan Ramón le parecía irrisoria.

—Este Xénius —(pseudónimo muy conocido de D'Ors)—, entre el catalán y el castellano se está armando un verdadero lío. Me gustaría que usted, amigo Alberti, ya que es dibujante, lo representase vestido de bailarina, con los brazos gordos en alto y una leyenda al pie, que dijese: *Xenia, la esperanta.* Terminará bailando la rumba en Cuenca —concluyó el poeta, entre divertido y malhumorado.

En casa de José Ortega y Gasset —y no se olvide que es Juan Ramón Jiménez y no yo el visitante— descubrió que aquél tenía sobre un piano una pequeña Venus de Milo, de yeso, de las que vendían en Madrid por veinte céntimos en la plaza de la Cibeles, y creo que también un pisapapel de bronce, representando a don Quijote en la escena de los molinos, acompañado hasta de un Sancho Panza desesperado, dando voces. De estos detalles ornamentales, Juan Ramón tomó pie para mordacidades y bromas contra la persona de Ortega, ramificándolas con el estilo y la obra del mismo.

Las cosas —reales o inventadas— que nos dijo de Antonio Machado tal vez nunca las escriba, dado el respeto que aquel santo poeta me merece.

La casa de Juan Ramón era todo lo contrario de aquellas tan criticadas por él. Ayudado por Zenobia Camprubí, su admirable y paciente mujer, había conseguido tenerla con un gusto y elegancia verdaderamente sencillos, naturales. Allí, en una habitación, para mí misteriosa, pues ni en mis visitas sucesivas logré entrar en ella, el poeta trabajaba de manera incansable, durante todo el día y parte de la noche, siendo imposible verle, rechazando, negándose más de alguna vez, hasta con su propia voz, a los visitantes. Desde la portería de la casa le telefoneaban el nombre. A veces era el propio interesado quien hablaba.

—Soy fulano de tal.

Y desde arriba, el mismo Juan Ramón contestaba, tranquilo:

—De parte de Juan Ramón Jiménez, que no está en casa.

Le desesperaba a este poeta, como a tantos, la interrupción inoportuna de su recogimiento, la ruptura de ese silencio imprescindible para el trabajo pleno y gustoso, cosas que suceden con demasiada frecuencia cuando se vive en la gran ciudad. En esas horas de profundo arrebato creador, le molestaban a Juan Ramón hasta las visitas de su mujer. Ésta me refirió que en más de una ocasión los atónitos ojos de sus amigas vieron atravesar por la puerta del fondo de la sala un biombo, extraña y moderna tentación de Jerónimo Bosch, como movido por arte del diablo. Detrás iba, llevándolo, el poeta, embozado en su barba, necesitado, por la razón que fuese, de pasar, sin ser visto, a cualquier otro punto de la casa.

En aquella buscada soledad, en medio de Madrid, Juan Ramón producía, limaba, retocaba, barajaba a derecha e izquierda, la Obra, como él, así, con mayúscula, la llamaba. Ya no era entonces el poeta de *Arias tristes* y *Pastorales,* libros que revelaran a Rubén Darío la fina y honda tristeza de nuestra Andalucía. Ya no era tampoco el poeta de las baladas y estribillos de primavera, ni el elegiaco de *La soledad sonora,* ni el más ceñido y pleno de *Sonetos espirituales, Estío* o el *Diario de un poeta reciencasado.* Hacía también mucho tiempo que, sin dejar su trotecillo blando por los callejones y sendas de Moguer, *Platero,* el burrillo ahora inmortal, andaba por el mundo. Muy atrás había ya dejado Juan Ramón las arboledas líricas, los paisajes musicales más trasparentes y esfumados que trajera él mismo a la poesía española. Ya era entonces, en la penumbra ardiente de su trabajo, el poeta renovado de *Piedra y cielo, Poesía, Belleza, Unidad.* Su verso había empezado a ser como un diamante desnudo. Ni rima, ni asonancia, ni el juego halagador, a veces rítmico, del verso libre. Sólo la entraña del poema, desprovista de todo ropaje.

Arranco de raíz la mata,
fresca aún del rocío de la aurora...

De una estrofa, perteneciente a uno de los más claros y chispeantes romances de sus primeros libros, había extraído yo dos versos como lema para una de aquellas canciones que él ya conocía por la hoja literaria *La Verdad* y que tanto le habían complacido:

La blusa azul, y la cinta

milagrera sobre el pecho.

Aquel pequeño mar de mis poemas, mis alusiones a las salinas, a las playas y castillos costeros de la bahía gaditana, lo llevaron a recordar su adolescencia portuense, descubriéndonos que muchas de sus «Marinas de ensueño» eran visiones, evaporadas nostalgias del mar de Cádiz visto desde las ventanas de la enfermería o a través de los árboles —eucaliptos y pinos— del colegio jesuita de San Luis Gonzaga, donde cursara su bachillerato.

Aún más que tembloroso quedé yo con la acogida que Juan Ramón Jiménez me hizo aquella tarde de mi segunda visita. Su preferencia por mí, lo digo ahora can orgullo, durante mucho tiempo fue grande, comunicándome un aliento, un entusiasmo, una fe que hasta entonces no había tenido nunca. Le dejé el manuscrito de *Marinero en tierra,* que llevaba conmigo. Al poco tiempo, una selección de sus canciones apareció en *Sí,* cuadernos de poesía y prosa que bajo el sobrenombre de «el Andaluz Universal» editaba. Y para más halago, en otro número de los mismos cuadernos, me dirigió la preciosa carta que yo he seguido poniendo siempre como prólogo al frente de las diversas ediciones del *Marinero* y mis antologías poéticas.

Ya en la calle, me despedí de Hinojosa. Y no volví a mi casa hasta las claras del día. No sé por dónde anduve esa noche de mayo. Lo hice a ciegas, sin rumbo, como borracho de dicha, como le hubiera sucedido a cualquier joven aspirante a poeta que saliese de visitar a Góngora o Baudekire. Algunas pesetas del premio me cantaban en el bolsillo. Por las heladerías que me salían al paso, tomaba helados, convidando a cuanto desconocido no ponía reparos en aceptar mi invitación. Andaba ya con traje nuevo: un pantalón rosado y chaqueta de sport del mismo tono, pero con calidad de papel secante, que mi familia encontraba de un «gusto matador». Una corbata caramelo, de ancho nudo, me colgaba del cuello exageradamente ancho de la camisa, tapándome casi la nariz la redonda visera de una gorrita inglesa gris claro. La gente me miraba, pero yo seguía tan campante, comiendo helados y ofreciéndolos. Gran parte del premio se me evaporaría así aquella primavera: refrescando la sed de amigos y personas cuyos nombres ignoraba y que jamás volvería a ver.

Por aquellos días encontré editor para mi *Marinero:* don José Ruiz Castillo, propietario y director de la Biblioteca Nueva. Me llamó por uno de sus hijos, pintado por mí años antes. Mi asombro fue grande ante la insinuación de que yo costeara, si no toda la edición, por lo menos parte de ella. ¿Cómo sería eso posible? Mejor, le dije, continuar inédito. Además, las pesetas que me quedaban las reservaba para libros y un viaje en auto, con mi hermano Agustín, por tierras de Castilla. Don José, bondadoso y simpático, comprendió pronto su error. Editaría mi libro, corriendo enteramente con los gastos, reclamándome ya el manuscrito, que mandaría a Segovia, a la famosa imprenta de El Adelantado, que trabajaba para él.

Al día siguiente corrí a casa de Daniel Vázquez Díaz. Me había prometido hacerme un retrato para el *Marinero.* Lo dibujó: un Rafael Alberti, casi de perfil, linealmente bueno, con un libro en la mano. Él, tan seguro siempre en el parecido, no acertó mucho esta vez. (Me pareceré con el tiempo —me dije—, cuando allá en mi vejez reciba el premio Nobel.) Entretanto, tres jóvenes compositores —Gustavo Duran, Rodolfo y Ernesto Halffter—, entusiasmados con el corte rítmico, melódico de mis canciones, pusieron música a tres de ellas. De ese trío, la de Ernesto, maravillosa —«La corza blanca»— consiguió, a poco de publicada, una resonancia mundial. Las otras dos —«Cinema» y «Salinero»— eran bellas también y se han cantado mucho. Pero es que Ernesto Halffter, entonces verdadero muchacho prodigio, había logrado algo maestro, sencillo, melancólico, muy en consonancia con el estilo antiguo y nuevo de mi letra, cuyo lema había tomado yo del *Cancionero* de Barbieri. Asimismo se hizo famosa «La niña que se va al mar», del propio Ernesto, que no fue incluida en la edición por razones de espacio.

Con la primavera y el prestigio del premio, se hicieron más frecuentes mis visitas a la Residencia de Estudiantes. (Era una época feliz, por lo menos para nosotros.) Conocí entonces en sus jardines a Pedro Salinas y a Jorge Guillen, ambos casi de la misma edad —unos diez años más

que yo—, catedráticos de Literatura —como Gerardo Diego—, dentro y fuera de España, y ya en vísperas de ser grandes poetas. Salinas, más desbordado, más hablador, más sonriente y madrileño. Don Pedro le llamaban todos, aunque lo tuteasen. Guillen, vallisoletano, agudo, fino, contenido, pálido y alto, lentes que le trasparentaban unos ojos pequeños, penetrantes, capaces de delinear, de hacer precisa la más confusa nebulosa. José Moreno Villa dijo en su *Vida en claro,* libro ya del destierro, que los poetas, en los últimos tiempos, habían aparecido por parejas: Machado y Juan Ramón, Salinas y Guillen, Lorca y Alberti, Prados y Altolaguirre, pero que él, como también León Felipe, había venido solo. Curiosa observación, que ahora veo que es verdad, y que si a alguien ya entonces podía aplicársele mejor era a los dos poetas castellanos. Así los vi desde el primer momento: como la pareja perfecta, mucho más armónica, a pesar de su tono poético distinto, que las otras que nos presenta Moreno Villa.

De Salinas conocía *Presagios,* su primer libro, cimentado con un retrato lírico del Juan Ramón Jiménez de aquellos años cumbres de la poesía española. De Guillen, casi nada: algunos poemas aparecidos tal vez en la *Revista de Occidente.* Me llamaba la atención en aquel libro de «don Pedro» el crudo realismo de ciertas poesías, rompedor del acento más bien íntimo, contenido, sofrenado de todas las demás.

Un viejo chulo la dijo
(la chiquilla era inclusera):
«¡Bendita sea tu madre!»

¿De dónde podía venir, de pronto, a poeta tan afinado, esta nota populachera, esta salida de arrabal? Cuando traté más a don Pedro, llegué a dar con la clave. A pesar de París, de Cambridge o Nueva York, Salinas seguía muy madrileño, brotándole en su charla, aquí y allá, geranios reventones, chulapas gracias verbeneras, garbosos decires refrescados de azucarillo y aguardiente. Nuestra amistad desde aquel día quedó sellada, aumentando al aparecer mi *Marinero en tierra,* subiendo, generosa, de grados, cuando a raíz de *Sobre los ángeles* me dedicó una conferencia interpretativa de este libro, aclarándola con ejemplos angélicos que iban desde la plástica medieval de los Beatos hasta las geometrías metafísicas de Chirico. Siempre quise a Salinas y lo respeté como lo que realmente era: un hermano mayor de generación. (Así, también, Guillen.) Su severa verdad poética, aunque tan distante de la mía o de la de otros poetas del sur, siempre me atrajo por lo humana y tranquila, reveladora, aun en sus más exaltados instantes, de un reposado corazón sin grandes sobresaltos ni amarguras. Poesía de hombre bueno, cordial y de un sincero acento que, aunque sometido casi siempre a más difíciles procedimientos técnicos, hiciera pensar a veces en la voz calma de un Antonio Machado. Castellana al fin, la lírica de Salinas mostró, desde un principio, una línea escueta, tensa, sin halagos externos, cuya columna va por dentro, sosteniendo, esqueleto seguro, la carne verdadera que la envuelve. Creo que fue García Lorca quien me presentó a estos dos poetas.

Federico seguía allí, en la Residencia, alborotando celdas y jardines. Por aquellos caminillos primaverales, susurrados de chopos, continuaba recitando su *Romancero,* cada año más crecido, sus canciones, cada vez más varias y ricas, pero obstinado, juglar y trovador satisfecho de su auditorio, en permanecer inédito. Allí seguían también Pepín Bello, Luis Buñuel, Dalí, Moreno Villa... y el coro «jaleador» de Federico. Era el momento de los «anáglifos», del «pedómetro», de las bromas feroces de Buñuel, de la «orden de los hermanos de Toledo». Sobre los anáglifos habla Moreno Villa en su autobiografía. Consistían en una especie de mínimos poemas, ocurrencias graciosas, «que constaban —explica Moreno— de tres sustantivos, uno de los cuales, el de en medio, había de ser *la gallina.* Todo el chiste estribaba en que el tercero tuviese unas condiciones fonéticas impresionantes por lo inesperadas». En esto último se equivoca Moreno. La dificultad y la gracia de un buen anáglifo radicaba en que el tercer sustantivo no tuviese la más remota relación con el

primero. Recuerdo algunos ejemplos de malos anáglifos, rechazados por todos en las grandes reuniones «anaglíficas», celebradas, por lo general, en el cuarto de Federico. Veamos estos dos:

El pin, La cuesta,
el pan, la cuesta,
el pun, la gallina
la gallina y la persona,
y el comandante.

El primero no era bueno, porque además de constar de tres palabras, el significado onomatopéyico —disparo del fusil— de ellas guardaba una evidente relación con «el comandante». El segundo, creo que de Pepín Bello, era todavía peor, ya que por una cuesta pueden subir tranquilamente la gallina y la persona.

Pepe Moreno da, entre otros, dos ejemplos bastante aceptables:

El búho, El té,
el búho, el té,
la gallina la gallina
y el Pancreátor. y el Teotocópuli.

El anáglifo llegó a ser una verdadera epidemia. Hasta personas graves, como Américo Castro, cayeron en la tentación. Se crearon diferentes tipos, que por lo general fueron rechazados. Al final fue Federico quien le dio la puntilla inventando el anáglifo barroco. Recuerdo éste:

Guillermo de Torre,
Guillermo de Torre,
la gallina
y por ahí debe andar algún enjambre.

A partir de esta innovación, vino la decadencia y el anaglifo fue olvidado.

Otro invento, que como era natural se mantuvo en secreto, fue el «pedómetro». Dentro de una caja cuadrada de madera se alzaba un cabo de vela. A cierta distancia de la llama y coincidiendo con su altura, pendía un cordoncillo de hilo. Enfilándolos, un agujero, no muy grande, se abría en uno de los lados de la caja. El mérito consistía en la intensidad del viento que cada concursante expeliera por el orificio. Se necesitaba un pedo de gran fuerza para lograr que la llama se doblase y llegara a prender el hilo. Juego de verdaderos colegiales. No recuerdo si algunos de aquellos serios profesores que vivían en la Residencia tuvieron el humor de practicarlo.

En cuanto a la «orden de los hermanos de Toledo»... Eso ya era otra cosa. A pesar del rigor para ser admitido, yo lo fui ese año. Fundada hacía algún tiempo por aquel grupo de amigos residentes, el principal deber de sus cofrades consistía en vagar, sobre todo de noche, por la maravillosa y mágica ciudad del Tajo. Los hermanos se hospedaban por lo general en la Posada de la Sangre, lugar donde Cervantes escribe y sitúa alguna de sus novelas ejemplares. La posada, aunque luego modernizada en determinados detalles, conservaba entonces toda la atmósfera española de esas ventas o mesones, para alto de arrieros y trajinantes, de los que en el *Quijote* da su autor experimentada y poética cuenta. Cumpliendo cláusulas severas del reglamento de la orden, los hermanos dejaban la posada cuando ya del reloj de la catedral había caído la una, hora en que todo

Toledo parece estrecharse, complicarse aún más en su fantasmagórico y mudo laberinto. Aquella noche de mi iniciación en los secretos de la orden, salimos a la calle, llevando todos los hermanos, menos yo, ocultas bajo la chaqueta, las sábanas de dormir, sacadas con sigilo de las camas de nuestros cuartos. Luis Buñuel actuaría de cofrade mayor. El acto poético y misterioso preparado para la madrugada, iba a consistir en hacer revivir toda una teoría de fantasmas por el atrio y la plaza de Santo Domingo el Real. Después de un tejer y destejer de pasos entre las grietas profundas del dormido Toledo, vinimos a parar al sitio del convento en el instante en que sus defendidas ventanas se encendían, llenándose de velados cantos y oraciones monjiles. Mientras se sucedían los monótonos rezos, los cofrades de la hermandad, que me habían dejado solo en uno de los extremos de la plaza, amparados entre las columnas del atrio, se cubrieron de arriba abajo con las sábanas, apareciendo, lentos y distanciados por diversos lugares, blancos y reales fantasmas de otro tiempo, en la callada irrealidad de la penumbra toledana. La sugestión y el miedo que comencé a sentir iban subiendo, cuando de pronto las ensabanadas visiones se agitaron y, gritándome: «¡Por aquí, por aquí!», se hundieron en los angostos callejones, dejándome —una de las peores pruebas a que se veían sometidos los novatos de la hermandad— abandonado, solo, perdido en aquella asustante devanadera de Toledo, sin saber dónde estaba y sin la posibilidad consoladora de que alguien me indicase el camino de la posada, pues además de no encontrar a esas alturas de la noche un solo transeúnte, en Toledo, si no le informan a uno a cada treinta metros, puede considerarse, y aun durante el día, extraviado definitivamente. Así que me eché a caminar por la primera callejuela —muy contento, por otra parte, de mi falta de brújula—, decidido a dejarme perder hasta el alba. Andar por Toledo, y en la oscuridad de una noche sin luna como aquélla, es adelgazarse, afinarse hasta quedar convertido en un perfil, una lámina humana, dispuesta a herirse todavía, a cortarse contra los quicios de tan extraña resquebrajadura; es volverse de aire, silbo de agua para aquellos enjutos pasillos, engañosas cañerías, de súbito chapadas, sin salida posible; es siempre andar sobre lo andado, irse volviendo pasos sin sentido, resonancia, eco final de una perdida sombra.

Perdida y mareada sombra era yo, cuando de pronto, en uno de esos imprevistos ensanches —brusquedad de una grieta que supone una plaza, codazo de una calleja que hunde un trecho de espacio para el murallón de un convento, una iglesia, un edificio señorial—, se levantó ante mí un desmelenado y romántico muro de yedra, entre la que clareaba algo que me hizo forzar la mirada para comprenderlo. Era una losa blanca, una lápida escrita, interrumpida aquí y allá por el cabello oscuro de la enredadera. El temblequeo de un farolillo colgado a una hornacina me ayudó a descifrar: «AQUÍ NACIÓ GARCILASO DE LA VEGA...». La inscripción continuaba en letra pequeña, difícil de leer, aumentando otra vez de tamaño al llegar a los números que indicaban el año del nacimiento y el de la muerte del poeta: 1503-1536. Y me pareció entonces como si Garcilaso, un Garcilaso de hojas frescas y oscuras, se desprendiese de aquella enredadera y echase a caminar conmigo por el silencio nocturno de Toledo en espera del alba.

Cerca del Tajo en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de yedra revestida y llena,
que por el tronco sube hasta el altura...

«La del alba sería» cuando, con estos versos de Garcilaso en la boca, encontré la Posada de la Sangre y me tiré a dormir en mi camastro, feliz con mi primera aventura de iniciado en los misterios de la orden toledana. Pocas horas después, y a la del almuerzo, ¡qué alegres burlas las de los hermanos, ante una gran cazuela de perdices, famosa especialidad de la Venta del Aire! Allí, bajo el mismo emparrado, patinillo de nuestro banquete, se veían, retratados a lápiz sobre la cal del muro, los principales cofrades de la orden. Su autor, Salvador Dalí, también figuraba entre ellos. Alguien le dijo a los venteros que no los encalaran, pues eran obras meritorias de un famoso pintor y que

valían mucho dinero. A pesar de la advertencia, años después ya no existían. Habían sido borrados por unos nuevos dueños de la venta.

Se acercaba el verano. La Residencia se disponía, como siempre, a iniciar su curso para estudiantes extranjeros. Días antes, cuando fui a dar las gracias a don Ramón Menéndez Pidal por su voto como jurado del Premio Nacional de Literatura, me invitó a leer algunos de mis poemas en la inauguración del curso. Era la primera vez que iba a recitar ante personas desconocidas. A la hora de la apertura, yo, que estaba sereno, llegué a perder parte de este aplomo a causa de la advertencia de un señor de barba donjuanesca que, agarrándome entre la barba y la pared, me espetó de improviso:

—Tenga en cuenta, joven, que es usted andaluz y que va a recitar ante extranjeros que vienen a Madrid para aprender el castellano. Hágalo despacio, pronunciando muy bien todas las palabras, sus finales, suplicándole un especial cuidado al emitir las *elles* y las *zetas.*

Cuando algo atemorizado por aquellos consejos iba camino del salón, pregunté a un amigo quién era aquel guapo señor de la barba al que asustaba tanto mi acento andaluz.

—Es Américo Castro, un ilustre filólogo. ¡Parece mentira que no lo conozcas!

Ante un juvenil auditorio de ingleses y norteamericanos, en el que se destacaban muchachas muy hermosas, recité, con fingida pronunciación castellana, poemas de mi *Marinero en tierra.* Todo iba bien, pero al llegar a aquellos versos del soneto «A un capitán de navío»:

Por ti los litorales de frentes serpentinas
desenrollan al paso de tu arado cantar,

con tanta perfección *desenrollé* la *elle* que, al ponerme de puntillas para más destacarla, un pie se me salió del estradillo, estando a punto de romperme una pierna.

Ya en los jardines, fui muy felicitado por los estudiantes. Don Américo estaba contento. Mi lección no había sido tan mala. Alguien, muerto de risa, me abrazó fuertemente. Era Amado Alonso, joven filólogo, navarro, encantador, franco y alegre, con algo de pelotari. Me presentó a su novia, una inglesa espigada, la alumna más bella de aquel curso. Nos hicimos amigos, pero pronto dejé de verlo. Se marchó, creo que a Inglaterra, donde se casó con su hermosa discípula. (Lo encontré luego en Buenos Aires, lleno de preciosos hijos Reanudamos nuestra amistad. Trabajaba en la editorial Losada. Por razones de mala política argentina, tuvo que irse a Norteamérica, donde murió de cáncer. Su *Gramática* y libros sobre lingüística se estudian todavía en muchos centros de enseñanza.)

Apretaba el calor. La Residencia se iba despoblando. Federico ya andaba por sus campos granadinos de Fuente Vaqueros. Sin él, la Residencia parecía sola y triste. Dalí también se había marchado. Aquel verano recibí una postal suya, con el castillo de Figueres, que decía: «Ola, Alberti, ¿qué tal? Abrazos. Salvador». Sobre el ojo más alto del fortín, Dalí aclaraba: «Por aquí orinaban los canónigos». El cartero no podía contener la risa. «Perdone —me dijo—. He leído eso sin querer...»

Mi *Marinero en tierra* continuaba en Segovia. No recibiría pruebas hasta fines de verano. Andaba ya en vísperas de viaje. En el automovilillo de mi hermano recorrería Castilla la Vieja. Agustín, buen chofer, y yo seríamos sus únicos ocupantes. Mientras, no teniendo nada que hacer, me dedicaba a pasear, sin rumbo fijo, con un libro de versos, siempre agradable de leer bajo el amparo de los árboles.

Subía yo una mañana por la calle del Cisne, cuando por la acera contraria vi que descendía, lenta, ensimismada, una sombra de hombre que, aunque muy envejecida, identifiqué sin vacilar con la del retrato de un Machado más joven aparecido al frente de sus poesías —edición de la Residencia—, conservada por mí con mucho cariño. Era él, su sombra, no me cabía duda, su sombra triste, declinada, como con pasos de sonámbula, de alma sumida en sí, ausente, fuera del

mundo de la calle. ¿Qué hacer? ¿Sería capaz de despertarla, arrojándola fuera de su sueño? Si no me atrevo ahora —me dije—, no me atreveré nunca... Y corrí a su encuentro, temeroso de que se me esfumara.

—¿Don Antonio Machado?

Dos «Sí, sí», espaciados, salieron de su boca, después de un trémulo silencio, como si hubiese necesitado hacer un llamamiento a la memoria para acordarse de su nombre.

—Rafael Alberti... Quería conocerlo y darle las gracias...

—¡Ah, ah! —susurró, todavía mal despierto, tomándome la mano—. No tiene usted que agradecerme nada...

Y ausentándose nuevamente, perdida sombra entre las galerías de sí mismo, lo vi alejarse, «mal vestido y triste», en la clara mañana estival, calle del Cisne abajo...

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez...

Así lo retrató Rubén Darío. Y así fue, en realidad, don Antonio Machado hasta la hora de su muerte.

Un amanecer, por fin, salí del corazón de la meseta castellana con mi hermano. Iba a empezar mi segundo libro. De canciones también. En mi cuadernillo de viaje ya estaba escrito el título: *La amante.* ¿Quién era la que con ese nombre iba yo a pasear por tierras de Castilla hasta el Cantábrico, el otro mar, el del norte, que aún no conocía? Alguien —bella amiga lejana— de mis días de reposo guadarrameño. Todavía el marinero en tierra era quien se lanzaba a recorrer llanos, montes, ríos y pueblos desconocidos, pero esta vez sin la compaña de la hortelana azul de su mar gaditano. Pedro Salinas, a quien con gran sorpresa encontré en la plaza de Burgos, registró años más tarde la imagen exacta de lo que parecía yo en aquel viaje: «correo de gabinete, mensajero del rey, que porteaba, de mar a mar, una razón secreta de estado, desde las plateadas salinas de San Fernando a los foscos acantilados de las Asturias de Santillana». Dicho con gracia por Salinas, eso era yo, aunque sin darme mucha cuenta. Y así lo pregoné a mi paso por Aranda de Duero:

¡Castellanos de Castilla,
nunca habéis visto la mar!
¡Alerta, que en estos ojos
del sur y en este cantar
yo os traigo toda la mar!
¡Miradme, que pasa el mar!

Rítmico, melodioso, ligero, recorrí con aquella amante ya perdida más de una centena de pueblos, desparramando por casi todos ellos, y las innumerables sendas y caminos que los enlazaban, mi canción. Itinerario jubiloso, abierto en casi todo instante a la sonrisa. Pero lo divertido, que siempre amo, surgió en Medina de Pomar.

Visitaba con mi hermano Agustín su hermosa colegiata. En la iglesia, el viejo sacristán socarrón que nos explicaba, se detuvo, solemne, ante el sagrario del altar mayor: un áureo y relampagueante joyel rodeado de reliquias.

—Aquí se encierra —susurraba, despacioso, el vejete— la esquirla de un hueso de san Francisco. Aquí, un diente de san Blas, abogado de los dolores de muelas. Aquí, una aguja de la Virgen. Aquí, una lágrima de san Juan. Aquí...

Se calló, de pronto, dejándonos suspendido el aliento. Había llegado al centro del sagrario. Junto a su dedo, romo y sucio, resplandecía con más vigor el pequeño aposento de otra reliquia.

—Aquí... ¿A que no saben ustedes lo que hay?

Mi hermano, buen creyente, esperaba con cierta unción. Yo, en cambio, mordiéndome la risa.

—Pues aquí se conserva nada menos que el prepucio de Cristo.

Hasta Agustín soltó la carcajada.

—No se rían ustedes. ¡El verdadero prepucio de Cristo! —recalcó el sacristán, indicándonos con un gesto que nos calláse mos—. El verdadero —repitió—, pues el que se venera en la catedral de Jaén es falso.

Antes de esta devota escena en Medina de Pomar, algo muy divertido también —entre cosas más serias— había vivido yo durante mi permanencia de unos días en Santo Domingo de Silos, el maravilloso monasterio románico escondido tras los montes de la Demanda, en tierras de Burgos. Bien entrada la noche, llegamos a aquel benedictino hogar, cuyo patrón y fundador fuera trovado por Gonzalo de Berceo, clérigo de la misma orden. Un misterioso frailecico, después de unos largos quejidos de cerrojos y llaves, nos entreabrió la pesada puerta, invitándonos a pasar. A nuestras «Buenas noches» respondió solamente con una muda reverencia. Era la hora de silencio para la comunidad de san Benito. Un farolillo de aceite le pendía de una mano; de la otra, un rosario de gruesas cuentas. Una vaharada de aire frío entre un perfume de jardín invisible nos anunció el fin de los asustantes corredores, por los que al parecer sólo seguíamos la mano encandilada del fraile. La oscuridad era profunda. Sólo el frío que se intensificaba y el eco entrecortado de una fuente nos dejaron adivinar los ojos, ciegos a la noche, de las arcadas del claustro bajo, maravilla del siglo IX.

Escaleras, nuevas arcadas y pasillos, siempre detrás de aquellos pasos enfranelados, tuvimos que recorrer, inquietos, antes de que una última reverencia nos cerrara la puerta de la celda que la hospitalidad de los frailes de Silos ofrece tradicional y desinteresadamente al caminante.

Un puro canto gregoriano nos despertó antes del alba. La comunidad toda llenaba el claustro alto, camino de la iglesia. La seguimos. Misa cantada. Los campesinos del pueblo, allí congregados, entonaron, de memoria, los cánticos, a coro con los frailes. Una armonía perfecta se expandió en oleadas por la nave del templo. Todas las albas del año podía oírse este mismo concierto, que ni las nieves y fríos invernales más crudos eran capaces de impedir. Acabada la misa, a hombros sus aperos de labranza, dejados mientras en la plaza, aquellos humildísimos labriegos se esparcían por los campos.

Después del desayuno —manteles blancos y vajilla de barro como puestos allí por Zurbarán—, nos rodearon los frailes. Besamos la mano al abad, el padre Luciano Serrano, historiador ilustre, a quien —me confesaron en la intimidad de una noche varias de sus ovejas, ya amigas— odiaba todo el monasterio. En la comunidad había un poeta, culto y simpático, aunque bastante mal poeta, Justo Pérez de Urbel, conocedor de la simbología de las pinturas y capiteles románicos de los claustros. Cosas maravillosas le escuché, lecciones que no he olvidado todavía. Él me mostró el códice de Gonzalo de Berceo, tesoro que custodia la orden desde que se escribiera y en cuyas hojas aspiré el aroma sagrado y primigenio de nuestra poesía. (¡Lástima que hoy Justo Pérez de Urbel sea uno de los frailes más adictos al régimen de Franco!) El hermano farmacéutico, pequeñito y zumbón, también se hizo mi amigo. Al enseñarme la farmacia, en lo más hondo y oscuro del convento, quise arrancarle la fórmula del famoso licor benedictino, llamado ya entonces el licor de Santo Domingo de Silos, gracias al poco amistoso pleito que los frailes franceses, sus hermanos también en san Benito, habían entablado contra la orden española. Los negocios, aunque ande de por medio el Espíritu Santo, son los negocios. Entre risas y bromas, propuse al farmacéutico envenenar al abad, a quien nada querían y tendrían que aguantar hasta su muerte, ya que ese cargo, después de concedido por todo el monasterio en secreto voto, es para toda la vida y sólo el santo padre de Roma puede sacárselo. ¿Por qué al abad lo odiaban tanto? Era despreciativo y mandón, además de orgulloso, y aquellos pobres frailezucos, de origen campesino en su mayoría, se

consideraban humillados, hartos de tanta altanería y poca bondad. Lo soportaban resignadamente. ¡Qué remedio! Ellos eran sus electores, pero ¿quién iba a imaginar que aquel gustoso voto iba a calar la mitra de santo Domingo en la cabeza del demonio? Porque demonio, en poder de todos los del infierno, llegaron a pensar que era. Así lo había visto Bernardino, el hermano hortelano, viejo y delirante, casi en las agonías de su muerte. El abad, no sé por qué razones, tuvo que viajar a Roma. Y Bernardino, viejo guerrillero carlista, autor de varios asesinatos, con la cabeza puesta a precio, salvada por el derecho de asilo que concede el monasterio, se creyó en el deber de comunicar a sus hermanos la más terrible de sus visiones nocturnas.

—Hijos, acercaos. Os voy a confesar lo que acabo de ver. Nuestro abad está en pecado mortal. No puede visitar al santo padre. Cada vez que pretende subir las escaleras del Vaticano, una legión de demonios que baja de una torre, lo sube hasta ella, arrojándolo luego desde allí. Hasta que se confiese y sea absuelto, no será recibido.

Pocas horas después, Bernardino volvió a llamar a todos sus hermanos.

—Alegrémonos, hijos —les dijo, ya con las bascas de la muerte—. Nuestro padre abad está en gracia de Dios. Confesó sus pecados. Habla en estos momentos con el santo padre. Puedo morir en paz.

Ésta y otras visiones que tuvo fray Bernardino al final de su vida, trajeron amedrentado a todo el monasterio. Hasta después de muerto, los frailes las contaban con terror. Para ellos, murió en olor de santidad. Para el abad... Nunca habían tenido el valor de preguntárselo.

¡Noches inolvidables las de mi breve estancia en Silos! Rompiendo la regla del silencio, algunos frailes más osados acudían a mi celda Les ofrecía vino de Jerez; ellos, a mí, el licor famoso. Hasta la última campanada de las doce me acompañaban empinando el codo, aunque más de una vez los vi pasarse de la hora. Como yo no tenía ninguna obligación de comulgar, continuaba bebiendo solo. ¡Qué alegres y curiosas aquellas reuniones casi secretas! El caldillo andaluz encantaba a los frailes, encandilándolos, volviéndolos locuaces y preguntones. Aunque la orden de san Benito no impone la clausura, el mundo para ellos —excluyendo al abad y otras autoridades— no iba más lejos de los pueblos y campos comarcanos, que recorrían, ya a caballo o a pie, predicando la doctrina de Cristo. Por eso el mundo de más allá de sus experiencias les intrigaba de verdad. ¿Cómo era Madrid? ¿Cómo Sevilla y Barcelona? ¿Cómo el teatro, los bailes, las corridas de toros? Mis explicaciones, divertidas y picarescas casi siempre, les dilataban las pupilas, arrebolándoles la cara.

—Pero el teatro no es nada comparado con las varietés —les dije, malicioso, una noche.

Pocos conocían la palabra y menos el sentido del espectáculo. Les hice entonces una demostración. Tomé la cogulla de uno de los frailes y, ciñéndomela al cuerpo a manera de mantón de Manila, les canté el cuplé más de moda en Madrid por aquellos días:

Soy la maja moderna española
que en la Castellana
se pasea...

Mis gestos exagerados, mis quiebros de cintura, mis desplantes y juegos con la cogulla, los fascinaron a tal punto que prorrumpieron en aplausos, levantando las copas y brindando no sé si por mí o por la Raquel Meller, a quien yo imitaba. Convinieron, después de otras demostraciones, en que, si todo era así, las varietés nada tenían que ver con el infierno. El diablo podía dormir tranquilo.

Frailes como estos de Silos, liberales, cultos y cándidos a un tiempo, vi luego pocas veces. La biblioteca que cuidaban era maravillosa. Hasta libros de los poetas simbolistas franceses vi en ella. Un Verlaine tuve entre mis manos. Casi constantemente recibía el monasterio la visita de hombres

conocidos. Más de una vez don Miguel de Unamuno paseó por sus claustros, inquietando a la comunidad con sus dudas y paradojas. En el álbum para los huéspedes, vi estampada su firma, así como la de Zuloaga, Eugenio D'Ors, Gerardo Diego y otros artistas y escritores de nombre. Yo les dejé un poema en honor de la Virgen de Marzo y el Niño, que con ojos de vaca presidían el claustro bajo, no lejos del ciprés y las malvas reales del jardín. ¡Inolvidables días aquellos en el Monasterio de Santo Domingo, a la buena sombra de Berceo y tantas almas inocentes con aroma a Edad Media y pan moreno de los campos! (Parece que ahora esas tan buenas prendas liberales y puras han sucumbido a los pies del Caudillo, aceptando la Orden Benedictina lo que otras Órdenes religiosas rechazaron: el cuidado del Valle de los Caídos, ese horror necrofílico del régimen, que tantas lágrimas y millones ha costado al pobre pueblo español.)

Rodando, rodando con mi «amante», llegué, por fin, al mar.

¡Perdonadme, marineros,
sí, perdonadme que lloren
mis mares chicas del sur
ante las mares del norte,
¡Dejadme, vientos, llorar,
como una niña, ante el mar!

Grande fue mi emoción ante el Cantábrico, aquella masa fosca y brava tan diferente a la mansa y azul de mi bahía. Desde Laredo, recorrí toda la costa santanderina y vasca, hasta San Sebastián, dejando una canción en cada pueblo marinero. Nuevamente en Madrid, escribí la última —la número 70—, adiós a aquella amiga, más soñada que cierta, la ideal compañera de viaje por tierras españolas para mí antes desconocidas.

Una grata sorpresa me esperaba al llegar: las pruebas de *Marinero en tierra* sobre mi mesilla de trabajo. Nunca me había visto en otra. Ignoraba cómo corregirlo. Me inventé unos signos especiales y lo devolví, con sellos de urgencia, a la imprenta de El Adelantado. Durante el otoño apareció el libro, en edición correcta, con el dibujo de Vázquez Díaz, las músicas de los dos Halffter y Gustavo Duran, más la carta de Juan Ramón Jiménez. Una faja amarilla destacaba en grandes letras negras: PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1924-1925. Los primeros ejemplares que dediqué fueron para los miembros del jurado. El destinado a Juan Ramón se lo llevé en persona. Y me dispuse, no sin cierta inquietud, a esperar las críticas, que no tardaron en aparecer. Rompió el fuego en las páginas de *El Sol* Enrique Díez-Canedo, con un artículo elogioso, en el que subrayaba mi parentesco con Lorca y la importancia, cada vez más saliente, de los poetas del sur. Lo siguieron Gómez de Baquero, Fernández Almagro, Bergamín, Marichalar... Casi todos hablaban de Federico, unos estableciendo diferencias y otros afinidades. La batalla Lorca-Alberti había estallado, una batalla larga en la que los contendores casi llegaron a las manos, mientras los dos capitanes se las estrechaban, amigos, en sus puestos. De provincias me llovieron algunos palos, absurdos, llenos de mala fe e incomprensión. El comentarista, anónimo, de un diario católico, después de afirmar: «Alberti adviene de alguna villegiatura nórdica al compás del cambiante marino», me llamaba «monstruo del averno», «corruptor de la poesía» y no sé cuántas preciosidades más. Otro me criticaba el ritmo, «la cojera buscada de los versos, que hace imposible su lectura». Algo insólito y necio, tratándose de libro tan sencillo, tradicional, como *Marinero en tierra.* (Ante la poesía y el teatro naciente de Federico, hasta personajes *más gordos* reaccionaban del mismo modo. Al principio, actrices como la Membrives, la López Heredia and Company se reían a carcajadas del *Romancero gitano* y sus primeras obras teatrales, claro que a espaldas de Lorca, después de haberles concedido el innegable honor de leérselos. Luego, las cosas cambiaron cuando la Xirgu y Josefina Díaz dieron a conocer, con clamoroso éxito, *Mariana Pineda, La zapatera prodigiosa* y *Bodas de sangre.* La taquilla, para ciertas actrices, es, al fin, la madre de la inteligencia.)

Tras el triunfo del *Marinero*, la *Revista de Occidente*, que Ortega y Gasset publicaba desde 1923, me pidió colaboración. Llevé a su secretario, Fernando Vela, una serie de poemas del mismo *Marinero*, mezclados con otros de *El alba del alhelí*, el libro que iniciara en las sierras de Córdoba bajo el título de *Cales negras.* Tanto en Francia como en Inglaterra aparecieron traducciones. (Las de los ingleses, pagadas; gratis, las francesas.) En fin, estaba muy contento. Quería escribir más. Pero en Madrid me era muy difícil, solicitado como estaba por todo el mundo. Una mañana tomé el tren y me marché de nuevo a Rute.

VI

Continúo escribiendo en los bosques de Castelar, con otro nuevo otoño a la vista. Me levanto siempre a la misma hora: las seis y media. Ya el sol no sale hasta pasadas las siete. El rocío centellea por todas partes como un fanal pulverizado. El zumo agrio de un limón y un rápido paseo en bicicleta me despiertan la frente, agilizándome la memoria. Desayuno. Y, si el tiempo es condescendiente, me siento a trabajar al aire.

En Rute conocían el «notición» del premio. Doña Coló y sus niñas se presentaron al instante en casa de mi cuñado.

—Aquí venimos a saludar al famoso poeta. ¡Vaya con don Rafaelito! ¡Qué embuchado se lo tenía! Sabíamos que era usted aficionado a los versos, pero..., pero... ¿Esto? ¡Vamos, que estamos muy contentas!

También acudió a felicitarme el notario amigo de los espiritistas, algo literato él, quien me llamó, entre afectuosos apretujones, «colega, vate insigne, amado de las musas». Por la calle, gentes hoscas que antes apenas me saludaban, ahora lo hacían, hasta con una sonrisa en los labios. Yo a poco de llegar me encerré en mis cuarteles —era invierno y hacía mucho frío—, allí, en la parte alta de la casa, pared por medio de la cárcel. Llevaba terminado mi segundo libro de canciones: *La amante.* Me propuse, como única tarea de esta nueva temporada rutena, dar fin al que iniciara en la anterior: *Cales negras,* cuyo definitivo título sería *El alba del alhelí.* Se acercaba la Navidad. Para alegrar a mis sobrinillos, escribí una serie de canciones inspiradas en las figuritas del Nacimiento que yo mismo les levanté. (Una de aquéllas:

Aceitunero que estás
vareando los olivos,
¿me das tres aceitunitas
para que juegue mi niño?,

años más tarde la hizo famosa, con ligeras variantes, la compañía de bailes y cantos populares de «la Argentinita», repitiéndose por toda España como de autor anónimo.) Otra serie —«El pescador sin dinero»— fue motivada por la manera un tanto tonta de tirarme el dinero del Premio Nacional con amigos ocasionales:

¡Qué tonto!
¡Ya te lo has tirado todo!
Y ya no tienes amigo,
por tonto; que aquel amigo
tan sólo iba contigo
porque eres tonto.
¡Qué tonto!

Nuevos pregones, estampas y coplillas fueron definiendo el libro, dándole ese perfil, ese dibujo que siempre, y casi sin querer, me exijo para todas mis cosas. Ya bien crecido, dividí aquella parte rutena de *El alba del alhelí* en dos secciones: «El blanco alhelí» agrupaba los poemas ligeros, graciosos, juguetones, suaves...; y «El negro alhelí», los más dramáticos y oscuros, como «La maldecida», «La encerrada», «Alguien», «El prisionero»... La tercera sección —«El verde alhelí»— se la dejaba al mar, que visitaría pronto. Mi despedida de Rute coincidió con una carta de García Lorca, respuesta retrasada a varias mías que le escribiera en aquella corta temporada. Por su brevedad, la recuerdo aún. Decía:

Querido primo ayer tarde hubo aquí una gran tormenta. Dime, por favor, si también la hubo ahí. Trabajo, entregado a la poesía, que me hiere y me manda.

¡Adiós!
¡Al molino del amor,
por el toronjil en flor!
¡Adiooós!

Abrazos,

FEDERICO
¿Cuándo vienes a Granada?

Yo nunca iría a Granada, ni entonces ni después. Pero aquella misma noche salí en un auto para Málaga, con el amigo de los espiritistas, el buen notario que me llamaba «vate ilustre, colega y amado de las musas».

De aquel viaje nocturno sólo recuerdo, como a través de una neblina, el paso por Antequera, donde mientras nos abastecíamos de nafta me recité en silencio octavas de la *Fábula del Genil,* de Pedro Espinosa, el gran poeta clásico allí nacido. Llegamos casi al amanecer. Desde las palmeras del parque, vi los ojos de Málaga abrirse sobre el mar y sonrosarse toda como un clavel de sus orillas. A las nueve, corrí a la imprenta Sur. Ni Prados ni Altolaguirre me esperaban. No me conocían. Pero me adivinaron. Fue un encuentro maravilloso. Componían en ese momento el segundo o tercer número de *Litoral,* la mejor revista española de poesía que registró los años más felices de nuestra generación. Manolo —Manolito— se disparó hacia mí, derribando un frasco de tinta, rompiéndose en mis hombros como ángel caído de una torre. Emilio Prados, mientras, empinados los ojos tras sus gafas, me contemplaba, inmóvil, con sonrisa de chino. Eran los héroes solitarios de la imprenta. De aquel minúsculo taller salían, compuestas pacientemente a mano y letra a letra, las páginas más limpias de toda la lírica de entonces. Por aquellos días preparaban los dos poetas tipógrafos sus primeros libros: Prados, *Tiempo* y *Canciones del jarero;* Altolaguirre, *Las islas invitadas.* Emilio Prados era ya lo que luego sería y sigue siendo hoy: una tormenta oscura, un rayo subterráneo que combatiera siempre por esgrimirse al aire, un sentimiento concentrado, comprimido por insufribles torturas. A veces, con su linterna de luz sorda en la mano, logra ascender de su mina profunda. Pero por poco tiempo, pues su mundo —infierno y paraíso especiales— se encuentra allí en esas hondas galerías que solamente él conoce y en las que fragua sus veladas centellas luminosas.

Con Prados se podía andar por las calles, pero con Manolito, ¿cómo? Lo hacía a trompicones, en zigzag, llevándose en las mangas la cal de las paredes. De pronto se salía de la acera, yendo a parar al centro de la calle, o se quedaba atrás, desapareciendo —tales eran sus cambaladas— en los portales de las casas, de donde había que extraerlo para irlo a buscar a los pocos instantes. Tenía

cara de poeta escandinavo —Bolin es su segundo apellido—; el pelo alto, en caracolas; la boca sonriente, siempre dispuesta para la gracia. Parecía todo él un ternero escapado del limbo, una rara invención angélica extraviada en la tierra. Manolito había perdido su madre por aquellos días. Y la fecha de esta muerte iba a ser —según él mismo confesara— la más importante en su vida de poeta y de hombre. Muchos de los poemas de *Las islas invitadas* que entonces me leyera, estaban ya tocados de esa angustia, de ese dolor, hondos, como los del cante andaluz más sublimado y puro:

Era mi dolor tan alto,
que la puerta de la casa
por donde salí llorando
me llegaba a la cintura...

Con Manolo y Emilio pasé en Málaga horas inolvidables. Juntos recorrimos las playas, viendo las redes al sol, espejeantes de boquerones; paseamos el Limonar, subiendo al castillo de Gibralfaro, la vieja fortaleza mora. Cuando un anochecer me acompañaron al puerto para decirme adiós, me di cuenta que allí, al pie del mar Mediterráneo, dejaba la amistad de dos nuevos poetas, recién nacidas ramas, andaluzas también, de nuestra bella generación. Antes de partir, les entregué el manuscrito de *La amante,* que publicaron ese mismo año (1926).

Un feo barquichuelo, de aún más feo nombre —*Enriqueta R.*—, me llevó a Almería. Mi hermana Pepita, la más querida de todas, me esperaba en el muelle con su marido, un joven abogado (al que estaría reservada una muerte terrible en los primeros días de nuestra guerra). Allí estuve con ellos, matrimonio reciente, aún sin hijos, un par de meses. Almería me gustó. Era como una avanzada de África. Cuando de noche soplaba «el terral», un viento ardiente del desierto, amanecían los zaguanes inundados de arena. El sol de primavera calentaba como si fuese de verano. Un mar tibio y azul me permitía bañar casi todos los días. En la playa o entre las palmeras del parque, comencé las canciones destinadas a la última parte de *El alba del alhelí.* Una linda muchacha filipina era mi amiga. Sus padres la habían dejado un tiempo con mi hermana al trasladarse a Madrid. Con ella recorría las azoteas, escuchando, como en el Puerto, las conversaciones de las cocinas por la ancha boca de las chimeneas. ¡Qué hermoso era, luego de anochecido, permanecer juntos por aquellos terrados, viendo encenderse las luces de los barcos, dibujarse en el cielo las constelaciones! Y sucedió lo que tenía que suceder: nos enamoramos. Y mi hermana entonces, muy lista, me insinuó amablemente la conveniencia de regresar a casa. Lo hice, pero llevándome un montón de canciones y uno de los recuerdos más dichosos de mi juventud.

Llegaba a Madrid con mi tercer libro completamente terminado. ¿Qué hacer para arrancar de nuevo? Ya el poema breve, rítmico, de corte musical me producía cansancio. Era como un limón exprimido del todo, difícil de sacarle un jugo diferente. ¿A qué apretarlo más? ¿Acaso no había tanteado ya otras formas en mi *Marinero?* Primeramente escribiría tercetos, aprovechando aún mis amados temas marinos, pero añadiendo otros que andaban golpeándome las sienes. Ya comenzaba entonces nuestro entusiasmo por Góngora, acrecentado por la proximidad de su centenario. Necesitaba con urgencia un título. ¿Cómo conducirme sin él, ceñir la nueva lírica avalancha que intentaba invadirme? *Pasión y forma,* encontré, a poco de iniciados los primeros poemas. Era una poesía de pintor, plástica, lineal, de perfil recortado. Aquel temblor de alma de mis canciones lo iba a meter como en un cofre de cristal de roca, en una blanca y dura urna, aunque trasparente. Sometería el verso métrico a las presiones —y precisiones— más altas. Perseguiría como un loco la belleza idiomática, los más vibrados timbres armoniosos, creando imágenes que a veces, en un mismo poema, se sucederían con una velocidad cinematográfica, porque el cine, sobre todo, entre otros inventos de la vida moderna, era lo que más me arrebataba, sintiendo que con él había nacido algo que traía una nueva visión, un nuevo sentimiento que a la larga arrumbaría de una vez al viejo

mundo desmoronado ya entre las ruinas de la guerra europea. Y dejando a un lado tercetos y sonetos, más mi deliberada influencia gongórica, declaré con jubiloso convencimiento:

Yo nací —¡respetadme!— con el cine,
bajo una red de cables y aviones,
cuando abolidas fueron las carrozas
de los reyes y al auto subió el Papa.

No sabía entonces si aquel respeto demandado era justo, si me equivocaba al pedirlo. Luego, he visto que no, pues no fue sólo el cine, en el que yo centraba esquemáticamente el punto de partida de lo nuevo, sino todo lo otro, lo que llevaría al hombre de este siglo a ser el campeón, el portasol, el héroe luminoso de una humanidad antes desconocida.

Pasión y forma era un buen título, pero por sugerencia de José Bergamín se quedó al fin en *Cal y canto,* de significado incompleto. Comencé a publicar sus primeros poemas. En la *Revista de Occidente* aparecieron: «Oso de mar y tierra», «Sueño de las tres sirenas» y «El jinete de jaspe» En *Litoral,* tercetos también, salió «Narciso», una trasposición de la fábula griega a los tiempos modernos. Tuve éxito, para muchos. Otros, afilando las uñas, empezaron a hablar de neoclasicismo, de sometimiento a las formas tradicionales, de la vuelta a la estrofa. Yo sabía bien lo que estaba haciendo; más aún, lo que se necesitaba. Surgía por todas partes el remedo de la canción —ya culta o popular— que Federico antes, a su modo, y yo un poco después, al mío, lanzáramos a los cuatro vientos. Un andalucismo fácil, frívolo y hasta ramplón amenazaba con invadirlo todo, peligrosa epidemia que podía acabar incluso con nosotros mismos. Se imponía la urgencia de atajarlo, de poner diques a tan tonto oleaje. Recuerdo que en una entrevista que alguien me hiciera para *La Gaceta Literaria,* aparecida a comienzos de 1927, declaré, entre bromista y malhumorado: «Yo no soy andaluz, soy noruego, por intuición y por simpatía personal a Gustavo Adolfo Bécquer». Me propuse hacer de cada poema una difícil carrera de obstáculos. Góngora nos llegaba muy oportunamente. Su glorificación y las infiltraciones de sus lianas laberínticas en nuestra selva poética nos ayudarían a conjurar el mal. Hasta Federico, inédito aún su *Romancero gitano,* hace un alto en su andalucismo y lanza la «Oda a Salvador Dalí», que si no mucho tiene que ver con Góngora, menos lo tiene con lo «popular».

Aquella vuelta a la estrofa sería defendida con verdadero ardor y claras razones por uno de sus destructores más encarnizados: Gerardo Diego. Es ahora interesante recoger algunas de sus aseveraciones: «Un poeta de entonces —de ayer— no sabía realizar estrofas perfectas, por la misma razón que un músico no resolvía una sonata ni un pintor la arquitectura de un cuadro. Unos años más y nos arrastrará el magnífico huracán de los ismos de avance. Preocupa la materia, la novedad del contenido. Imposible lograr a la vez la armonía del continente. Renace la calma, y decimos: hay que crear. O lo que es lo mismo: hay que poseer, domeñar, tener conciencia... Tres caminos se ofrecen. Para cada obra, su forma única, plena. El verso libre... o sea la estrofa libre. La estrofa vieja. O inventar nuevas estrofas. ¿Retórica? Evidente: retórica. Pero todo es retórica, y el huir de ella una manera de retórica negativa, mil veces más peligrosa. No. No debemos huir de nada... Hacemos décimas, hacemos sonetos, hacemos liras porque nos da la gana... La gana es sagrada. Y es lógica, por la misma razón que los pintores se obstinan hoy en dibujar bien y los músicos en aprender contrapunto y fuga. Pero hay una diferencia con nuestros razonables abuelos del XVIII. Para ellos, la estrofa, la sonata o la cuadrícula eran una obligación. Para nosotros no. Hemos ya aprendido a ser libres. Sabemos que esto es un equilibrio, y nada más. Y es seguro que sentiremos muchas veces la bella y libre gana de volar fuera de la jaula, bien calculado el peso, el motor y la esencia, para no perdernos como una nube a la deriva. Estrofa, siempre estrofa, arriba o abajo, esclava o sin nombre». Estas ideas de Gerardo, que aunque aparecidas más tarde sintetizaban muy bien el sentir de todos, venían a coincidir con los primeros clarinazos de nuestra batalla en defensa

de Góngora, cuyo centenario —el tercero de su muerte— nos disponíamos a celebrar estrepitosamente. Faltaba todavía casi un año. Pero era necesario ir tomando posiciones, apretar las filas de nuestros ejércitos, estudiar la estrategia para tan *colosal combate.* Se rumoreaba ya que la Real Academia se cruzaría de brazos, es decir, declararía la guerra del silencio a tan magna fecha. Don Luis, a pesar de contar con algunos acobardados simpatizantes en la docta corporación, era aún oficial y tradicionalmente considerado un demonio con cuernos, «ángel de las tinieblas», verdugo del idioma, sobre todo en aquellos dos poemas geniales —*Soledades y Fábula de Polifemo y Galatea*—, centro de nuestra admiración entusiasta.

Estamos en el mes de abril de 1926. Y en uno de esos simpáticos cafés madrileños que amábamos. Los allí casi improvisadamente reunidos éramos: Pedro Salinas, Melchor Fernández Almagro, Gerardo Diego y yo. De nuestro primer cambio de ideas surgió la convocatoria para una primera asamblea gongorina en la que se trazarían las líneas generales del proyecto: reivindicar definitivamente a don Luis con motivo de su centenario. Acudieron —además de nosotros y algunos que ahora olvido— Antonio Marichalar, Federico García Lorca, José Bergamín, Moreno Villa, José María Hinojosa, Gustavo Duran y Dámaso Alonso. Se propuso distribuir en doce cuadernos o libros todos los trabajos: seis para las poesías de don Luis y seis para los homenajes. Las ediciones de los seis primeros estarían a cargo de Dámaso Alonso *(Soledades),* José María de Cossío *(Romances),* Pedro Salinas *(Sonetos),* Jorge Guillen *(Octavas),* Alfonso Reyes *(Letrillas)* y Miguel Artigas, autor de una galardonada vida del poeta *(Canciones, décimas, tercetos).* De los seis restantes se responsabilizaban: Gerardo Diego *(Antología en honor de Góngora desde Lope de Vega a Rubén Darío),* Antonio Marichalar *(Prosas* de contemporáneos sobre Góngora), Moreno Villa *(Álbum de dibujos)* y Ernesto Halffter *(Álbum musical).* La *Relación del centenario* sería compuesta por los de mejor voluntad. A mi cargo estarían las *Poesías* dedicadas a Góngora por los poetas invitados al homenaje. Además —gran honor— fui nombrado secretario del mismo. También a Marichalar se le encargó la misión más delicada y difícil: conseguir que la *Revista de Occidente* editara todos los tomos proyectados, cosa que de su director, José Ortega y Gasset, logró inmediatamente. (Estos datos y los que vendrán más adelante los refresco tomándolos de la «Crónica del centenario», publicada por Gerardo Diego en *Lola,* suplemento de *Carmen* —número 1 y *2,* 1927-28—, la revista de poesía, dirigida por el mismo Gerardo.) En sucesivas asambleas se planearon las fiestas que se celebrarían en honor de don Luis: acto de fe en desagravio de tres siglos de necedades; representación de alguna pieza teatral de Góngora; conciertos, una verbena andaluza, exposiciones de grabados y dibujos, conferencias, lecturas, etc. En su momento oportuno se enviaría la carta-invitación a las colaboradores del homenaje. Yo, como secretario, me encargaría de todo esto. Mientras tanto, faltando aún bastante tiempo para iniciar la batalla y echándose ya el verano encima, el grupo gongorino se deshizo, con la seria promesa de reunirse en octubre.

Vuelvo a mi obra —*Pasión y forma*—, que amplío con sonetos, y unos romances, que impresionaron mucho a Salinas cuando se los leí y que doy a conocer en *Mediodía,* la flamante revista de los jóvenes poetas sevillanos, e inauguro también una serie de poemas burlescos, claros precursores de mi libro sobre los tontos del cine a la vez que suaves precedentes de *El burro explosivo.* Conozco ese verano al pintor Benjamín Palencia, que me pinta un buen retrato, haciéndonos muy amigos. Pertenecía Palencia a una nueva promoción de excelentes pintores, casi todos ellos en París: Bores, De la Serna, Peinado, Ucelay, Pruna, Ángeles Ortiz, Cossío, y Dalí, incorporado al grupo por aquellos días, mas para hacer pronto rancho aparte y comenzar, a pesar de su gran talento, una tonta y productiva carrera de escándalos, que lo llevaría al fin hasta su oportunismo vaticano-franquista de hoy, convirtiéndolo en uno de aquellos putrefactos de su propia invención. Como hermano mayor de todos ellos podía considerarse a Juan Gris. Luego, vendría Miró. En España quedaban, algo quizás más jóvenes que Palencia, Gaya, Luna, Flores y otros que no recuerdo. Era Benjamín un trabajador infatigable, con cara e ingenuidad de campesino. Cuando mostraba sus dibujos —los hacía por miles—, empapelaba realmente el suelo del taller, quedando al visitante únicamente el minúsculo espacio de sus pies, imposibilitado de todo movimiento. Las series eran interminables. Se acababa de recorrer Extremadura, dibujando a cuanto pastor y niño se

ponían a tiro de su lápiz. Creo que esas dos provincias le deben a Palencia un monumento. Algún día se lo harán, y toda la pasmada población de aquellos campos acudirá a rendirle homenaje. Los paisajes que también pintara de esas extrañas tierras, son, para mí, lo más insigne de su obra. (Conozco mal lo que ahora hace. Lo poco de lo último —o penúltimo— expuesto aquí, en Buenos Aires, me ha gustado menos. Mucho, sí, nuevamente, unos terrenos labrantíos, mondos, deshabitados, de su vieja etapa extremeña.)

El entusiasmo taurino de José María de Cossío, nueva amistosa adquisición de nuestras reuniones gongorinas, me llevó una tarde a conocer, en el *hall* del Palace Hotel, a un tipo excepcional, que sería, luego de su horrorosa muerte, héroe de una de las mejores elegías derramada de pluma española: Ignacio Sánchez Mejías, tan sólo matador de toros en aquellos momentos. (Digo «tan sólo» porque poco más tarde llegó a ser autor dramático, y, con la asesoría de García Lorca, animador y empresario de una compañía de bailes españoles encabezada por su amiga Encarnación López, «La Argentinita».) Ignacio estaba entonces en su madurez física, pero ya ante las puertas de esa edad en que para el difícil arte de la tauromaquia se pierden pies, gracia, ligereza, perfil, cosas que, por el contrario, poseía hasta el extremo un joven espada, amigo reciente, en su más alto mediodía: Cayetano Ordóñez, «Niño de la Palma». Recuerdo que Cossío, apasionado de mis versos, me pidió recitarlos inmediatamente, casi al mismo tiempo en que Ignacio me abrazaba y pedía a un mozo del hotel una buena botella de manzanilla. Yo andaba entonces enfrascado en mis tercetos. «Corrida de toros» y «El jinete de jaspe» eran los últimos. Comencé. Sánchez Mejías los escuchaba atento, abierta una sonrisa en su rostro viril.

Caracolea el sol y entran los ríos,
empapados de toros y pinares,
embistiendo a las barcas y navíos.

—¡Qué bruto! —comentó, interrumpiéndome, pero indicándome con la mano que siguiera. Concluido el recitado, le dije que aquella expresión, en boca de un hombre que había lidiado y dado muerte a más de setecientos toros, no sólo me parecía justa sino que me llenaba de orgullo. Luego Cossío me pidió «Las chuflillas», poema ligero, juguetón, dedicado al Niño de la Palma, gran admiración mía, de Bergamín y del propio Cossío. Aquí las cosas no marcharon tan bien.

—¡Lástima de poema! —dejó caer Ignacio, después de un duro silencio.

{Los toreros, como nuestros grandes poetas del siglo XVII, no han sido nunca ejemplo de condescendencia y amistad hacia sus hermanos de oficio. Aquel comentario del gran espada sevillano me lo confirmaba.)

Puedo decir que de mi generación fui el primero que conoció a Sánchez Mejías y se hizo su amigo. No era Ignacio un torero de extracción popular, como la mayoría. Hijo de un conocido médico de Sevilla, llegó hasta cursar algunos años del bachillerato. Pero la muy andaluza vocación por los toros lo lleva a torear con otros muchachillos de afición por campos y dehesas, conociendo entonces a Joselito, su futuro cuñado, quien conseguiría ser uno de los más grandes espadas de todos los tiempos. No voy a relatar aquí su apasionada y violenta carrera taurina, contada fervorosamente por José María de Cossío en su monumental tratado *Los toros.* Sólo me referiré a mis relaciones con Ignacio desde la tarde de nuestro encuentro hasta la llegada de la República.

¡Qué hombre más extraordinario e inteligente aquel torero! ¡Qué rara sensibilidad para la poesía, y sobre todo para la nuestra, que amó y animó con entusiasmo, ya amigo de todos!

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza,

dijo García Lorca en el *Llanto* para su muerte. Porque Ignacio, en lo físico y en todo, no era un andaluz de gitanería, sino ese otro, clásico, grave, perfilado y severo de la Sevilla de Trajano. Mas, a pesar de su aire pensativo, solía ser divertido, gracioso, burlón y hasta algo pesado en sus frecuentes bromas, un tanto infantiles. Yo lo he visto en la calle disparando garbanzos contra las piernas de las muchachas, soplados por un canutillo de caña que se sacaba del bolsillo, escondiéndolo, rápido.

Como quien se tira al ruedo, Ignacio se lanzó con arrojo en nuestra guerra gongorina, aficionándose a las *Soledades,* llenando su memoria de los más difíciles y ceñidos arabescos de don Luis. Poco antes de la fecha del centenario, me llamó a Sevilla. Se celebraba el séptimo aniversario de la trágica muerte de Joselito. Del tren, me trasladó a un cuarto del hotel Magdalena, encerrándome con llave, mientras me advertía:

—Ni comerás ni beberás hasta que escribas un poema dedicado a José. La velada en su honor es esta misma noche. En el teatro Cervantes.

Unas horas más tarde recuperaba yo mi libertad, leyéndole a Ignacio «Joselito en su gloria», cuartetas muy sencillas que repetí en la fiesta, entre los oles y ovaciones de un frenético público compuesto de gitanos y gentes de la torería devotas del espada. Un señor cursi, de monóculo, intervino a mi lado con un floripondesco discurso. Era Felipe Sassone, mediocre remedador del más tonto teatro benaventino.

Durante aquella breve estancia en Sevilla, conocí a los jóvenes poetas agrupados alrededor de la revista *Mediodía.* Entusiastas, heroicos, en medio de la indiferencia frívola y jaranera de la capital andaluza. Recuerdo ahora a Collantes de Terán, a Rafael Porlan y Merlo, a Justo Sierra, a Rafael Laffon, a Romero Murube... Todos ellos con aire de torerillos sevillanos, de cuadrilla poética, ya lidiadores del mejor estilo en mitad de aquel ruedo literario español, cada día más amplio y hermoso. Por allí andaba también Adriano del Valle, poeta náufrago del ultraísmo, cambiado en cultor de brillantes jardines churriguerescos.

Y Luis Cernuda.

Moreno, delgado, finísimo, cuidadísimo. Pocas palabras aquel día. (Muy pocas, después, en muchos años de amistad.) Me enteré que habitaba en la calle del Aire. ¡Qué extraordinario, para el poeta que ya era y para el que llegaría a ser! La imprenta Sur, de Málaga, preparaba su primer libro. ¿El título? *Perfil del Aire.* Nadie podría autorretratarse mejor. Conocíamos ya algunos de sus poemas. Décimas o estrofas heptasílabas de una rara perfección lineal. Nitidez. Trasparencia. Se pretendió, al principio, relacionar esta poesía con la de Jorge Guillen. Pero pronto los buscadores de parecidos se llevaron el chasco. Cernuda había abierto los ojos en la calle del Aire, y el suyo, aun enjaulado en los finos alambres de unas décimas, levantaba en su vuelo temblor y música del sur, muy diferentes de los del poeta castellano. Cernuda era el cristal, capaz, en un instante, de romperse.

Guillen, el mármol sólido, elevado a columna. Por el aire aquel de su grieta del Aire, el sevillano iba a salir un día al corazón del sueño, encontrándose allí con el delgado y melancólico de otro poeta de su tierra: Gustavo Adolfo Bécquer, instalándose un tiempo, desvelado habitante del olvido, en su morada. Poeta más «andaluz y universal» —como quería Juan Ramón Jiménez— nunca lo hubo en Sevilla.

Otro poeta —«¡lo más grande que aquí hay!»— me presentó Ignacio la misma tarde de mi llegada. Estaba yo en el cuarto del hotel.

—Entre usted, don Fernando...

Un hombrón ancho, fuerte, con fiera planta de toro y ganadero a la vez, llenó el marco entero de la puerta, avanzando con una mano tendida.

—Aquí lo tienes... Don Fernando Villalón Daóiz, el mejor poeta novel de toda Andalucía.

Aquel Fernando Villalón que hacía crujir mis dedos entre los suyos, riendo de la presentación que acababa de hacerle su amigo, era nada menos que el famosísimo ganadero sevillano de reses

bravas, brujo, espiritista, hipnotizador, además de conde de Miraflores de los Ángeles... y poeta novel.

(Amplío aquí y acorto las páginas que le dedicara en mi *Imagen primera de...)*

Fernando y yo intimamos inmediatamente, exaltándonos a la vez el conocimiento mutuo de los mismos paisajes vividos por la bahía de Cádiz, las salinas de San Fernando, las bodegas de Jerez y del Puerto. ¿Cómo, estando tan cerca, no intentar un viaje? Y al cabo de dos días de auténtica borrachera arrebatada, de sorprendente coincidencia en entusiasmo por aquella nuestra Andalucía la Baja, nos marchamos, sin más preparativos, en un absurdo automovilillo que el propio Villalón guiaba, al Puerto de Santa María, en visita al colegio de San Luis Gonzaga, mi colegio, y suyo también, veinte años antes, con Juan Ramón Jiménez como condiscípulo. ¡Divertida excursión aterradora, pues Fernando no sólo levantaba las manos del volante explicándome sus proyectos literarios, sino que de pronto frenaba, sacaba del asiento una vara de mimbre y dejándome solo en mitad de la carretera se perdía por el campo persiguiendo una liebre! Le juré regresar en tren a Sevilla.

Era Fernando un hombre extraordinariamente fino y simpático, hijo de esa romántica Andalucía feudal, que se sentaba bajo los olivos a compartir, tú por tú, el pan con los gañanes. Profundamente popular, los verdaderos amigos suyos, los inseparables, eran los mayorales que guardaban sus toros, los gitanos, los mozos de cuadra, toda la abigarrada servidumbre de sus cortijos, además de cuanto torerillo ilusionado rondaba sus dehesas. Cuando lo conocí ya andaba arruinado. Negocios absolutamente poéticos lo habían venido hundiendo en la escasez, casi en la pobreza. Si Villalón fue, como se decía y yo lo pude comprobar, un hombre único, extraordinario, no se lo debe a su obra escrita, que es muy poca, sino a su fantástica vida, a su extraña personalidad. La verdadera vocación suya, la poética, no comienza a descubrírsela seriamente hasta pasados sus cuarenta y tantos años. De ahí que Sánchez Mejías me lo presentara, sin asomo de chufla, como poeta novel. El último escopetazo acababa de darlo Villalón con *Andalucía la Baja,* su primer libro, inesperado, de poemas.

—¡Pero este don Fernando! ¡Hay que ver con lo que nos sale a estas alturas! ¡Con versitos!

Los envidiosos, los chungones de las esquinas, los que le querían sin comprenderlo, toda Sevilla, en fin, andaba escandalizada, cuando yo llegué, con «la última locura del ganadero», que venía a revivir las otras reales o imaginarias de su vida, ya recontadas y deformadas, de boca en boca, Guadalquivir abajo.

Se decía que su ideal como ganadero de reses bravas se cifraba en obtener un tipo de toro de lidia que tuviera los ojos verdes; que para cazar nereidas de agua dulce cambió sus magníficas tierras de olivares por un islote desierto, plano y arenoso, en la desembocadura del Guadalquivir, islote que desaparecía totalmente a la hora de la marea; que para alcanzar el nirvana vivió más de seis meses en un sótano oscuro, acompañado de una cabra y un sapo, alimentándose únicamente con un poco de verdura; que en el Cuervo, y esto me lo contó el propio Fernando al pasar por aquel pueblerino camino del Puerto, había secado de una maldición el agua de todas las fuentes, llenándose esa tarde el horizonte de perros negros con cabezas blancas, que aullaron hasta el amanecer. Se decía... ¿Qué es lo que no se decía de Villalón por aquellos pueblos y ciudades? Él también me contó sus artes de magia para descubrir cuadros de Murillo. Compraba cuanto lienzo viejo veía, pues le bastaba una simple mirada para saber que bajo la primera capa de pintura se escondía otra del popular pintor sevillano. Pero los frutos de estos descubrimientos que me mostró en su casa no pasaban de ser unos mediocres cuadros de tema religioso, destrozados por los ácidos que empleaba para su limpieza, cuando no llenos de agujeros.

Se proponía escribir por aquel tiempo una especie de historia de la tauromaquia, que titularía: *De Geryón a Belmonte,* pues afirmaba, con cierta gracia y razón, que el primer torero conocido era Hércules, robador de los toros bravos del rey mítico de Tartesos, nombre antiguo de Andalucía. Se empeñaba Fernando en sostener las teorías más extraordinarias, refutadas siempre por Ignacio durante largas horas. Presencié algunas veces estas discusiones, tremendamente serias, que

terminaban mal, como aquella, más grave, en que el poeta ganadero se obstinó en demostrar a Sánchez Mejías que los tres Reyes Magos del Oriente, en su viaje hacia Belén para adorar al niño Dios recién nacido, habían pasado antes por Cádiz, cosa que Ignacio no aceptó, motivando casi un rompimiento entre los dos amigos.

Cuando poco después de *Andalucía la Baja* aquel conde de Miraflores de los Ángeles publicó sus *Romances del 800,* quedó incorporado, por su maravilloso poder asimilativo y talentos poéticos, a la nueva generación en marcha.

Al volver a Madrid, mediado el mes de mayo, Góngora ardía. Ya sabíamos los nombres de los adeptos, de los poetas invitados a colaborar en el número extraordinario que *Litoral*, de Málaga, publicaría. Ellos eran: Aleixandre, Altolaguirre, Adriano del Valle, Cernuda, Rogelio Buendía, Pedro Garfias, Romero Murube, Moreno Villa, Juan Larrea, Hinojosa, Prados, Quiroga Pla y otros. (No incluyo aquí nuestros nombres, los de la comisión invitadora.) A Antonio Machado, aunque luego no cumplió, hay que incluirlo también en esta lista. Tres grandes poetas se negaron, por escrito, a participar en el homenaje: don Miguel de Unamuno, don Ramón del Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. Manuel Machado y Ramón de Basterra ni se dignaron contestar a nuestra invitación. De los prosistas comprometidos —Miró, Mariohalar, Espina, Jarnés, Ramón G. de la Serna, Fernández Almagro, Giménez Caballero, Alfonso Reyes y otros— sólo se recibieron originales de José María de Cossío y César Arconada. Como se ve, un gran fracaso. Coincidiendo con el mal ejemplo de los tres grandes poetas antes nombrados, tampoco se dignaron contestar: Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, Fernando Vela y Eugenio D'Ors. Contribuyeron con sus trabajos plásticos: Picasso, Juan Gris, Togores, Dalí, Palencia, Bores, Moreno Villa, Cossío, Peinado, Ucelay, Fenosa, Ángeles Ortiz y Gregorio Prieto. Dos músicos ilustres, Manuel de Falla y Óscar Esplá, habían concluido sus homenajes, con textos de don Luis. Falla: *Soneto a Córdoba,* para canto y arpa; y Esplá: *Epitalamio de las Soledades,* para canto y piano. Ni los Halffter ni Adolfo Salazar cumplieron su promesa. De los trabajos de dos músicos extranjeros, Ravel y Prokofiev, que proyectaban adherirse, nunca supimos nada. ¡Qué lástima!

¿Cómo no reproducir ahora, aquí, una de esas respuestas negativas, la única, por otra parte, que yo, como secretario, no recibiera, ya que su autor la hizo pública en el número 1 de su *Diario poético* (obra en marcha)? Desgraciadamente, la carta de Unamuno y el tarjetón de Valle-Inclán se me perdieron durante la guerra civil. Recuerdo, más o menos, el sentido de la negativa de don Miguel, enviada desde su destierro de Hendaya. Aducía razones de incompatibilidad con la estética del poeta de Córdoba, criticándole de modo violento su falta de humanidad, su friura y pedantería latinista, desviando de pronto su antigongorismo hacia una terrible diatriba contra Primo de Rivera (el dictador causa de su destierro), calificándolo, entre otras cosas un poco más suaves, de «camello rijoso». El tarjetón de Valle-Inclán era más insolente y menos razonado, cosa absurda en un gongorino, aunque pasado por agua —agua rubendariana—, como él. Yo no sé si Gerardo Diego guardará copia de esas misivas. Afortunadamente queda la de Juan Ramón, publicada por Diego en su «Crónica del centenario». Vale la pena reproducirla, ya que la revista del poeta santanderino debe ser hoy una rareza bibliográfica, como muestra de uno de los estampidos más sonados —y reveladores— de aquella famosa batalla. Dice así:

Esquela contra

Madrid, 17 febr., 1927.

Sr. D. Rafael Alberti.

Madrid.

Mi querido Alberti: Bergantín me habló ayer de lo de Góngora. El carácter y la extensión que Gerardo Diego pretende dar a este asunto de la Revista de Desoriente, *me quitan las ganas de entrar en él. Góngora pide director mas apretado y severo, sin claudicaciones ni gratuitas ideas*

fijas provincianas —que creen ser aún ¡las pobres! Gallardías universales. Usted —y Bergantín— me entienden, sin duda. Suyo siempre

K. Q. X.

Divertido, pero desagradable, «pues este K. Q. X. —copio ahora palabras exactas de la crónica *gerardense*— es el mismísimo Juan Ramón Jiménez según él mismo confiesa, aunque la gravedad de esas acusaciones que en esa esquela se leen no me parece lo más congruente con esa bromita de firmar en cifra. Pero, en fin, le seguiremos el humor, y buscando una interpretación razonable y conciliadora le llamaremos por ahora Kuan Qamón Ximénez, que es francamente precioso».

Juan Ramón, aburrido ya en aquella época de vivir solo en su azotea, barajando y desbarajando a derecha e izquierda su Obra, sin apenas contacto con la calle, recibiendo sólo sus rumores a través de las idas y venidas de unos pocos, comenzaba a cansarse de todo —y de todos nosotros, sus más fieles amigos—, llegando este cansancio hasta las iniciales de su propio nombre —J. R. J.—, que sustituyó precisamente en esos días de exaltación gongorina, y no sin cierta gracia andaluza, por las de K. Q. X., «las tres letras —según le oí decir en no sé qué momento— más feas del alfabeto».

Naturalmente, la contestación de Gerardo a Kuan Qamón Ximénez llegó «por la misma vía Alberti y en serio», aunque pasado ya el fragor del homenaje, debido a que K. Q. X. no publicó su respuesta a nuestra invitación sino hasta fines de 1927, a pesar de aparecer firmada a principios de ese mismo año.

He aquí también la carta de Gerardo en la que se aclaran las cosas.

Esquela pro

Madrid, 3 — diciembre — 1927.

Querido amigo Rafael: Leo hoy la Esquela contra *que me propina K. Q. X. por tu conducto. Me interesa rectificar dos errores históricos que advierto en su texto. Sobre todo para que conste en la «Crónica del centenario». El carácter y la extensión del homenaje a don Luis ha sido como todo el mundo sabe —y K. Q. X. por lo visto ignoraba— acordado entre unos cuantos amigos: los seis firmantes de la invitación y varios más, según consta en mi verídica «Crónica». La* Revista de Occidente *ha sido simplemente editora, y el asunto Góngora, por consiguiente, no tiene más relación con ella que la de agradecimiento por haberse ofrecido amablemente a editar cuanto entregásemos, dejándonos en la más plena libertad. Por lo tanto, la condenación que sobre mí pesa en esa leve esquela, repartírosla a cargas iguales tú, Salinas, Lorca, Bergamín, Dámaso, etc. Yo no he hecho otra cosa —todos lo sabéis— que animaros a trabajar, y someter a vuestra aprobación un plan general de ediciones. Si esto merece la condena de K. Q. X. la respeto gustoso, sabiendo que en ella me acompañáis todos vosotros, igualmente pecadores. Por lo demás —ya tú y Bergamín me entendéis, sin duda— hemos ya comentado suficientemente esta lamentable actitud de K. Q. X. Tu buen amigo,*

GERARDO

Éste quizás sea el recuerdo menos grato de todo el centenario, por tratarse de Juan Ramón. Hubo otros incidentes, pero de orden periodístico, relacionados con *La Gaceta Literaria* y su director, el ya entonces aspirante a fascista Ernesto Giménez Caballero, y con *El Liberal*, por un artículo de un viejo ex-ultraísta, López Parra, a propósito de un mal intencionado lío armado por el propio Giménez Caballero con motivo de una misa de réquiem, celebrada en la iglesia de las

Salesas Reales, por el alma, sin duda en los infiernos, de don Luis. {No quiero comentar esta pelea, de la que Diego salió airoso, por lo muy estúpida que hoy a distancia me parece.)

En cuanto a los recuerdos divertidos... Muchos son. Citaré, entre otros, el auto de fe en el que se condenaron a la hoguera algunas obras de los más conspicuos enemigos de Góngora, antiguos y contemporáneos: Lope de Vega, Quevedo, Luzán, Hermosilla, Moratín, Campoamor, Cejador, Hurtado y Palencia, Valle-Inclán, etc. Por la noche —día 23 de mayo— hubo juegos de agua contra las paredes de la Real Academia. Indelebles guirnaldas de ácido úrico las decoraron de amarillo. Yo, que me había aguantado todo el día, llegué a escribir con pis el nombre de Alemany —autor de *El vocabulario de Góngora*— en una de las aceras. El señor Astrana Marín, crítico que diariamente atacaba a don Luis, descargando de paso toda su furia contra nosotros, recibió su merecido, mandándole a su casa, en la mañana de la fecha, una hermosa corona de alfalfa entretejida de cuatro herraduras, acompañada, por si era poco, con una décima de Dámaso Alonso, de la que hoy sólo recuerdo su comienzo:

Mi señor don Luis Astrana,
miserable criticastro,
tú que comienzas en astro
para terminar en rana...

Nuestra generación, como se ve, no era solemne. Ni hasta los más comedidos, como Salinas, Guillen, Cernuda o Aleixandre, lo eran. (Claro que éstos no fueron precisamente los que intervinieron en el acto fluvial contra los muros de la Academia.) Los tiempos eran otros. No queríamos santones. Y, aunque Juan Ramón Jiménez, con su barba, en cierto modo lo era, la adoración por él nunca llegó a la idolatría. Este sentido de alegre independencia lo registró muy bien *Lola,* el gracioso y zumbón suplemento de *Carmen.* Por eso en aquel estandarte que tendimos al viento en honor y defensa de don Luis campeaban, junto a los colores de la lealtad, los muy soberanos de cada uno. No nos someteríamos a nadie, ni al propio Góngora, una vez ganada la batalla. Que parte de la poesía del ganchudo y peligroso sacerdote de Córdoba viniera a coincidir, al cabo de los siglos, con parte de la nuestra y que la fecha del centenario nos fuera provechosa de momento, no suponía ni la más leve sombra de vasallaje. El contagio gongorino fue, además de deliberado, pasajero. No pasó casi del año del homenaje. Su marca más visible quedó, sobre todo, en Gerardo y en mí. Honrosa huella. Pero cuando yo terminaba las últimas estrofas de mi «Teresa Soledad (paráfrasis incompleta)» en honor de don Luis, ya relampagueaban en el cielo nocturno de mi alcoba las alas de los primeros poemas de *Sobre los ángeles.* Por eso, cuando mi querido Pablo Neruda afirma, a propósito de Federico, que éste «fue tal vez el único sobre el cual la sombra de Góngora no ejerció el dominio de hielo que el año 1927 esterilizó la gran poesía joven de España», creo sinceramente que se equivoca. El ejemplo de Góngora no esterilizó a nadie. Por el contrario, nuestra generación en pleno salió aún más potente y perfilada de aquella necesaria batalla reivindicadora.

He aquí parte del saldo positivo que arrojó esa victoriosa lucha: las *Soledades.* Edición, prólogo y versión de Dámaso Alonso. Obra extraordinaria, que ahí sigue todavía. Los *Romances,* al cuidado de Cossío, y la *Antología poética en honor de Góngora,* seleccionada y prologada por Gerardo Diego. Los demás tomos, a cargo de Salinas, Guillen, Artigas y Alfonso Reyes, no llegaron, por desgracia, a publicarse. Pero todavía los resultados más importantes los diré —y para terminar esta breve reseña de los fastos gongorinos— con palabras de Dámaso: «Las últimas generaciones se han formado en la lectura y el culto del autor de las *Soledades. Y* de este entusiasmo juvenil mucho se ha filtrado a los depósitos de lo que se llama "crítica oficial". Resulta casi divertido comparar lo que se decía de Góngora en los manuales de literatura antes de 1927 y lo que ahora se dice. La claridad y belleza de su poesía no apuntan ya contra fortalezas casi

desmanteladas, o de armamentos excesivamente anacrónicos». Y sin embargo, oh, y sin embargo, puede que no anden lejos los días en que el genial cordobés vuelva a su ángel de tinieblas, para luchar de nuevo —su intermitente, soterrado castigo— por conseguir la luz. Pero, mientras tanto, la lección —entiéndase bien—, el ejemplo de Góngora sigan amaneciendo cada mañana con nosotros. Contra las repetidas facilidades de un hoy ya casi anónimo versolibrismo suelto, contra los falsos hermetismos prefabricados, contra la dejadez y la desgana, contra ese sin ton ni son de tantos habladores sacamuelas, se alce de nuevo la mano de don Luis, su dibujo exigente, su rigurosa disciplina. Que no tengamos nunca que suplicar, llenos de angustia y cuando ya no haya remedio, lo que el magnífico y descabalado poeta Guillaume Apollinaire a sus jueces futuros:

Sed conmigo indulgentes cuando me comparéis
con aquellos que fueron la perfección y el orden.

¡Fue un gran año aquel 1927! Variado, fecundo, feliz, divertido, contradictorio. Para mí, sobre todo, pues hasta estuve a punto de ser torero, cuando por segunda vez mi salud comenzaba a resentirse y una tremenda tempestad de toda índole me sacudía ya por dentro. Mi amistad con Sánchez Mejías se iba volviendo peligrosa. Se empeñaba el diestro, tozudamente, en hacerme peón de su cuadrilla. ¿Broma? Tal vez. Pero la obstinación de Ignacio me llegó a preocupar. Y para habituarme a ver los toros de cerca, desde Sevilla me puso un telegrama pidiéndome me presentase en Badajoz, plaza en la que yo debutaría haciendo solamente el paseíllo y contemplando luego, con mi traje de luces, la lidia desde la barrera. No acudí, como era natural. Cosa que le enfadó bastante y le sirvió para redoblar más todavía sus esfuerzos por lograr su capricho. Ignacio era feroz cuando se proponía una cosa, siendo casi imposible escaparle. Y así, fija ya en su cabeza la idea de lucirme de torero en una plaza, la llevó a cabo una tarde de junio en la de Pontevedra, con él, Cagancho y Márquez como espadas, y el portugués Simao da Veiga como rejoneador. Desde un tendido bajo, José María de Cossío presenció este peregrino suceso. Para colmo, entre todos aquellos toreros de oro y plata, yo era el único que ostentaba un traje naranja y negro, traje de luto que Ignacio conservaba desde la trágica muerte de Joselito, su cuñado. Con cierto encogimiento de ombligo, desfilé por el ruedo entre sones de pasodobles y ecos de clarines. Después... ¡Oh! Cuando el primer cornúpeto, tremendo y deslumhrado, se arrancó, pasando entre las tablas y mi pecho, comprendí la astronómica distancia que mediaba entre un hombre sentado ante un soneto y otro de pie y a cuerpo limpio bajo el sol, delante de ese mar, ciego rayo sin límite, que es un toro recién salido del chiquero. Menos mal que aquel público gallego no era de esos que piden «hule», como el andaluz o el madrileño, y pude pasar desapercibido, dentro del callejón, durante toda la lidia. A la salida de la plaza, me corté la coleta: quiero decir que di por terminada mi carrera taurina. Tan sólo había durado tres horas. *También* Ignacio aquella tarde se retiró, inesperadamente, de los toros, anticipándoselo a Cossío al brindarle el último que lidiara: «Te brindo este toro —le dijo—, que será el último que mate». Dejaba Ignacio su valiente aventura para meterse en otra, en donde las cornadas son a veces más graves. Cambiaría la arena por las tablas: de matador de toros a autor teatral. Un drama —*Sinrazón*— que le bullía en la cabeza, sería al año siguiente su primer estreno. Pero de aquella expectante velada hablaré después.

Los rumores de mis andanzas taurinas fueron llevados a la azotea de Juan Ramón, que ya, desde lo de Góngora, comenzaba a afilar su navaja andaluza, lanzando aquí y allá sus primeras puntadas. Alguien me trajo el cuento: «Me he enterado —había dicho— que Alberti anda con gitanos, banderilleros y otras gentes de mal vivir. Como usted comprende, está perdido». Una mínima parte de verdad encerraba este comentario. Pero en cuanto a lo de mi perdición... Aquí estoy, con quince o veinte libros más, recordándolo, sonriente, a treinta años de distancia.

Si mal estaba que Juan Ramón me considerase perdido por andar con Sánchez Mejías, era mucho peor que afirmase lo mismo de Federico García Lorca por escribir para la escena, siguiendo una clara vocación teatral, nacida casi al par de sus primeros versos. Hacía ya algún tiempo que

Federico, de la mano amiga de Martínez Sierra, debutara como joven autor, en el teatro Eslava, con *El maleficio de la mariposa*, obrilla ingenua, infantil, que el público pateó, haciendo chistes de cuanto sus personajes —cucarachas y otros bichillos— decían. Ahora la obra iba a ser diferente, aunque también escrita años antes: *Mariana Pineda*, romance popular en tres estampas, sobre la heroína de Granada, sacrificada por amor y por la Libertad. Parece ser, según cuenta José Mora Guarnido, entrañable amigo del poeta, en su excelente y utilísimo libro *Federico García Lorca y su mundo*, que era el propio Martínez Sierra quien debía estrenarla pero que, pretextando cualquier posible complicación de orden político por el tono liberal de la obra, se abstuvo de hacerlo. «Así —aclara Pepe Mora— me lo dijo algún tiempo después en Montevideo: *Mariana Pineda* no lo es, pero parece un panfleto contra la dictadura de Primo de Rivera.» Tuvo que ser entonces Margarita Xirgu, tan valiente, tan grande y desinteresada, la que en momentos en que las barbas temibles de don Ramón del Valle-Inclán iniciaban su duelo a muerte contra la espada del dictador jerezano, se atreve a ponerla en escena. Yo estuve en ese estreno. Viejos y nuevos nos encontrábamos allí, creo que en el teatro Fontalba. La sala era un hervidero. Se temía la prohibición de la obra. Los decorados de Salvador Dalí, según bocetos de Federico, estaban inundados de gracia y poesía. Se prolongaron muy significativamente los aplausos cuando Marianita, ya condenada a la horca y abandonada de su amante, canta a la Libertad, convertida en heroína civil. Al día siguiente, casi toda la prensa tuvo palabras favorables para la obra de Federico, señalándolo como *un joven autor lleno de futuro.* Nosotros estábamos contentos de su triunfo. En cambio, Juan Ramón lo lamentaba, solo, en su azotea: «¡Lorca! ¡Pobre Lorca! Está perdido». (Años más tarde, a poco del estreno de *Bodas de sangre*, obra que con toda seguridad Juan Ramón nunca vio, llegó a decir que «no pasaba de ser una zarzuela».) No le gustaba a él que algunos de aquellos jóvenes poetas nacidos a su clara sombra hiciésemos teatro, cosa que comprendíamos bien y que sería fácil y aburrido explicar. Cuando se enteró que yo trabajaba en *La pájara pinta* (obra que no terminé), para las marionetas de Podrecca, con música de Óscar Esplá, lo lamentó también, pensando que tiraba el tiempo. Aquel 1927, «el Andaluz Universal», K. Q. X. o «el Cansado de su Nombre» comenzó a dar señales evidentes de que estaba cansándose de algunos de nosotros. Y las peleas de verdad comenzaron. A veces, por nimiedades, por aburrimiento, cuando no por exigencias, un tanto tiránicas, de orden literario, caprichosas, injustas, llevando las cosas, en muchas ocasiones, hasta el histerismo. La verdad es que los motivos claros de aquellas peleas siguen siendo para mí completamente oscuros. Es un secreto que Juan Ramón se llevó con su muerte. ¿Cómo explicar que con José Bergamín, exaltador hasta la hipérbole de la obra del poeta y a quien considerábamos una especie de secretario permanente suyo, se peleara, y al final de manera definitiva, porque, según él, puntuaba mal, debiendo limitarse solamente a sus aforismos, dejando a un lado la prosa larga, para la que —afirmaba rotundo— no servía? ¿Pues y con personas tan excelentes como Salinas y Guillen, alabadísimos poetas al principio y motejados luego de «retóricos blancos», de ingenieros —o algo parecido—, máximo insulto éste a su gran poesía de perfiles precisos, sostenidos cimientos, como la de Guillen sobre todo? Pero su odio mayor era Gerardo Diego, a quien motejaba de «loquitonto», insultando de paso a Huidobro y Larrea, dos buenos amigos de Gerardo. (Los repetidos palos a Neruda vendrían mucho después.) ¿Qué quería Juan Ramón Jiménez? ¿Qué temor era el suyo? ¿Perder acaso la batuta y encontrarse de pronto solo, sin orquesta, trazando signos en el aire de una sala vacía? Mas a pesar de los pesares se le siguió queriendo y admirando a distancia —yo tuve el talento de frecuentarlo poco desde fines del 27—, perdonándole, aunque no siempre de buena gana, sus evidentes injusticias.

Entretanto, Ignacio Sánchez Mejías, casi siempre por medio de Cossío, ya había intimado con todos. Su afición literaria, más decidida cada vez por contagio nuestro, lo llevó a ser un ardiente entusiasta de la nueva poesía, animando a Fernando Villalón a que escribiese, y a que el amigo ganadero iniciara su rumbo poético pasados los cuarenta. Con José Bergamín, perfilador por aquellos días de su *Arte de birlibirloque*, sostenía una especial relación aforístico-taurina. En ese raro y certero tratadito, Bergamín enunciaba, a través de las líneas —Joselito y Belmonte— más

significativas y opuestas del toreo, toda una teoría de la literatura y las artes españolas, llena de extraordinaria gracia e ingenio.

La línea luminosa, clásica, universal, la señalaba Joselito; la castiza, local, costumbrista, Belmonte. Ejemplos: un pintor y un poeta en la línea del primero: Picasso, Juan Ramón Jiménez. El mismo caso, en la del segundo: Zuloaga, Valle-Inclán. En aquel avivar del fuego antibelmontista, el atizador de Sánchez Mejías no se quedaba corto. ¡Qué raro talento el de Ignacio para entrar en seguida en lo más difícil, para saltar de lo más serio a lo más absurdo y alocado! Comprendía con toda facilidad las escuelas modernas de pintura, el último *ismo* parisiense arribado a Madrid. Ya, por lo menos en apariencia, se acordaba poco de su vida taurina, sus gloriosas tardes de valentía y oro por los ruedos españoles y americanos. Sus amigos no eran los de antes. Ni siquiera las damas aristocráticas que se lo habían comido siempre, seguían siendo de su agrado. Su corazón ya no lo repartía. Estaba fijo en uno solo, que. le fue fiel hasta la muerte. Con quien Ignacio se encontraba realmente bien era con nosotros. Tanto, que un día nos metió a todos en un tren y nos llevó a Sevilla. Al Ateneo. Había arreglado con su presidente, don Eusebio Blasco Garzón —muerto aquí en Buenos Aires, después de haber sido cónsul en la Argentina durante nuestra guerra—, una serie de lecturas y conferencias a cargo de los *siete literatos madrileños de vanguardia,* como nos llamó *El Sol,* o «la brillante pléyade», según un diario local a nuestro arribo. Componíamos tan radiosa constelación: Bergamín, Chabás, Diego, Dámaso Alonso, Guillen, García Lorca y yo. Lo más divertido durante el trayecto fue la confección de un soneto, compuesto entre todos, en honor de Dámaso Alonso, en el que resultaron versos tan imprevistos como éstos:

Nunca junto se vio tanto pandero
menendezpidalino y acueducto.

Aquellas veladas nocturnas del Ateneo tuvieron un éxito inusitado. Los sevillanos son estruendosos, exagerados hasta lo hiperbólico. El público jaleaba las difíciles décimas de Guillen como en la plaza de toros las mejores verónicas.

Federico y yo leímos, alternadamente, los más complicados fragmentos de las *Soledades* de don Luis, con interrupciones entusiastas de la concurrencia. Pero el delirio rebasó el ruedo cuando el propio Lorca recitó parte de su *Romancero gitano,* inédito aún. Se agitaron pañuelos como ante la mejor faena, coronando el final de la lectura el poeta andaluz Adriano del Valle, quien en su desbordado frenesí, puesto de pie sobre su asiento, llegó a arrojarle a Federico la chaqueta, el cuello y la corbata.

Durante este viaje conoció García Lorca a Fernando Villalón, «el mejor poeta novel de toda Andalucía», según la repetida presentación de Ignacio. Los dos poetas intimaron en seguida, sorprendiéndose mutuamente. Una tarde, Villalón nos invitó a Federico y a mí a pasear por la ciudad. Juntos recorrimos sus intrincadas calles, peligroso y delgado laberinto de vueltas y revueltas, en aquel disparatado automovilillo que yo sufriera ya cuando nuestro viaje al Puerto. Nunca podré olvidar la cara de espanto del pobre Lorca, cuyo miedo a los automóviles era todavía mucho mayor que el mío. Porque Villalón corría, disparado, entre bocinazos, verdaderos recortes y verónicas de los aterrados transeúntes, explicándonos su futuro poema —*El Kaos*—, del que ya recitaba, levantando las manos del volante, las primeras estrofas.

Aquella misma noche, fiesta en Pino Montano, la hermosa residencia de Sánchez Mejías en las afueras. Al llegar, lo primero que a Ignacio se le ocurrió fue disfrazarnos de moros, enfundándonos en unas gruesas chilabas marroquíes que harían derramarnos en sudor hasta la madrugada. No reunión de corte califal, sino coro grotesco de zarzuela, parecimos todos en el acto, destacándose como el moro más espantable Bergamín, y Juan Chabás como el más apuesto y en carácter. Se bebió largamente. Y desde el fondo infernal de aquella vestimenta recitamos nuestras poesías. Dámaso Alonso asombró al auditorio diciendo de memoria los 1.091 versos de la «Primera

Soledad» de don Luis. Federico representó aquellas repentinas ocurrencias teatrales suyas tan divertidas, y Fernando Villalón hizo conmigo vanos experimentos hipnóticos. Cuando más absurda y disparatada se iba volviendo aquella fiesta arábiga de poetas bebidos, Ignacio anunció la llegada del guitarrista Manuel Huelva, acompañado por Manuel Torres, el «Niño de Jerez», uno de los genios más grandes del cante jondo. Después de unas cuantas rondas de manzanilla, el gitano comenzó a cantar, sobrecogiéndonos a todos, agarrándonos por la garganta con su voz, sus gestos y las palabras de sus coplas. Parecía un bronco animal herido, un terrible pozo de angustias. Mas, a pesar de su honda voz, lo verdaderamente sorprendente eran sus palabras: versos raros de soleares y siguiriyas, conceptos complicados, arabescos difíciles. —¿De dónde sacas esas letras? —se le preguntó. —Unas me las invento, otras las busco. —A propósito —dijo entonces Ignacio—. ¿Por qué no cantas eso que tú llamas «Las placas de Egito»?

Sin casi dejarnos tiempo a la sorpresa ante tan peregrino título, Manuel Torres se arrancó un extraño cante, creado totalmente por él. Al acabar, después de un breve silencio estremecido, le rogamos nos explicase cómo había llegado a ocurrírsele aquello.

El gitano, seria y sencillamente, nos contó: —Una noche me llamaron unos señores amigos. Fui Por más que se bebió y me jalearon, yo no estaba esa noche para cante. Lo poco que hice, lo hice mal. No me salía. La voz no se me daba. Me tuve que marchar, muy triste y preocupado. Anduve solo por las calles, sin saber qué hacía. Al pasar por la Alameda de Hércules, me paré ante un kiosco de la feria a escuchar un gramófono. Las placas daban vueltas y vueltas cantando yo no sé qué historia del rey Faraón. Seguí para mi casa con todo aquello en la cabeza. Cuando ya iba pasando el puente de Triana, se me aclaró la voz de pronto y empecé a cantar eso que acaban de oír ustedes: «Las placas de Egito».

Nos quedamos atónitos, y más, comprendiendo que lo que el genial *cantaor* había escuchado en la feria eran seguramente —e Ignacio nos lo corroboró después— algunos discos, que por entonces muchas gentes los llamaban *placas,* de *La corte de Faraón,* divertida zarzuela, famosísima en toda España. Y aquello que todos pensamos, lógicamente, serían las plagas de Egipto, para Manuel Torres fueron *las placas,* llegando así el gitano por ese camino de lo popular, compuesto a veces de ignorancias o fallas de la memoria, a su rara y magnífica creación: una nueva copla de cante jondo, sin sombra ya de tan absurdo modelo.

Manuel Torres no sabía leer ni escribir; sólo cantar. Pero, eso sí, su conciencia de *cantaor* era admirable. Aquella misma noche, y con seguridad y sabiduría semejantes a las que un Góngora o un Mallarmé hubieran demostrado al hablar de su estética, nos confesó a su modo que no se dejaba ir por lo corriente, lo demasiado conocido, lo trillado por todos, resumiendo al fin su pensamiento con estas magistrales palabras: «En el cante jondo —susurró, las manos duras, de madera, sobre las rodillas— lo que hay que buscar siempre, hasta encontrarlo, es el tronco negro de Faraón»; viniendo a coincidir, aunque de tan extraña manera, con lo que Baudelaire pide a la muerte capitana de su viaje: *Au fond de l'lnconnu pour trouver du nouveau!*

¡El tronco negro de Faraón!

Como era natural, de todos los allí presentes fue Federico el que más celebró, jaleándola hasta el frenesí, la inquietante expresión empleada por el *cantaor* jerezano. Nadie —.pienso yo ahora—, en aquella mágica y mareada noche de Sevilla, halló términos más aplicables a lo que también García Lorca buscó y encontró en la Andalucía gitana que hizo llamear en sus romances y canciones. Cuando en 1931 el poeta de Granada publica su *Poema del cante jondo,* escrito varios años antes, en aquella parte titulada «Viñetas flamencas», aparece la siguiente dedicatoria: *A Manuel Torres, «Niño de Jerez», que tiene tronco de Faraón.* Las palabras del gran gitano seguían fijas en su memoria.

Nuestro viaje a Sevilla culminó con la coronación de Dámaso Alonso en la Venta de Antequera. A mitad del banquete, se presentó Antúnez, uno de esos *graciosos* que da el pueblo andaluz, para entretener a los comensales. Al final de un discurso, verdaderamente surrealista, colocó sobre la testa reluciente de Dámaso una verde corona de laurel, «cortada —según la crónica

de Gerardo Diego sobre este suceso *(Lola, 5)*— a un árbol vecino por las manos, expertas ya en tales cosechas, de Ignacio Sánchez Mejías». Fiesta de la amistad, del desparpajo, de la gracia, de la poesía, en la que aún resonaron los ecos —tal vez últimos— de nuestra batalla por Góngora.

Al volver a Madrid, nubes internas de tempestad me llevarían a oscurecerme por un tiempo, para lanzarme luego al desconcierto, duro y desesperado, de mis años finales, antes de la República.

VII

Escribo este nuevo capítulo en mi nueva casa, Pueyrredón 2.471, 9. A. Hace ya tiempo que dejé la otra de Las Heras, mi pobre jardinillo bajo de estrellas federales, más sombrío cada vez, cada vez más cercado por altas y horrorosas construcciones. Ahora vivo en la luz, sobre los bellos árboles de la plata de Francia, el río inmenso al fondo, el trajín de los trenes, las grúas, los barcos y el rutilar veloz de los aviones. Ahora respiro. El sol nace sobre mi frente. Puedo trabajar contento.

¿Qué espadazo de sombra me separó casi insensiblemente de la luz, de la forma marmórea de mis poemas inmediatos, del canto aún no lejano de las fuentes populares, de mis barcos, esteros y salinas, para arrojarme en aquel pozo de tinieblas, aquel agujero de oscuridad, en el que bracearía casi en estado agónico, pero violentamente, por encontrar una salida a las superficies habitadas, al puro aire de la vida?

Contra mí, mundos enteros,
contra mí, dormido,
maniatado,
indefenso.

Yo no podía dormir, me dolían las raíces del pelo y de las uñas, derramándome en bilis amarilla, mordiendo de punzantes dolores la almohada. ¡Cuántas cosas reales, en claroscuro, me habían ido empujando hasta caer, como un rayo crujiente, en aquel hondo precipicio! El amor imposible, el golpeado y traicionado en las mejores horas de entrega y confianza; los celos más rabiosos, capaces de tramar en el desvelo de la noche el frío crimen calculado; la triste sombra del amigo suicida, como un badajo mudo de campana repicando en mi frente; la envidia y el odio inconfesados, luchando por salir, por reventar como una bomba subterránea sin escape; los bolsillos vacíos, inservibles ni para calentarme las manos; las caminatas infinitas, sin rumbo fijo, bajo el viento, la lluvia y los calores; la familia, indiferente o silenciosa ante esta tremenda batalla, que asomaba a mi rostro, a todo mi ser, que se caía, sonámbulo, por los pasillos de la casa, por los bancos de los paseos; los miedos infantiles, invadiéndome en ráfagas que me traían aún remordimientos, dudas, temores del infierno, ecos umbríos de aquel colegio jesuíta que amé y sufrí en mi bahía gaditana; el descontento de mi obra anterior, mi prisa, algo que me impelía incesantemente a no pararme en nada, a no darme un instante de respiro; todo esto, y muchas cosas más, contradictorias, inexplicables, laberínticas. ¿Qué hacer, cómo hablar, cómo gritar, cómo dar forma a esa migraña en que me debatía, cómo erguirme de nuevo de aquella sima de catástrofes en que estaba sumido? Sumergiéndome, enterrándome cada vez más en mis propias ruinas, tapándome con mis escombros, con las entrañas rotas, astillados los huesos. Y se me revelaron entonces los ángeles, no como los cristianos, corpóreos, de los bellos cuadros o estampas, sino como irresistibles fuerzas del espíritu, moldeables a los estados más turbios y secretos de mi naturaleza. Y los solté en bandadas por el mundo, ciegas reencarnaciones de todo lo cruento, lo desolado, lo agónico, lo terrible y a veces bueno que había en mí y me cercaba.

Yo había perdido un paraíso, tal vez el de mis años recientes, mi clara y primerísima juventud, alegre y sin problemas. Me encontraba de pronto como sin nada, sin azules detrás, quebrantada de nuevo la salud, estropeado, roto en mis centros más íntimos. Me empecé a aislar de todo: de amigos, de tertulias, de la Residencia, de la ciudad misma que habitaba. Huésped de las nieblas, llegué a escribir a tientas, sin encender la luz, a cualquier hora de la noche, con un automatismo no buscado, un empuje espontáneo, tembloroso, febril, que hacía que los versos se taparan los unos a los otros, siéndome a veces imposible descifrarlos en el día. El idioma se me hizo tajante, peligroso, como punta de espada. Los ritmos se partieron en pedazos, remontándose en chispas cada ángel, en columnas de humo, trombas de ceniza, nubes de polvo. Pero mi canto no era oscuro, la nebulosa más confusa se concretaba, serpeante, como una víbora encendida. La realidad exterior que me circundaba, urdiéndose en la mía, sacudía mis antros con más fuerza, haciéndome arrojar en medio de las calles, enloquecida lava, cometa anunciador de futuras catástrofes. Lo hacía enfermo, solo. Nadie me seguía. Un poeta antipático, hiriente, mordaz, insoportable, según los rumores que me llegaban. Envidiaba y odiaba la posición de los demás: felices casi todos; unos, con dinero de su familia; otros, con carreras, para vivir tranquilos: catedráticos, viajeros por universidades del mundo, bibliotecarios, empleados en ministerios, en oficinas de turismo... ¿Yo? ¿Qué era yo? Ni bachiller siquiera; un hurón en mi casa, enemistado con los míos, yendo a pie a todas partes, rodando como hoja y con agua de lluvia en las plantas rotas de los zapatos. Quise trabajar, hacer algo que no fuera escribir. Supliqué entonces a varios arquitectos amigos me colocasen de peón de albañil en cualquier obra. ¡Cómo! Imposible. Pensaban que era broma, una extravagancia o manera de llamar la atención. Y, sin embargo, yo insistía: pocero, barrendero, lo peor, lo más modesto, lo más rebajante... Me urgía salir de aquella cueva cargada de demonios, de insomnios largos, de pesadillas. Fue entonces cuando José María de Cossío me invitó a pasar unos días en su casona de Tudanca. Y allí llegué con él, una noche de lluvia, a caballo, alumbrados por un farol, entre arroyos crecidos y golpes de ventisca.

En Tudanca, pueblo apenas de cuarenta casas, vivíamos solos, rodeados de pobres campesinos, visitados al atardecer por el cura y el maestro —Escolástico—, un hombre envejecido, delgado, gracioso, inteligente. La casona —piedras y madera— era hermosa. Buena biblioteca, sillones fraileros, chimeneas de campana para el frío, agudo y prolongado allí, en el norte. La solana daba a un jardín, un pequeño vergel de flores y frutales. Aunque era primavera, se agradecía el sol de la mañana, salido de los montes después de un duro cuerpo a cuerpo con la neblina. Elegí aquel lugar para mi trabajo. En él me sentaba yo a leer o escribir, mientras Carlota, una linda muchacha campesina empleada en la casona, me rondaba de cerca, echándome miradas a hurtadillas desde los árboles del huerto. Era tímida y asustadiza, mas, a pesar de eso, muchos amaneceres se entretenía en dispararme garbanzos —tiernas balas— sobre la cama, a través de una grieta del techo de mi alcoba. Luego, durante el día, Carlota era una corza escurridiza ante todo intento de caza.

Algo tranquilo en cierto modo, aumenté con bastantes poemas mi libro. Las tinieblas de los montes, la lucha de los vientos —el ábrego y el gallego—, unidas a aquellas soledades, me dieron nuevos ángeles para él. Fue allí, en Tudanca, donde del verso corto, frenado, castigado, pasé insensiblemente a otro más largo, más moldeable al movimiento de mi imaginación de aquellos días. Escribí entonces «Tres recuerdos del cielo», el primer y espontáneo homenaje de mi generación a Gustavo Adolfo Bécquer. (Mucho más tarde vendrían los de otros.) Pero de pronto, dejando a un lado alas y tinieblas, hice una oda a un futbolista —«Platko»—, heroico guardameta en un partido entre el Real de San Sebastián y el Barcelona. Fue en Santander: 20 de mayo de 1928. Allí fui con Cossío a presenciarlo. Un partido brutal, el Cantábrico al fondo, entre vascos y catalanes. Se jugaba al fútbol, pero también al nacionalismo. La violencia por parte de los vascos era inusitada. Platko, un gigantesco guardameta húngaro, defendía como un toro el arco catalán. Hubo heridos, culatazos de la guardia civil y carreras del público. En un momento desesperado, Platko fue acometido tan furiosamente por los del Real que quedó ensangrentado, sin sentido, a pocos metros de su puesto, pero con el balón entre los brazos. En medio de ovaciones y gritos de protesta, fue levantado en hombros por los suyos y sacado del campo, cundiendo el desánimo entre

sus filas al ser sustituido por otro. Mas, cuando ya el partido estaba tocando a su fin, apareció Platko de nuevo, vendada la cabeza, fuerte y hermoso, decidido a dejarse matar. La reacción del Barcelona fue instantánea. A los pocos segundos, el gol de la victoria penetró por el arco del Real, que abandonó la cancha entre la ira de muchos y los desilusionados aplausos de sus partidarios. Por la noche, en el hotel, nos reunimos con los catalanes. Se entonó «Els segadors» y se ondearon banderines separatistas. Y una persona que nos había acompañado a Cossío y a mí durante el partido, cantó, con verdadero encanto y maestría, tangos argentinos. Era Carlos Gardel.

Con él salimos aquella misma madrugada para Palencia. Una breve excursión, amable, divertida. Gardel era un hombre sano, ingenuo, afectivo. Celebraba todo cuanto veía o escuchaba. Nuestro recorrido por las calles de la ciudad fue estrepitoso. Los nombres de los propietarios de las tiendas nos fascinaron. Nombres rudos, primitivos, del martirologio romano y visigótico. Leíamos con delectación, sin poder reprimir la carcajada «Pasamanería de Hubilibrordo González»; «Café de Genciano Gómez»; «Almacén de Eutimio Bustamante»; y éste sobre todos: «Repuestos de Cojoncio Pérez». Un viaje feliz, veloz, inolvidable. Meses después, ya en Madrid, recibí una tarjeta de Gardel fechada en Buenos Aires. Me enviaba, con un gran abrazo, sus mejores recuerdos para Cojoncio Pérez. Como a mí, era lo que más le había impresionado en Palencia.

Durante los días con Cossío en Tudanca, visitamos también algunas ciudades del norte: ¡Santillana del Mar!, Torrelavega, Gijón, Oviedo... De Santillana, creo, salimos en auto para un encuentro emocionante: los bisontes, ciervos y jabalíes de la caverna de Altamira. Lloviznaba. Nos paramos al borde de un camino ante la casucha del encargado de la cueva, que era, por cierto, un cura. Protegidos por su paraguas rojo, atravesamos unos campos sembrados, rasos, sin señales de nada. De pronto, al bajar un declive del terreno surgió una puertecilla. ¡Quién lo hubiera pensado! Por allí se penetraba al santuario más hermoso de todo el arte español. A oscuras, empezamos a descender hacia el fondo de la tierra. Una luz se encendió, pero seguimos caminando por un pasillo estrecho, más en pendiente cada vez y húmedo. Yo ni me atrevía a respirar, observando las rocas laterales, deseoso de descubrir algún indicio de lo que íbamos a ver. Nada. De repente, unos ocultos reflectores se prendieron. Y, ¡oh maravilla!, estábamos ya en el corazón de la cueva, en la oquedad pintada más asombrosa del mundo. Recostados sobre las grandes piedras del suelo, pudimos abarcar mejor, ya que es baja la bóveda, aquel inmenso fresco de los maestros subterráneos de nuestro cuaternario pictórico. Parecía que las rocas bramaban. Allí, en rojo y negro, amontonados, lustrosos por las filtraciones del agua, estaban los bisontes, enfurecidos o en reposo. Un temblor milenario estremecía la sala. Era como el primer chiquero español, abarrotado de reses bravas pugnando por salir. Ni vaqueros ni mayorales se veían por los muros. Mugían solas, barbadas y terribles bajo aquella oscuridad de siglos. Abandoné la cueva cargado de ángeles, que solté ya en la luz, viéndolos remontarse entre la lluvia, rabiosas las pupilas.

Al partir de Tudanca, entregué a Cossío *El alba del alhelí*, ante el ofrecimiento generoso de publicarlo a expensas suyas en su colección Libros para Amigos...

Del norte, volé inmediatamente al sur, quiero decir, al Puerto, pasando, rápido, por Madrid. No recuerdo quién me pagó el viaje. Lo cierto es que llegué a casa de mi tío Jesús, donde pasé unas semanas rodeado de primos de todas las edades y tamaños. Tío Jesús —lejos ya del temido de mi infancia— era un hombre bueno y gracioso, al que no pasaban por alto las necesidades de un poeta joven como yo. Una noche, entre bromas y veras, me propuso:

—¿Quieres ganarte unas pesetas?

—Desde luego —le respondí—. Pero tú me dirás cómo.

—Escribiendo unos versos a los Domecq.

—Ya está. Haré un gran poema contando la historia de la casa, el origen del coñac y sus vinos.

Tío Jesús, muy amigo de los famosos bodegueros y no sé si su representante en toda Andalucía, me llevó a Jerez al día siguiente para documentarme. Después de recorrer las mejores

bodegas probando los caldos más diversos, comimos con don Manuel Domecq, vizconde de Almocadén, un andaluz muy fino, que no podía negar su ascendencia francesa. Hasta se parecía a Paul Valéry. Él me proporcionó todos los datos necesarios para mi poema. En menos de una semana compuse un panegírico en sextinas reales, exaltando las glorias de la casa. Confieso que, dado el estado de ánimo en que estaba, me divirtió bastante el escribirlo, calmando un poco mis angustias. Se convino leerlo al final de un banquete, al que asistiría, entre otros invitados especiales, Fernando Villalón. Llegada la mañana de la fiesta, me presenté en Jerez, acompañado siempre de mi tío, con mi poema bajo el brazo, caligrafiado en tinta china sobre unas grandes hojas de papel de dibujo, encuadernadas en cartón, con ornamentos míos de colores. A los postres y ante la última copa, la del brindis, recité el panegírico, que todos escucharon en silencio, aplaudiéndome al cerrarlo y mientras lo dejaba entre las manos de Domecq. Por la tarde, fuimos a ver su criadero de caballos, de finísima raza hispanoárabe, que pastaban, elegantes y hermosos, en lo ancho de la vega del Guadalete. Allí el vizconde me apartó a un lado con mi tío, diciéndome:

—Puedes elegir el que más te agrade. Tu poema me ha gustado mucho.

Me quedé sin habla, como de piedra. El regalo me seducía. ¿Qué hacer? Recapacité un buen rato antes de responderle. —Don Manuel —le dije, por fin—, ¿qué puedo hacer yo con un caballo en un tercer piso? Si todavía viviera en el Puerto... Se rió.

A la noche, ya de regreso, tío Jesús reunió a sus hijos mayores. Y delante de ellos, después de la cena, abrió sobre el mantel, en abanico, diez flamantes billetes de 500 pesetas. Me parecieron muchas. Pero echadas las cuentas, vi que eran sólo cinco mil. Hubiera preferido el caballo.

Poco me remordió aquel breve paréntesis futbolista y vinícolo. Ángeles y demonios, mientras, habían seguido trabajando en mis centros, de donde ensangrentados de mi propia sangre me los iba extrayendo, clavándolos en aquellos poemas que ya tocaban a su fin. Todavía en los cajones de mi cuarto reposaba, esperando su hora, *Cal y canto,* lleno de los fulgores del combate por Góngora. Pero esa hora no se haría esperar mucho. Aquel mismo año la editorial de la *Revista de Occidente* creó una sección para la joven poesía, inaugurándola con *Cántico* de Jorge Guillen y el *Romancero gitano* de Federico, que aparecieron en seguida. *Seguro azar,* el nuevo libro de Salinas, y el mío, lo harían poco después, pero ya entrado 1929, año en que otra editorial (la CIAP), recién fundada, publicó también *Sobre los ángeles.*

El *Romancero* de García Lorca fue el éxito más grande de toda aquella década. Antes de aparecer, había ya recorrido parte de su camino para esta inmensa resonancia. El secreto de ella estaba en la claridad, envuelta a veces en un dramático misterio, de estos poemas. Como dice muy bien Max Aub —escritor soterrado de aquella generación, cuyos mejores frutos, en el teatro, la narración y la crítica los daría años después y, sobre todo, ahora, en el destierro—, «con el romance de Federico vuelve la historia, vuelve el cuento dramático, vuelve a la poesía española una corriente sojuzgada por el modernismo, por el 'arte por el arte' de los que no sabían —o no querían— aunar la anécdota y la poesía (en el concepto que tenían de ella)». Pero el romance lo había traído nuevamente Juan Ramón, su gran hallazgo alado, flexible, musical, frente a las formas métricas duras y caprichosas del modernismo. Poco después que el poeta de Huelva, Antonio Machado escribe *La tierra de Alvargonzález,* una terrible historia castellana romanceada en llano estilo. Pero el romance de Federico es otro, su anécdota real sucede casi siempre cargada de secreto, escapando a veces —como en el «Romance sonámbulo» o en «La pena negra»— a todo claro intento de relato. García Lorca, sobre las piedras del antiguo romancero español, con Juan Ramón y Machado, puso otra, rara y fuerte, a la vez sostén y corona de la vieja tradición castellana. Ésa fue su novedad, lo que le trajo su fulminante éxito.

El de Jorge Guillen, con su *Cántico,* fue otro. Pero lo fue. A pesar de lo que se dijo (y de lo que algunos puedan aún decir) —en lo que concierne a influencias o preferencias—, la poesía de Jorge Guillen, en aquel perfilado conjunto de su libro, aparecía como una de las más personales de España. Y clara, en contra de la opinión de muchos; optimista, jubilosa, como una circunferencia dibujada sin levantar la mano; exaltada, viva, admirable. Su aparente dificultad residía en el

trazado. (No todo el mundo entiende la belleza de un círculo cuando no es un compás sino un pulso cargado de temblores quien lo traza de un golpe y de modo perfecto.) Nada de poesía prefabricada, como Juan Ramón, malvadamente, sugiere al atacarla. Poesía, hija directa de las cosas, en éxtasis dinámico ante el mundo, un mundo trasparente en el que hasta las sombras se precisan inundadas de luz. Un poeta joven siempre, elástico, seguro, sostenido en su cántico, que ha seguido subiendo más alto cada vez, pudiendo hoy, desde su cénit, ver mejor que ninguno las realidades de la tierra y, entre ellas, la terrible de España. Léase con atención *Maremágnum,* el último libro de Guillen —prohibido, ¡honor!, por la censura franquista—, que es algo así como la nueva gran estrofa de su *Cántico.* Nada de extrañar en un poeta abierto, desde el comienzo, a los aires de todo.

¡Salir por fin, salir
A glorias, a rocíos,
—Certera ya la espera,
Ya fatales los ímpetus—

Pero sobre el Guillen de hoy hablaré en los próximos libros de estas memorias.

Ahora quiero volver a Machado, a mi segundo encuentro con él en el café Español, un viejo café del siglo XIX que había frente a un costado del Teatro Real, de Madrid, cerca de la plaza de Oriente. (Extraigo este recuerdo de mi *Imagen primera de...)* Empañados espejos de aguas ennegrecidas recogían la sombra de estantiguas señoras enlutadas, solitarios caballeros de cuellos anticuados, pobres familias de la clase media, con ajadas niñas casaderas, tristes flores cerradas contra el rendido terciopelo de los sillones.

Un ciego, buen músico, según el sentir de los asiduos, tocaba el piano, mientras que una muchacha regordeta iba de mesa en mesa buscando el convite —un café con tostada, acompañado de algún que otro pellizco furtivo— de los ensimismados admiradores de su padre. Desde la calle, llovida y fría del otoño, adiviné, tras los visillos iluminados de las ventanas, la silueta de Machado, y entré a saludarle. Yo venía de una pequeña librería íntima, cuyo librero, gran amigo de todos nosotros, acababa de conseguirme un raro ejemplar de los poemas de Rimbaud, sintiéndome infantilmente feliz aquella tarde sabiéndolo apretado bajo mi gabán para librarlo de la lluvia. Machado me saludó muy cariñoso, ofreciéndome en seguida un asiento a su lado, mientras me presentaba a sus contertulios. Muy ufano, al quitarme el gabán, le descubrí mi precioso volumen, que él hojeó con un débil gruñido aprobatorio, dejándolo luego sobre la silla que a su izquierda sostenía en su respaldo los abrigos y las bufandas. De los presentados, sólo recuerdo hoy a uno: al viejo actor Ricardo Calvo, gran amigo del poeta. Aquella tarde, rara ausencia, no se encontraba allí su inseparable hermano Manuel. Los demás que le rodeaban eran unos extraños señores pasados de moda y como salidos de alguna rebotica de pueblo. Y creo que no me equivocaba, pues la conversación, durante el rato que yo estuve, aleteó siempre, cansina, alrededor de cosas provincianas; preocupaciones y cosas bien lejanas y ajenas a aquellas tazas de café que tenían delante: el traslado de algún profesor de instituto, la enfermedad de no sé quién, la cosecha del año anterior, etcétera.

¡Ah, pero qué mal hice, qué mal hice!, iba reprochándome poco después bajo los farolones verdes y los altos monarcas visigodos de la plaza de Oriente. Mas desde aquella tarde pude contemplar, no sin cierta sonrisa melancólica, mi raro ejemplar de Rimbaud, aún más raro y valioso por las redondas quemaduras que los cigarrillos de Machado le abrieron en su cubierta color hoja de otoño.

1928 resbalaba a su fin. *El alba del alhelí,* en edición de sólo 150 ejemplares numerados, no destinados a la venta, regalo de José María de Cossío, publicado ese año, apenas si llegó a la crítica, pasando casi desapercibido. Esto no me importó gran cosa, pues mi interés estaba concentrado en la aparición de los otros dos libros: *Cal y canto* y *Sobre los ángeles.* Libre al fin de este último, ya

trabajaba en otras nuevas obras: *Sermones y moradas* (poemas) y *El hombre deshabitado* (teatro), ambas aún dentro de la misma electrizada atmósfera de los ángeles, iniciando a la vez una más, que rompía totalmente con las anteriores, aunque también producto del mismo desconcierto y anarquía de aquel período mío: *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos.* Vivíamos entonces la Edad de Oro del gran cine burlesco norteamericano, centrada por la genial figura de Charles Chaplin. A todos esos tontos —verdaderos ángeles de carne y hueso— dedicaba yo los poemas de este libro.

De pronto, un acontecimiento sensacional me llevó nuevamente a estrechar filas con los amigos: la compañía de don Fernando Díaz de Mendoza —de luto aún por la muerte de doña María Guerrero— anunciaba el estreno de *Sinrazón,* primera obra dramática de Ignacio Sánchez Mejías. Expectación en el mundo literario, pero mucho mayor en el taurino, aquel público madrileño que se la tenía jurada al torero por algún feo gesto que éste le dedicara en una tarde de corrida. Cuando llegué al teatro —el Calderón— hervía todo él. Por la cazuela se agitaban extraños tipos de pañuelos al cuello y tremendos garrotes en las manos. Entre bastidores, la compañía temblaba. Don Fernando, un aristócrata, acostumbrado a los estrenos de gala, no podía ocultar su preocupación y disgusto. «¡Si doña María levantara la cabeza», nos dijo a Bergamín y a mí cuando lo saludamos. Largos minutos antes de levantarse el telón, parecía el teatro una plaza de toros. El tendido de sol —la cazuela, quiero decir— pateaba y silbaba al compás de las trancas contra el suelo, ante la indignación de los palcos y el patio de butacas, quienes pretendiendo acallar aquel escándalo mayúsculo lo aumentaban aún más con sus protestas. Por fin, sonó un clarín, digo, se alzó el telón, produciéndose un instantáneo silencio. La escena aparecía completamente a oscuras, fosforesciendo —novedad— el filo de los muebles. Se escucharon primero las palabras de algún ser no visible... Se encendieron las luces... Surgió entonces, en toda su moderna blancura, la gran sala de un consultorio médico. En el centro, ante una mesa, un hombre, de blanco también, interrogaba a otro de apariencia abstraída. La obra había empezado, Ahora, a más de treinta años de aquella noche memorable, yo no la recuerdo. No era, como esperaba el público, de ambiente taurino. Sucedía en un manicomio: un problema de locura o razón, que Ignacio resolvía gallardamente como en su mejor tarde de lidia. Un raro éxito, además del primer intento de teatro freudiano en la lengua castellana. Al final del último acto, aquel público del tendido de sol dispuesto a reventar al gran espada, se volcó en aplausos y ovaciones, redoblados con más vigor cuando Sánchez Mejías salió a escena para dar las gracias. Al otro día, la crítica más exigente y puntillosa concedía al torero la oreja, el rabo y los pitones, saludando en él la aparición de un nuevo autor dramático. Malas voces hicieron correr pronto que *Sinrazón* no era de él, sino de alguno de aquellos jóvenes escritores que lo rodeábamos. Nada más estúpido y falso. Ignacio era un hombre de genio, hasta capaz de hacer, como lo hizo, aquella obra teatral que fue la admiración de todos.

El año 28 se marchó para mí con la honda emoción de una conferencia de Salinas dedicada a *Sobre los ángeles* casi en vísperas de aparecer. Fuertes tormentas en el cielo político de España propiciaban esta salida. Pero antes, en edición de la *Revista de Occidente,* le tocó a *Cal y canto,* libro del que ya me había desentendido, sintiéndolo lejano y fuera del hervor en que vivía. Llegaba a fines del invierno, ya estallante en los árboles el verde de la primavera. Bergamín sería el primero en saludarlo con un extenso ensayo en *La Gaceta Literaria.* Críticas de Quiroga Pía y Salazar Chapela se ocupaban también de él, ayudándolo en sus primeros pasos... *Cal y canto* iniciaba su camino, reavivando fulgores ya pasados de Góngora. Empecé a interesarme por su suerte. Pero, de pronto, las alas de los ángeles, escapados en vuelo por esos mismos días, lo oscurecieron por completo, ahogándole en escombros su feliz ruta comenzada. Aquellos seres encendidos, rotos, violentos, se alzaban contra él en medio de una primavera convulsa. Las primeras conmociones estudiantiles contra la dictadura que padecíamos ya estremecían las calles. ¡Qué días confusos para mí estos de la aparición de *Sobre los ángeles,* señalado por Azorín como mi arribo «a las más altas cumbres de la poesía lírica»! Pero los ángeles ya se me habían ido, quedándome desventrado de ellos, permaneciendo sólo en mí la oquedad dolorosa de la herida. Mas no era tiempo de llorar. El

momento predicho turbiamente en uno de mis poemas no se acercaba. Allí estaba presente, incitándome.

Pero por fin llegó el día, la hora de las palas y los cubos...

Poco o nada sabía yo de política, entregado a mis versos solamente en aquella España hasta entonces de apariencia tranquila. Mas de repente mis oídos se abrieron a palabras que antes no había escuchado o nada me dijeran: como república, fascismo, libertad... Y supe, a partir de ese instante, que don Miguel de Unamuno, desde su destierro de Hendaya, enviaba cartas y poemas a los amigos, verdaderos panfletos contra el otro Miguel, el divertido y jaranero espadón jerezano, sostenedor de la monarquía tambaleante; cartas y poemas que no más recibidos corrían como la pólvora por las tertulias literarias, las redacciones de los periódicos enemigos del régimen, las manos agitadas de los universitarios. Y vi que don Ramón del Valle-Inclán, en su cuartel cafetero de La Granja, en la calle, en los teatros, en donde se le venía en gana, entablaba también su duelo a muerte contra el gracioso general, quien llega, en nota memorable aparecida en los diarios, a llamarlo: «ese tan gran escritor como extravagante ciudadano». Sin sentir, como por ensalmo, se había creado un clima de violencia que me fascinaba. El grito y la protesta que de manera oscura me mordían rebotando en mis propias paredes, encontraban por fin una puerta de escape, precipitándose, encendidos, en las calles enfebrecidas de estudiantes, en las barricadas de los paseos, frente a los caballos de la guardia civil y los disparos de sus máusers. Nadie me había llamado. Mi ciego impulso me guiaba. La mayor parte de aquellos muchachos poco sabía de mí, pero ya todos eran mis amigos. ¿Qué hacer? ¿Cómo darles ayuda para no parecer únicamente un instigador, uno de esos «elementos extraños» a los que la prensa atribuía siempre cualquier suceso contra el régimen? Ni los poemas de *Sermones y moradas,* aún más desesperados y duros que los de *Sobre los ángeles,* podían servirles. A nadie, por otra parte, se le ocurría entonces pensar que la poesía sirviese para algo más que el goce íntimo de ella. A nadie se le ocurría. Pero los vientos que soplaban ya iban henchidos de presagios.

En medio de estos días y de este campo de batalla, no literaria ya sino verdadera, apareció, como un cometa, Luis Buñuel. Venía de París, la cabeza rapada, el rostro aún más fuerte, más redondos y salidos los ojos. Llegaba para mostrar su primera película, hecha en colaboración con Salvador Dalí. Fue una de las inolvidables sesiones del Cine Club, que dirigía su propio fundador: el ya entonces tarado Giménez Caballero. El film impresionó, desconcertando a muchos y estremeciendo a todos en sus asientos aquella imagen de la luna, partida en dos por una nube, que conduce inmediatamente a la otra, tremenda, del ojo cortado por una navaja de afeitar. Cuando el público, sobrecogido, pidió luego a Buñuel unas palabras explicativas, recuerdo que éste, incorporándose un momento, dijo, más o menos, desde su palco: «Se trata solamente de un desesperado, un apasionado llamamiento al crimen». También Luis Buñuel vivía su desconcierto, su violenta protesta, «expresando —como dice Georges Sadoul— todo este "mal del siglo" surrealista en *Un perro andaluz,* imagen de una juventud confusamente convulsionada». Fue significativa la revelación de esta película en coincidencia con un Madrid ya enfebrecido, no lejos de las vísperas de grandes acontecimientos políticos. Aquel inmenso vendaval que nos agitaba iba flechado hacia una brecha, por la que tantos saldríamos con la conciencia clara, diluidas las sombras del hondo pozo de tinieblas en que habíamos caído esos últimos años. Por esa misma brecha, después de *Un perro andaluz* y *La edad de oro* —las dos obras maestras del cine surrealista— saldría Luis Buñuel a *Tierra sin pan,* su magnífico documental sobre la mísera vida en la región extremeña de las Hurdes, «un film que —según palabras del mismo Sadoul— explica y anuncia la guerra civil durante la cual los falangistas fusilaron al amigo de Buñuel, el poeta García Lorca, mientras Dalí pintaba en Nueva York el retrato del embajador franquista». (Dalí, a raíz de *La edad de oro* y dado el rumbo político seguido por su amigo, había roto con él, acusándolo al poco tiempo de estar «embrutecido por el burocratismo staliniano».)

Era la época de las novedades de vanguardia, llegadas a Madrid con algún retraso, y el gran final del cine mudo ante la aparición del sonoro. *El gabinete del doctor Caligari* había sido la primera sorpresa de lo mágico en medio de un silencio de locura, crueldades y crímenes. Luego

creo que al propio Buñuel debimos la exhibición, en los salones de la Residencia, de *Entreacto, La concha y el clérigo, Nada más que las horas* y *El hundimiento de la casa Usher.* Los nuevos nombres de Rene Clair, Germain Dullac, Cavalcanti y Epstein se desplegaban ante nuestros ojos en un desfile de imágenes sorprendentes, montaje de imprevistas y absurdas metáforas muy en consonancia con la poesía y la plástica europeas del momento (Tzara, Aragón, Éluard, Desnos, Péret, Max Ernst, Tanguy, Masson, etc.). De las maestras realizaciones, lejos de esta extrema vanguardia, de aquella edad dorada del cine mudo recuerdo todavía: *La pasión de Juana de Arco,* de Dreyer; *Metrópolis,* de Fritz Lang; *La quimera del oro,* de Chaplin; *La madre,* de Pudovkin, y sobre todo *El acorazado Potemkin,* de Eisenstein. Una flor de ternura guardo aún en mi corazón para los grandes tontos adorables: Buster Keaton, Harry Langdon, y los menores: Stan Laurel, Oliver Hardy, Luisa Fazenda, Larry Semon, Bebe Daniels, Charles Bower, etc., héroes todos de mi libro naciente, más o menos surrealístico, con título extraído de una comedia de Calderón de la Barca: *Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos.* Al teatro iba poco. El cine era lo que me apasionaba. Nuestra escena, invadida aún en aquel tiempo por Benavente, los Quintero, Arniches, Muñoz Seca..., nada podía darme. Retengo sólo en la memoria los estrenos de *Sinrazón,* de Sánchez Mejías, *Tic-tac,* de Claudio de la Torre, *Brandy, mucho brandy,* de Azorín, y *Los medios seres,* de Gómez de la Serna, la más audaz de todas estas obras, con sorpresas geniales, pero, según entonces me pareció, demasiado extensa y no muy bien pergeñada teatralmente.

A Ramón yo lo traté muy poco, como a casi todos los escritores de las generaciones precedentes a la mía. Nos saludábamos por calles de nuestro barrio, siempre él con su pipa y sus patillas majas de mocetón goyesco, madrileño. Yo nunca fui «pombiano», y creo que Ramón jamás miró con buenos ojos a los no sometidos a las mesas de su famosísima tertulia. En cierta ocasión me permití con él alguna broma pesada, como aquella de enviarle un disparatado panfleto contra Ortega y sus acólitos de la *Revista de Occidente,* la misma ramoniana tertulia, y todo lo habido y por haber, durante uno de los muchos ruidosos banquetes celebrados en Pombo, no recuerdo si aquel en honor de Giménez Caballero. Aunque a veces los frecuentara, yo no era cafetero, asiduo de corrillos literarios. Era, desde mis primeros años de Madrid, «sinsombrerista», acostumbrado al aire libre y, precisamente por aquellos días, un poeta solo y mordiente, apartado cada vez más de reuniones sociales, a las que, como a todo, me asomé un momento. Fui amigo entonces de Carmen Yebes, la preciosa condesa admirada de Ortega; de Isabel Dato, la hija del ministro monárquico, víctima de una bala anarquista; traté algo al Duque de Alba; más, al de las Torres, simpático, tuerto y jaranero. Frecuenté a los Bauer, propietarios de la maravillosa Alameda de Osuna, exaltada por Antonio Marichalar en un buen libro, y a otros personajes aristocráticos, muchos de ellos agitados por las auras de libertad que amenazaban ya a la Dictadura. Las luchas callejeras, primero, y la llegada de la República me alejaron casi por completo de esta gente, permaneciendo sólo en mi amistad una condesa argentina, que desde un comienzo se distinguió como persona consecuente y fiel a sus sentimientos liberales: Tota Atucha, condesa de Cuevas de Vera. Ella, tanto antes como después de la guerra española, durante mi destierro en París como aquí, en Buenos Aires, siempre ha sido la misma: amiga de verdad, sin miedo a lo político, sencilla, silenciosa, auténtica; una persona, en fin, de excepción, a la que muchos españoles exilados correspondemos con el mismo afecto.

En la pausa de aquel verano, volví a la sierra de Guadarrama. Mi salud, quebrantada ahora por trastornos hepáticos, me lo pedía a voces. Había enflaquecido nuevamente, pareciendo aún más afilado que en los preludios de mi primera enfermedad. Comía sólo verduras con aceite, que odiaba, y ciertas frutas. Y sin embargo, contra la prohibición del médico, caminaba día y noche hasta caer rendido. En cualquier parte, sobre un monte, en un camino o en el más solitario descampado, seguía los poemas de *Sermones y moradas* alternándolos con los del libro de «los tontos» o aquella obra de teatro —*El hombre deshabitado*—, ya bastante avanzada. Seguía, a pesar de todo, despistado, viendo que mi horizonte se aclaraba muy poco; uncido siempre al carro de la familia. Los libros, ¡bah! Cinco llevaba publicados, ¿y qué? Nada. Ni sombra de nada. Los bolsillos vacíos.

Al volver a Madrid, la editorial Plutarco, que dirigía mi tío Luis Alberti, me propuso una nueva edición de *La amante.* Le añadí unos poemas perdidos y tres ligeros dibujos a la pluma. Se lo

entregué en seguida. Apareció. Total: 200 pesetas. Puse entonces mis ilusiones en el teatro. ¿En el teatro? Releí lo que llevaba escrito de aquella obra en la que trabajaba. Me pareció oscura, difícil. ¿Quién iba a atreverse con ella? Los actores, unos bestias, salvo muy raras excepciones, seguían encagajonados con Marquina, Benavente, Muñoz Seca y demás. Intenté hacer libretos musicales, como aquel de *La pájara pinta,* que no acabé por las razones que antes dije y cuyos fragmentos aún permanecen inéditos. Con un nuevo libreto —*El colorín colorete*— me fui a ver a Adolfo Salazar, proponiéndole se lo enviase a un músico francés: a Darius Milhaud, por ejemplo. Fracaso, como era natural, a pesar de estar escrito en un lenguaje inventado, que hacía innecesaria su traducción. Por aquellos días, creo, pasó don Manuel de Falla por Madrid. Se estrenaba su *Concierto para clavecín y conjunto de cámara.* Desde un principio comprendí que hubiera sido más que absurdo proponerle nada. Sin embargo, él me habló, como gaditano que era, de poner música —¿cuándo, cuándo sería?— a unas canciones de mi *Marinero.* Temblé de emoción. El ofrecimiento era espontáneo, pero... don Manuel era más que lento. Se marcharía del mundo sin terminar *La Atlántida,* comenzada por esta época. Desesperado, acepté dar una conferencia que meses antes me había pedido el Lyceum Club de señoras.

Yo era un tonto y lo que había visto y continuaba viendo me habían convertido en dos tontos. Quiero decir que estaba ya dispuesto a vengarme de todo, a poner bombas de verdad o casi de verdad, como aquella que entre burlas y veras coloqué una tarde en aquel Lyceum femenino. (Afortunadamente, mi gran amigo el hispanista Robert Marrast me envió no hace mucho copia de las declaraciones que yo hice por escrito con motivo de tan resonante suceso. Nada mejor, para salvarlas y dar una idea exacta de lo que yo era entonces, que incluirlas en las ramas de estas memorias.)

La conferencia se titulaba «Palomita y Galápago (¡No más artríticos!)». Con la inocente ave, enjaulada, en una mano, el galápago en la otra y vestido de tonto —levita inmensa, desproporcionada, pantalón de fuelle, cuello ancho de pajarita y un pequeñísimo sombrero hongo en la punta de la cabeza— me presenté una tarde de noviembre en el nombrado club, calle de Las Infantas, 31, no lejos —coincidencia— del circo de Price. Y ahora he aquí mis palabras, tal como aparecieron en *La Gaceta Literaria* a escasos días de mi actuación.

UN SUCESO LITERARIO

La conferencia de Rafael Alberti

La Gaceta Literaria, *sin deseos de tomar parte, en pro o en contra, de este «suceso», pero deseosa de informar a sus lectores con imparcialidad equidistante de los dos bandos, ha preguntado a Rafael Alberti, el conferenciante, y a varias señoras del Lyceum Club, sus oyentes. Rafael Alberti nos hace las «declaraciones» que insertamos a continuación. También insertamos las primeras declaraciones que hemos recibido del Lyceum, conservando en una de ellas el anonimato que se nos encarece.*

1. No ignoro, contra lo creído por mucha buena gente, cierto *Tratado de urbanidad* publicado por la casa Calleja en 1905, ni tampoco ignoro que

ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
lleva dentro del pecho un Ortega dormido,

y menos aún ignoro todavía cuándo hay que juntar ridículamente los pies para besar la mano de una elegante y distinguida dama o cuándo hay que separarlos, caballerosísimamente, para con extremada delicadeza escupir en la mano de esa misma elegante y distinguida dama.

Después de no ignorar nada de esto, escribí al Lyceum Club femenino anunciando mi conferencia: «Palomita y Galápago (¡No más artríticos!)». Escribí yo pidiéndola, ya que el curso pasado me invitaron a darla y no quise o no pude aceptar. Así que siento muchísimo descubrir, a cierta exquisita y selecta minoría de «orientales y occidentales», que todo lo verificado en Infantas, 31, durante aquella tarde del 10 de noviembre, fue con premeditación y alevosía.

2. Mis propósitos eran los siguientes: comprobar la últimamente cacareada inteligencia del bello sexo, su buena educación, su juventud, su valentía, su amor hacia los animalitos, terrestres y celestes; llevar un poco de animación a la Casa de Venus y a mi desventurado compañero el Galápago, que anhelaba conocer con urgencia a las damas del club; y, sobre todo, declarar abiertamente la guerra al artritismo y a la parálisis infantil, así como estudiar el espanto que produce en el *alma misteriosa de la mujer* la pedagógica amenaza de soltar una rata recién cogida por mí en una cloaca o letrina. Y otros buenos propósitos que se me han olvidado.

Realicé todo lo que me propuse y como me dio la real gana. Yo, por ejemplo, recité a la Palomita, a mi Palomita poeta, la siguiente poesía:

ESCLAVITUD

¿Llorando estás, pobre ilota,
por la libertad ansiada?
Nadie es Ubre, ni lo es nada.
Todo en el destino flota.
El liberto a fuerza iñota
siente su vida añudada.
Se cree dueño de su espada
y es de su espada un ilota.
Ya está tu cadena rota.
¿Vives? Tu suerte está echada.
La vida es la más pesada
esclavitud. —La gaviota
flota al viento—. ¡Pobre ilota!

Y esta otra:

¡VIVA LA ESTULTICIA!

Yo digo: ¡Viva la estulticia!
Yo, en mi anhelo de conocer
hombres y libros, llegué a ver
que el saber todo lo desquicia.
Ni aun hallaréis vuestra leticia
en el amor de la mujer,
cenizas hoy, brasa ayer.
Yo digo: ¡Viva la estulticia!
Mirar la garra en la caricia.

Regusto de hiel al beber.
Una vez sabio, el triste ayer
de la ignorante puericia.
Yo digo: ¡Viva la estulticia!

Pues bien: yo logré que el delicado auditorio se riera a carcajadas de estas dos *iloteces* poéticas. Pero, de pronto... De pronto, la Palomita, con aquella estupidísima ingenuidad que desplegó durante toda la conferencia, me dejó en el oído un nombre. Y era éste: Ramón Pérez de Ayala. Entonces fue cuando tuve que advertir a muchas de las damas (entre las que se hallaba la esposa del poeta recitado), que hacía unos momentos manifestaron su júbilo ante la comprobada estulticia de esos dos poemas, la incalificable incorrección que cometían al silbar en su propia casa a un inocente conferenciante invitado por ellas mismas, o, lo que es peor, a un autoinvitado e inocente conferenciante. (Y, ahora, desde aquí, les agrego: que no saben silbar, que lo hacen muy mal, que recordaban a las ocas del Retiro. Y que se rijan, además, por el *Tratado de urbanidad* publicado por la casa Calleja en 1905.)

3. Seguí mi conferencia, interrumpido constantemente por aplausos llenos de juventud y comprensión y por protestas rebosantes de pazguatería, *crochet, frivolité, futiré, Houbigant,* polvos de patchulí y agua de Pompeya.

La Palomita, con aquella estupidísima e inolvidable ingenuidad que desplegó durante aquella estupidísima e inolvidable tarde, volvió, poco después de los primeros incidentes, a dejarme en el oído otros cuantos nombres de dioses y diosecillos —Juan Ramón, Ortega, D'Ors, Martínez Sierra, Cañedo, Gómez de Baquero, el viejo Valle-Inclán, etcétera—, invulnerables, por lo visto, para... sus amigos y amigas; y entonces fue cuando toda una hilera de señoras airadas abandonó el salón, pasando a una salita contigua, donde a silbidos, siseos y voces intentó apagar la mía, potentísima siempre y aquella tarde más que nunca, viéndome obligado a continuar, no diciendo, sino gritando mi conferencia, coronada, al fin, con seis disparos de revólver, que terminaron por ahuyentar a las ocas protestantes y por que todas las muchachas y muchachos, además de las verdaderas personas inteligentes del Lyceum, pidieran, en medio de una calurosísima ovación, la oreja de... (Aquí doy las gracias más efusivas a Pilar de Zubiaurre, Ernestina de Champourcín, Carmen Juan de Benito, Concha Méndez Cuesta, Pepita Pía y a otras cuyo nombre ignoro, sintiéndolo.)

4. ¿Frases ingeniosas por parte de las damas interruptoras? Muchas. Muchas. Algunos ejemplos:

Una histérica de gris, junto a un caballero de gafas y dientes largos. ¡Las que pasamos de cuarenta años tenemos derecho a reírnos! ¡Es la revancha! ¡Es la revancha! ¡Y, además, estoy muy nerviosa!

Una especie de oruga, partidaria de Ortega. ¡Si esto es juventud, yo soy una vieja!

La pizpireta con cara de tachuela rencorosa. ¡Hay que ver! ¡Venir a nuestra propia casa a insultar a las glorias nacionales!

Una demente estúpida. ¡Está demasiado pálido para dar una conferencia tan agresiva!

Cuando condené a muerte a la Palomita:

Una voz con vegetaciones. ¡Como la mate, que no la matará, le tiro el bolso!

Una señora gruesa, de melena cortada, junto a una niñita vestida de legionario. ¡Pertenezco a la Sociedad Protectora de Animales y no lo consiento!...

Una lánguida y larguirucha, lectora apasionada de Martínez Sierra. ¡Qué poco corazón!

La muy airada esposa de alguna gloria nacional. ¡Piiüiii! ¡Piiiiiii! ¡Piiüiii!

El caballero de los dientes largos. ¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza!

Voces de cotorras variadas. ¡Kikirikíííííí! ¡Guau, guau, guau! ¡Loro-lori, loro-lori, loro-lori! ¡Uuuuuuuuuuuh!

Y al final:

Coro de arpías, haciendo mutis por el lateral derecho. ¡Nos ha llamado bolitas de cabra! ¡Nos ha llamado bolitas de cabra! ¡Nos ha llamado bolitas de cabra!

Yo, llorando a lágrima viva sobre la tristísima concha de mi Galápago Voici l'áme mystérieuse de la femme. Voici sa liberté et sa modernité.

5. ¿Mi impresión de lo sucedido? Buena. Se marcharon los que siempre sobran en todas partes, que, desgraciadamente, son muchos, demasiados. Quedaron en la sala, entre los chicos, los dispuestos a partirse la cara conmigo en defensa de la nueva Poesía y de todo. (Porque, cursilones, recobistas y sacristanes, ha sonado la hora de las bofetadas.) Entre las chicas, muchas de las que en la primavera pasada se tiraron a las calles junto a sus condiscípulos de la universidad y aquellas que comprenden el cine tonto, porque yo, afortunadamente, soy un tonto, y de tonto fue todo lo que hice y dije en el Lyceum aquel 10 de noviembre. También permanecieron en la sala bastantes- señoras del club, que aplaudían, comprendiendo de sobra la ridícula actitud adoptada por sus compañeras. (Doy las gracias, otra vez, a Pilar de Zubiaurre.)

6. ¿Los resultados de esta conferencia, para mí? Magníficos, todos. Menos uno tristísimo, por cierto: el asesinato de mi preciosísima y blanca Palomita. Sucedió que al día siguiente del escándalo me presenté por la mañana en el Lyceum para recogerla. Una criada que me abrió la puerta me dijo:

—La encontramos tan desfallecida entre las bombillas eléctricas de la cornisa del salón que..., que... la hemos matado.

—Cómansela.

¿Qué mayor gloria para una Palomita poetisa como la de ser devorada por otras poetisas? Huí, llorando, de la casa del crimen, y por las calles, pensando siempre en mi blanquísima y pobre compañera, le escribí una elegía.

Para ser imparcial, quiero reproducir aquí también las declaraciones —una pro y una contra— de dos señoras del Lyceum, aparecidas con las mías en *La Gaceta Literaria.*

La opinión pro:

1. Cuando Alberti, el año pasado, nos ofreció su conferencia, la aceptamos, desde luego, cumpliendo el propósito de llevar al club a todas las figuras algo destacadas de la literatura nueva. Por eso, cuando este invierno me escribió, dándome ya el título de lo que él llamaba «Divertimiento sobre la poesía cómica española», nos apresuramos a fijarle fecha para su conferencia.

2. Alberti fue, desde luego, al club en plan batallador, y su conferencia fue una explosión de humor juvenil que realizó, según creo, completamente, a pesar de muchos o muchas...

3. Empezaron las protestas, *sotto voce,* al ver la indumentaria del conferenciante, perfecta imitación cinemática que casi nadie entendió. La dirección perdió sus fueros en cuanto Alberti empezó a nombrar y criticar a algunos conocidos escritores.

4. Protestaron, como era de esperar, varias señoras, algunas mujeres de los autores aludidos; otras que por pertenecer a otras épocas no podían comprender el sentido ni el humor de aquello. En cambio todas las jóvenes y varias señoras de espíritu más comprensivo aplaudían y protestaban contra los protéstanos.

5. No recuerdo exactamente las frases de Alberti, pero confieso que me hicieron muchísima gracia las alusiones frecuentes e ingeniosas a cierta docta corporación y a cierto ensayista no menos docto...

6. Guardo la impresión de una hora divertidísima, muy movida y propia del momento. Lo que quisiera olvidar es la conducta poco cortés con que parte del público demostró su incomprensión.

ERNESTINA DE CHAMPOURCÍN

Y ahora la opinión contra:

—¿Cómo le invitaron a dar esa conferencia?

—No le invitamos; estuvo implorándola, durante unos días, argumentando cierta invitación, por compromiso, del año pasado. Al fin, accedió el Lyceum, presumiendo en ese Alberti, si no talento, por lo menos educación.

—¿Cree usted que llevaba algún plan en su conferencia?

—Si a aquello se le pudo llamar conferencia, sí. Llevaba el plan o el propósito de decir a unas señoras lo que no hubiera sido capaz de decir a sus maridos a la misma distancia. Esto puede llamarse conferencia, estupidez o tontez; pero yo lo califico de cobardía. Además, ni siquiera tuvo en ningún momento originalidad; ni gracia, ni ingenio. Estuvo hecho un Charlot de plaza de toros.

—¿Cuándo comenzaron las protestas?

—Allí no hubo protestas. Alberti entró como un tontaina y algunas señoras, yo entre ellas, decepcionadas ante aquel espectáculo tan deprimente que ofrecía el infeliz, nos salimos. Él continuó, con esa perfecta inconsciencia de los tontos, creyendo realizar una proeza. Pero, ya digo, protestas, ninguna. Nos salimos algunas porque padecíamos el ridículo del muchacho.

—¿Qué impresión guarda el Lyceum de esa tarde?

—Por lo pronto, el Lyceum siente haber sido débil y haber accedido a los ruegos de ese infeliz. Claro que una institución de mujeres no puede por menos de ser generosa y se complace, al fin y al cabo, en haber dado a ese chico la limosna de notoriedad que nos pidió.

SEÑORA DE X

Hasta aquí, mis declaraciones y los ecos de aquel famoso escándalo, del que se siguió hablando en diarios y corrillos durante mucho tiempo. Por mi parte, yo me sentía vengado y momentáneamente más feliz, como ese anarquista que destroza un teatro o violenta la caja de la banca para socorrer a los suyos. Pero las bombas de verdad saltaban en la calle. Aquel grotesco pedestal que sostenía al dictador jerezano en falso abrazo guiñolesco con el rey Alfonso, ya estaba socavado. Una de las figuras va a caerse, siendo la otra, la borbónica, quien habrá de empujarla, creyendo apagar así los clamores que ya de toda España subían por los balcones de la plaza de Oriente. Me sentí entonces a sabiendas un poeta en la calle, un poeta «del alba de las manos arriba», como escribí en ese momento. Intenté componer versos de trescientas o cuatrocientas sílabas para pegarlos por los muros, adquiriendo conciencia de lo grande y hermoso de caer entre las piedras levantadas, con los zapatos puestos, como desea el héroe de la copla andaluza:

Con los zapatos puestos
tengo que morir,
que, si muriera como los valientes,
hablarían de mí.

«Con los zapatos puestos tengo que morir» se tituló el primer poema que me saltó al papel, hecho ya con la ira y el hervor de aquellas horas españolas. Desproporcionado, oscuro, adivinando más que sabiendo lo que deseaba, con dolor de hígado y rechinar de dientes, con una desesperación borrosa que me llevaba hasta morder el suelo, este poema, que subtitulé «Elegía cívica», señala mi

incorporación a un universo nuevo, por el que entraba a tientas, sin preocuparme siquiera adonde me conducía:

Será en ese momento cuando los caballos sin ojos se desgarren las tibias contra los hierros en punta de una valla de sillas indignadas contra los adoquines levantados de cualquier calle recién absorta en la locura.

Vuelvo a cagarme por última vez en todos vuestros muertos, en este mismo instante en que las armaduras se desploman en la casa del rey, en que los hombres más ilustres se miran a las ingles sin encontrar en ellas la solución a las desesperadas órdenes de la sangre...

Poesía subversiva, de conmoción individual, pero que ya anunciaba turbiamente mi futuro camino. Esta extensa elegía no sé cómo fue a dar a manos de Azorín, quien —cosa fantástica— una buena mañana se descolgó en *ABC* —el diario más monárquico de todos— con un desmesurado elogio de ella, señalando por vez primera y con un don profético, hoy escalofriante a la distancia, el sendero que ya con toda claridad elegiría dos años después. Dice Azorín en su artículo del 16 de enero de 1930: «...Y sin embargo el poeta... —aquí suprimo calificativos que me ruborizan— necesita un punto de apoyo para su vida espiritual. ¿Cuál será esa estribación de Rafael Alberti? Y Rafael Alberti se vuelve hacia lo primario, lo fundamental, lo espontáneo; Rafael Alberti se vuelve, con los brazos abiertos, hacia el pueblo. En su desgano de los módulos citados, sólo el pueblo y sólo la naturaleza podían darle el punto de apoyo pedido y necesario». Asombroso, y sobre todo en Azorín. Y más en aquellos tremendos días de derrumbe inminente, porque una noche de ese mismo enero, del café La Granja el Henar saldría formando un grupo, casi todo él de intelectuales, que, calle Alcalá arriba, intentará arribar a la casa del rey. Al llegar a la Puerta del Sol, ese pequeño grupo ya se habrá convertido en una gran manifestación que, a los gritos de «¡Muera Primo de Rivera!, ¡Abajo la Dictadura», bajará por la calle del Arenal, ansiosa de volcarse en la plaza de Oriente. Entre esos manifestantes iba yo, acompañado de Santiago Ontañón —ya un gran escenógrafo— y del alambicado, pedantesco y cursilón falangista de ahora Eugenio Montes, que era el que más gritaba. Mientras la policía de a caballo cargaba contra el grueso de la manifestación, unos pocos interrumpíamos la pacífica oscuridad del Real Cinema, haciendo levantar de sus asientos a los aterrados espectadores. De regreso, esos mismos pocos prendimos fuego al kiosco de *El Debate,* interviniendo Eugenio Montes con más de una cerilla, apagándose al fin, con el fulgor de aquella letra impresa A Mayor Gloria de Dios y de la Dictadura, el brillo mortecino de la espada del general Primo de Rivera, subiendo otro, Berenguer, a inaugurar aquel triste período que se llamó «la dictablanda», aunque en sus penúltimos días se distinguiera por una cruel dureza a la que el divertido dictador jerezano no llegó nunca.

Un nuevo y gran acontecimiento se preparaba: el regreso de don Miguel de Unamuno, después de varios años de destierro en Francia, adonde el otro Miguel, su enemigo, se marcharía exilado, para morir allí meses más tarde. La entrada de Unamuno en Madrid por la estación del Norte fue triunfal. Una gran multitud lo recibió entre aplausos y al grito de «¡Viva la República!», grito que ya la policía de aquella dictablanda era insuficiente para reprimir, pues zigzagueaba, escurridizo, por toda la península. A poco de su arribo, el ardiente rector de la Universidad de Salamanca es repuesto en su cátedra, reiniciando sus clases, rotas después de tanto tiempo, con las mismas palabras de fray Luis —«Decíamos ayer...»— al salir de la prisión.

Por aquellos días, García Lorca deja Madrid y se va a Nueva York, coronado de éxito, con la segunda edición de su *Romancero* en la calle. ¡Adiós a la Residencia, al piano de sus canciones, aquel Pleyel de los años felices! Federico se iba a Norteamérica, contagiado también de la hora de España, abriendo allí a su poesía un extraño paréntesis de confusión y sombras. Algunos poemas iniciales del libro que más tarde sería *Poeta en Nueva York,* aparecieron en revistas madrileñas o en otras provenientes de la isla de Cuba. ¡Qué espadazo tajante en la garganta del poeta granadino! ¡Qué trágicos estremecimientos precursores de lo que iba a suceder, de lo que sobre todo a él iba a sucederle en los mejores años de su vuelta! José Bergamín, autor, ya desterrado en México, de la primera edición de este libro, lo aclara luminosamente: «... Es un nuevo y fugaz momento de su

vida en el que la forma de su tiempo se extingue en resonancias insospechadas, en cadencias dolorosas, sombrías, imprecisas, distantes; en una voz que apaga como pasos, verso a verso, el fulgor de un mundo entrevisto como a su pesar, íntimamente muerto. El poeta se autorretrata de ese modo como un suicida. Se adelanta a un morir violento con voluntad suicida de sobrepasarlo. Lo predice y maldice de este modo, sin apenas decirlo...».

Pocas veces volvería yo por la Residencia, pues Federico la dejaría a su regreso, domiciliado ya con su familia en una casa de la calle de Alcalá. Aquella década ejemplar, de amor, de unión, de juventud y de entusiasmo, tocaba a su fin...

Pero aún estamos a comienzos del 30.

Una noche de invierto —llovía de verdad—, un libro, un raro manuscrito vino a dar a mis manos. (Era en el sótano del Hotel Nacional y ante varias botellas, vacías ya todas menos una, de jerez.) El título: *Residencia en la tierra.* El autor: Pablo Neruda, un poeta chileno apenas conocido entre nosotros. Me lo traía Alfredo Condón, secretario de la embajada de Chile, amigo mío por Bebé y Carlos Moría, ministro consejero de esa misma embajada, muy amigos también de García Lorca. Desde su primera lectura, me sorprendieron y admiraron aquellos poemas, tan lejos del acento y el clima de nuestra poesía. Supe que Neruda era cónsul en Java, donde vivía muy solo, escribiendo cartas desesperadas, distanciado del mundo y de su propio idioma. Paseé el libro por todo Madrid. No hubo tertulia literaria que no lo conociera, adhiriéndose ya a mi entusiasmo José Herrera Petere, Arturo Serrano Plaja, Luis Felipe Vivanco y otros jóvenes escritores nacientes. Quise que se publicara. Tan extraordinaria revelación tenía que aparecer en España. Lo propuse a los pocos editores amigos. Fracaso. Y entonces se lo di **a** Pedro Salinas para que él mismo tanteara a la *Revista de Occidente,* ya que yo, desde mi conferencia en el Lyceum, no podía portar por allí. Salinas también fracasó, logrando solamente —menos mal— que la revista publicase varios de sus poemas. Comencé entonces a cartearme con Pablo. Sus respuestas eran angustiosas. Recuerdo que en una de sus cartas me pedía un diccionario y disculpas por los errores gramaticales que pudiese encontrar en ellas. (En París —ya 1931—, intenté todavía la publicación de *Residencia.* Una muchacha argentina —Elvira de Alvear— sería la editora. Conseguí de Elvira la promesa de un adelanto. Con el escritor cubano Alejo Carpentier, secretario suyo, yo mismo fui a ponerle a Neruda el cable anunciador: 5.000 francos. *Residencia en la tierra* tampoco esta vez tuvo fortuna. No se publicó. Y, cuando dos años más tarde conocí a Pablo en Madrid, me dijo que el cable sí lo había recibido, pero que el dinero jamás. Desde entonces, decidí no batallar por libros ajenos. Cosa que, naturalmente, no he cumplido.) Nunca olvidaré a Alfredo Condón, inteligente, muy alocado, muy bebedor, como buen chileno, y al que deberé siempre mi primer contacto con la poesía de Neruda. ¿Cómo no recordarlo ahora en esta *Arboleda?* Salimos juntos muchas noches. Bebimos juntos muchas noches, hasta la madrugada. Y juntos, la noche de más copas, nos detuvo la policía. Era muy desgraciado. De regreso a su patria, se suicidó, volándose de un tiro la cabeza.

Una tremenda pérdida sufrió nuestra generación ese mismo año.

Yo no sabía que Villalón estuviese en Madrid. Me lo encontré, de pronto, una heladora tarde de fines de febrero. Ya caída la luz, no recuerdo en qué calle del barrio de Salamanca. Iba solo. Muy triste, la cara desaparecida entre el sombrero, el cuello alto del gabán y la bufanda

— Pero Fernando ¡Qué sorpresa! ¿Cómo has venido sin avisar a nadie?

Hablando lento y bajo, me respondió:

—Tengo en este momento cerca de treinta y nueve grados de fiebre

No supe qué decirle Lo tomé del brazo y seguimos andando. Al llegar a la casa de una esquina, se detuvo, suplicándome

— .Espérame en la calle un instante. Bajo en seguida. Y allí me pasé, junto al portal, más de un cuarto de hora aguardándolo. En marcha nuevamente, me atreví a preguntarle:

— ¿Qué te pasa, Fernando?

—Me tengo que operar. Acabo de pedir cincuenta duros a un amigo para el sanatorio.

Hacía tiempo que Villalón estaba arruinado. Aquellos poéticos negocios, celebrados en toda Andalucía, lo habían ido llevando a aquel extremo.

Andábamos despacio. No sabía de qué hablarle viéndolo tan hermético, tan parco de palabras y abatido, ¡él siempre tan ocurrente y más fuerte que un toro!

—¿Qué te parece la situación? —se me ocurrió, por decirle algo.

—No hay que hacerse ilusiones. Hasta que tú no veas a la guardia civil gritando por las calles «Viva la República», todo seguirá igual.

Me reí. Tenía razón.

—El mundo está muy mal —prosiguió, misterioso, después de un largo silencio—. Hasta ahora lo ha venido mandando Kutumí. Pero quizás cambien las cosas, porque muy pronto le toca gobernarlo al señor Maitrellas.

Lo dejé ante la puerta de una casa en la que tenía alquilado un pequeño departamento para sus breves estancias en Madrid.

A los pocos días, ingresó en el sanatorio. Bergamín, otros amigos y yo, acompañados de Eusebio Oliver, un joven médico que andaba mucho con nosotros, asistimos a la operación. Fernando tenía incrustada en los riñones, no una piedra, sino muchas de todos tamaños, según pudimos ver en el pañuelo ensangrentado que Oliver nos mostró. Esperábamos que se salvara a pesar de todo. Ya muy de noche y muy impresionado, me fui a mi casa a descansar. Pero pocas horas después me llamaron del sanatorio. Fernando Villalón había muerto. Acababa de cumplir cuarenta y nueve años.

Consternado, me levanté y acudí a verlo. El poeta ganadero yacía amortajado, todavía en la cama de la muerte, vestido de oscuro, con zapatos negros. De bolsillo a bolsillo del chaleco, una gran cadena de plata, que me llamó la atención. Era su última voluntad: que lo enterrasen con el reloj en marcha. Conchilla, la gitana, la humilde amante de toda la vida, lloraba, silenciosa, junto a aquel tic-tac misterioso, último pulso de Fernando, que habría de latir durante más de doce horas bajo la tierra. Cuando llegó su hermano Jerónimo, la gitana se resistió a verlo, prohibiéndole la entrada en la alcoba. Aquel hermano, señorito andaluz con poca gracia, tan diferente a Villalón, se había aprovechado en los últimos tiempos de las locuras del poeta, contribuyendo más a su ruina.

Fernando se nos fue dejando poca obra: *Andalucía la Baja, Romances del 800, La tortada* y unas largas estrofas de *El Kaos,* aquellas que a Federico y a mí nos había dado a conocer en Sevilla. También dejaba una obra de teatro en verso —*Don Juan Fermín de Plateros*— sobre los garrochistas de Bailen, episodio andaluz de nuestra guerra contra las tropas napoleónicas. Pero su mejor poema estaba aún por conocerse. Y era su testamento. Una bomba, pero a la vez llena de ternura.

Abierto una mañana ante notario, su hermano Jerónimo, la gitana y creo que Bergamín y Sánchez Mejías, quienes me lo contaron, venía a decir, en parte, más o menos: «Maldigo a mi hermano Jerónimo hasta la quinta generación. Él ha sido la causa de muchas de mis desdichas. Nada le dejo. En cambio a Conchita, esa mujer admirable, compañera de toda la vida, que salía al campo conmigo a buscar gollejas para hacer ensalada, esa buena mujer a la que un día regalé un tirador para cazar pajaritos, siendo tan grande su corazón que jamás fue capaz de usarlo, le dejo varios cuadros de Murillo y otros maestros andaluces, que están depositados en Madrid, en el convento de las monjas de...». He olvidado el nombre y los demás detalles de tan extraordinario documento, seguramente por ser menos interesantes. ¡Un poeta genial, más en la vida que en la obra, de quien hablaré siempre, siempre encontrando en su recuerdo motivos de admiración y gracia!

Una larga elegía —«Ese caballo ardiendo por las arboledas perdidas»— con versos de hasta más de cien sílabas, como aquella que hice para estampar en los muros, dediqué a Villalón a las pocas semanas de su muerte. Aquel detalle impresionante del reloj golpeando en su pecho bajo tierra fue su principal estribillo. Parece que fue ayer.

Pero algo, que debía estar escrito, me sucedió de pronto.

VIII

Cuando tú apareciste,
penaba yo en la entraña más profunda
de una cueva sin aire y sin salida.
Braceaba en lo oscuro, agonizando,
oyendo un estertor que aleteaba
como el latir de un ave imperceptible.
Sobre mí derramaste tus cabellos
y ascendí al sol y vi que eran la aurora
cubriendo un alto mar de primavera.
Fue como si llegara al más hermoso
puerto del mediodía. Se anegaban
en ti los más lucidos paisajes:
claros, agudos montes coronados
de nieve rosa, fuentes escondidas
en el rizado umbroso de los bosques.
Yo aprendí a descansar sobre tus hombros
y a descender por ríos y laderas,
a entrelazarme en las tendidas ramas
y a hacer del sueño mi más dulce muerte.
Arcos me abriste y mis floridos años,
recién subidos a la luz, yacieron
bajo el amor de tu apretada sombra,
sacando el corazón al viento libre
y ajustándolo al verde son del tuyo.
Ya iba a dormir, ya a despertar sabiendo
que no penaba en una cueva oscura,
braceando sin aire y sin salida.

Porque habías al fin aparecido.

«Retornos del amor recién aparecido» se llama este poema. En él se rememora, después de más de veinte años, el estado de cueva en que vivía **y** la luz principal que echando sus cabellos en mis manos me hizo subir al sol y sentir que en el mundo la primavera no había muerto.

Fue en la casa de alguien, adonde fui llevado no recuerdo hoy por quién. Allí surgió ante mí, rubia, hermosa, sólida y levantada, como la ola que una mar imprevista me arrojara de un golpe

contra el pecho. Aquella misma noche, por las calles, por las umbrías solas de los jardines, las penumbras secretas de los taxis sin rumbo, ya respiraba yo inundado de ella, henchido, alegrado, exaltado de su rumor, impelido hacia algo que sentía seguro.

Yo me arrancaba de otro amor torturante, que aún me tironeaba y me hacía vacilar antes de refugiarme en aquel puerto. Pero, ¡ah, Dios mío!, ahora era la belleza, el hombro alzado de Diana, la clara flor maciza, áurea y fuerte de Venus, como tan sólo yo había visto en los campos de Rubens o en las alcobas de Tiziano. ¿Cómo dejarla ir, cómo perderla si ya me tenía allí, sometido en su brazo, arponeado el corazón, sin dominio, sin fuerza, rendido y sin ningún deseo de escapada? Y, sin embargo, forcejeé, grité, lloré, me arrastré por los suelos... para dejarme al fin, después de tanta lucha, raptar gustosamente y amanecer una mañana en las playas de Sóller, frente al Mediterráneo balear, azul y único. Ecos malignos de lo que muchos en Madrid creían una aventura nos fueron llegando. En algunos diarios y revistas aparecieron notas, siendo la más divertida aquella que decía: «El poeta Rafael Alberti repite el episodio mallorquín de Chopin con una bella Jorge Sand de Burgos». Se buscaba el escándalo, pues esta Jorge Sand —una escritora, casada y todavía sin divorcio— era muy conocida. Nosotros, mientras, nos reíamos, ufanos de que nuestros nombres fueran traídos y llevados por gentes tan distantes de nuestra dicha, de nuestra juventud descalza por las rocas, bajo los pinos parasol o en el reposo de las barcas.

De regreso a Madrid, en avión desde Barcelona, una tremenda tempestad por los montes Ibéricos nos obligó a un forzoso aterrizaje en Daroca, ciudad aragonesa de murallas romanas, aislada y dura como un verso caído del *Poema del Cid.* Nos recibieron, en medio de la nieve de aquel aeródromo de socorro, pastores que agobiados en sus zaleas parecían más bien inmensos corderos. Dos días pasamos allí en una fonda, visitando, amigos del cura, la magnífica Colegiata. Reanudado el viaje, únicos pasajeros y ya íntimos de los pilotos, éstos nos obsequiaron con toda clase de acrobacias —ahora no las hubiera consentido— sobre el campo de aviación madrileño. Era la primera vez que yo volaba; María Teresa no. Aquellos atrevidos volatines no nos asustaron. Ella era muy valiente, como si su apellido —León— la defendiera, dándole más arrestos.

Mi madre, muy enferma del corazón desde hacía tiempo, aprovechando una breve mejoría, se trasladó al sur, a casa de mi hermana. (No la vería más.) Agustín ya estaba casado. Quedaba sólo mi hermano Vicente, casado también, con quien tenía que seguir viviendo. ¿Que hacer entonces allí, triste, en mi cuarto, el alegre «triclinio» de otros días? Con María Teresa me pasaba las horas trabajando en algunos poemas o ayudándola a corregir un libro de cuentos que preparaba. Una noche —lo habíamos decidido— no volví más a casa. Definitivamente, tanto ella como yo empezaríamos una nueva vida, libre de prejuicios, sin importarnos el qué dirán, aquel temido qué dirán de la España gazmoña que odiábamos.

A todo esto, la otra España seguía bullendo incontenible. Sus anhelos de libertad, más subidos y contagiosos cada vez, se derramaban por todas partes. Hasta las gentes más imprevistas, aquellas que incluso hablaban familiarmente de «nuestra Isabel, nuestra Victoria, nuestro Alfonso», encontraron de pronto que aquel espléndido teatro del Palacio Real era apenas un mamarrachesco barracón de feria, habitado por unos esperpénticos y valleinclánicos muñecos. Las amistades puras empiezan a resquebrajarse. El escritor, por vez primera en esos años, va a unirse al escritor por afinidades políticas y no profesionales. Todos a una comprendieron que tenían, si no bancarias, serias cuentas que arreglar con la Casa del Rey; rey que, por otra parte, jamás consultó a las inteligencias de su país. Unamuno, Azaña, Ortega, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Marañón, Machado, Baeza, Bergamín, Espina, Díaz Fernández, por citar sólo algunos nombres, se agitan y trabajan, ahora ya abiertamente, «al servicio de la República». (Con este título se formaría luego el partido cuyas cabezas más visibles —Ortega, Marañón, Ayala— desertaron el 18 de julio de 1936 al comprobar que la política de guante blanco tenía que manchárselo en la cara sangrienta del enemigo, si quería verdaderamente salvar la República.)

Aquel grito que zigzagueaba potente pero sigiloso, fue a agolparse de súbito, apretado de valor y heroísmo, en la garganta de los Pirineos, estallando al fin un amanecer en las nieves de Jaca.

«¡Viva la República!» Es Fermín Galán, un joven militar, quien lo ha gritado, Fermín Galán, a quien el fervor popular naciente va a incorporarlo al cancionero de la calle. El pueblo adivina, ilusionado, un segundo respiro. Las cenizas ensangrentadas de Galán y García Hernández van a desenterrar, del panteón donde yaciera cincuenta y siete años, el cuerpo de la Libertad, sólo adormecido, ondeándolo, vivo, en sus banderas. Era un golpe de sangre quien había dado la señal, aunque aún no había llegado la hora.

Fue una mañana de diciembre. María Teresa y yo, como todo Madrid, mirábamos al cielo frío, esperando que las alas conjuradas de Cuatro Vientos decidieran. Pero las alas, sintiéndose enfiladas por fusiles, se vieron impelidas a remontar el vuelo, rumbo a Lisboa. (En uno de esos aviones iba Queipo de Llano, en otro, Ignacio Hidalgo de Cisneros: dos Españas en vuelo, que habían de separarse definitivamente. Queipo, monárquico, se subleva contra el rey; Queipo, republicano, se subleva contra la República. En cambio, Hidalgo de Cisneros, intachable conducta, hombre de corazón valiente y seguro, no despintó jamás de las alas de su avión de combate la bandera republicana. El 18 de julio, en las batallas decisivas por defenderla, el pueblo lo nombra general, jefe de las Fuerzas del Aire.)

En los primeros meses del año 31, aún resonaban en los oídos de España las descargas del fusilamiento de los capitanes Galán y García Hernández, oscureciendo momentáneamente aquel terror el camino que ya marchaba. Con casi todo el futuro gobierno republicano en la cárcel Modelo, nadie podía imaginar que por debajo iba engrosando el agua que había de reventar, como en una fiesta de surtidores y fuegos de artificio, el 14 de abril.

A principios de febrero apareció en Madrid, en el Teatro de la Zarzuela, la compañía mexicana de María Teresa Montoya. Después de no sé qué estreno poco afortunado, la gran actriz quería probar suerte con alguna obra española. María Teresa, que la había conocido en Buenos Aires, me llevó a verla. Era una mujer pálida, interesante, no muy culta, pero con un gran temperamento dramático. Me preguntó si tenía algo que a ella le fuera bien. Le dije que sí —*El hombre deshabitado*—, pero que estaba sin terminar. Al día siguiente le leí la pieza, en la que había, junto al papel de El Hombre, uno, muy importante, de mujer: La Tentación. Se quedó entusiasmada, pero... ¿Sería yo capaz de escribir en seguida el acto que faltaba? Vi el cielo abierto. Aquella misma noche reanudé mi trabajo, al que di fin en poco más de una semana, mientras la obra se ensayaba con los carteles ya en la calle. Se trataba de una especie de auto sacramental, claro que sin sacramento, o más bien, como apuntó Diez-Canedo en su elogiosa crítica del estreno, de una *moralidad,* más cerca del poeta hispano-portugués Gil Vicente que de Calderón de la Barca. La influencia directa de *Sobre los ángeles* campeaba en ella, aunque no fueran éstos los seres allí representados, sino El Hombre, con sus Cinco Sentidos, en alegórica reencarnación; El Hacedor, en figura de vigilante nocturno, y dos mujeres: la esposa de El Hombre y La Tentación, que trama la ruina de ambos en complicidad con los Sentidos. No diré que la de *Hernani,* pero sí una resonante batalla fue también la del estreno (26 de febrero). Yo seguía siendo el mismo joven iracundo —mitad ángel, mitad tonto— de esos años anarquizados. Por eso, cuando entre las ovaciones finales fue reclamada mi presencia, pidiendo el público que hablara, grité, con mi mejor sonrisa esgrimida en espada: «¡Viva el exterminio! ¡Muera la podredumbre de la actual escena española!». Entonces el escándalo se hizo más que mayúsculo. El teatro, de arriba abajo, se dividió en dos bandos. Podridos y no podridos se insultaban, amenazándose. Estudiantes y jóvenes escritores, subidos en las sillas, armaban la gran batahola, viéndose a Benavente y los Quintero abandonar la sala, en medio de una larga rechifla. Nunca ningún libro mío de versos recibió más alabanzas que *El hombre deshabitado.* La crítica, salvo la de los diarios católicos que me trataba de impío, irrespetuoso, blasfemo, fue unánime, condenando, eso sí, por creerlas innecesarias, mis «imprudentes» palabras lanzadas desde el proscenio. También fuera de España se habló mucho de la obra, siendo inmediatamente traducida al francés por el gran hispanista Jean Camp. Aquella batalla literaria del día del estreno quedó convertida en batalla política la noche de la última representación. Con el pretexto de que María Teresa Montoya era mexicana, representante de un país avanzado de América, se le organizó un gran homenaje. Teatro hasta los topes. Firmas de

adhesión. Álvarez del Vayo aprovechó el momento para hablar, desde el escenario, del teatro en Rusia y zaherir con claras alusiones la amordazada existencia española. José María Alfaro —¡ay, José María Alfaro, poeta principiante y amigo, más tarde miembro del Comité Nacional de Falange y ahora embajador de Franco en Argentina!— leyó entre estruendosas aclamaciones, llenas de sorpresas para los espectadores, los nombres de los jefes republicanos condenados en la cárcel y de quienes cuidadosamente, durante la mañana, nos habíamos procurado la adhesión: Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos, Largo Caballero... Unamuno envió desde Salamanca un telegrama que, reservado para el final, hizo poner de pie a la sala, volcándola, luego, enardecida, en las calles. Cuando acudió la policía ya era tarde. El teatro estaba vacío. Sólo quedaba, arrumbado entre los bastidores, el carrusel de los hombres deshabitados, que en mi obra representaban todos los seres sin vida, esos trajes huecos, sin nadie, que doblan las esquinas del mundo, estorbando el paso de los demás.

La tensión de aquel mes de marzo hacía que la gente aprovechara el más raro pretexto para manifestar sus esperanzas. Todo servía: un chiste de café, una copla de doble sentido, un soneto acróstico en el periódico de más circulación; la forma de vocear otro. Es el momento de los motes hirientes. «Gutiérrez», nombre de pila callejero con que se reconocía al rey, tiembla en su palacio. Valle-Inclán, y no lejos de él los jóvenes escritores republicanos de la revista *Nueva España*, convierten en tribuna política su mesa de La Granja. Azaña y sus amigos, graves y recatados, han dejado de sentarse en el inmediato café de Negresco. Sabíamos que las inteligencias españolas apoyaban plenamente y trabajaban por la realización de estos deseos. Viajes misteriosos, citas despistadoras en bares elegantes o en tabernas, todos iban encaminados al mismo fin. Hasta en el elegante y monárquico golf de Puerta de Hierro se agita el viejo cencerro motinesco de la República. Y la duquesa de la Victoria, en pleno *cocktail* patriótico, pega una blanca bofetada a una señorita, hija de marqueses, que algo mareada se atrevió a clavar en su cabeza una minúscula bandera tricolor. Aquellos republicanotes, tratados siempre de ordinarios, ahora llevaban nombres de filósofos, de ilustres profesores, de grandes poetas y académicos, mezclados democráticamente con organizaciones estudiantiles y obreras. Porque el proletariado, que en la primera República había forzado la marcha, queriendo precipitar con las insurrecciones cantonales la llegada de una utópica libertad, más consciente en el año 1931, en pleno proceso de su crecimiento político, da totalmente su adhesión, sobre todo con sus grandes masas socialistas, a lo que ya iba a tardar poco en aparecer.

Yo también viajo, pero no con fines políticos. Primero, a Sevilla, solo, sin María Teresa, para rendir homenaje a Fernando Villalón, en el primer aniversario de su muerte. Allí, llevados nuevamente por Sánchez Mejías, nos encontramos Bergamín, Eusebio Oliver, Pepín Bello, Santiago Ontañón, Miguel Pérez Ferrero y otros que he olvidado. La recordación fue simple, casi íntima. Por la mañana se descubrió una lápida en la casa donde vivió Fernando, y por la noche, en un aula de la universidad, se leyeron prosas y poemas. Todo sin gran repercusión, acompañados solamente por el grupo de jóvenes poetas de *Mediodía.* Un ser genial conocimos en esta breve estancia sevillana: Rafael Ortega, «bailaor» y «sarasa» perdido. Era hijo de una vieja gitana, hermana de la «señá» Gabriela, madre de los Gallos, los espadas famosos. Se empeñó Rafael en que conociésemos a su madre, a quien quería mucho. Extraña visita. La gitana, ya una tremenda bruja de papada y bigote, redonda como mesa camilla, voz ronca de aguardiente, nos recibió sentada, impasible, en el centro del cuarto, mientras que Rafael se agitaba de un lado para otro haciendo las presentaciones. No se podía estar quieto, exagerado, extremoso con ella, besándola, pasándole la mano por el pelo o la barba, cosas que hicieron que la madre empezase a llamarlo «maricón» a cada momento. Al salir, nos refirió Ignacio que un día, cargada de los amigos de su hijo, la imponente mujer montó en cólera, echándolos a todos, como si fuesen gatos, con estas raras palabras: «Por los peinecillos que mi prima Elvira perdió en sus agonías, maricones jóvenes, maricones viejos, ¡fuera de aquí!, ¡zape, zape!». Siempre que iba a Sevilla, me llevaba, para contar, cosas extraordinarias.

Otro viaje hice inmediatamente a Andalucía, pero esta vez con María Teresa. Necesitábamos descansar un poco después de *El hombre deshabitado.* Elegimos Rota, un blanco pueblecillo de la

bahía gaditana. Pasamos antes por el Puerto. Visita nocturna, de incógnito, en la que tuvimos tiempo de comer pescado frito con unas buenas copas de fino Coquinero. Allí en Rota —cal rutilante al sol y huertos playeros de calabazas—, planeé, animado por mi reciente éxito teatral, una nueva obra: *Las horas muertas,* que comencé a escribir, alternándola con un romancero sobre la vida de Fermín Galán, el romántico héroe fusilado de Jaca, nacido precisamente no muy lejos de Rota, en la isla de San Fernando. Pero nuestra buscada tranquilidad duró bien poco. No llevábamos ni una semana por aquellas arenas, cuando se presentó Sánchez Mejías proponiéndonos acompañarle a Jerez. Proyectaba ya Ignacio la compañía de bailes andaluces que, encabezada por «la Argentinita», adquiriría después, con la ayuda de García Lorca, renombre universal. Iba a la caza de gitanos, «bailaores y cantaores» puros, que no estuviesen maleados por eso que en Madrid se llamaba «la ópera flamenca». Y nada como Jerez y los pueblos de la bahía para encontrarlos. ¡Qué fantásticos descubrimientos hizo nuestro amigo en aquella gira! Al lado de la figura monumental del «Espeleta», que parecía un Buda cantor, extrajo Ignacio de las plazas y los patios recónditos toda una serie de chiquillos, bronceados, flexibles, cuyas extraordinarias contorsiones llegaban a veces hasta la más escandalosa impudicia. Pero su más grande adquisición la hizo, luego, en Sevilla, con «la Macarrona», «la Malena» y «la Fernanda», tres viejas y ya casi olvidadas cumbres del baile. La última, anciana que apenas podía tenerse en pie, había alcanzado a bailar con «la Gabriela» y «la Mejorana» en el famoso Café del Burrero. Ningún gitano rechazó las proposiciones de Ignacio. Todos, más o menos a tiros con el hambre, decían que sí, llena de fantasía la cabeza ante la idea de correr mundo. Sólo hubo uno que dijo que no. Y fue allí, en Jerez, al día siguiente de nuestra llegada.

Estábamos en el cuarto del hotel, dispuestos para salir a la calle, cuando alguien empujó la puerta, preguntando:

—¿Está aquí don Rafael Alberti, el empresario más grande «del varieté» de España?

Una de las bromas de Ignacio. Clavada. Efectivamente, muerto de risa apareció en seguida tras el gitano: un tipo vivaz, de unos cuarenta años, cimbreante, afilado, blanquísimos los dientes, todo él repicando alegría.

—Soy el «Chele» (¡ole, ole!), y vengo aquí para que usted me contrate.

—Bueno —le respondí, muy serio, dentro ya del papel que Sánchez Mejías acababa de asignarme—. ¿Y qué sabes hacer, «Chele»?

—¿Yo? ¡El baile del cepillo!

Y agarrando uno, de ropa, que había sobre la cama, se marcó un fantástico zapateado, cepillándose a la vez, con ritmo y gracia, el pantalón y la chaqueta.

—¡Bravo! —le dije—. Va a ser un número magnífico. Contratado, desde este instante.

Entonces terció Ignacio:

—Muy bien, «Chele», pero escúchame ahora. Te vamos a pagar, además de vestidos, fondas y viajes, diez duros diarios sólo por ese número: el baile del cepillo. ¿Qué te parece?

—¿Diez duros? —Se quedó pensativo un rato grande. Y luego: —¿Tiene usted por ahí un lápiz, don Ignacio?

Maravillados, nos miramos los tres. Ignacio, sin decir palabra, se lo dio. El «Chele», muy en serio, se sacó entonces del bolsillo un papelucho medio roto; trazó en él unos cuantos garabatos; hizo luego como si los sumara y rubricase, declarando, rotundo, con ínfulas de potentado: —No me conviene. Pierdo dinero.

(¡!)

—¿Conque pierdes dinero, eh? —le dijo Ignacio lentamente, ya casi sin poder aguantar la risa.

—Seguro. Ahí tiene usted las cuentas —le respondió el gitano, largándole el papel, en el que sólo había unos rayones sin sentido—. Pierdo dinero. Porque, vea usted, don Ignacio: esa

colocación que quiere darme, no va a ser, digo yo, para toda la vida. Y yo vivo nada más de que soy muy gracioso y de decir sermones, que oigo a los curas en la iglesia, y cuando esa colocación se acabe y me vean en Jerez, con traje nuevo y fumándome un puro, dirá toda la gente: el «Chele» ha vuelto rico, está nadando en oro, y entonces ¿quién va a llamar al «Chele» para oírle sus gracias? Así que no me conviene, don Ignacio. Pierdo dinero. Buenos días. ¡Ole! Me voy.

Y se marchó, contoneándose, devolviéndole el lápiz al torero.

Nuestra anhelada soledad se hizo imposible, pues al volver a Rota nos aguardaba un telegrama del Ateneo de Cádiz invitándome a dar una lectura de mis poemas. Otra vez de viaje por los caminos marineros de mi infancia.

Aquel Cádiz de la libertad, de las románticas conspiraciones y las primeras logias masónicas; aquel Cádiz que no encontró albañil capaz de desprender de sus muros la losa conmemorativa de la Constitución de 1812, aquel mismo Cádiz que yo veía desde el colegio como una inalcanzable estampa azul, se hallaba ahora estremecido de punta a punta por un viento de republicanismo. El folklore de la primera República, resucitado, se atrevía, en rincones de cante jondo y tabernas ocultas, a agitar sus guitarras. Allí aprendí esta copla:

Republicana es la luna,
republicano es el sol,
republicano es el aire,
republicano soy yo.

Todo el cuerpo de Cádiz se movía, bullente, sobre el mar, como esperando algo. La tarde de la lectura, el público del Ateneo, en su mayoría estudiantes, no sabía estarse quieto en las sillas. Cuando fui a comenzar, un muchachote saltó de improviso al estrado, declarando:

—Rafael Alberti no podrá decir nada en esta sala mientras permanezca en ella el señor Pemán.

Efectivamente, el poeta jerezano, afecto a la monarquía, se encontraba allí. Nunca lo había visto. Cuando lo fui a invitar a que se fuese, ya no estaba. Había tenido el buen acierto de marcharse en seguida. Mi recital subió de grados cuando dije la «Elegía cívica». Temblaron puertas y paredes. Al finalizar, me atreví con uno de aquellos romances en honor del héroe de Jaca:

Noche negra, siete años
de noche negra sin luna.
Primo de Rivera duerme
su sueño de verde uva.
Su Majestad va de caza:
mata piojos y pulgas
y monta yeguas que pronto
ni siquiera serán burras.

Gran éxito, entre aplausos, vivas y el temor de algunas señoras. Al día siguiente, una manifestación de aquellos mismos estudiantes del Ateneo me pidió recitara en plena calle algún otro episodio del romancero de Fermín Galán. Lo hice a voz en cuello, de pie sobre una mesa del café donde estábamos, mientras la autoridad, representada por unos pobres guardias de esos que las zarzuelas llaman «guindillas», me escuchaba embobada, perdida la noción de que sus sables podían habernos dispersado a golpes

Con la alegría y la impresión de que algo nuevo y grave era inminente, nos volvimos a Rota Allí seguimos, tranquilos, trabajando, tumbados en las dunas, recorriendo descalzos las orillas, bien lejos de las preocupaciones electorales que traían hirviendo a toda España

Pero de pronto cambió todo. Alguien, desde Madrid, nos llamó por teléfono, gritándonos

—¡Viva la República!

Era un mediodía, rutilante de sol Sobre la página del mar, una fecha de primavera: 14 de abril.

Sorprendidos y emocionados, nos arrojamos a la calle, viendo con asombro que ya en la torrecilla del ayuntamiento de Rota una vieja bandera de la República del 73 ondeaba sus tres colores contra el cielo andaluz. Grupos de campesinos y otras gentes pacíficas la comentaban desde las esquinas, atronados por una rayada «Marsellesa» que algún republicano impaciente hacía sonar en su gramófono. Mientras sabíamos que Madrid se desbordaba callejeante y verbenero, satirizando en figuras y coplas la dinastía que se alejaba en automóvil hacia Cartagena, un pobre guarda civil roteño, apoyado contra la tapia de sol y moscas de su cuartelillo, repetía, abatido, meneando la cabeza:

—¡Nada, nada! ¡Que no me acostumbro! ¡Que no me acostumbro!

—¿A qué no te acostumbras, hombre? —quiso saber el otro que le acompañaba y formaba con él pareja.

—¿A qué va a ser? ¡A estar sin rey! Parece que me falta algo.

De nuevo, y como siempre —yo empezaba a ver claro—, dos Españas: el mismo muro de incomprensión separándonos (muro que un día, al descorrerse, iba a dejar en medio un gran río de sangre). Así María Teresa y yo lo íbamos comentando camino de Madrid. No hacía ni una hora que había sido izada la nueva bandera, cuando ya la vencida comenzaba a moverse, agitando un temblor de guerra civil. La República acababa de ser proclamada entre cohetes y claras palmas de júbilo. El pueblo, olvidado de sus penas y hambres antiguas, se lanzaba, regocijado, en corros y carreras infantiles, atacando como en un juego a los reyes de bronce y de granito, impasibles bajo la sombra de los árboles. A la reina y los príncipes, que quedaron un poco abandonados por los suyos en el Palacio de Oriente, ese mismo pueblo, bueno y noble, los protegió con una guirnalda de manos. Nadie puede decir que le asaltaran la casa, le robaran la hacienda, desvalijasen los bancos o matasen una gallina. El único suceso grave que recuerdo fue una pedrada contra los cristales del coche del poeta Pedro Salinas, al cruzar la Cibeles en compañía del escritor francés Jean Cassou. Todo aquello fue así de tranquilo, de sensato, de cívico. Dentro de la mayor juridicidad —como entonces la gente repetía, satisfecha— había llegado la República. Sonaban bien las palabras de Azaña:

«Es una cosa que emociona pensar que ha sido necesario que venga la República de 1931 para que en la Constitución se consigne por primera vez una garantía constitucional (la garantía de la libertad del individuo) que los castellanos pedían en 1529».

Los intelectuales, la gente de letras, los artistas, en general, estaban de enhorabuena. Ya se pueden estrenar las obras prohibidas. *Farsa y licencia de la reina castiza,* de Valle-Inclán, la representa, para hacer méritos republicanos, Irene López Heredia. Pero no consigue engañarnos. La actriz republicana, la verdadera amiga de los poetas y escritores, es Margarita Xirgu. Ella estrena *La corona,* de Azaña, y mi *Fermín Galán.*

Recién llegado a Madrid, corrí, lleno de cívico entusiasmo, a .proponerle a Margarita el convertir aquellos romances míos sobre el héroe de Jaca en una obra de teatro, obra sencilla, popular, en la que me atendría, más que a la verdad histórica, a la que deformada por la gente ya empezaba a correr con visos de leyenda. Una aventura peligrosa, desde luego, pues la verdad estaba muy encima y el cuento todavía muy poco dibujado. Me puse a trabajar de firme. Mis propósitos eran conseguir un romance de ciego, un gran chafarrinón de colores subidos como los que en las ferias pueblerinas explicaban el crimen del día. Lleno de ingenuidad, y casi sin saberlo, intentaba mi primera obra política. Aceptados los dos primeros actos por la Xirgu, y cuando aún estaba planeando el tercero, *Fermín Galán* apareció anunciado en la cartelera del Teatro Español.

Entretanto, y en medio de uno de los ensayos de mi obra, entré en contacto más directo con don Miguel de Unamuno, a quien ya había sido presentado una mañana en La Granja el Henar. Lo invité a nuestra casa del Paseo de Rosales —balcón abierto a las encinas de El Pardo y frente a El Escorial contra el azul celeste de los montes guadarrameños—, pero con la condición de que nos leyera algo, lo que más le gustase, sus últimas poesías...

—¡Hombre, no! Verá usted —me atajó—. Preferiría leerles mi última obra de teatro, aún en borrador: *El hermano Juan.* Va a interesarles.

¡Tarde de maravilla en mi memoria! Sólo habíamos invitado a César Vallejo, el triste y hondo poeta «cholo» peruano, perseguido político, refugiado entonces en España. Más que el sentido de *El hermano Juan,* atendí a la hermosa figura de Unamuno, a la noble expresión de su rostro y al ardoroso ahínco puesto en la interminable lectura de su borrador, en el que a menudo andaban confundidas las páginas, faltando a veces éstas en número excesivo, sustituyéndolas entonces don Miguel por la palabra. No atendí, no, a aquella obra, que ni después he sabido siquiera si la publicó. No la recuerdo hoy, pues me golpeó más, como digo, el espectáculo que me daba aquel potente viejo, su magnífica lección de salud y energía, de fecundidad y entusiasmo. Cuando casi pasadas tres horas dio por terminado su drama, todavía tuvo gracia y arrestos para meterse infantilmente las manos en los bolsillos del chaleco en busca de aquellos menudos papelillos en los que llevaba garrapateados sus poemas, esos que de improviso le asaltaban en medio de la calle, anotándolos bajo un farol, en los sitios más inesperados. Así, aquella tarde, en nuestra casa, con el sol último de la serranía, nos descifró un arisco y hermoso poema dedicado al bisonte de la caverna de Altamira y una canción de cuna para su nieto recién nacido, delicia de balanceo musical, ave rara en su jardín de esparto y duros vientos. (Otras imágenes guardo de don Miguel, pero ésas pertenecen al próximo volumen de mis memorias.)

A muy pocos días de aquel encuentro con Unamuno, se estrenaba *Fermín Galán.* Primero de junio. Margarita era la madre del héroe, y éste, Pedro López Lagar, un joven actor de creciente prestigio. Esa noche, como era de esperar, acudieron los republicanos, pero también nutridos grupos de monárquicos, esparcidos por todas partes, dispuestos a armar bronca. El primer acto pasó bien, pero cuando en el segundo apareció el cuadro en el que tuve la peregrina idea de sacar a la Virgen con fusil y bayoneta calada, acudiendo en socorro de los maltrechos sublevados y pidiendo a gritos la cabeza del rey y del general Berenguer, el teatro entero protestó violentamente: los republicanos ateos porque nada querían con la Virgen, y los monárquicos por parecerles espantosos tan criminales sentimientos en aquella Madre de Dios que yo me había inventado. Pero lo peor faltaba todavía: el cuadro del cardenal —monseñor Segura—, borracho y soltando latinajos molierescos en medio de una fiesta en el palacio de los duques. Ante esto, los enemigos ya no pudieron contenerse. Bajaron de todas partes, y en francas oleadas, entre garrotazos y gritos, avanzaron hacia el escenario. Afortunadamente, alguien entre bastidores ordenó que el telón metálico, ese que tan sólo se usa en caso de encendió, cayese a la mayor velocidad posible. A pesar de esto, como el público seguía dispuesto a ver la obra hasta el final, Margarita, una Agustina de Aragón aquella noche, tuvo todavía el coraje de representar el epílogo, siendo coronada, al final, con toda clase de denuestos, pero también de aplausos por su extraordinario valor y ganado prestigio.

Las críticas sobre *Fermín Galán* distaron mucho de las elogiosas de *El hombre deshabitado.* Los diarios católicos pedían poco menos que mi cabeza, y los republicanos, no escatimando algunas alabanzas para ciertos pasajes de la obra, señalaban sus evidentes errores, considerando el principal la falta de perspectiva histórica para llevar a escena episodios que casi acababan de suceder. Eso, en parte, era cierto. Pero mi mayor equivocación consistió sin duda en haber sometido un romance de ciego, cuyo verdadero escenario hubiera sido el de cualquier plaza pueblerina, a un público burgués y aristocrático, de uñas todavía, sectario en cierto modo y latentes en él, aunque no lo supiera, todos los gérmenes que en el curso de muy pocos años se desarrollarían hasta cuajar en aquel sangriento estallido que terminó con el derrumbe de la nueva República.

A escasos días del estreno, un linajudo carruaje detuvo sus caballos en el paseo de coches del Retiro. Una dama muy estirada —mantilla negra y devocionario— descendió de él. Bajo la sombra de los árboles, una señora muy sencilla caminaba tranquilamente. La estirada se le acercó.

—¿Es usted Margarita Xirgu? —Y antes de que la actriz pudiera responderle: —¡Tome! ¡Por lo de *Fermín Galánl* —le dijo dándole una bofetada y desapareciendo a la carrera.

La obra duró en cartel casi todo el mes de junio. Puede que a nadie le sirviera, pero *Fermín Galán,* a pesar de su poco éxito, me sirvió a mí para removerme y ventilarme la sangre, poniéndome en trance de elección, de sacrificio. La causa del pueblo, ya clara y luminosa, la tenía ante mis ojos.

Los viejos vientos se alejaban... Paso a paso, tenaz, invadiendo mis huellas, la Arboleda Perdida continuaba avanzando.

Por fin, este segundo libro de La arboleda perdida, *comenzado ¿hace ya cuánto tiempo?, alcanzó su final. Tuvo que ser un editor y amigo, Jacobo Muchnik, hoy escondido tras la fe de la casa editora que lo publica, quien con su notable tesón lograse que lo terminara. Y aquí está. Muchas ramas se me han extraviado en tan largo camino. Muchas hojas, que el viento hizo pasar tardíamente ante mis ojos, no pudieron ser prendidas ni fijadas en estas páginas. Hay, pues, en ellas, innumerables blancos, que no son, de ningún modo, olvidos. Hubiera tenido que volver a lo ya hecho, abrir la espesura de sus renglones e introducir aquí y allá nombres, sucesos o comentarios recordados después, cuando el trabajo de intercalarlos en su sitio me hubiese conducido a no colocar nunca el suspirado punto final de esta etapa de mis memorias. Algún día tal vez, en una próxima edición, si el lector entusiasta contribuye a ello, ocuparán el lugar que ya les tengo señalado. ¿Lo haré eso en España o todavía aquí, en la Argentina, donde fueran escritos el final de la primera parte y toda la segunda de la presente obra? No sé, pero hay algo en mi país que ya se tambalea, y entre nosotros, los desterrados españoles, circulan vientos que nos cantan la canción del retorno. Mientras tanto...*

Una nueva Arboleda, no como aquella realmente perdida de mi infancia andaluza, he levantado a una hora de tren de Buenos Aires, en los bosques de Castelar. Quiero en ella rubricar este colofón, pero antes de hacerlo, también hablar de ella, mi graciosa Arboleda Perdida americana, como se merece.

Los bosques de Castelar —o el parque Leloir, que así se denominan en su parte más bella— son grandes. E inesperados. ¡Cuántas gentes y amigos que los ignoran! Sorprenden, cuando se los ve por vez primera. Y más cuando viviendo en ellos se amanece en sus brumas invernales, en el oro casi carmín de su otoño o en el verde sonante, musical, de sus primaveras y estíos. Aquí, en estas apretadas umbrías que parecen desiertas; cruzadas de caminos que hay que ir descubriendo; llenas de casas y mansiones entrevistas apenas tras las cortinas de las ramas, las flores y el agobio de las enredaderas; aquí, en estas susurradas espesuras, elegí, hace tiempo, el lugar para mi necesario aislamiento, mi trabajo incesante, lejos de la ciudad, la tremenda ciudad que sin embargo continúa avanzando vorazmente, tal vez con el oculto pensamiento de asaltarlas un día, hacha en mano, e instalar sus horribles construcciones, sustituyendo tantos caminos puros, perfumados, por calles ruidosas y malsanas. Pero eso no vendrá. O yo no lo veré. El coloso enemigo anda aún a distancia del linde de estos bosques, por los que todavía se puede hasta soñar y vagar sin temor, permitiéndome oírme en su silencio el barbotar del cúmulo de vida amontonada durante tantos años en la corriente de la sangre. Aquí, como digo, en estas espesuras, elegí —o encontré, mejor dicho— mi nueva Arboleda Perdida: un hermoso terreno rectangular, ornado solamente de apreses y álamos carolinos, un sereno jardín, escueto, clásico, como de «villa» romana. Por uno de sus lados —aromos amarillos— pasa la calle de los Reseros; por otro —casuarinas oscuras—, la de la Vidalita. Dentro, cubriendo un claro de este íntimo recinto, he plantado, por fin, mi casa: una prefabricada de madera, llena de gracia, lustrosa de barniz, con cenefas, puertas y ventanales blancos. Un recio y largo temporal, acompañado de inauditas inundaciones, se presentó de súbito en los días elegidos para levantarla. Ya el ingeniero Israel Dujovne, alma entusiasta de mi nueva Arboleda, había hecho tender la plataforma de cemento que la recibiría. Era como un extenso plinto surgido de la yerba en espera mas bien de una escultura. Pero el cielo, derrumbado en torrentes, nos tenia declarada la guerra. Muchos caminos eran mares y la tierra del bosque estaba ahogada de tragar tanta agua. En Buenos Aires, cada mañana, mirábamos, impacientes, a lo alto. Siempre seguía lloviendo con furia, mientras que nuestra casa, dividida en pedazos, esperaba en un galpón de Ramos Mefia ¿Qué hacer? El otoño se iba y nosotros soñábamos con despedirlo, ya

instalados en la Arboleda. Abril pasó sin esperanza. Mayo había comenzado. Pero también llovía incansablemente, aunque con menos fuerza. Por fin, un lunes, el sol metió la mano entre las nubes, luchando a muerte por borrarlas. Paró el agua, vencida. Dos días después, muy de mañana, nos avisó Dujovne

—Prepárense. Van a llevar la casa Salgo a buscarles en el auto.

Inmediatamente, María Teresa y yo bajamos a la calle, corriendo con él a toda marcha para presenciar el magno acontecimiento. A las nueve y media ya estábamos en la Arboleda Perdida. La tierra había empezado a endurecerse, pero bajo un cielo velado, que podía en cualquier momento mojar de nuevo nuestras ilusiones. Pasadas las diez, y cuando ya comenzábamos a inquietarnos, por la calle de la Vidalita hizo su entrada victoriosa un camión inmenso, cargado de madera. Seis hombres decididos descendieron de él. Nadie podía soñar que aquel montón de tablas ordenadas pudiera ser una casa. Toda la Arboleda se convirtió de pronto en una película famosa: El techo. *Había que trabajar de prisa ya que el tiempo continuaba inseguro. La operación fue más sencilla de lo que María Teresa y yo creíamos. De dos en dos, ayudados por unos ganchos, los obreros fueron dejando en tierra, y en su lugar correspondiente alrededor de la plataforma, aquellas grandes piezas de rompecabezas o bambalinas de teatro que iban a componer en pocos días nuestro refugio del bosque. Lo más urgente era poner el techo. Estaba prohibido llover. El agua no debía mojar el interior de la madera. Con esta nueva y peor inquietud, regresamos a Buenos Aires. ¡Oh, qué tres noches aquí de pesadillas espantosas para mi loco nerviosismo, cruzadas de ciclones y lluvias imaginarios! Cuando el domingo de esa misma semana volvimos con Dujovne a Castelar, los cipreses y álamos de la Arboleda Perdida, más erguidos que nunca, parecían saludar a nuestra casa, cuya madera pulida y virginal le daba el aire de un extraño barco traído al centro de los bosques para que lo pintasen. ¿Un barco? Delirio de poeta.*

—Convendría que la tapara usted con unas ramas. Aquí está prohibido hacer galpones. ¿No ha leído el boleto de compra? Los vecinos ya han protestado —me dijo alguien de la administración del parque, en un momento en que yo solo contemplaba mi casa desde lejos.

—¿Galpón?

Un hondazo en la frente me habría hecho menos daño.

—Bueno. Una prefabricada. Da lo mismo.

—¿Que da lo mismo? Dése una vuelta por acá dentro de unos días.

—Tendrá usted que entendérselas con la Comisión de Fomento, que puede venir en cualquier instante. Tápela pronto con unas ramas. Hágame caso...

Y se marchó, dejándome clavada en el alma aquella rara comisión, que ya veía aparecer como una inmensa hacha taladora.

Pasado —aunque no del todo— este nuevo desasosiego, me dediqué a seguir a Dujovne en su entusiasmo por la casa. Él buscó por aquellos caminos los obreros que habrían de perfilarla y dar fin a la obra. Primero, sobre un descomunal caballo blanco, apareció Martínez, el capataz, hombre hablador y divertido, con sus ayudantes albañiles, escuderos de a pie; tras ellos, en motocicleta, los pintores, dos jóvenes con aire campesino, antes, uno de ellos, trompeta en una banda militar; días después, el cloaquista y, más tarde, el encargado de poner el suelo... Un pequeño espectáculo encantador —mate y churrasco al aire libre—, lleno de gracia popular. Iniciamos nuestras visitas —dos y hasta tres por semana— a la Arboleda, como acompañantes del ingeniero y, a veces, de Berardo, su hijo, casi arquitecto ya, quien eligió los colores para el cuarto de Aitana, la tonalidad del barniz para la madera exterior e ideó la terraza de ladrillos, que me traen al recuerdo, por la fina manera de jugarlos, ciertas obras mudéjares de España. ¡Viajes matinales, veloces, ingenuos y emocionados, ansiosos de mirar cómo surgía el blanco de las ventanas o el negro de las rejas; o cómo los mosaicos verdes y marrones trazaban sus mareantes crucecillas por el muro de la cocina y el lavadero; o cómo contra los árboles lucía, sobre su esbelta estructura de hierro, el tanque para el agua...!

Ahora, a pesar de lluvias y vientos, la Arboleda Perdida está ya terminada. El ingeniero Dujovne sonríe, satisfecho, como pudiera hacerlo ante unos niños a quienes ha ayudado a levantar una preciosa casa de juguete. Martínez, el buen capataz, algo triste y mohíno, en su jamelgo blanco, ya para mi maravilloso, ha desaparecido por los bosques; los pintores, también, en su alada motocicleta... Aquellos vecinos, que según el hombre de la administración lanzaron sus protestas al comienzo, han venido después a felicitarnos. Hasta alguien ha preguntado el precio de la quinta. ¡Nos la quieren comprar!

Pero aún falta una alberca, un espejo de agua donde se reflejen las nubes y se bañen los pájaros. A su alrededor, plantaremos naranjos, limones, quinotos... De cada amigo que nos regale un frutal —ésa es la promesa— dejaremos su nombre grabado en el tronco como recuerdo agradecido. Todo va a marchar bien.

Y, sin embargo, por mis alamedas internas, veo siempre la visita de la Comisión de Fomento... Pero nada sucederá. Me lo asegura el ingeniero.

Miramos a lo alto No llueve. Fulge el cielo un azul casi gaditano. Sobre mi Arboleda argentina, pasa, tranquilo, el sol, con el que envío un saludo ideal a aquella otra tan lejana y perdida de mi niñez.

La Arboleda Perdida, julio 1959